

Conflicto Social

Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social
Instituto de Investigaciones Gino Germani - Facultad de Ciencias Sociales - UBA



1 Movimientos Sociales y Lucha de Clases

Año 2 – Número 1 – Junio de 2009 – ISSN 1852-2262



Cuerpo Editorial

Dirección

Inés Izaguirre

Comité Académico

Irma Antognazzi
Alcira Argumedo
Perla Aronson
Pablo Bonavena
Nicolás Iñigo Carrera
Emilio Dellasoppa
José Mauricio Domingues
Alberto José Fernández
Marcelo Gómez
Carlos Figueroa Ibarra
Miguel Angel Forte

Gilou García Reinoso
Juan Carlos Marín
Ronald Munck
Susana Murillo
Flabián Nievas
Adriana Rodríguez
Robinson Salazar
Adrián Scribano
María Cristina Tortti
Elsa Usandizaga
Aníbal Viguera

Secretaría de Redacción

Marta Danieletto

Comité Editorial

Matías Artese
Damián Melcer

Gabriela Roffinelli
Agustín Santella

Diseño

Daniel Sbampato

Presidente J. E. Uriburu 950, 6to. Piso, of.18
(C1114AAD) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54) (11) 4508-3815 int 211
Fax: (54) (11) 4508-3822
E-Mail: <mailto:programaconflicto@mail.fsoc.uba.ar>

Sumario

Editorial.

Inés Izaguirre

Movimientos Sociales y Lucha de Clases.

Aníbal Viguera

¿Desembarazarse de Marx? Avatares del concepto de clases sociales.

María Celia Duek y Graciela Inda

Los análisis contemporáneos sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases.

Mariano Ignacio Millán

Acciones colectivas, movimientos y protesta social: preguntas y desafíos.

Adrián Scribano

¿Movimientos sin clases o clases sin movimiento? Notas sobre la recepción de la teoría de los Movimientos Sociales en la Argentina.

Fernando Stratta y Marcelo Barrera

¿Desaparición o difusión de la “identidad de clase trabajadora”?

Reflexiones a partir del análisis de elementos de percepción de clase entre docentes.

Ricardo Donaire

Lucha de calles en la industria de la pesca. Una interpretación del porqué de su regularidad (1997-2007).

Agustín Nieto y Guillermo Colombo





Movilización social en Bolivia. La consolidación de lo indio como capital político.

María Virginia Quiroga

Estudio del proceso de separación del problema de la desocupación y la acción piquetera.

María Maneiro, Ariel Farías y Guadalupe Santana

Reseñas

H. Bruce Franklin, *Vietnam y las fantasías norteamericanas*.

Buenos Aires, Editorial Final Abierto, 381 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena

Isabelle Sommier, *La violencia revolucionaria*.

Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009, 158 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena

Ruth Werner y Facundo Aguirre, *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*.

Buenos Aires, Ediciones IPS, 2009, 591 páginas.

Por Fernando Scolnik

Un tratamiento injusto en nombre de la ciencia

Por Elsa Usandizaga

Editorial



Tal como anticipáramos en el número Cero, nuestro *dossier* del presente número refiere a *Movimientos sociales y lucha de clases*. Aquí estamos. Entre ambos números de la Revista tuvo lugar un evento académico importante: el *Primer Congreso Nacional sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales en Argentina*, que se desarrolló en Ciudad Universitaria, y al cual no fuimos invitados. En verdad, la razón principal de la no invitación fue teórico-epistemológica, ya que es habitual suponer que quienes no denominamos nuestro trabajo investigativo con los nombres del Congreso, y hablamos de “Conflicto social” o de “Lucha de clases”, es como si estuviéramos mirando otros observables. Por iniciativa nuestra, el malentendido se aclaró: miramos las mismas cosas, pero las analizamos con otro cuerpo conceptual. La respuesta de los organizadores fue rápida y abierta. Presentamos nuestra propia mesa, la mesa 12, cuyo título apuntaba a reunir ambos enfoques teóricos: *Teoría de los movimientos sociales, protesta y lucha de clases*. La coordinaron María Maneiro y María Celia Cotarelo y tuvimos una buena aceptación, en términos de público permanente durante los días 30 y 31 de marzo en que transcurrió el Congreso, primero con un panel interesantísimo donde se debatió precisamente la problemática teórico-epistemológica, conformado por Adrián Scribano, Aníbal Viguera, Nicolás Iñigo Carrera y yo y coordinado por Agustín Santella, y segundo con una muy buena discusión de los trabajos presentados. Acá debo hacer notar lo importante que fue en esta Mesa, poder debatir entre los ponentes, las coordinadoras de la Mesa y buena parte del público acerca de los trabajos presentados y sus conceptualizaciones, con tiempo suficiente, sin las restricciones habituales en los Congresos, que nos dejan a todos la sensación de no haber discutido bien nuestro trabajo. Por el contrario, en la Mesa 12 el diálogo fue prolongado, satisfactorio y creativo. En cuanto a este número de la Revista, los trabajos que presentamos son –entre otros– dos de las exposiciones presentadas en el panel inicial y parte de los escritos que se presentaron a la Mesa, trabajados luego por sus autores para responder al formato de la Revista, y a las observaciones de los evaluadores.



Una de las reflexiones que nos han surgido a partir de este número nos remite al núcleo del interés de quienes envían trabajos a la Revista. No se presta atención específica al tema-problema planteado como convocatoria, sino que se envían trabajos sobre conflicto con el objetivo de que sean sometidos a referato. La mayor parte de nuestros autores espontáneos son becarios y tesistas jóvenes, que necesitan acreditaciones. El interés central no es la discusión teórica, empírica o académica del problema sino la acreditación del valor académico de sus trabajos escritos. La muy buena tarea realizada por nuestros evaluadores, y la consiguiente sugerencia de cambios en los artículos remitidos, no son sin embargo atendidos- hasta el momento- por los autores, que simplemente se abstienen de volver a presentarlos. Hemos conversado sobre estos hechos en el seno del Comité Editorial y llegamos a la conclusión que aceptamos la necesidad de acreditación de los jóvenes, originada en presiones del mundo de las instituciones burocráticas de la ciencia ajenas a nuestra voluntad, pero además *nos interesa debatir los temas propuestos*, por lo que en cada caso se lo iremos recordando a los autores. Por nuestra parte también buscaremos espacios no virtuales para realizar ese objetivo.

Finalmente, queremos participar a nuestros lectores de un conflicto académico que también podría denominarse *conflicto de acreditación*, pero que entendemos sólo es un caso de discriminación negativa en el uso de los fondos públicos fundamentado en el pomposo nombre de “la ciencia”, cuyo contenido se aproxima en estos olímpos burocráticos al de una práctica despolitizada. La denegación de fondos a las exitosas VIII Jornadas nacionales y V Latinoamericanas del Grupo Hacer la Historia sobre la Universidad Pública, por no reunir los requisitos de una “reunión científica”, cuando tienen no sólo el aval permanente de numerosas universidades nacionales y latinoamericanas, sino de un público académico reconocido y la presencia masiva de jóvenes universitarios, es un acto arbitrario más que suele ejercerse impunemente sobre aquellos eventos dirigidos a plantearse problemas desde la mirada de las clases populares. El relato sobre estos hechos figura al final de los artículos aceptados para este número. Los demás escritos presentados, que refieren a conflictos laborales contemporáneos, irán en el *próximo número de la RCS*, cuyo tema será “*Conflicto social y luchas obreras*”. Quedan todos invitados.

Inés Izaguirre
Junio de 2009

Movimientos Sociales y Lucha de Clases ¹

Por Aníbal Viguera ²

La idea de que hablar de “movimientos sociales” supone adoptar una línea de análisis contraria a la perspectiva de la “lucha de clases” se encuentra muy extendida. Suele pensarse en efecto que tematizar el conflicto social en términos de “movimientos sociales” conlleva la decisión de no querer –o no poder- hablar de “clases”; y que la perspectiva que pone la lente en la “lucha de clases” como clave explicativa de la dinámica social debería rechazar la categoría “movimientos sociales”. Pero cabe preguntarse si estamos necesariamente ante una dicotomía, si se trata de dos paradigmas indefectiblemente contrapuestos, o si podemos explorar de otra manera –quizá más productiva- esta relación.

En primer lugar cabe señalar que existe entre ambas expresiones una diferencia sustancial. La noción de “*lucha de clases*” remite necesariamente a una matriz teórica definida y no tiene sentido pensarla fuera de los presupuestos básicos de la tradición marxista. Aplicada a las sociedades contemporáneas esta matriz implica partir de una visión totalizadora de la realidad social en la que la condición *capitalista* de la misma es un elemento central e ineludible en el análisis, y que conlleva una dinámica atravesada por definición por el conflicto; pero no por cualquier conflicto o sumatoria aleatoria de conflictos emergentes sino por uno considerado a su vez como fundante de la dinámica social en su conjunto –en tanto fundada en

¹ Este trabajo es una versión corregida de la presentación realizada en el Panel sobre “Movimientos sociales y lucha de clases”, coordinado por María Celia Cotarelo y María Maneiro en el marco del *Primer Congreso Nacional “Protesta social, acción colectiva y movimientos sociales”*, UBA, marzo de 2009.

² Profesor Titular e Investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Director del CISH (Centro de Investigaciones Sociohistóricas), UNLP.





una estructura capitalista- , y que es el que define a la relación entre capital y trabajo, y por extensión a la disputa entre clases dominantes y clases subalternas. Hablar en cambio de “*movimientos sociales*” no supone necesariamente adscribir el concepto a una determinada perspectiva teórica sobre la realidad, aunque muchas veces así se lo ha pensado cuando se habla de una eventual “teoría de los movimientos sociales”. Las preguntas a las que remite esta categoría suelen ser acotadas al objeto mismo que se pretende identificar: ¿qué son los movimientos sociales? ¿Cómo surgen y se desarrollan los movimientos sociales? ¿Tal o cual acción colectiva constituye un movimiento social? De ser así, ¿qué luchas o sentidos se expresan a través de él? Si bien como veremos el concepto ha estado muchas veces vinculado a una mirada funcionalista de la totalidad social, esa adscripción teórica puede no ser el único anclaje posible a la hora de recortar un fenómeno colectivo en términos de movimiento social. Si partimos de esta diferenciación inicial, quizá entonces no sea incompatible *per se* hablar de movimientos sociales desde una lente que visualiza a la lucha de clases como constitutiva de la sociedad capitalista. De ser así, algunos desarrollos conceptuales realizados al pensar la dinámica de los fenómenos colectivos en tanto que movimientos sociales podrían combinarse con interrogantes y supuestos teóricos anclados en un enfoque de clases dando lugar a una perspectiva analítica científicamente productiva.

Movimientos sociales: breve itinerario de un concepto

Como tantos otros, el concepto “movimientos sociales” ha sido objeto de múltiples definiciones y usos, llegando incluso en algunos casos a emplearse en un sentido tan genérico que lo vuelve sinónimo de cualquier acción emprendida colectivamente en función de un interés u objetivo compartido. Sin embargo, podemos dejar rápidamente de lado

los usos más triviales y rescatar aquellas conceptualizaciones teóricamente más densas y complejas, en las que, ante todo, se pretende reservar la expresión para identificar y analizar *cierto tipo* de acciones o fenómenos colectivos. En este sentido cabe señalar que el rastreo de las definiciones que conllevan una pretensión analítica específica nos remite en primer lugar a la noción de “nuevos movimientos sociales” acuñada en Europa a mediados de los años sesenta por autores que, como Alain Touraine y Claus Offe, procuraban dar cuenta de actores colectivos emergentes cuyas características parecían requerir de nuevos conceptos para su identificación y análisis. Los movimientos ecologistas, culturales, estudiantiles, de mujeres, que en torno al ciclo de movilización de 1968 ocupaban un lugar central en la escena política, planteaban un desafío teórico al no dejarse captar fácilmente por los modelos esperados de acción colectiva de clase que solían englobarse bajo la categoría de “movimiento obrero”. Tampoco cabía ya aplicarles la clásica noción de “comportamiento colectivo” que desde fines del siglo XIX había sido empleada desde perspectivas funcionalistas y psicosociológicas para conceptualizar a las acciones colectivas que se apartaban de los canales institucionales considerados “normales” para la acción de los grupos de interés: desde esos enfoques, estos fenómenos “extrainstitucionales” eran explicados en términos de irracionalidad, de “desviaciones” producto de crisis sistémicas a las que se respondía en forma no convencional. Los “nuevos movimientos sociales” eran disruptivos, pero lejos de responder intuitivamente a situaciones críticas, lo que hacían era poner en la agenda política reclamos vinculados a clivajes que si no eran nuevos, hasta entonces no habían sido el eje de movilizaciones masivas con programas que alcanzaban altos niveles de convocatoria.





La denominación “movimientos sociales” quedaba entonces asociada a la novedad –no eran ni partidos ni sindicatos, ni meros “grupos de interés” institucionalizados-, pero también surgía como *alternativa* a la categoría de clase. Esta dimensión alternativa cobra especial desarrollo en la obra de Touraine cuando el sociólogo francés define lo que entiende como un nuevo tipo societal, al que denomina “sociedad postindustrial” o “sociedad programada”, en cuyo seno los movimientos sociales son aquellos que disputan por la libertad del sujeto frente al avance del mundo de la técnica y la racionalización. Se produce así un desplazamiento en el modo en que se concibe a la sociedad contemporánea, donde la condición *capitalista* se diluye (se naturaliza) y emerge lo postindustrial, la sociedad de la información, como rasgo constitutivo que supone nuevos conflictos sociales fundamentales que han desplazado del lugar central al clivaje capital-trabajo propio del tipo societal anterior, la “sociedad industrial”. Aquí la idea de movimiento social tiene entonces un anclaje teórico, aunque éste se distancia de la perspectiva de la lucha de clases como eje analítico de la totalidad social.

Más allá de esto, sin embargo, es importante destacar dos aspectos del enfoque tourainiano que también atraviesan su conceptualización de los movimientos sociales. En primer lugar, la categoría sigue quedando reservada para *cierto tipo* de acción colectiva: no se trata de una mera lucha por intereses específicos, ni siquiera remite a la lucha por el poder político, sino de la disputa en torno al conflicto central de la sociedad –ahora redefinido como una disputa de carácter simbólico y cultural-. Por otra parte, para Touraine se trata de un concepto analítico: los movimientos sociales no “son” *per se* actores o fenómenos colectivos, sino que el movimiento social es en realidad una dimensión analítica –observable por el sociólogo- que puede estar presente en mayor o menor medida en cualquier proceso de acción o

de identidad colectiva en tanto estos conlleven una orientación hacia el horizonte del conflicto central de la sociedad. Esto es todavía más claro en la obra de Alberto Melucci, discípulo de Touraine, para quien la dimensión del movimiento social a ser explorada como potencialmente presente en un fenómeno de acción colectiva, supone la coexistencia de tres elementos: solidaridad, conflicto y tendencia a romper los límites del sistema al que se orienta esa acción (por ejemplo, el sistema político, o el sistema de organización económica). En la misma línea, Melucci postula la categoría de “movimiento social antagónico” para identificar aquellos componentes de una acción colectiva que ponen en cuestión el control de los recursos fundamentales de una estructura económica, social, o política. Persisten entonces, en esta perspectiva encarnada por Touraine y Melucci³, al menos dos elementos analíticos fundamentales que pueden constituir un puente con un análisis anclado en otras perspectivas teóricas: por un lado, la visualización de la sociedad como atravesada por un conflicto estructural central en torno al cual puede orientarse, como un horizonte articulado con otros clivajes o *issues* más específicos, un fenómeno de acción colectiva; por el otro, ello implica que el interrogante que guía la exploración de los movimientos sociales es el que apunta a dilucidar *qué está en juego* en una acción o en una identidad colectiva, o dicho de otro modo, cuáles son los sentidos en torno a los cuales aquélla se construye. Subyace aquí la idea de que en un fenómeno concreto de acción colectiva se entremezclan sentidos diversos, objetivos específicos y horizontes totalizantes, y que es desde la lente analítica y *a partir de un interrogante teórico significativo* que esos significados pueden ser identificados –y eventualmente potenciados en la práctica misma-.

³ Ver por ejemplo Touraine, A. (1991). *Los movimientos sociales*. Buenos Aires: Almagedo; (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: FCE.; y Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.





Otra conceptualización sobre los “movimientos sociales” es la que evolucionó inicialmente al interior del ámbito académico norteamericano. Allí también, los años sesenta mostraban que los movimientos “no convencionales” emergentes no se dejaban caracterizar como acciones desviadas provocadas por individuos no integrados, así como tampoco se explicaban como “respuestas” a crisis sistémicas. Eran acciones no institucionales pero claramente intencionales, con proyectos definidos y estrategias deliberadas. En un principio, la denominada “teoría de la movilización de recursos” se propuso justamente analizar estas acciones colectivas a partir de la construcción estratégica y racional llevada adelante por los organizadores de los movimientos, movilizando a tal efecto recursos económicos y simbólicos. Con el tiempo, autores inicialmente vinculados a esta perspectiva fueron ampliando el espectro de dimensiones a considerar y dieron lugar a versiones más complejas que llegaron incluso a asumirse como una “teoría” de los movimientos sociales. El énfasis en la movilización de recursos fue desplazado por la propuesta de una verdadera agenda de investigación que propone analizar la emergencia y evolución de los movimientos sociales teniendo en cuenta varios factores: los cambios en la “estructura de oportunidades políticas”, la existencia de estructuras previas de movilización, la creación de “marcos de acción colectiva” y la conformación de repertorios estables de acción. Como base común, puede señalarse que el punto de partida está en considerar al “problema de acción colectiva” en términos de cómo los organizadores de un movimiento social –de formato no convencional- resuelven el desafío de la “coordinación social” de grupos y redes de individuos diversos y dispersos en torno a una acción colectiva exitosa, en un determinado contexto político⁴. Los desarrollos más recientes en esta

⁴ Como síntesis de esta perspectiva y una de sus expresiones más sistemáticas puede verse Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.

perspectiva son los que se centran en reforzar la presencia de la dimensión cultural en el análisis, así como los que se dedican a profundizar en la cuestión de cómo las “redes” sociales constituyen un punto central a la hora de explicar la participación individual en la acción colectiva.

A diferencia de la tradición tourainiana aquí la conceptualización de la sociedad como una totalidad atravesada estructuralmente por un conflicto central no forma parte del andamiaje analítico en el que se propone definir a los movimientos sociales. En la matriz funcionalista-pluralista que sustenta a esta perspectiva, lo que define a los movimientos es sí su carácter disruptivo, contencioso, no convencional, pero en el fondo los conflictos que los animan constituyen una casuística infinita, cuya organización en torno a coordenadas más abarcadoras no está tematizada. Tampoco el interrogante por lo que está en juego en la acción colectiva constituye un eje significativo en el análisis: “agravios” hay siempre y pueden ser de lo más diversos, se dice, lo que interesa es explorar en qué condiciones y por qué mecanismos ellos dan lugar a acciones disruptivas de protesta sostenidas en el tiempo, es decir, a *movimientos sociales*. La pregunta clave se ha desplazado entonces al *cómo* de la acción colectiva, cuando ésta requiere ser explicada al salirse de los parámetros institucionalizados –previsibles- de expresión de intereses. Lo teórico en todo caso remite a la identificación de ciertas dimensiones o variables –como la “estructura de oportunidades políticas”- que deben necesariamente tenerse en cuenta en la explicación de la protesta.

De todos modos, cabría preguntarse si esa pregunta por el *cómo* no había quedado a su vez desplazada en las tradiciones teóricas más estructurales; quizá la identificación de esos mecanismos a través de los cuales se *construye* la acción colectiva podría articularse





productivamente con las visiones que mantienen como horizonte analítico prioritario y articulador la búsqueda y la explicación teórica de los sentidos sociológicos en juego en los movimientos sociales. En este sentido, uno de los aportes más productivos que emergen explícita o implícitamente de este enfoque es el que conduce a explorar la acción colectiva de protesta en su necesaria articulación con el proceso político en su conjunto. Por otra parte, aunque no se comparta la matriz teórica que atraviesa implícitamente a estas perspectivas, de ellas puede rescatarse una advertencia que no debiera pasarse por alto, y es la que apunta a señalar que la acción colectiva no emerge naturalmente de la existencia de un conflicto o antagonismo estructural, y que incluso el sentido de la misma y sus alcances son producto de una construcción compleja que requiere ser explorada.

Estos derroteros teóricos se han presentado aquí de manera extremadamente sintética, pasando por alto innumerables variantes y matices cuya consideración excedería los límites y objetivos de este trabajo. Lo que queremos rescatar es cómo el concepto “movimientos sociales” emerge desde estas grandes dos tradiciones pretendiendo dar cuenta de determinados desafíos analíticos que enfrentaban los ámbitos académicos en los que esas perspectivas se insertaban. Lo importante a señalar aquí es que a partir de esos orígenes, la categoría “movimientos sociales” comienza a circular en ámbitos diversos en parte arrastrando esos sentidos originarios, pero también desprendiéndose imperceptiblemente de la lógica que los articulaba en sus versiones iniciales. Van sedimentando así distintos “usos” de un concepto que parece resultar necesario para identificar actores colectivos que por algún motivo se consideran novedosos, y/o especialmente significativos; en relación con la eventual dicotomía que estamos explorando aquí, esos colectivos no se dejarían captar adecuadamente como “actores de clase”. Aunque quizá, como

intentaremos argumentar, ello no sea equivalente a decir que no pueden ser examinados *desde la óptica de la lucha de clases*.

Movimientos sociales en la Argentina:

Salvando posibles excepciones o matices, podría decirse que hasta comienzos de los años ochenta la expresión “movimientos sociales” no formaba parte del modo predominante de análisis de la acción colectiva popular en la Argentina. Se estudiaba predominantemente sí al “movimiento obrero”, y se tendía a analizarlo desde una matriz en la que lo que se trataba de captar era en qué medida la acción sindical se acercaba o se apartaba del horizonte revolucionario hacia el que, se esperaba, debía naturalmente orientarse. La misma lente se aplicaba al estudio de otras expresiones de lucha a las que quizá con demasiada rapidez se adjudicaba un carácter unívocamente revolucionario sin indagar la complejidad de sentidos y orientaciones que posiblemente las atravesaran. La dictadura militar de 1976 impuso un trágico quiebre, tanto en las luchas mismas como en los estudios sobre ellas. Ni unas ni otros dejaron de llevarse a cabo, sin duda, pero experimentaron profundas transformaciones. Cabe señalar que muchos investigadores siguieron centrando su atención en los estudios sobre la clase obrera, sus luchas y organizaciones, tanto durante como después del gobierno militar. Pero con la transición a la democracia apareció también en la agenda académica y política la temática de los “nuevos movimientos sociales”. El concepto se abrió paso para identificar a actores colectivos que si no eran necesariamente nuevos cobraban una visibilidad inédita, y lo que fue quizá más significativo, despertaban expectativas novedosas. En línea con la mirada de Touraine a la que hicimos referencia más arriba, parecía que actores como los movimientos de derechos humanos, el movimiento estudiantil, los asentamientos de tierras y otras expresiones de acción colectiva





barrial, entre otros, conllevaban características distintas a las de los actores clásicos y hacían por lo tanto necesaria esa nueva denominación. Tendía a esperarse de ellos, básicamente, una renovación en las prácticas políticas que podían dar lugar a una democracia más participativa; quizá, una vez más, se le adjudicaban a estos “movimientos sociales” rasgos y efectos demasiado unívocos, pero el hecho es que desde esa lente fueron constituidos en un nuevo objeto de estudio⁵.

Más allá de la Argentina, la influencia tourainiana era nítidamente visible en un conjunto de autores que enfocaban el contexto latinoamericano, proponiendo también la existencia de los “nuevos movimientos sociales” y atribuyéndoles una renovada potencialidad transformadora y democratizadora respecto a viejos actores y viejas prácticas, aunque señalando al mismo tiempo, con cierta nostalgia, la “pérdida de horizontes totalizantes” que ellos implicaban respecto al modelo previo de politización y movilización correspondiente al “ciclo nacional-popular”. Portadores de prácticas más autónomas tendientes a “potenciar la capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma”, creadores de nuevas identidades con fuerte impacto en el plano simbólico y cultural, una rica multiplicidad de actores y prácticas aparecía ante la lente de los analistas como indicadora de una verdadera transición societal⁶. La noción de movimientos sociales entraba entonces en la agenda académica con aquel perfil de *alternativa frente a actores clásicos*, aunque con una cierta tensión

⁵ Por ejemplo, los artículos compilados en Jelin, E. (1985). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CEAL; y (1987). *Los movimientos sociales en la democracia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

⁶ Ver especialmente Calderón, F. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: CLACSO; Evers, T. (1985). “Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales”. *Punto de Vista*, no. 15; y Calderón, F. y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires: CEDES.

entre la nostalgia por los horizontes totalizantes perdidos y la confianza en una *potencialidad transformadora de nuevo tipo*.

Ahora bien, esta tendencia a explorar las manifestaciones emergentes de acción colectiva desde una lente cuyos interrogantes parecían centrarse especialmente en el plano cultural y político y en el horizonte de la consolidación democrática, sería pronto subsumida nuevamente por el reingreso en la agenda de la “cuestión social”. En efecto, el avance de las políticas de ajuste y la nueva ofensiva neoliberal que se consolidó a comienzos de los noventa hicieron que la mirada se desplazara hacia la relación entre esas medidas –con sus efectos sociales crecientemente regresivos- y la acción colectiva de los sectores afectados por ellas. En este sentido, el “neoliberalismo” se convertía en un nuevo horizonte en torno al cual se analizaban las luchas populares, siguiendo un itinerario vertiginoso marcado por la propia coyuntura socioeconómica y política. En un primer momento tendió a instalarse la idea de que el neoliberalismo, al provocar una fuerte fragmentación de los sectores populares –dentro de la cual se incluía una cierta reversión en la capacidad de lucha del movimiento obrero- generaba un efecto negativo respecto a la protesta social, la que tendía a decrecer o al menos a volverse focalizada y defensiva. En ese marco de análisis, la expresión “movimientos sociales” cumplía ahora la función de identificar precisamente a ese conglomerado de actores y acciones dispersos, fragmentados, atravesados por un horizonte común de resistencia al neoliberalismo pero incapaces de traducirlo en prácticas articuladas y totalizadoras⁷. Los horizontes “nacional-popular” o “revolucionario” del pasado operaban aquí como contrastes en torno a los cuales el concepto que nos ocupa se resignificaba para dar cuenta de la forma en que la dura realidad social

⁷ García Delgado, D. (1994). *Estado & Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Flacso/Norma.





del neoliberalismo repercutía –negativamente en principio- sobre la acción colectiva.

A partir de 1996-1997, sin embargo, la creciente proliferación de actores, episodios de resistencia, nuevos repertorios e identidades colectivas –la más visible de las cuales fue sin duda la de los “movimientos de trabajadores desocupados”- provocó un nuevo deslizamiento analítico; el neoliberalismo ya no parecía obstaculizar la protesta, sino que era el factor desencadenante de una creciente movilización que a la vez estaba atravesada por la novedad. “Movimientos sociales” pasaba a ser entonces el concepto que podía englobar a todas esas manifestaciones, tan diversas como contundentes, en la medida en que excedían, una vez más, los contornos de los actores “clásicos” a la vez que conllevaban una fuerte impronta disruptiva y de algún modo convergían en torno a un conflicto central, ya no definido a partir de la condición capitalista de la sociedad sino del modo específicamente neoliberal de acumulación consolidado en los noventa. Paralelamente, de todos modos, los estudios académicos fueron afinando sus recortes, para centrarse cada vez más en el análisis de cada una de esas manifestaciones de resistencia y las que fueron surgiendo al calor de la crisis –movimientos de desocupados, fábricas recuperadas, asambleas barriales, colectivos culturales, “estallidos”-, a la vez que se sumaban enfoques y perspectivas al análisis del movimiento obrero y se retomaban, con nuevas preguntas, los estudios sobre actores específicos como los movimientos por los derechos humanos y otros colectivos ligados a demandas puntuales “de matriz cívica”⁸. Por otra parte, el carácter

⁸ Sin pretender en este ensayo dar cuenta exhaustivamente de la bibliografía sobre estos temas, cabe citar aquí solo a título ilustrativo los trabajos de Javier Auyero, Maristella Svampa, las investigaciones realizadas en los proyectos dirigidos por Norma Giarracca, Adrián Scribano, Federico Schuster, Gabriela Delamata, entre otros. Entre quienes siguieron trabajando específicamente sobre el movimiento obrero cabe mencionar a los investigadores del PIMSA, en particular Nicolás Iñigo Carrera.

efímero y cambiante de muchos fenómenos colectivos convocaba incluso a adoptar expresiones que –como “protesta social”- permitieran captar esa dimensión que la imagen más orgánica y perdurable del “movimiento social” corría el riesgo de ocultar⁹. Al mismo tiempo, desde los enfoques etnográficos tiende a cuestionarse la noción a veces demasiado unívoca de “movimientos” para abrir paso al estudio de los entramados territoriales y simbólicos del mundo popular que en todo caso exceden e incluyen a aquéllos¹⁰.

El nuevo énfasis en la especificidad de los objetos de estudio y su condición de alta volatilidad y complejidad tendió entonces a desalentar el uso del genérico “movimientos sociales” y sobre todo la pretensión de dotar al concepto de una significación precisa. Éste había quedado instalado, de todos modos, cargando –en combinaciones no necesariamente precisas- con los sentidos que habían ido sedimentando en su recorrido: prácticas y actores “novedosos”, no convencionales, disruptivos, fragmentados aunque pasibles de ser dotados de un horizonte común ligado a un conflicto central, potencialidad transformadora. Este último aspecto reaparecía fundamentalmente en perspectivas que, en el nuevo contexto posneoliberal –a veces extendido al mundo globalizado- adjudicaban precisamente a estos actores nuevos la capacidad y el protagonismo revolucionarios que desde otras visiones seguía estando depositado en la clase obrera tomada en sentido estricto. Así planteada la ecuación, los movimientos sociales parecían reforzar su carácter *alternativo*

Resumo aquí algunas líneas de un itinerario analítico que hemos analizado en mayor detalle en Iuliano, R. Pinedo, J. y Viguera, A. (2007). “El campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática”. En Camou, Antonio, Cristina Tortti y Aníbal Viguera (coord.). *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires: Prometeo.

⁹ Schuster, F. Y Pereyra, S. (2001). “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”, op. cit.

¹⁰ Un análisis comparado de este tipo de trabajos (como por ejemplo los de Virginia Manzano, Julieta Quirós, Cecilia Ferraudi, entre otros) puede verse en D’Amico y Pinedo, en prensa.





frente a la noción de clase, alimentando la mirada dicotómica que este trabajo se propone explorar críticamente.

Los movimientos sociales desde la óptica de la lucha de clases

Desde la tradición marxista el tema de la acción social colectiva se definió desde un principio en términos de la identificación de actores centrales en función de la estructura de clases, considerada como el principio articulador del análisis de la totalidad social y del antagonismo inherente que la atraviesa. La existencia de un conflicto central y la conceptualización de un “sujeto esperado” desde la teoría, ha sido la clave analítica de este paradigma y el eje de una serie de desarrollos y debates. Un problema que se plantea desde esta perspectiva es el de las condiciones de emergencia de la clase *como actor* –momento diferente al de la existencia misma de una estructura de clases- y *como sujeto* que lleva adelante un proyecto determinado de cambio estructural. En este sentido, la definición misma del concepto de clase constituye un primer desafío analítico; la conformación de la correspondiente “conciencia de clase” y la existencia o no de una acción colectiva “de clase” es un segundo momento que ha promovido importantes debates al interior del propio marxismo, así como el dilema de cómo conceptualizar a los actores que no se conforman explícita y/o nítidamente en torno a clivajes clasistas. Las reflexiones de Antonio Gramsci aportaron una importante complejización de la cuestión centrada en la *construcción política* de la acción colectiva en un contexto redefinido en términos de hegemonía; la tradición de la Escuela de Frankfurt, la obra historiográfica de E. P. Thompson y en general de la sociología histórica británica, el marxismo analítico, las distintas vertientes del “autonomismo”, la salida “posmarxista” de Laclau, son algunas líneas centrales de un itinerario que ha estado en

buena medida marcado por la necesidad de dar cuenta de esos desafíos analíticos¹¹.

Lejos de invalidar los supuestos fundamentales del análisis de clase, estos desafíos convergen quizá sí en torno a la necesidad de explorar los microfundamentos y los complejos entramados de sentido de la lucha y la protesta, de esa acción colectiva que sin dejar de estar atravesada por el conflicto de clase, suele estar permeada a la vez por el sentido común dominante y aparecer en formas y actores cambiantes como los que la noción de movimientos sociales buscó aprehender desde su aparición. En este sentido, retomando lo planteado al principio de estas notas, la “lucha de clases” puede entenderse como una lente que en su sentido más amplio remite a las múltiples formas en que se manifiestan tanto la construcción de la hegemonía por los sectores dominantes, como las resistencias contra-hegemónicas de los sectores subalternos. Esa lente analítica supone entonces partir de un interrogante significativo central a la hora de analizar las diversas manifestaciones de resistencia y protesta, que conduce a indagar en qué medida, de qué modos, y con qué sentidos la dinámica hegemonía-contrahegemonía se desarrolla en y a través de ellas. Buscar sólo “la clase” en la acción colectiva de resistencia, o rescatar sólo los sentidos “clasistas” en ella, puede dejar en el camino muchas cuestiones importantes. Pero tanto los actores y repertorios “clásicos” de la política y el conflicto –partidos, sindicatos, huelgas– como otros fenómenos colectivos muy diversos, a veces fragmentarios, muchas veces efímeros, pueden ser analizados en toda su significación sociológica y política si se los interpela precisamente desde la perspectiva de la lucha de clases: es decir, desde esa lente que de manera no excluyente pero sí ineludible, procura captar el complejo

¹¹ Un interesante seguimiento crítico de estos itinerarios puede verse en Caínzos, M. (1989). “Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo”. *Zona Abierta*, 50.





entramado de dominación y resistencia, de reproducción y disrupción del orden social, que inevitablemente los atraviesa. Es aquí donde hablar de “movimientos sociales” no resulta necesariamente incompatible con pensar desde la lucha de clases como interrogante central; es aquí también donde muchos desarrollos analíticos pensados para tratar de captar los mecanismos de emergencia y desarrollo de la acción colectiva de protesta, o para explorar la complejidad de significados presentes en un hecho colectivo, pueden capitalizarse en función de las preguntas teóricas que dicho interrogante dispara.

Es este interrogante por la “lucha de clases”, así concebido, el que recorre implícita o explícitamente la mayor parte de los trabajos que vienen analizando la acción colectiva de protesta y resistencia en la Argentina contemporánea, aún cuando recorten sus objetos de estudio en términos “no clasistas” como pueden ser los de movimientos sociales, protesta social, o denominaciones más específicas. Puede apreciarse en ellos una productiva convergencia de perspectivas analíticas que, lejos de constituir un eclecticismo anodino, permiten explorar en profundidad ese complejo entramado de prácticas y sentidos que atraviesan tanto a los actores más clásicos como los sindicatos, como a los fenómenos emergentes en el contexto posneoliberal. Es claro que en las acciones, prácticas y discursos de todos los actores que conforman el campo popular, se conjugan elementos disruptivos, clasistas, antagónicos, con elementos en los que se pone de manifiesto la dominación, la hegemonía, la reproducción, la naturalización del orden social. Lllamarlos o no *movimientos sociales* puede ser un dato secundario e irrelevante mientras analicemos a ese multifacético entramado popular a partir de interrogantes teóricos –y políticos- significativos. Sin ser excluyente, *la lente de la lucha de clases* sigue siendo en ese sentido un interrogante analítico central, articulador e ineludible en tanto apunta a captar y

explicar esa compleja dialéctica entre dominación y resistencia, hegemonía y contrahegemonía, reproducción y disrupción de cuyo desarrollo depende el rumbo que tome la totalidad social.



BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- Auyero, J. (2002). *La protesta*. Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Caínzos, M. (1989). "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo". *Zona Abierta*, 50.
- Calderón, F. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: CLACSO.
- Calderón, F. y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires: CEDES.
- Cotarelo, M. C. e Iñigo Carrera, N. (2004). "Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993-2001". *PIMSA, Documentos y Comunicaciones* n° 8.
- D'amico, M. V. y Pinedo, J. (2009). "Debates y derivas en investigaciones sobre "los piqueteros". Una bitácora de lectura". *Revista Sociohistórica*, N° 25 (en prensa, aceptado para su publicación).
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba-Libros del Rojas N° 8.
- _____ (Comp.) (2005). *Ciudadanía y Territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Evers, T. (1985). "Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales". *Punto de Vista*, no. 15.
- García Delgado, D. (1994). *Estado & Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Flacso/Norma.



- Giarraca, N. (Ed.) (2001). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2001). "Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual". *Cuadernos del Sur*, N° 31.
- Iuliano, R. Pinedo, J. y Viguera, A. (2007). "El campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática". En Camou, Antonio, Cristina Tortti y Aníbal Viguera (coord.). *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires: Prometeo.
- Jelin, E. (Ed.), (1985). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CEAL.
- _____ (1987). *Los movimientos sociales en la democracia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Naishtat, F., Schuster, F., Nardacchione G. et al. (Comp.) (2005). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.
- Scribano, A (comp) (2005). *Geometría del conflicto: estudios sobre acción colectiva y conflicto social*. Córdoba: Editorial Universitas.
- Schuster, F. Y Pereyra, S. (2001). "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política". En Giarraca, Norma, (Ed.): *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.
- Touraine, A. (1991). *Los movimientos sociales*. Buenos Aires: Almagesto.
- _____ (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: FCE.





¿Desembarazarse de Marx? Avatares del concepto de clases sociales

María Celia Duek y Graciela Inda *

Resumen

¿Es la teoría de Marx la expresión exclusiva de *su propio* tiempo histórico y no puede pretender explicar una época posterior? Son muchas las voces que pregonan el agotamiento de los “antiguos” conceptos de clase y lucha de clases -en la medida en que serían incapaces de dar cuenta de las “nuevas” y “más complejas” realidades-, y la necesidad de suplantarlos por nuevas nociones. Frente a dicho menosprecio, en este trabajo se enfatiza el carácter primordial e insustituible del análisis en términos de clases y, en consecuencia, se retoma la discusión teórica en torno a este concepto. A través de sus páginas, se examinan las diferencias entre las dos grandes perspectivas teóricas sobre las clases sociales: la teoría marxista y el amplio abanico de la sociología académica.

Palabras clave

Clases sociales – lucha de clases – movimientos sociales – marxismo – funcionalismo

Get rid of Marx?

Ups and downs in the concept of social class

Summary

Is Marx's theory the exclusive expression of its own historical time and therefore it cannot seek to explain a later time? Many are the voices that proclaim the exhaustion of the "old" concepts of class and class struggle – for they would be unable to take into account the "new" and “more complex” realities -, and the need to supplant them for new notions. Before this contempt, this work emphasizes the primordial and irreplaceable character of analysis in terms of classes and, in consequence, the theoretical discussion is taken up around this concept. Through these pages, the differences are examined between the two broad theoretical perspectives on social classes: the Marxist theory and the wide spectrum of academic sociology.

Key Words

Social classes - Class struggle - social movements – Marxism - functionalism

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales – Universidad Nacional de Cuyo

La irrupción teórica de las luchas sin clases

En las últimas dos o tres décadas las denominadas ciencias sociales se han visto caracterizadas fuertemente por el desplazamiento de sus conceptos fuertes, y en particular, del análisis en términos de clases y de lucha de clases, y el reemplazo por “nuevas” nociones, destinadas a explicar realidades presuntuosamente inéditas.

Desde nuestra perspectiva, esta pérdida de atractivo académico de los conceptos que otrora definían constitutivamente el análisis de lo social no obedece ni a la desaparición histórica de las clases y sus luchas, ni al agotamiento de la eficacia explicativa de las teorías de las clases. La explicación última de este viraje teórico debe buscarse en grandes transformaciones a nivel mundial y nacional (caída de los “socialismos reales”, agresiva avanzada militar norteamericana en el resto del mundo, dictaduras militares en América Latina en los setenta y auge de las políticas neoliberales durante los años noventa, etc.), que tienen su impacto en el terreno ideológico y que repercuten, por tanto, en el mundo académico y en el debate intelectual, pues las posiciones teóricas representan tendencias, posiciones, que tienen su origen en otro lado: en los antagonismos sociales. En este sentido, no pueden dejar de mencionarse como factores que contribuyen a explicar la caída en desuso de conceptos fundamentales, la hegemonía ideológica del neoliberalismo y, en el plano de las “ciencias sociales”, el abandono de la teoría y de los llamados “grandes relatos”, impulsado por el discurso posmoderno, indisputablemente dominante en los últimos quince años del siglo XX.

El lugar antes ocupado por los conceptos centrales del materialismo histórico (modo de producción, formación social, ideología, dominación, infraestructura económica, lucha de clases, clases, etc.), e incluso por las categorías de la sociología académica que se le oponían (estratos, sistema social, adaptación, funciones sociales, status, poder, etc.) no





ha quedado vacío. Aparecen nuevos términos que hegemonizan las investigaciones y debates en ciencia social: ciudadanía, movimientos sociales, sociedad civil, espacio público, pobreza, exclusión social, vulnerabilidad, nuevas desigualdades, cuestión social, nuevos actores o sujetos, condición humana, posmodernidad, sociedad mediática, etc.

Creemos que el advenimiento de nuevas nociones es indicador de la presencia de una nueva “problemática” teórica, una nueva matriz de preguntas que domina en la teoría social y se sitúa en una verdadera discontinuidad / oposición respecto de la problemática del marxismo. Esta nueva problemática teórica es, en el terreno específico del estudio de la estructura social, la de la integración y exclusión social y más recientemente, la de la “cohesión social”. Más allá de las diferentes terminologías empleadas, el supuesto fundante de este desplazamiento es que las sociedades actuales son radicalmente diferentes a las sociedades capitalistas del siglo XIX y siglo XX. Subyace la idea de que estamos ante un nuevo tipo de sociedad, más “compleja”, que ya no puede ser explicada por las antiguas categorías. Esta sociedad presentaría “múltiples” contradicciones, mayor “heterogeneidad” y “fragmentación” de los actores sociales y de los escenarios de conflicto, así como la aparición de fenómenos que no remitirían a las categorías antiguas de la explotación.

Contra el “determinismo” y “esencialismo” de los teóricos de las clases, aparece un posmarxismo que cuestiona el “reduccionismo clasista” y se fija en el surgimiento de reivindicaciones parciales y acotadas, articuladas en los “nuevos movimientos sociales”, precisamente definidos por el hecho de que sus bases y consignas trascienden los límites de las clases.

En el contexto de estas nuevas modas intelectuales, nos permitimos disentir y señalar que no se ha inventado aún un concepto para la

explicación de la sociedad y la historia capaz de suplantarse en su eficacia al multidimensional concepto de clases sociales.

Para que deje de ser pertinente el análisis de clase tendría que desaparecer, no sólo el capitalismo, con sus contradicciones de clase específicas, sino la división misma entre propiedad y no propiedad de los medios de producción, o lo que es lo mismo, el divorcio entre los trabajadores directos y los medios de producción. No cabe duda alguna de que el capitalismo no sólo sigue existiendo, sino que se ha expandido en forma prodigiosa en todo el mundo, sometiendo o disolviendo los otros tipos de relaciones sociales.

Esto no significa negar que las clases sociales y sus fracciones, así como las relaciones que mantienen entre sí, hayan sufrido transformaciones importantes en las últimas décadas y que estas transformaciones ameriten profundas investigaciones y análisis concretos de formaciones sociales también concretas. Sucede que los cambios en las condiciones de vida o en los ingresos de los miembros de las diferentes clases o los que afectan la importancia numérica de las mismas o los referentes a sus posiciones en las relaciones de fuerza, son procesos que afectan a las clases sociales, pero de ninguna manera desmienten su existencia. Como se pregunta Balibar, “(...) no será una gigantesca impostura proclamar así la desaparición de las clases en un momento (los años setenta y ochenta) y en un lugar (la crisis económica mundial, comparada por los economistas con la crisis de los años treinta) en los que se observan una serie de fenómenos sociales que el marxismo relaciona con la explotación y la lucha de clases: empobrecimiento masivo, paro, desindustrialización acelerada (...)”¹.

¹ Balibar, E. y Wallerstein, E. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA. Pág. 245.





En relación a la problemática de los movimientos sociales, es preciso preguntarse seriamente si los llamados “nuevos movimientos sociales” vienen a dar por tierra, como presumen algunos, con las contradicciones de clase. ¿No será que las “identidades blandas” (de género, de raza, generacionales, religiosas, etc.) no sustituyen a las “viejas” identidades (de clase, nacionales) sino que coexisten? Lo que es cuestionable de los enfoques actuales no es la atención prestada a los “nuevos sujetos” o nuevos agentes sino el hecho de que se los coloque como eje exclusivo del análisis social y político, expulsando totalmente la categoría de lucha de clases, con lo cual esos enfoques caen recurrentemente en posiciones idealistas que acentúan lo hermenéutico discursivo en desmedro de las condiciones materiales.

No es entonces que no existan desigualdades específicas y concentradas en determinados conjuntos de agentes sociales (mujeres, jóvenes, minorías raciales, etc.), distintas de las desigualdades de clase, ni que esas desigualdades sean menos opresivas para quienes las padecen. La división en clases no es el terreno exhaustivo de constitución de todo poder: las relaciones de poder desbordan a las relaciones de clase. No son su simple consecuencia ni tienen formas idénticas. Pero lo que es cierto es que tales desigualdades o tales relaciones de poder -las relaciones hombre/ mujer, por ejemplo-, sin perder su especificidad, están atravesadas por la división en clases. La posición de subordinación de la mujer en la clase obrera no se equipara sin más a la de la mujer en la clase burguesa. Pero además, y como dice Atilio Borón, en la sociedad capitalista las desigualdades clasistas tienen un predominio indiscutido sobre cualquier otra, “porque en el límite el capitalismo podría llegar a admitir la absoluta igualdad social en materia de raza, lengua, religión o género, pero no puede hacer lo propio con las clases sociales. La igualación de las clases significa el fin de la sociedad de clases. Por consiguiente, la estructura clasista cristaliza un tipo especial de desigualdad cuya abolición

produciría el inmediato derrumbe de las fuerzas mismas de poder económico, social y político de la clase dominante. Tal como lo anotara Ellen Meiksins Wood, el capitalismo puede admitir y promover el “florecimiento de la sociedad civil” y las más irrestrictas expresiones de ‘la otredad’ o ‘lo diferente’, como gustan plantear los posmodernos. Pero hay una desigualdad que es un tabú intocable, y que no se puede atacar: la desigualdad de clases. Los posmodernos y los neoliberales son verdaderos campeones en la lucha por la igualdad en todas las esferas de la vida social, menos en el espinoso terreno de las clases sociales, ante las cuales guardan un cómplice silencio”².

Hay que decir también que, afortunadamente, en los últimos cinco a diez años han comenzado a sentirse en diversos circuitos intelectuales algunas voces que dan cuenta de una cierta recuperación de estas herramientas explicativas fuertes. La desilusión en Latinoamérica respecto de los regímenes liberales y el retorno de gobiernos nacional-populares en varios de sus países constituye el trasfondo político de este rescate conceptual (aún extremadamente débil).

Junto a estas voces que resisten el menosprecio del análisis de la estructura social en términos de clases y lucha de clases, y en la medida en que lo consideramos valioso e insustituible, creemos oportuno revivir la discusión teórica en torno a estos conceptos.

En lo que sigue, nos proponemos analizar las diferencias entre las que consideramos las dos grandes perspectivas teóricas sobre las clases sociales: la teoría marxista (y aquí tomamos cierto recorrido teórico que avanza desde Marx, Engels, Lenin hasta Nicos Poulantzas) y el amplio espectro de la sociología académica (en el que inscribimos a Pareto, Schumpeter, Weber, Parsons, Davis y Moore, Barber, Lenski, Dahrendorf y Bourdieu, entre otros). A los desarrollos de estos autores

² Borón, A. (2000). *Tras el búho de minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica. Pág. 46.





de inspiración weberiana o parsoniana los agruparemos bajo la denominación amplia y no poco conflictiva de teorías “funcionalistas” de las clases³. Aunque no de manera abierta ni explícita, en esta segunda corriente, paradójicamente, hunden sus raíces muchos de los pretendidamente nuevos paradigmas teóricos.

Lejos de todo eclecticismo, partimos de la tesis de la discontinuidad cualitativa entre los dos grandes enfoques mencionados. Mostrar esta diferencia irreductible, al menos en algunos puntos esenciales, es el objeto de este trabajo. Naturalmente, recurriremos a la “generalización” para poder comparar. Diremos “el marxismo” o “la sociología académica”, refiriéndonos a tendencias que dominan, a representaciones que son mayoritarias, sin entrar en cada punto en las consideraciones de los autores particulares, que obviamente pueden tener ciertas divergencias⁴.

Teoría marxista de las clases versus sociologías de la estratificación

Evidentemente desde ambos discursos se admite que las sociedades no son homogéneas sino que se presentan divididas en clases sociales o estratos, y es esta división la que tratan de explicar. Pero desde el concepto de clase en adelante, todo difiere. ¿Cómo se define la clase?

³ Al decir teorías “funcionalistas” de las clases no estamos usando el término en el sentido tradicional estrecho, que lo restringe a una corriente teórica muy específica (estructural-funcionalismo) que reconoce su origen en el positivismo, el evolucionismo o la antropología organicista (Malinowski, Spencer, Comte, Radcliffe-Brown). Por el contrario, al hablar de problemática “funcionalista” de las clases sociales concebimos el término en un sentido mucho más amplio, que es el que sugiere Nicole Laurin-Frenette, y que implica incluir a un conjunto de teorías que están fundadas sobre los mismos postulados relativos a la naturaleza del individuo y de la sociedad, independientemente de que sus autores se reconozcan o no como parte de esa tradición (para más detalle, véase Laurin-Frenette, N. 1989. *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*. Madrid: Siglo veintiuno editores).

⁴ Un estudio detallado de las concepciones de cada autor lo hemos realizado en otra parte. Véase Duek, C. (2005). *Clases sociales. Teoría marxista y teorías funcionalistas*. Buenos Aires: Libronauta Argentina.

O también, ¿qué es lo que determina que los agentes pertenezcan a una clase y no a otra?

La respuesta marxista no contiene ambigüedades: son las *relaciones de producción* las que constituyen el fundamento de la división. Las clases son definidas como conjuntos de agentes determinados principalmente por su lugar en el proceso de producción -aunque no en forma exclusiva, ya que lo político y lo ideológico juegan igualmente un papel muy importante-.

Del lado de las teorías “funcionalistas” tenemos en cada autor una definición del concepto en términos propios -lo que no significa necesariamente contenidos diferentes-, pero lo que es evidente es que todos rechazan la definición materialista de las clases por las relaciones de producción, en última instancia por la relación de los agentes con los medios de producción.

En tanto para el marxismo las *relaciones de producción* son fundamentales en la determinación de las clases, ciertos teóricos no marxistas intentan sustituir las relaciones de producción por *relaciones de dominación* como causa determinante de las clases sociales. Así, en sus enfoques, es la participación en el “dominio”, “autoridad” o “poder” en las instituciones autoritarias lo que funda las clases. El caso de Ralf Dahrendorf, por citar alguno, es paradigmático al respecto. Su propósito es tratar de rebasar una concepción “economicista” de las clases sociales, al proponer que éstas se fundan en la *distribución global del poder* en todos los niveles en el interior de las sociedades “autoritarias”, siendo las clases “económicas” sólo un tipo particular de clases.

“Las estructuras de autoridad o dominación tanto si se trata de sociedades completas como, dentro de éstas, de determinados ámbitos institucionales (p. ej., la industria), constituyen, dentro de la teoría aquí





representada, la causa determinante de la constitución de las clases y de los conflictos de clase. [...] El control de los medios de producción constituye tan sólo un caso particular de dominación y su conexión con la propiedad privada legal, un fenómeno, en principio casual, de las sociedades industrializadas europeas. Las clases no están vinculadas a la propiedad privada, a la industria o a la economía, sino que, como elementos estructurales y factores causantes de los cambios de estructura, lo están a su causa determinante: al dominio y a la distribución de éste. Sobre la base de un concepto de clase, definido en función de las situaciones de dominio o autoridad, puede formularse una teoría que abarque tanto los hechos descritos por Marx relativos a una realidad pretérita, como los relacionados con la realidad evolucionada de las sociedades industriales desarrolladas”⁵.

En los análisis marxistas, a diferencia de las concepciones institucionalistas, el concepto de poder se refiere a la capacidad de una *clase* para realizar intereses objetivos específicos. Es decir que este concepto se relaciona con el campo de las prácticas de “clase” y tiene como marco de referencia la lucha de clases en una sociedad dividida en clases. La relación de poder es aquí una relación de dominio y subordinación caracterizada por el conflicto de clases, donde la capacidad de una clase para realizar sus intereses está en oposición a la capacidad e intereses de otras clases.

Otros representantes de la sociología académica, derivan las clases de las diferencias de status. Ahora bien, ya sea que dependan de la desigual distribución del *poder* o de la desigual distribución del *status*, lo que está detrás de las desigualdades de clase en la problemática “funcionalista” son siempre -si se lleva el análisis hasta sus últimas consecuencias- las *diferencias individuales* de atributos, aptitudes,

⁵ Dahrendorf, R. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Rialp. Pág. 180.

disposiciones, orientaciones, intereses. Es el valor personal expresado en las cualidades y logros lo que en definitiva decide el lugar del individuo en la estratificación social.

Toda esta representación es indisociable de la del *mérito* como criterio determinante para la ordenación social. Las relaciones sociales son, desde esta perspectiva, relaciones de competencia en las que triunfan los mejores, es decir, los que por su esfuerzo, voluntad y lucha, resultan ser los más competentes para actualizar sus cualidades. La sociedad reconoce el mérito de estos individuos, que pasan así a ocupar posiciones distinguidas.

Pese a ser fundamental, este importante principio de la problemática “funcionalista” de las clases rara vez aparece expresado sin tapujos. Vilfredo Pareto y Joseph Schumpeter son de los pocos que se atreven a enunciarlo con todas sus letras.

En Schumpeter, la consideración de factores subjetivos (disposiciones y comportamientos de los individuos) es esencial para la comprensión del éxito y del fracaso económicos y de la movilidad social ascendente y descendente. Las posiciones de clase de las familias, así como los cambios que experimentan, se explican primordialmente por las aptitudes y conductas de sus miembros. Así por ejemplo, la disposición para ahorrar, la aptitud para el liderazgo o la capacidad de innovación - entendidas como virtudes de sus integrantes- serían causas importantes de la posición aventajada de algunas dinastías económicas⁶.

Esta es una primera diferencia importante en la conceptualización de las clases desde una y otra posición teórica. De un lado, un punto de vista *materialista* y *antihumanista teórico* que destaca la base

⁶ Véase Schumpeter, J. (1965). *Imperialismo. Clases sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.





económica material de la división de la sociedad en clases. De otro, un enfoque *individualista y humanista* que remite todo hecho social a la acción individual. Veámoslo un poco más de cerca.

El materialismo histórico afirma la existencia de lugares objetivos en el proceso de producción y en la división social del trabajo en su conjunto, es decir, lugares objetivos en las relaciones económicas, políticas e ideológicas que son ocupados por los agentes, independientemente de su voluntad. Los hombres participan y actúan en estas relaciones, pero no lo hacen como “sujetos en un contrato libre” sino en tanto prisioneros de esta relación. Según Marx, los hombres son “portadores” de una función, “soportes” de una relación en el proceso de producción⁷. En esto anida su “antihumanismo teórico”.

Se puede decir que en el proceso de conocimiento que caracteriza a la teoría marxista, el individuo se encuentra “al final del camino” y nunca es la instancia determinante. La posición no humanista de Marx consiste justamente en este rechazo a fundar en el concepto de “hombre” la explicación de las formaciones sociales y su historia.

En el aparato conceptual “funcionalista”, por el contrario, la categoría de individuo o de actor tiene una importancia preponderante. De hecho, estas teorías parten de la naturaleza individual del actor para explicar la acción social, y a través de ésta, el hecho social. Más allá de todos los rodeos y mediaciones, la desigualdad social o estratificación es producto de desigualdades originales entre los individuos o actores.

⁷ Al respecto, recuérdese la advertencia hecha en el prólogo de *El capital*: “En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las *personas* en cuanto *personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase*. Quien como yo concibe el *desarrollo de la formación económica de la sociedad* como un *proceso histórico-natural*, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas” (Marx, C. (1982). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: Fondo de cultura económica. Pág. XV).

“Así, pues, la desigualdad social (económica, política o de otro tipo) nunca es concebida como la condición y el resultado de prácticas colectivas, determinados por la naturaleza de los procesos sociales capitalistas y encadenados a la explotación, la dominación y la opresión que ellos mismos implican. Es concebida, por el contrario, del mismo modo que todo hecho social: como una necesidad inscrita en la naturaleza humana, como una contribución a la armonía esencial entre el individuo, por un lado, y la sociedad como sistema de relaciones racionales entre estas individualidades, necesarias para su respectiva realización, por otro”⁸.

Pero no disponemos de espacio para explayarnos en cuanto al humanismo de esta sociología de la acción. Lo que importa retener es que se vislumbra en este aspecto de las teorías de las clases una verdadera contraposición entre esta problemática y la marxista.

Los distintos criterios para la determinación de las clases se corresponden a su vez con diferentes figuras o formas de representación espacial de la estructura de clases.

En el “funcionalismo” la estratificación social expresa la desigual distribución de una propiedad cuantificable -poder, capital, status, prestigio-, por lo tanto se puede representar gráficamente como una *escala continua e ininterrumpida de posiciones individuales*, ordenadas jerárquicamente según el grado en que se posea ese atributo, desde los niveles inferiores hasta los superiores. Los “estratos” -término exclusivo de la problemática “funcionalista” de las clases- designan la agrupación de individuos en posiciones cercanas, según límites aportados de manera relativamente arbitraria por el propio científico que estudia el fenómeno. La estratificación social es, en síntesis, una jerarquía gradual en la que los sujetos particulares se alinean,

⁸ Laurin-Frenette, N. (1989). *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*. Madrid: Siglo veintiuno editores. Pág. 8.





situándose en escalones superiores o inferiores según la magnitud de su poder o de su prestigio.

Luego, la reunión en clases de los hombres en condiciones similares es una *división analítica*, una construcción en base a algún criterio o conjunto de criterios. Esto significa que los individuos son previos a las clases y éstas no son más que *conglomerados de individuos*. Las clases resultantes del análisis pueden ser, en cantidad, infinitas, según la pauta empleada. Hasta podría haber tantas clases como individuos.

Finalmente, la imagen de una línea gradual ascendente o la imagen alternativa pero no contradictoria de una pirámide, autorizan a pensar en términos de clases “altas”, “medias” y “bajas”, o bien “superiores”, “medias” e “inferiores”.

Entonces, en la literatura de la estratificación social, las clases terminan siendo, muchas veces, simples categorías estadísticas: series de personas que tienen en común ciertas características mensurables, cierta posición social. Este es el sentido del concepto de clases sociales en esta corriente sociológica: agrupaciones de personas cercanas aunque distintas, jerarquizadas en un sistema de estratificación. Clases, estratos y capas suelen ser términos intercambiables.

En el pensamiento marxista todo esto es por completo distinto. El término “estratificación” no es aceptado como sinónimo de estructura de clases; no forma parte del sistema conceptual marxista. Las clases tampoco son estratos o capas superpuestas; no integran un *continuum* que haría desaparecer las barreras de clase en su sentido fuerte.

En contraste con la figura de la escala continua, la representación marxista de la estructura de clases es la de un sistema constituido por *lugares antagónicos y contradictorios*. En el modo de producción, nivel

de máxima abstracción, estos lugares son dos: el de la propiedad de los medios de producción y el del trabajo. En función de las relaciones de producción (relación de los agentes con los medios y por este rodeo, de los hombres entre ellos), las dos clases antagónicas de todo modo de producción son: la clase explotadora, política e ideológicamente dominante, y la clase explotada, política e ideológicamente dominada.

Como se puede ver, es la contradicción la que domina; las relaciones de clase se definen por la contradicción. Las diferencias de clase no son diferencias de grado, diferencias cuantitativas o de magnitud respecto de alguna variable. No se trata del ordenamiento de unidades individuales en torno a una línea ininterrumpida, que expresaría diferentes grados de éxito en la obtención de un mismo bien escaso. Se trata en cambio de lugares cualitativamente diferentes, constituidos unos en oposición a los otros y condicionados recíprocamente.

En el modo de producción capitalista, por ejemplo, la existencia de un lado de una clase que no posee más que su capacidad de trabajo, es condición para la acumulación de capital en otro lado, es decir, para la existencia de la clase burguesa. Y es que para la teoría marxista, las clases no existen por sí mismas sino que se definen por las relaciones que se establecen entre ellas, lo que significa además que es la lucha de clases la que determina la existencia de las clases y no a la inversa.

“Las clases sociales significan para el marxismo, en un *único y mismo* movimiento, contradicciones y *lucha de clases*: las clases sociales no existen *primero*, como tales, para entrar *después* en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases *sin* lucha de clases. Las clases





sociales cubren *prácticas de clase*, es decir la lucha de clases, y no se dan sino en su *oposición*⁹.

Sintetizando, hay una ruptura entre ambas representaciones. Si para el “funcionalismo” las clases son conglomerados de individuos, agrupaciones de personas, para el materialismo histórico el aspecto principal en la cuestión de las clases es el de los *lugares* en la lucha de clases, no el de los agentes que las componen. El individuo no es la base sobre la que se forman las clases.

La idea de que los hombres existen primero como “simples individuos”, y sólo entonces se coaligan en clases (considerando a éstas como una formación secundaria) no es aceptada por el marxismo. Para esta teoría, la sociedad no es en principio un conglomerado de individuos que, en un segundo momento, se pueden reagrupar en clases, las cuales a su vez, en un tercer momento y bajo ciertas condiciones particulares, pueden establecer luchas.

La sucesión lógica ‘individuos → clases → conflicto de clases’, que subyace a la aproximación “funcionalista”, no es compatible con la problemática antihumanista de Marx y sus sucesores. Ni el individuo es previo a las clases ni éstas anteceden a la lucha de clases. En relación a lo primero, convengamos que:

“Desde el punto de vista del marxismo, los hombres siempre actúan de acuerdo a las relaciones antagónicas de clase que rigen su existencia. Históricamente, siempre se mueven, no en su individualidad profunda y única, sino debido ‘al conjunto de las relaciones sociales’, esto es, como apoyos de las relaciones de clase. Es esta prefiguración la que produce, bajo condiciones específicas, como *resultado*, un tipo específico de individualidad: el individuo posesivo propio de la teoría política burguesa, el individuo con muchas necesidades de una

⁹ Poulantzas, Nicos. “*Las clases sociales en el capitalismo actual*”. Pág. 12-13.

sociedad mercantil; el individuo contractual de la sociedad del 'trabajo libre'. Fuera de estas relaciones, el individuo -este 'Robinson Crusoe' de la economía política clásica, autosuficiente en un mundo considerado exclusivamente desde el punto de vista de 'sus' necesidades y deseos- que ha sido el punto de origen natural, ahistórico, de la teoría y la sociedad burguesas, de ninguna manera es un punto de partida teórico factible. Sólo es el 'producto de muchas determinaciones'”¹⁰.

Pero si los individuos no son la base sobre la que se conforman las clases, tampoco puede admitirse que clases sociales existen *primero*, como tales, para entrar *después* en la lucha de clases.

Mientras que para el marxismo *clases* significa ineluctablemente contradicciones y *lucha de clases*, todo el pensamiento no marxista tiende a escindir o a mostrar la relación contingente entre estas categorías. Distingue las clases, por un lado, y la lucha de clases, por otro, dando a menudo primacía lógica o histórica a las clases antes que a la lucha.

La introducción de diversos pares conceptuales con los que se divide a la clase en una doble situación (clases y comunidades en Weber, cuasi-grupo y grupo de interés en Dahrendorf, estrato y clase en Aron, clase en el papel y clase real en Bourdieu, etc., y por qué no, clase en sí y clase para sí)¹¹ es una de las herramientas para esta disección. En todos los casos, el primer término designaría a un grupo de individuos en una situación común y en el segundo término estaría implicada la

¹⁰ Hall, S. (1981). “Lo ‘político’ y lo ‘económico’ en la teoría marxista de las clases” en Allen, Garadiner Hall y otros. *Clases y estructura de clases*. México: Nuestro Tiempo. Pág. 29-30.

¹¹ Como lo hemos analizado en otro lado, la distinción entre *clase en sí* y *clase para sí* halla su fuente en algunas reflexiones del propio Marx, muy anteriores a *El capital*, y desde Lukács en adelante ha sido retomada por algunos “marxistas”, así como por autores no marxistas que la reformularon en otros términos. (Véase Duek, C. e Inda, G. (2007). “Lectura de Marx: tras el concepto de clases sociales”. *Revista Confluencia*. N° 6, pág. 239 a 266. Mendoza).





idea de una acción de clase, de reivindicaciones, organización y por lo tanto, de lucha. Lo que da a entender, y esto es lo sustancial, que existirían clases sin lucha de clases.

“ [...] Ellos piensan primero en la existencia de las clases y la lucha de clases viene a continuación, como un efecto secundario, derivado, más o menos contingente a la existencia de las clases y de sus relaciones [...] Pero lo interesante son las consecuencias políticas de esta concepción. Si la lucha de clases es un efecto derivado, más o menos contingente, siempre se puede hallar el medio para dominarla, tratándola con los medios apropiados: esos medios son las formas históricas con los métodos capitalistas de la ‘participación’ obrera en su propia explotación”¹².

Aquí podemos mencionar la concepción de las clases de Pierre Bourdieu, orientada por la intención expresa de establecer “rupturas” con la teoría marxista. Según su modo de definirlas, las *clases* son “[...] conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes”¹³. Pero como las disposiciones y conductas que las convertirían en un verdadero grupo existen sólo como “probabilidades” -dice- debemos denominar a éstas no clases *reales* sino clases *probables*, clases *teóricas* o clases *en el papel*.

En sentido estricto, para Bourdieu, una clase sólo tiene existencia real si conforma un grupo con iniciativa de acción conjunta, un grupo movilizado para la lucha, con auto-conciencia, organización propia, aparato y portavoz. Mientras esto no suceda, aquellas sólo son clases

¹² Althusser, L. (1978). *Nuevos escritos*. Barcelona: Laia. Pág. 29.

¹³ Bourdieu, P. (1990). “Espacio social y génesis de las ‘clases’”. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo. Pág. 284.

probables, grupos prácticos “en potencia”. Según Bourdieu, la “reificación de los conceptos” o “ilusión intelectualista”, que supone confundir las clases “construidas teóricamente” (agrupaciones ficticias que sólo existen en la hoja de papel) con clases “reales”, es decir, existentes en las sociedades concretas, representa un error frecuente entre los teóricos marxistas.

Pero apuntemos que, al circunscribir el interés de clase y las prácticas de clase al terreno de lo “probable”, de lo “posible” y de lo “potencial”, el razonamiento, ya ensayado por Weber mucho tiempo antes, conduce a relativizar el valor del análisis de la sociedad y la historia en términos de “clases” y de “lucha de clases”.

Para ponerlo en claro, mientras que para el marxismo, todas las sociedades que hemos conocido desde la Antigüedad hasta ahora han sido sociedades de clase, y es un factor objetivo el que las define como tales (la separación entre los productores y los medios de producción), para Bourdieu, la clase ‘real’, “suponiendo que haya existido ‘realmente’ alguna vez”, tan sólo es la clase movilizada.

“Las clases sociales no existen (aún cuando la labor política orientada por la teoría de Marx haya podido contribuir en algunos casos, a hacerlas existir por lo menos a través de las instancias de movilización y de los mandatarios). Lo que existe es un espacio social, un espacio de diferencias, en el que las clases existen en cierto modo en estado virtual, en punteado, no como algo dado sino *como algo que se trata de construir*”¹⁴.

Entonces, para sintetizar, si para el marxismo las clases no se dan sino en su oposición, y es la lucha de clases, con sus efectos históricos y

¹⁴ Bourdieu, P. (1999). “Espacio social y espacio simbólico”. En P. Bourdieu, “*Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*”. Editorial Anagrama. Barcelona. 1999. Pág. 24-25.





sus tendencias, la que determina la existencia de las clases y no a la inversa, para la sociología académica, en cambio, el conflicto de clases es una consecuencia *posible* de la división en clases.

Como expone Etienne Balibar, los *sociólogos* “[...] buscan, todos ellos, una definición de las clases *antes* de llegar al análisis de la lucha de clases. Notemos que, en la práctica, este punto de partida corresponde exactamente a la tendencia fundamental de la ideología burguesa que intenta mostrar que la división de la sociedad en clases es eterna, pero no así su antagonismo; o también que éste no es sino un comportamiento particular de las clases sociales, ligado a circunstancias históricas (el siglo XIX...), ideológicas (la influencia del comunismo...) y tansitorias, un comportamiento al lado del cual es posible imaginar y practicar otros (la conciliación)”¹⁵.

En efecto, esta concepción está presente en la caracterización que de las sociedades “avanzadas” hace la sociología académica. En este tipo de sociedades -según el diagnóstico de muchos pensadores- se deja entrever una desaparición de los antagonismos de clase, o bien -en un lenguaje más moderado- una atenuación del conflicto de clase (a nuestro entender, clases sin lucha de clases). Esto es causado por la acentuada movilidad social ascendente que caracteriza a los sistemas occidentales y delinea un tipo de organización social cada vez más igualitaria. Pareciera que el “paso” de una clase a otra ha sustituido los “conflictos” entre las clases (de ahí la importancia otorgada al fenómeno de la movilidad social en la literatura de la estratificación).

Dahrendorf, por citar uno de los casos más ilustrativo, considera que la realidad actual (siglo XX), con sus nuevas determinaciones, no puede ser explicada por la teoría de las clases tal como Marx la formuló en el

¹⁵ Balibar, E. (1984). *Cinco ensayos de materialismo histórico*. México: Distribuciones Fontamara. Pág. 49.

siglo XIX. La concepción marxista, apropiada para el siglo pasado, no corresponde ya a la sociedad moderna.

Según su examen, el conflicto de clases se ha atenuado, disminuyendo su intensidad y su violencia¹⁶; la contradicción capital / trabajo ha quedado confinada a su campo particular como resultado del aislamiento institucional de la industria¹⁷; y las clases se han vuelto muy heterogéneas y complejas; todo lo cual torna cuestionable la *utilidad del concepto de clase*, en el sentido marxista, para dar cuenta de los conflictos de la sociedad poscapitalista.

Es sorprendente ver cómo aquellas tesis, formuladas por Dahrendorf ya desde fines de los años 50, han constituido una muy importante fuente de inspiración para toda la corriente del pensamiento actual de la que hablamos al inicio de este trabajo, que promueve el abandono de las antiguas categorías “duras” (clases, lucha de clases, etc.) y fomenta el desplazamiento del interés teórico hacia otro tipo de problemas, más acordes a la “nueva” realidad.

Volviendo a nuestra contrastación, para el enfoque marxista, ni en las formaciones sociales dominadas y dependientes ni en las metrópolis imperialistas, ha desaparecido la lucha de clases, en tanto no desaparece la explotación de unas clases por otras (persiste la lucha concreta en el seno de cada formación social, pero también las

¹⁶ Dahrendorf, R. (1966). *Sociedad y libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad*. Madrid: Editorial Tecnos.

¹⁷ “El ‘antiguo’ conflicto de clases existe aún, mas su acción ha quedado restringida a la esfera institucional de la industria. Fuera de la industria, en la sociedad, la ‘burguesía’ y el ‘proletariado’ en el sentido marxista sólo constituyen una mera prolongación de las clases industriales, ‘capital’ y ‘trabajo a salario’, y no los sujetos del conflicto social en el sentido de la teoría de las clases” (Dahrendorf, R. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Rialp. Pág. 302).





relaciones de las clases de una formación con las de otras formaciones).

De modo que la especificidad de la teoría marxista de las clases se corrobora también en este punto: el análisis histórico de las clases no es para ella más que el análisis de la lucha de clases.

Por otro lado, al no representarse la estructura de clases como una escala gradual y continua de posiciones, el marxismo desecha la nomenclatura de clases “alta”, “media”, “baja”. Estas palabras expresan las categorías de una jerarquía ordinal (orden según el grado en que se posee una característica), que para nada se ajusta a la imagen marxista de la estructura de lugares antagónicos. Además, para esta teoría, las clases no existen más que en formaciones sociales históricamente determinadas. Las estudia no de manera abstracta, en el vacío, sino siempre en relación a determinadas condiciones histórico-sociales, siempre situadas en uno u otro modo de producción.

“[...] La existencia de las clases está vinculada únicamente a *fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción* [...]”¹⁸, dice Marx en su carta a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852. Es decir, están ligadas a ciertas relaciones de producción (por ejemplo, a las relaciones capitalistas), y en este sentido se puede decir que tienen una existencia histórica.

La burguesía y el proletariado son clases que corresponden a una etapa particular de la historia, así como también lo son los amos y los esclavos o los señores feudales y los siervos. Desde el enfoque del materialismo histórico no hay -como pretenden los sociólogos de la estratificación- clases universales y ahistóricas, presentes en todas las

¹⁸ Marx, C. y Engels, F. (1972). *Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Cartago. Pág. 56-57.

sociedades y en todas las épocas, que podrían designarse con los rótulos de clase alta, media y baja, o de clases superiores e inferiores.

Pero no sólo eso. Además de pensar el carácter histórico de las distintas clases, la teoría de Marx desmiente la idea de que todas las sociedades que han existido y que vayan a existir en la historia sean indefectiblemente sociedades de clase. Si para los “funcionalistas” la división en clases es un fenómeno funcional y universal, que responde a una necesidad de los sistemas sociales, y por lo tanto, toda sociedad es una sociedad clasista, para Marx, la existencia de las clases está vinculada *únicamente* a fases particulares del desarrollo de la producción, y es imaginable que en algún momento se llegue a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases.

Desde el punto de vista de la sociología no marxista, esta pretensión es completamente quimérica. Parsons, entre otros, sostiene que la estratificación y división de clases son inherentes a toda sociedad industrial, ya sea ésta capitalista o socialista, puesto que en ella están presentes la organización en gran escala y la diferenciación ocupacional de roles, así como el sistema familiar. Este enfoque tiende a considerar al industrialismo capitalista y al socialista como variantes de un único tipo fundamental, y no como estadios radicalmente distintos como pretendiera Marx en el siglo XIX.

“El ideal marxista de una sociedad sin clases es, según toda probabilidad, utópico, sobre todo en tanto se mantenga un sistema familiar, aunque también por otras razones. Las diferencias entre la sociedades capitalistas y las socialistas, en particular con respecto a la estratificación, no son tan grandes como Marx y Engels lo pensaron”¹⁹.

¹⁹ Parsons, T. (1959). “Clases sociales y lucha de clases a la luz de la teoría sociológica actual”. En Parsons, T. Kornhauser, Lipset y Bendix. *Estratificación social*. Buenos Aires: Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, N° 15. Pág. 173.





Señalemos para ser justos, y como el propio Parsons lo advirtiera²⁰, que esta valoración ya había sido hecha por Weber en tiempos de la revolución rusa.

En su conferencia sobre *El socialismo*, el sociólogo alemán postula que la estructura burocrática, con su cuerpo de funcionarios a sueldo y su especialización profesional cada vez más intensa, es inevitable en el Estado moderno, independientemente de su carácter capitalista o socialista. Y lo mismo sucede con la economía²¹. El “socialismo del futuro”, entonces, en la medida en que está destinado a seguir la senda de la burocratización, no podría eliminar las desigualdades entre individuos y clases ni la dominación del hombre sobre el hombre.

Finalmente, el marxismo tampoco comparte la concepción de la división en clases como división puramente “analítica”, o lo que es equivalente, la concepción de las clases como meros “artefactos teóricos”, obtenidos por un corte arbitrario en el continuo indiferenciado del mundo social. Las clases existen realmente (aunque no como cosas o sustancias -partes o subconjuntos de la sociedad- que acto seguido entrarían en lucha). No son -como pretenden algunos sociólogos conservadores empeñados en demostrar que las clases no existen- construcciones arbitrarias de los científicos, colecciones de individuos reunidos por necesidades de la teoría según uno o varios criterios (perspectiva conocida como “constructivista” o definición “nominal” de las clases).

Otro de los puntos esenciales de diferencia entre la teoría marxista de las clases y las diversas teorías de la estratificación social es que,

²⁰ Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social II*. Madrid: Ediciones Guadarrama. Pág. 631.

²¹ Weber, M. (2003). “El socialismo” en M. Weber, *Obras selectas*. Buenos Aires: Distal.

mientras que para aquella la división en clases lo es todo, para éstas (o para la mayoría de éstas) dicha división es sólo *una* de las clasificaciones posibles.

Desde esta última perspectiva, la sociedad comprende varios sistemas de estratificación claramente distintos, “múltiples jerarquías independientes”, correspondientes a diversas dimensiones. Las clases son, junto a otras divisiones, una subdivisión *parcial y regional* de una estratificación más *general*.

El modelo weberiano de estratificación tridimensional es ejemplar al respecto. Para Weber, las clases no son la única forma de abordar la división de la sociedad. Junto a esa distribución -que cubre sólo la dimensión económica- se halla de manera superpuesta la división en estamentos (que cubre la dimensión social) y la división en partidos (dimensión política)²².

Con este modelo Weber “autonomiza” las esferas económica, social y política y rechaza la posibilidad de adjudicar a una de ellas la determinación en última instancia: el hecho de que uno de los órdenes condicione a otro depende siempre de la coyuntura histórica, y todas las relaciones son en teoría igualmente probables. El efecto necesario de esta argumentación es una relativización de la importancia primordial otorgada por la teoría marxista a la división de la sociedad *en clases*.

A partir de este principio, anclado en la independencia y equiparación de los distintos órdenes sociales, Weber inaugura una representación de las desigualdades sociales que va a atravesar los dispositivos teóricos de muchos de los más destacados representantes de la sociología académica del siglo XX, que construyen sus sistemas sobre

²² Weber, M. (1999). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de cultura económica. Pág. 682 a 694.





la base de tal supuesto. En estas teorías, generalmente, la división en clases depende de criterios económicos, descubriéndose en las relaciones políticas e ideológicas, grupos paralelos y externos a las clases: elites políticas, grupos de status, etc. Consiguientemente, se suele atribuir a estos grupos un papel más importante en la sociedad que a las clases sociales. En algunos estudios se afirma que la clase no es más que un aspecto que está perdiendo su importancia en la sociedad moderna en beneficio de otros elementos de la estratificación social.

Como dice Juan Carlos Portantiero respecto de Weber: “El conflicto entre clases sería para él sólo uno de los conflictos posibles en el mundo moderno pero no *necesariamente* más importante que los que tienen lugar entre grupos políticos o entre naciones. El capitalismo moderno configura un *tipo de dominación* cuya explicación no se agota en la dimensión que alude a la propiedad sobre los medios de producción. El proceso de expropiación de los trabajadores libres, señalado por Marx, no se limita al campo de la producción sino que engloba la totalidad de los órdenes institucionales: en todos ellos se opera una ‘separación’ entre agentes y medios”²³.

En definitiva, lo que se hace en la literatura no marxista al concebir de esa manera singular a los grupos sociales, multiplicando e igualando los criterios de diferenciación, es diluir las clases e impugnar la tesis de la lucha de clases como motor de la historia²⁴.

²³ Portantiero, J. C. (1982). Los escritos políticos de Max Weber: la política como lucha contra el desencantamiento. *Desarrollo Económico*, v. 22, N° 87. Pág. 434. Buenos Aires.

²⁴ No es casual que en su breve introducción al curso de *Historia económica general* Weber arguya que la historia de todas las sociedades no es –como anuncia *El Manifiesto Comunista*– la historia de la lucha de clases. Éste no es más que un aspecto de la historia, importante, pero tanto como lo pueden ser otros. Dicho en sus propios términos: “Por último conviene advertir que la historia económica (y de modo pleno la historia de la ‘lucha de clases’) no se identifica, como pretende la concepción

Para la teoría marxista, en cambio, no existen grupos *externos* a las clases, *al margen o por encima* de ellas. Los criterios políticos e ideológicos no están en la base de divisiones *exteriores* a la división en clases (económica). Por el contrario, intervienen en la misma diferenciación en clases, y también en las subdivisiones dentro de estas.

No existen para el materialismo “estratos” fuera de las clases y de la estructura de clases. Los conjuntos salariales no productivos (empleados de comercio, bancarios, de servicios, de oficina, etc.), por ejemplo, no son estratos que se sitúan en una posición intermedia entre las clases, y que por lo tanto, no pertenecen a ninguna clase; no son capas intermedias sin adscripción de clase. Pertenecen a una clase específica: la pequeña burguesía, o con más precisión, a una fracción de esta clase, denominada nueva pequeña burguesía.

Las fracciones, capas y categorías sociales -cuya existencia es por supuesto reconocida- designan diferenciaciones *dentro* de las clases, no categorías capaces de existir fuera de éstas. La burguesía comercial es *una parte de* la burguesía y la aristocracia obrera es *parte de* la clase obrera. Es decir, las que hace el marxismo son todas diferenciaciones *en el seno de la división en clases*.

No se trata siquiera -dice Poulantzas- de sostener que las clases son los grupos “fundamentales” en el proceso histórico, admitiendo la posibilidad de existencia en una coyuntura de otros grupos paralelos y externos:

“La división de la sociedad en clases significa precisamente, desde los puntos de vista a la vez teórico-metodológico y de la realidad social,

materialista de la historia, con la historia total de la cultura. Ésta no es un efluvio, ni una simple función de aquélla; la historia económica representa más bien una subestructura sin cuyo conocimiento no puede imaginarse ciertamente una investigación fecunda de cualquiera de los grandes sectores de la cultura” (Weber, M. (1997). *Historia económica general*. México: Fondo de cultura económica. Pág. 17).





que el concepto de clase social es pertinente a todos los niveles de análisis: *la división en clases constituye el marco referencial de todo el escalonamiento de las diversificaciones sociales*²⁵.

En el tratamiento de la cuestión de las “desigualdades sociales” entre grupos o individuos también encontramos diferencias entre las problemáticas bajo examen. Las teorías “funcionalistas” de la estratificación se perfilan directamente como “teorías de la desigualdad social”, pues la estratificación social alude justamente a las estructuras sistemáticas de la desigualdad, a la desigual distribución de recompensas materiales y simbólicas, o bien a la desigualdad en las probabilidades de vida de los diferentes grupos humanos. En términos generales, la estratificación es entendida -desde este punto de vista- como la distribución desigual de recompensas materiales, poder y prestigio entre los miembros de una sociedad.

Desde el punto de vista marxista, en cambio, la cuestión de las “desigualdades sociales” no es la cuestión primera en el análisis de las clases sociales, ya que estas desigualdades entre grupos o individuos no son más que *el efecto, sobre los agentes, de las clases sociales*, es decir, de los lugares objetivos que ocupan, y no pueden desaparecer sino por la supresión de la división de la sociedad en clases. De aquí que las desigualdades de ingreso, por ejemplo, sean desestimadas por el marxismo *como criterio esencial* para la delimitación de las clases. Si bien el nivel de ingresos o la jerarquía de los salarios reviste el valor de un *indicio* importante de la determinación de clase, no es más que su *efecto*, constituye el efecto de las barreras de clase, como es el caso también del resto de las desigualdades sociales: el “reparto de los beneficios”, de las recompensas, la imposición, etc.

²⁵ Poulantzas, N. (1981). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. México: Siglo veintiuno editores. Pág. 184.

Y si esas desigualdades no son otra cosa que consecuencias o productos de la estructura de clases, se comprende que la noción de “pobreza” (y todas las que de ésta se derivan), o la distinción entre “ricos” y “pobres”, que remiten a una división en la escala de ingresos, no sean conceptos (en el sentido fuerte del término) que integren el sistema conceptual básico de la teoría marxista. A lo sumo, ésta las puede tomar como nociones descriptivas, como síntomas de una realidad que hay que explicar, en sus causas y determinaciones.

Todas estas divergencias -entendemos- dan prueba de la discontinuidad de esencia que existe entre ambas problemáticas, aun cuando las formulaciones de algunos de los autores se pretendan *sintéticas* y *equidistantes* respecto de las dos grandes fuerzas del campo de batalla teórico: marxismo y “funcionalismo”, “teoría coactiva” y “teoría del consenso”, “teoría del conflicto” y “teoría de la integración”, “radicales” y “conservadores”.

Desde nuestro punto de vista, esa actitud conciliadora y ecléctica se gesta porque el marxismo, al ser una ciencia de carácter necesariamente “conflictual”, provoca lo que Althusser designa como dialéctica “resistencia-crítica-revisión”. Esto significa que suscita no sólo fuertes resistencias, enardecidos ataques y críticas, sino también algo que es más sintomático aún: “intentos de revisión y de anexión”; en otras palabras, apropiación de ciertos elementos para revisar su sentido, para neutralizar “lo que tiene de verdadero y peligroso”²⁶. Esto depende, no obstante, de la correlación de fuerzas en el campo de batalla teórico: cuando más desventajosa ha sido esa correlación para el materialismo histórico, como en las últimas décadas del siglo XX (como lo señaláramos al comienzo), la crítica pierde sutileza y apunta directamente a “desembarazarse de Marx” y sus incómodos conceptos.

²⁶ Althusser, L. (1978). *Nuevos escritos*. Barcelona: Laia. Pág. 111-112.





Bibliografía

- Althusser, L. (1978). *Nuevos escritos*. Barcelona: Laia.
- Balibar, E. (1984). *Cinco ensayos de materialismo histórico*. México: Distribuciones Fontamara.
- Balibar, E. y Wallerstein, E. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.
- Borón, A. (2000). *Tras el búho de minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bourdieu, P. (1990). "Espacio social y génesis de las 'clases'". En P. Bourdieu, *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). "Espacio social y espacio simbólico". En P. Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona. 1999.
- Dahrendorf, R. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Dahrendorf, R. (1966). *Sociedad y libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Duek, C. (2005). *Clases sociales. Teoría marxista y teorías funcionalistas*. Buenos Aires: Libronauta Argentina.
- Duek, C. e Inda, G. (2007). "Lectura de Marx: tras el concepto de clases sociales". *Revista Confluencia* N° 6. Mendoza.
- Hall, S. (1981). "Lo 'político' y lo 'económico' en la teoría marxista de las clases" en Allen, Garadiner Hall y otros. *Clases y estructura de clases*. México: Nuestro Tiempo.
- Laurin-Frenette, N. (1989). *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*. Madrid: Siglo veintiuno editores.
- Marx, C. (1982). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: Fondo de cultura económica.

Marx, C. y Engels, F. (1972). *Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

Parsons, T. (1959). "Clases sociales y lucha de clases a la luz de la teoría sociológica actual". En Parsons, T. Kornhauser, Lipset y Bendix. *Estratificación social*. Buenos Aires: Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, N° 15.

Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social II*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Portantiero, J. C. (1982). Los escritos políticos de Max Weber: la política como lucha contra el desencantamiento. *Desarrollo Económico*, v. 22, N° 87. Buenos Aires.

Poulantzas, N. (1981). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. México: Siglo veintiuno editores.

Schumpeter, J. (1965). *Imperialismo. Clases sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.

Weber, M. (1997). *Historia económica general*. México: Fondo de cultura económica.

Weber, M. (1999). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de cultura económica.

Weber, M. (2003). "El socialismo" en M. Weber, *Obras selectas*. Buenos Aires: Distal.





Los análisis contemporáneos sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases

Por Mariano Ignacio Millán *

Resumen

En este trabajo realizamos un contrapunto entre la teoría de la lucha de clases y las teorizaciones sobre movimientos sociales y acción colectiva. Para conocer las características del segundo grupo de formulaciones examinamos las teorías no marxistas del conflicto social precedentes y luego las contemporáneas, intentando indagar acerca de que novedades teóricas aportan estos nuevos trabajos.

Nuestro contrapunto se centrará en la dimensión epistemológica en torno a los modelos de conocimiento con los que se constituyen las corrientes a contraponer y la reflexión sociológica que las mismas realizan sobre las características de las sociedades contemporáneas y sus conflictos.

Palabras clave

Lucha de clases – Conflicto social – Acción colectiva – Movimientos sociales - Contrarrevolución

The contemporary analysis about social movements and the theory of class struggle

Summary

This text make an analysis of the theory of class struggle in contrast to the theorizations about social movements and collective action. To know the characteristics of the second group of formulations we study the precedents non-Marxists theories of social conflict and then the contemporary ones, searching about theoretical developments in this new papers.

Our text is focused on the epistemological dimension around the models of knowledge that the theories use and the sociological reflection they make about the characteristics of contemporary societies and their conflicts.

Keywords

Class struggle - Social conflict – Collective action – Social movements – Counterrevolution

* UBA – Conicet

Introducción

Esta es una reflexión sobre las matrices teóricas de los estudios sobre acción colectiva y movimientos sociales. Interesa el análisis de los clásicos europeos y norteamericanos y entre ellos los trabajos teóricos. Ello se debe a que de estos textos proceden las formas más desarrolladas en que se critica e intenta batir al marxismo y se fundamentan las investigaciones. Aquí intento contribuir a un debate que suele darse por cerrado livianamente. Por ello haremos un recorrido por los aspectos principales de estas formas de explicación y señalar críticas posibles.

Las teorías que se ocupan de estos temas abarcan diversos autores y enfoques. Siendo esquemáticos, en Europa predominó la explicación a partir de la identidad social de los participantes y en EEUU por la movilización de recursos y la estructura de oportunidades políticas.

El presente sostiene que ambas vertientes del análisis contemporáneo sobre los movimientos sociales no superan las explicaciones ad hoc de los conflictos, sólo los describen con lenguaje erudito, apenas han avanzado en la teorización sobre el conflicto social respecto de Coser y Dahrendorf y enfocan partes de la realidad haciendo escisiones que no se corresponden con el desarrollo del acontecer humano.

En contrapartida, el marxismo se edificó como herramienta teórica y política gracias a su teoría de la lucha de clases. Los conflictos de clase incluyen ambas dimensiones: las “oportunidades políticas” – estructura, relaciones de fuerzas– y la identidad de los sujetos –su personificación, su subjetividad– por lo que pueden explicar el desarrollo social precisando su sincronía e historicidad.





Antecedentes. La teoría de la lucha de clases

Consideramos al marxismo como la herramienta sociológica más potente para investigar el conflicto social. Reconociendo otros conflictos, el marxismo considera la lucha de clases como el conflicto fundamental de las sociedades clasistas

La lucha de clases es la puesta en acto de los antagonismos en las relaciones de producción, relaciones que construyen los seres humanos, más allá de su conciencia, para reproducir su vida y por tanto la vida social. En términos generales, el análisis de dichos antagonismos y la objetivación de las acciones conflictivas particulares mediante su procesamiento teórico permite ver las fuerzas sociales que ponen en acto dicho antagonismo.

En las sociedades capitalistas la relación de producción asalariada capital - trabajo es la relación que sostiene de modo predominante el desarrollo de las condiciones materiales de la sociedad. Esta relación supone un proceso de guerra anterior que ha expropiado gran masa de seres humanos de la posesión de medios de producción y ha concentrado dichos medios en manos de una pequeña parte. Sin embargo estos medios nada pueden hacer si no hay humanos que los hagan producir, que trabajen. Producida esta situación se inicia la relación de producción capitalista en la esfera del mercado con la compra y venta de la capacidad de trabajo de los expropiados que precisan vender lo único que tienen (su fuerza de trabajo) para sobrevivir. Luego, en un segundo momento lógico, al pasar a la esfera de la producción, el capitalista utiliza la mercancía fuerza de trabajo comprada anteriormente. Como el vendedor de la fuerza de trabajo no puede separar su corporeidad de la mercancía que ha vendido, la relación de compra y venta entre iguales en la esfera del mercado se transforma en una relación entre desiguales en la esfera de la producción. Esta relación entre desiguales supone que a una

mercancía que ha sido pagada por su valor, puede hacersele producir mucho más valor, es decir un plusvalor. Esta situación implica intereses antagónicos: el capital pugna porque la fuerza de trabajo comprada sea lo más barata y productiva posible (para aumentar el valor excedente del que se apropia en tanto propietario de la mercancía fuerza de trabajo que produce valor) y el vendedor de la fuerza de trabajo pugna por que la misma sea vendida del modo más costoso, ya que el uso productivo de dicha mercancía implica el uso de su corporeidad. Esta relación de producción es una relación que implica la cooperación para producir, a la vez que la lucha entre los intereses de las distintas personificaciones sociales. Esta contradicción central de la sociedad capitalista es la lucha de clases. Mientras no se muestre que esta relación no tiene centralidad en la reproducción de los bienes y servicios que permiten reproducir la vida humana en nuestras sociedades, la lucha de clases seguirá siendo una realidad. Este es un proceso conjunto y dual de lucha y producción, una mutua implicancia. La constitución de las clases para el marxismo es el proceso de lucha entre ellas.¹

Como Marx ha señalado,² él no ha descubierto las clases, ni su anatomía económica, ni la lucha entre ellas, sino que ha descubierto que este proceso reconoce momentos lógicos, distinguibles entre sí, mensurables y modificables. Existen categorías lógicas que reflejan el desarrollo del proletariado como clase. La categoría – estadio, que sirve para observar el momento menos desarrollado, es la de la lucha competitiva entre los trabajadores; con mayor desarrollo de la clase trabajadora se asiste a una nueva categoría - estadio que da cuenta de la lucha corporativa de los trabajadores como conjunto frente a los patrones como conjunto, una lucha que no sobrepasa los límites del

¹ Poulantzas, N. (1969) *Poder políticos y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.

² Carta de Marx a Weydemeyer (Londres 5/3/1851). Marx, K y Engels, F. (1973) *Obras escogidas*, Tomo 8. Buenos Aires: Ciencias del Hombre.





modo de producción capitalista sino que se entabla para “vivir mejor” dentro del mismo. Mediando entre estos dos primeros estadios podemos distinguir fases lógicas que nos permiten ver el pasaje del estadio I al II. Por ejemplo las luchas en una empresa, en una localidad, etc. Estas luchas van constituyendo y sociabilizando a la clase obrera, dotándola de valores, de símbolos, de historia cultural, sin embargo no resuelven el pasaje de una clase social a un sujeto político.

En tercer lugar se llega a la categoría que da cuenta de los procesos revolucionarios (desarrollo político militar de la clase) en los que la clase trabajadora conduce una fuerza social que disputa el paso de una situación de acumulación de su poder a la etapa de la realización de su poder de clase, lo que tradicionalmente se menciona como “tomar el poder”. El proceso revolucionario implica la lucha político militar. A partir de dicha etapa las relaciones sociales no se organizan según las leyes del mercado o de la puja corporativa, sino según las leyes de la guerra. En esto consiste una de las más importantes cuestiones: el isomorfismo de las categorías de la teoría marxista. En su tesis doctoral Nievas (inéd.) sostiene que cada categoría (clase social, lucha de clases, etc.) significa algo distinto de acuerdo al estado de las luchas que está conceptuando. Es decir que en cada estadio existe una realidad diferente atrapada por conceptos que acompañan con una mutación categorial las transformaciones de lo real. Esto significa que cada concepto y afirmación debe ser localizada en el análisis concreto de lo concreto. En este sentido el marxismo se revela como una teoría flexible.

La lucha de clases, que puede ser observada y mensurada por medio de la medición de los niveles de enfrentamiento entre las clases, no es un proceso lógico, sino histórico y para comprenderlo es preciso estudiar la historia. Allí se encuentra la procedencia concreta de los

enfrentamientos. Las variables con las que un marxista analiza la lucha de clases son las siguientes: los sujetos que luchan, sus formas de lucha y sus niveles de organización. Con estos elementos se conocen las relaciones de fuerzas y la conciencia de clase.

Articulando con esta información empírica las categorías lógicas para mensurar el desarrollo de los enfrentamientos entre e intra clases sociales, se construye la información acerca de las tendencias fundamentales de la conflictividad social y de la sociedad histórica concreta. Mensurar los enfrentamientos entre las clases y sus niveles permite ubicar una coyuntura en alguno de los estadios y comprender las tendencias fundamentales de la actividad social.

Los fundadores de la sociología y el conflicto social

En su versión durkheimiana la sociología clásica rehusó de la investigación sobre conflicto social. Giddens³ ha señalado el problema de dicha escuela como el del orden cambiante de una sociedad, lo que implica investigar la integración social en transformación. Este problema de la integración, visto desde su consumación en *Las formas elementales de la vida religiosa* o su crisis en *El suicidio*, representa una agenda teórica centrada en explicar la cohesión social. Por estos motivos la influencia de Durkheim, introducido en EEUU por *La estructura de la acción social* de Parsons, ha sido considerada por Coser⁴ un obstáculo para la sociología del conflicto.

Se imponen unas menciones sobre Durkheim: su obra forma parte de una corriente del pensamiento social francés de la segunda parte del

³ Giddens, A (1998) *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona: Idea Books.

⁴ Coser, L. (1970) *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Buenos Aires: Amorrortu.





siglo XIX que es la “inventora de lo social”⁵, ya que el concepto de lazo o solidaridad social es parte de la estrategia del bloque en el poder de la III República Francesa. Por ello interesa leer a Durkheim a partir de dicha matriz y no de la lectura parsoniana que lo integra en el funcionalismo. Así se puede ver el conflicto social en Durkheim⁶ como un problema de regulación del cambio social.

Rara Simmel, un pensador formalista, la explicación sociológica se refería a las formas abstractas en que se producían los vínculos entre los individuos. Esta sociología postulaba que cooperación y conflicto son formas en que contactan los individuos y por ello el conflicto es una forma de socialización.

Vale la pena hacer algunas indicaciones: es discutible una disociación conceptual entre individuos y sociedad, que se instala agazapada a ver como los individuos, sueltos, entran en contacto y se funda la actividad social. Esta noción de Homo Clausus⁷ es un obstáculo para el pensamiento social. El énfasis por las formas, más allá de su contenido histórico, implica explicar lo invariante. Este tipo de miradas sobre lo invariante no son capaces de explicar lo más recurrente e importante que son las transformaciones de la existencia humana. A su vez, la mirada centrada en lo invariante instala un obstáculo naturalizador del orden social. Esta naturalización procede con un problema grave: el conflicto es siempre lo mismo, una forma de socialización; sea un matrimonio, una huelga, una revolución o una guerra mundial. Esta perspectiva desdibuja la sociogénesis de los conflictos y sus resultados; disociando el conflicto de sus resoluciones, lo que implica asumir tales conflictos como eternos.

⁵ Donzelot, J (2007) *La invención de lo social*. Buenos Aires: Nueva Visión.

⁶ Sobre Durkheim y el conflicto social: Bonavena, P. y Zofío, R. (2008) “El objetivismo sociológico y el problema del conflicto social: la perspectiva de Emilio Durkheim” en *Conflicto social* nº 0. Buenos Aires: IIGG.

⁷ Elías, N. (2006) *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.

En EEUU la sociología tuvo un surgimiento distinto al europeo. Su ligazón con fuerzas religiosas y el reformismo social orientaron un pensamiento sobre el cual el conflicto social será una forma de emergencia de problemas que el orden deberá corregir para sobrevivir.⁸ Massetti⁹ ha señalado la existencia temprana de una corriente, encarnada por Davis, que conceptualizó los movimientos sociales como factores de cambio dentro del orden. Según Therborn¹⁰ el problema de los fundadores de la sociología norteamericana era que sobreviva el orden social, las revoluciones, como la bolchevique, sirvieron a ellos para fundamentar su advertencia al bloque en el poder y no como un ejemplo a imitar.

Hacia fines de la década de 1920 y comienzos de la de 1930 el conservadurismo fue adelantando posiciones en la teoría sociológica. En 1937 una obra cristalizó esta corriente: *La estructura de la acción social* de Parsons. Con el ascenso de este sociólogo se inicia la era de lo que Giddens¹¹ ha denominado el consenso ortodoxo del estructural funcionalismo; anclado en tres pilares: el primero es el positivismo, tomar las ciencias naturales como modelo para las ciencias sociales; el segundo es el funcionalismo, cada parte de la sociedad contribuye a la organización de un todo armónico y finalmente el tercero es el industrialismo y la modernización, la sociedad contemporánea era, antes que capitalista o comunista, industrial y los cambios sociales eran producto de los ritmos de modernización/industrialización.

⁸ Para el surgimiento de la teoría sociológica en EEUU y el conflicto social: Coser, L. (1960).

⁹ Massetti, A (2004) “¿Protesta o lucha de clases?” en *Labvatorio* Año 4, nº 15. Buenos Aires, IIGG – UBA.

¹⁰ Therborn, G. (1980) *Ciencia, clase y sociedad*. Madrid: Siglo XXI.

¹¹ Giddens, A. (1982). *Profiles and Critiques in Social Theory*. London: Fellow of King's college. Cambridge, The Macmillan Press.





Las teorías sociológicas clásicas del conflicto social

Esta matriz constituyó un gran consenso en las ciencias sociales hasta fines de los 60. Poco después de la segunda guerra mundial comenzaba a recibir críticas, tanto del marxismo occidental (Adorno), como de funcionalistas como Merton o Coser. Estos cuestionamientos eran en torno a problemas que la teoría debía resolver modificando aspectos parciales, sin que se plantee la superación por otra teoría que integre en sus postulados generales las cuestiones que el funcionalismo no podía resolver. Coser enfocó estos problemas al estudio de los conflictos sociales. Según este autor, Parsons había construido una matriz que sólo veía en el conflicto desviación y anomia. En *Las funciones del conflicto social* Coser había buscado integrar una teoría del conflicto al edificio teórico funcionalista. Para ello reformuló conceptos de Simmel y la primera sociología norteamericana. Coser pretendía explicar sociológicamente los conflictos sociales. A su vez, comprendía que no todos estos conflictos desintegraban a la sociedad, algunos inclusive la fortalecían. Al observar esto, era más funcionalista que el funcionalismo imperante, ya que adhería a su postulado principal: si cada parte presente en el cuerpo social contribuye a la reproducción del todo y presenciamos conflictos sociales recurrentemente ¿Qué función tienen?

Coser llegó a la conclusión de que, en la mayoría de los casos, los conflictos sociales eran funcionales. Servían para expresar y corregir desajustes del sistema, conformar grupos y dinamizar la estructura social impidiendo que retrase su desarrollo en relación a su ambiente natural. Los conflictos disfuncionales eran aquellos que contradecían los valores del grupo y/o se acumulaban en un único eje de ruptura, es decir aquellos que propugnaran conseguir aliados y cambiar el orden social. De allí su preocupación política: no tapar los conflictos, sino dejar que cada conflicto se desarrolle y resuelva en su terreno y no se

una con otros produciendo una acumulación. A su vez, esa gimnasia de reclamos y ajuste de la estructura, con la socialización de personas en los grupos formados en el conflicto, aportaba sociabilidad y sofisticación a la sociedad.

En paralelo a Coser, Dahrendorf inició sus trabajos en ciencias sociales en la segunda posguerra mundial. Este autor, emparentado con Popper y el positivismo lógico, fue uno de los precursores de la teoría sociológica del conflicto social. También preocupado por la estabilidad del orden social en Occidente, se encaminó a completar el edificio ortodoxo con una teoría del conflicto. Propuso invertir el modelo de pensamiento consensualista de Parsons, que según este autor procedía de Rousseau, y reemplazarlo, a la hora de analizar los conflictos sociales, por un modelo conflictivista que podría anclarse en Hobbes. A partir de la suposición de que la sociedad es esencialmente conflictiva intentó formular una teoría sociológica del conflicto. Con este basamento procedió a identificar a la sociedad y los grupos humanos como estructuras de dominación (intentando recuperar a Weber dentro de una matriz funcionalista, ya que Weber habla de asociación) en las cuales el origen estructural de los conflictos se basa en la relación entre dominadores y dominados. Las personas que forman parte de cada uno de los grupos tienen intereses comunes y por ello forman cuasi grupos. Estos cuasi grupos, a medida que tienen recursos (organizativos, simbólicos, etc) para expresar su conflicto van formando grupos y con ello el conflicto social adquiere clarificación y regulación.

Durante 1968 Adorno¹² efectuó una crítica a las concepciones de tales autores señalando las características formalistas de sus trabajos sociológicos, llevándolos a construir nociones descriptivas e incapaces de explicar causalmente los conflictos sociales. Estos rasgos, según Adorno, derivaban de la influencia que la obra de Simmel ejercía sobre

¹² Adorno (2006) *Introducción a la sociología*. Barcelona: Gedisa.





estos autores, ascendiente que los conducía a construir una teoría del conflicto que naturalizaba y eternizaba el conflicto social, resultando de ello inofensiva para el orden social y en consecuencia conservadora. En ninguno de los casos a que nos referimos se pretende eliminar el conflicto, sino regularlo dentro de las instituciones.

El último de los padres fundadores de la teoría sociológica del conflicto es Rex. Este es el precursor del comprensivismo en torno al conflicto social. Sus textos constituyen una crítica a toda concepción objetivista del conflicto, que reduce contradicciones de intereses a conflictos sociales. Señala que no siempre que encontremos contradicciones estaremos en presencia de conflictos. Para comprender el porque de movilizaciones y luchas, propone centrarse en el sentido que los actores otorgan a sus acciones y explicar la participación en una lucha por medio del sentido que otorgan sus participantes al pasaje de la contradicción a la lucha. En Rex no interesa tanto qué motiva ese sentido de antagonismo, sino que ese sentido existe y es motor de conflicto; relativizando así la centralidad del origen estructural de los conflictos.

Los grupos de presión

Otro tema interesante en el camino entre los fundadores de la teoría sociológica y los actuales trabajos sobre acción colectiva y movimientos sociales son las formulaciones que han conceptualizado las luchas corporativas como grupos de presión. Un autor de esta corriente es Meynaud¹³ quien señala que los grupos de presión son conjuntos de personas que poseen: “una voluntad de influir en las decisiones de los poderes públicos. Desde el momento en que esta

¹³ *Los grupos de presión*. Buenos Aires: EUDEBA.

voluntad se manifieste el organismo considerado entra en la clase de los grupos de presión”¹⁴

En este análisis los grupos de presión presentan la característica de no ser grupos que luchan por el poder, sino de influir en quienes lo ejercen para que se tomen medidas que favorezcan sus intereses sectoriales. Lo interesante de los grupos de presión es que se constituyen en cualquier sector de la actividad social más allá de las clases, poseen modos de acción colectiva, movilización de recursos, organización de identidades, tienen estrategias de visibilidad y aprovechan oportunidades políticas. Al compararlos con los movimientos sociales de los estudios del presente consideramos que la única diferencia son los objetos empíricos de tales estudios: hoy se ha buscado narrar las experiencias de sectores que podemos denominar oprimidos, mientras que en Meynaud abundan ejemplos de acción de ramas empresarias y sindicales. Sin embargo esta variedad de contenidos no debe ocultar la forma del concepto de grupo de presión consistente en un grupo que intenta influir en la autoridad pública en pos de sus intereses corporativos. Ello implica una separación entre una autoridad que arbitra intereses sociales y grupos de interés que presionan sobre ella sin cuestionar su existencia.

De aquí, también, el parentesco con Coser y Dahrendorf. El conflicto se debe expresar, no tapar. Cuando se expresa la autoridad debe regular el conflicto, permitiendo de ese modo la organización de grupos y la consiguiente ganancia en densidad y eficacia vincular del sistema social. Los grupos de presión formados en el conflicto social funcional son periféricos del subsistema político y sus acciones presionan sobre el mismo para ajustarlo de acuerdo a necesidades sectoriales pero no para cambiar el modo en que se ejerce. En este sentido el parentesco con los movimientos de protesta es fuerte. Interesa resaltar que estas

¹⁴ Meynaud, J. (1962) *Los grupos de presión*. op. cit. P. 8.





categorías se ven como cosas diferentes entre sí y no como estadios organizativos de fuerzas sociales, que son la forma que asumen las clases en lucha.

Segunda parte: acción colectiva y movimientos sociales

Hacia fines de la década de 1960 el consenso ortodoxo de las ciencias sociales comenzó a perder vigencia. El mayo francés y los debates sobre las luchas de aquella década fueron centrales para sepultar una teoría consensualista.

A partir de esta época se multiplicaron formulaciones intentando conceptualizar el tipo de sociedad de aquellos años. Intentando explicar los cambios sociales proliferaron los prefijos post: post industrial, post capitalista, post socialismo.

Uno de los ejes de estas formulaciones es que en la sociedad ya no tienen la misma preponderancia los viejos centros de actividad social: el estado, el sindicato, el partido, la fábrica, etc. A este desarme de la totalidad social no se lo puede comprender con teorías que postulan la sociedad como una totalidad articulada consensualmente (funcionalismo) o conflictivamente (marxismo). La respuesta estará en construir una caja de herramientas, aislando conceptos de las teorías en las cuales fueron producidos (y por las cuales tienen pertinencia epistémica) y propugnar conceptualizaciones ad hoc para explicar luchas y conflictos que no tienen como ejes principales la lucha de clases ni el sistema social.

Como lo social ha dejado de poseer estatuto sistémico la investigación sobre los conflictos sociales debe reconstruirlos de modo empírico. La noción de acción colectiva es el elemento mínimo de las luchas sociales. Pero no cualquier acción colectiva, sino una discontinua y

contenciosa, es decir, no la acción colectiva recurrente y no conflictiva. Tilly señala: “Las acciones colectivas discontinuas y contenciosas siempre involucran una tercera parte, generalmente plantea amenazas a la distribución existente de poder, y frecuentemente incita a la vigilancia, la intervención y/o represión por parte de la autoridad política.”¹⁵ Nos referiremos a acciones que implican enfrentamiento con la autoridad. Tal enfrentamiento contiene amenazas en la esfera de la distribución del poder, es decir, dentro de su modo de ejercicio. Pero, según estos autores, tal disputa no se realiza en la esfera de la producción del poder, por ello no implica la disputa por el ejercicio del poder (transformación social).

La noción de movimiento social es abarcativa de la de acción colectiva y no a la inversa. Para que haya movimiento social debe haber acción colectiva, pero para que esta ocurra, no es preciso un movimiento social. Este, supone una articulación de acciones colectivas de modo más flexible que las organizaciones institucionales de la sociedad, pero más fijo que las acciones esporádicas. Como señala Pérez Ledesma: “a diferencia de las formas no coordinadas de acción colectiva, y de las expresiones esporádicas de malestar, un movimiento supone una actuación concertada con un cierto grado de permanencia. Pero la concertación no implica un nivel de organización similar al de las asociaciones formales”.¹⁶

Raschke proporciona una definición: “un movimiento social es un actor colectivo movilizador que, con cierta continuidad y sobre las bases de una alta integración simbólica y una escasa especificación de su papel, persigue una meta consistente en llevar a cabo, evitar o anular cambios

¹⁵ Tilly, C (2000) “Acción colectiva” en revista *Apuntes de investigación del CECyP* n° 6. Buenos Aires. P. 11.

¹⁶ Pérez Ledesma, M. (1994) “«Cuando lleguen los días de la cólera» (Movimientos sociales e historia)” en *Zona Abierta* n° 69. Madrid. P. 60.





sociales fundamentales, utilizando para ello formas organizativas y de acción variables”.¹⁷

Pero poco después aclara sobre la expresión “cambios sociales fundamentales” que: “Hay que separar analíticamente a un movimiento social del «movimiento» de la sociedad [...] cada vez se diferencia de forma más fuerte en los movimientos y en la ciencia social el hecho de que la dinámica del movimiento no es idéntica a la dinámica («desarrollo») de la sociedad, y no se determina a través de ella, sino que es [...] un resultado específico de la acción del movimiento.”¹⁸

Los movimientos sociales se presentan externos al poder político, como una instancia que lleva adelante sus luchas de modo diferente (por su menor grado de estructuración) y pugna por torcer decisiones que competen a intereses de fracciones de la sociedad.

La agenda teórica de la sociología occidental será explicar estos conflictos que cambian lo social pero no lo transforman radicalmente; unos conflictos dispersos y que se entablan a modo de reclamo o “protesta”.

Herederos de sus tradiciones teóricas hace 40 años surgieron cajas de herramientas intentando ofrecer explicaciones alternativas al conflicto social. En EEUU la estructura de oportunidades políticas y la movilización de recursos buscar completar las tempranas formulaciones de Olson y Smelser. En Europa, mucho más centrado en los conflictos presentes, se intenta batir al marxismo centrándose en los actores y su identidad construida en luchas ajenas a los conflictos entre capital y fuerza de trabajo.

¹⁷ Raschke, J. (1994) “Sobre el concepto de movimientos social” en *Zona Abierta* nº 69. Madrid. P. 124.

¹⁸ *Op. Cit.* P. 124.

La estructura de oportunidades políticas y la movilización de recursos

En EEUU la sociología tuvo, desde mediados del siglo XX, la plaza académica más fuerte. Sin embargo hacia los años 60 su matriz hegemónica entraba en decadencia al no poder, entre otras cosas, explicar los conflictos en los que se debatía la sociedad norteamericana: estudiantes, feministas, ecologistas, pacifistas, y okupas. ¿Qué ocurría con el consenso de valores? ¿Estaba en riesgo el orden social? ¿Cómo explicar estos acontecimientos?

Existían algunos núcleos conceptuales en el funcionalismo que daban herramientas para una explicación: por un lado el desfase entre las expectativas de las personas y lo que el sistema social podía ofrecerles,¹⁹ por el otro la racionalidad en términos de costo – beneficio²⁰ que suponía movilizarse en condiciones ventajosas que permitirían, con la victoria, un beneficio mayor al costo de movilizarse.²¹

Sin embargo, estas explicaciones no cuadraban con las manifestaciones sesentistas en EEUU. Los que se movilizaban no eran ampliamente beneficiados por sus acciones y a su vez, sus expectativas solían ser satisfechas de modo creciente: los primeros movimientos sociales eran constituidos por personas de estratos medios y medio - altos. A su vez, observaban que muchos sujetos podían encontrarse en situaciones de frustración y en lugar de unirse a movimientos sociales podían llevar adelante “conductas desviadas” como el delito. Lo que ponen de manifiesto algunos científicos sociales norteamericanos es que para movilizarse colectivamente los descontentos precisan de recursos. El movilizar estos recursos sociales

¹⁹ Smelser, N (1963) *Theory of collective behavior*. New York: Free Press of Glencoe.

²⁰ Olson, M (1965) *The logic of collective action: public goods and the theory groups*. Massachusetts: Harvard University Press.

²¹ Críticas a la teoría de la decisión racional: Paramio, L. (2004) “Teorías de la decisión racional y de la acción colectiva” en Revista *Sociológica* año 17, n° 57 y Pizzorno, A. (1994) “Identidad e interés” en revista *Zona Abierta* n° 69. Madrid.





(dinero, influencia en las elites políticas, aliados, apoyo de los medios de comunicación) es lo que constituye a los movimientos sociales, lo que permite el paso de la frustración más el cálculo estratégico a la acción colectiva y al movimiento social.

Entre estos recursos uno es central: la estructura de oportunidades políticas. Según las generalizaciones empíricas de estos autores, los movimientos sociales no aparecen en el terreno de la lucha por el poder en la sociedad, sino que son movimientos que reivindican derechos y posiciones de determinados grupos frente a las autoridades. Es decir que los movimientos sociales, al igual que los conflictos funcionales para Coser y Dahrendorf, expresan el conflicto y reacomodan la sociedad dentro del statu quo.

Estas oportunidades políticas son originadas por la división del poder público sobre alguna demanda, la alianza con alguna de estas fracciones, la movilización en los términos necesarios para sostener dicha alianza y presionar a la otra parte del poder a fin de obtener la reivindicación. Esta movilización debe ser “encausada funcionalmente” para que tenga “éxito”. No cualquier acción colectiva, sino una sujeta a un repertorio que se constituye como señala Tarrow, “Con suficientes repeticiones y éxitos ocasionales, la gente aprende que tipo de acción colectiva es capaz de emprender, cuáles tendrán éxito y cuáles tenderán a despertar la ira de las fuerzas del orden”.²² Podemos ver que la “gente” (¿qué categoría sociológica es la gente?) tiene éxito cuando no desafía a la autoridad, es decir que el éxito de la acción colectiva es no alterar el orden social, sino sólo ajustarlo.

Los autores más salientes de esta corriente son Tilly, Tarrow, Mc Adam y Zald. Al analizar esta teoría tiene interés el hecho de que buscan ser matrices de observación para conflictos sociales en cualquier época.

²² Tarrow, S. (1997) *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza. P. 50.

Por ello una de sus debilidades radica en su intento de trasladar un esquema de lucha social a otra etapa histórica, cuando posiblemente rijan otros parámetros.

También muchos de sus conceptos consisten en términos descriptivos, asociados a generalizaciones empíricas más que a matrices de pensamiento con las cuales ordenar la realidad. Otros, como la estructura de oportunidades políticas, son tomados del marxismo. Sin embargo, este préstamo es parcial puesto que elevan tanto el nivel de abstracción del concepto que el mismo es utilizado tanto como limitante o estimulante de acciones colectivas.²³

Los movimientos sociales y la construcción de identidades

En Europa no interesa la construcción de una teoría de la acción colectiva en toda la historia. En primer lugar se busca explicar la sociedad y a partir de esta explicación brindar un modo de conceptualizar la acción colectiva y los movimientos sociales.

Touraine es uno de los fundadores de esta corriente. *La sociedad post industrial* es un trabajo precursor en la conceptualización de, como muchos han comprendido, la nueva sociedad occidental producto de las transformaciones de las décadas de 1960. La tesis central es que en los países más desarrollados de Europa, a partir del acceso al consumo de las masas obreras, la sociedad entró en una etapa en la cual el principal problema es organizar y programar el desarrollo, de allí su nombre de “sociedad programada”. Este proceso, que Touraine lo analiza evolutivamente, implicaría que la tecnocracia propugnaría la programación de la sociedad desatando fuertes tendencias homogeneizadoras sobre una sociedad que, según la explicación

²³Sommier, I (2009) *La violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Nueva Visión.





desarrollada en *¿Podremos vivir juntos?*, tendería, dada su superación de las necesidades, a la heterogeneidad identitaria y la fragmentación. Esta tecnocracia entraría en contradicción con los intereses de los individuos, que no se hallarían encasillados en los moldes de la programación social y que intentan expandir su ámbito de libertad individual una vez superadas sus necesidades. De esta situación se deduce que el conflicto principal pasaría en torno a la confrontación sujetos (individuos) vs. tecnocracia. Por estos motivos las nuevas luchas sociales serían para reafirmar la autonomía e identidad frente a la programación tecnocrática.

El punto central del argumento es que la esfera privada es cada vez más “colonizada” por la tecnocracia y la vida individual es cada vez más social. Una cuestión clásica en el marxismo es el pasaje, en el modo de producción capitalista, del trabajo concreto al trabajo abstracto. Esta “colonización” de la vida privada es una tendencia central de las sociedades donde impera la ley del valor y no una novedad post industrial. La socialización de la intimidad “individual” es un proceso de más de 5 siglos de antigüedad y fue investigado por Norbert Elías en *El proceso de la civilización*.

Las acciones colectivas y los movimientos sociales serían los modos en los que confluyen las identidades avasalladas por el avance tecnocrático. Esta formulación permite comprender, según los autores, la proliferación de luchas no materiales y ancladas en estilos de vida e identidades minoritarias. A esta confluencia Melucci la denominó sistema de acción multipolar. Nuestro autor investiga el modo en que los actores sociales pasan de la situación de “cuasi grupo” de Dahrendorf a la de “grupo”. El pasaje no es por los recursos sino porque estos se perciben²⁴ desde una articulación de identidades determinada, constituida en el conflicto y que organiza su confluencia

²⁴ Recordemos los esfuerzos comprensivistas de Rex en relación a Melucci.

alrededor de tres cuestiones: los fines de las acciones colectivas, los medios y el ambiente en el cual se llevan a cabo. En cada acción colectiva se renegocia el nosotros de los sujetos que luchan contra la alienación homogeneizante del sistema. Estas consideraciones se elaboran dentro de una cuestión central en Melucci: explicar como se unen los individuos para constituir un actor colectivo. Aquí vale una disgresión: esta pregunta sólo es posible en tanto se acepte el dualismo individuo – sociedad. Para el marxismo son las clases, las fracciones y las categorías sociales las que luchan y la pregunta sobre los individuos se realiza en tanto que personifican políticamente algunos de los modos de agrupamiento. Se entiende que para que se articulen las clases se deben movilizar cuerpos, lo que constituye transformaciones subjetivas para ellos.

Retomando la explicación de la sociedad programada observamos que información, saber y símbolos son centrales en esta sociedad, de esta situación se desprende que las luchas más importantes y numerosas ya no son por motivos materiales (debido a la mencionada “solución”) sino por identidades deterioradas, de allí la importancia de desafíos simbólicos y la confluencia de muchas reivindicaciones tradicionales (identidades nacionales, minorías -a veces no tan minorías- sexuales) cobran nueva relevancia. En esta matriz en *Nomads of the present* Melucci señala el carácter diacrónico del presente como una novedad de la etapa histórica actual y para la teoría social. Debemos recordarle a Melucci la obra de Antonio Gramsci, para quien cada clase y bloque histórico sintetizaba todo su pasado,²⁵ o el lugar que dedica Marx en *El 18 Brumario* a la tradición en la política moderna.²⁶

²⁵ Gramsci, A. (2002) “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas” en Gramsci, A. *Escritos políticos*. Madrid: Editora Nacional.

²⁶ Una relación entre Melucci y estos trabajos marxistas es que ambos explican períodos contrarrevolucionarios.





Respecto de las características de las acciones colectivas y movimientos sociales, debido al carácter autorreferencial que poseen para Melucci y Touraine, son incapaces de construir una nueva sociedad. Su potencialidad es la gimnasia de ajustes que impida el inexorable avance tecnocrático. La sociología a principios del siglo XXI llega a una nueva jaula de hierro: por un lado avanza la programación de la sociedad y por el otro se disuelve en múltiples fragmentos resistentes. La perspectiva es una constante lucha de los movimientos sociales, sin que esto lleve a una nueva articulación social.

De esta impotencia intrínseca de los movimientos sociales devienen los intereses de Melucci al criticar el “reduccionismo político” porque “...ignora algunas dimensiones muy significativas de los nuevos movimientos: las que se relacionan con la creación de modelos culturales y los retos simbólicos.”²⁷ Nadie duda de la importancia de estos factores cuando un movimiento de lucha es débil: ¿Qué lo cohesiona? Valores fuertes, redes de relaciones íntimas (como la endogamia de los grupos políticos marginales) una identidad, símbolos de raigambre irracional, etc. Sin embargo cuando el movimiento de lucha avanza y toma fuerza poca importancia tienen estos motivos. ¿Tiene algún factor explicativo del bolchevismo el vínculo de Lenin y Krupskaja? No, pero sí posee algo de valor en pequeñas agrupaciones estudiantiles el vínculo de pareja de sus escasos protagonistas. ¿Tiene más importancia la estrella roja de la bandera del ERP o su política armada insurgente? Aún asumiendo los símbolos como consignas sintéticas que perduran, llegado un punto de desarrollo la política tiene primacía y sirve para explicar los cambios sociales e identitarios, sin embargo esta es la frontera conceptual de Melucci.

²⁷ Melucci, A. (1994) “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales” en *Zona Abierta* n° 69. Madrid. P. 166.

Finalmente es interesante señalar otra cuestión: hay que ser prudente al importar estos marcos identitarios a latinoamérica. Aunque existen reivindicaciones “inmateriales” o “identitarias” los piqueteros no están en la ruta afirmando un estilo de vida, los aymará no están tan interesados en aspectos lingüísticos como en terminar con el latifundio. La reducción identitaria de estos procesos es una tara para su investigación. Las advertencias de Touraine y Melucci de que sus marcos son para la sociedad post industrial donde predomina el mercado (sociedad de consumidores) y no donde el avance en la pauperización es un proceso de largo plazo no suelen considerarse.

Tercera parte: elementos para una crítica marxista

En estos trabajos encontramos abundante información empírica de luchas sociales que debe ser tomada para hacer un análisis social. Casi todo el mundo y todas las épocas han sido abarcadas. Sin embargo esto no debe tapar lo principal: ¿cual es la novedad para la teoría social? Con la teoría de la lucha de clases y las teorías clásicas del conflicto social sabemos que la lucha constituye los grupos, sus identidades, que no toda lucha destruye el orden social, que existen grupos en la sociedad que presionan a las autoridades por reivindicaciones parciales, que utilizan formas de lucha ancladas en sus propias tradiciones populares, que la división de la clase dominante permite a los oprimidos obtener ventajas, que los aliados y recursos sociales que se puedan movilizar son centrales para entender el origen y desarrollo de las luchas. Por ello no tenemos una respuesta elogiosa respecto de la fertilidad teórica de estos trabajos.

En este terreno urge mencionar algunos problemas epistémicos:

- a) Aquellos que se han explicado sociológicamente el surgimiento





de sus reflexiones (requisito de cualquier explicación sociológica) lo han hecho de un modo ajeno a lo que ellos mencionan como motores del cambio social: la sociedad no cambió por los movimientos sociales sino que “evolucionó” producto de la integración de las masas al consumo. Esa evolución contrasta con la explicación marxista de los cambios sociales de los 60 y 70: la clase obrera y su proceso de organización fueron derrotados por el bloque en el poder y su capacidad posterior de plantear alternativas al orden social quedó limitada hasta una nueva etapa (que no parece haberse constituido aun) de fortalecimiento de su organización mediante sus luchas. De no ser así sus niveles de lucha seguirán bajos y otros combates, que existían como subalternos, tomarán la delantera en el contador.

- b) Aquellas teorías sobre el conflicto social que trascienden los límites de las sociedades capitalistas no siempre manejan los datos históricos de modo apropiado. En algunos casos hipotetizan concepciones modernas como “individuo” a luchas medievales, dejando esos cuerpos desatados de las relaciones sociales que los han tejido y proyectando sobre ellos las prenociones de los investigadores. Cuando se habla de sociedades modernas suele encontrarse un manejo antojadizo de conceptos y datos históricos. Espina nos da un ejemplo: “A partir del caso de la revolución argentina de 1912, liderada inicialmente por Yrigoyen y el Partido Radical, pero a la que se sumaron enseguida campesinos y trabajadores (anarquistas y socialistas), Acemoglu y Robinson aplican la teoría de juegos para construir un modelo de elección racional en el que juegan tres clase sociales (rica, media y pobre) y tres regímenes

políticos: duro, flexible y débil.”²⁸

- c) No es lo mismo una matriz relacionista como la del concepto de lucha de clases, enfrentamiento o combate social (implican al menos dos sujetos), que una matriz individualista como la de acción colectiva o movimiento social. Centrarse en una clase, movimiento o acción colectiva sin remitirlas al proceso social en que se constituyen, desdibuja una parte y su proceso al aislarlos mutuamente. Construir una teoría de un aspecto parcial de la realidad social implica una epistemología que escinde aquello que en la realidad material se haya en profunda relación y por ello distorsiona la mirada científica. La idea de formular una teoría del conflicto social supone pensar que hay algo social que no es conflicto. Por esto la categoría lucha de clases resulta más abarcativa que acción colectiva o movimiento social.
- d) De aquí deriva otra insuficiencia: la disociación entre lo social y lo político. ¿Qué constituye a las autoridades? ¿Qué nexo une movimientos sociales con autoridades políticas?. Para el marxismo el Estado es una síntesis que cristaliza y estabiliza relaciones de fuerza entre las clases sociales. Por ello las luchas no son ajenas a la distribución y sobre todo organización del ejercicio del poder. En estas investigaciones muchas veces se trasluce como virtud desarmar conceptualmente una realidad articulada que es el poder político y su ejercicio, en palabras de Tarrés “... se distingue lo social de lo político.”²⁹
- e) Otro cuestionamiento epistemológico es el lugar de la teoría científica. Tarrés señala el fin de las mismas como algo productivo “Ya no hay preguntas respondidas de antemano por

²⁸ Espina, A. (2005) “Hacia una sociología evolucionista de la revolución” en *REIS* nº 110. Madrid. P. 36.

²⁹ Tarrés, M. (1992) “Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva” en *Estudios sociológicos* nº 30. México. P. 736/7.





teorías que daban por supuesto el comportamiento de ciertos actores o un encadenamiento lógico entre niveles de la realidad.”³⁰ En lugar de la teoría estos estudios conceptúan lo sustantivo.

- f) Estas teorías suelen construir nociones a partir de la generalización empírica (actitud propia del positivismo) manejan una empiria deformada por su debilidad teórica entrando en un círculo vicioso: tal debilidad produce conceptos débiles y, los mismos, observaciones más débiles, lo que construye conceptos más débiles y así sucesivamente. Esta metodología sólo lleva a la imprecisión.

Por otra parte estos autores definen su relación con el marxismo de modos diferentes. Por ejemplo Manuel Castells en *Movimientos sociales urbanos* parece tener una relación íntima, lejana a Rod Aya cuando señala que con los hallazgos de una investigación se ha “...clavado otro clavo más en el ataúd del marxismo”.³¹ En este sentido interesa ver cuan infundadas son algunas críticas al marxismo. Melucci, por ejemplo, tiene una llamativa versión acerca del conocimiento social en Lenin y Luxemburgo: “... debilidad de los modelos de la tradición política occidental que explican el compromiso y la participación de los individuos. [...] me voy a referir a ellos como «leninistas» y «luxemburguianos». Al primer modelo pertenecen, paradójicamente, el propio leninismo, la psicología de las masas y la teoría de la sociedad de masas; el presupuesto común es que el compromiso es el resultado del trabajo de una minoría que arrastra a una masa indiferenciada de individuos en la dirección de sus intereses reales (en la versión leninista) o en la dirección de los propósitos de los agitadores por medio de la sugestión y la manipulación (en el caso de la psicología de

³⁰ Op. Cit. P. 737.

³¹ Aya, R. (1995) “La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica” en *Política y sociedad* nº 18. Madrid. P. 11.

las masas). El modelo «luxemburguiano», contrariamente al «leninista», atribuye al individuo la capacidad espontánea para movilizarse colectivamente ante situaciones de descontento, injusticia o privación. [...] ambos modelos dejan de lado [...] que los individuos interactúan, se influyen mutuamente y negocian para definirse como un actor colectivo y para delimitar el ámbito de su acción.³²

Allende la oposición ideológica de Melucci al marxismo, haremos tres aclaraciones:³³ 1. Describe a Melucci que se considere más lejano de Lenin (símbolo de los errores) que de Le Bon (hombre tan equivocado como otros); 2. No es el individuo ni una masa de ellos el objeto de las preocupaciones teórico-políticas de Lenin ni de Luxemburgo, sino que son las clases sociales y sus fracciones, las que se constituyen según modos de articulación económico políticas en procesos sociales concretos; 3. Ambos conocían la pertinencia de la sociabilidad obrera, su cultura, sus valores, etc. para explicar y conducir el desarrollo de la clase obrera y sus aliados. Este hecho no excluía que intentasen más que reafirmar dichos valores, ya que los mismos eran producto de una “negociación” realizada entre expropiados y explotados con sus expropiadores y explotadores, no entre cuerpos libres de necesidades que al acceder a la alta cultura deciden e intercambian fuera de toda coacción.

También muchos de estos autores han señalado o dado a entender, como Aya, Craig Jenkins o Touraine;³⁴ que dicha teoría veía en la lucha obrera el desarrollo de la historia, cuando en realidad el marxismo es la teoría de la lucha de clases, lo que implica asumir en primer lugar que

³² Melucci, A. (1994) “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales” Op. Cit. P. 169.

³³ Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo” suponía una relación libidinal en el vínculo líder – masa que permitía la simbolización e identificación. (2008) Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

³⁴ Aya, R. (1995) “La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica” *op. cit.*; Craig Jenkins, J. (1994) “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales” en *Zona Abierta* n° 69. Madrid; Touraine, A. (1990) *Movimientos sociales hoy*. Barcelona: Hacer.





la historia es el resultado de las luchas de todas las clases entre sí; y en segundo que los conflictos entre clases sociales no se reducen a su vector vertical.

Otra crítica corriente, del mismo grupo de autores, consiste en asumir que para el marxismo las situaciones de lucha son protagonizadas por los sectores más pauperizados y quienes más luchan, según estas investigaciones, son los sectores medios.

En relación a ese punto suelen señalar que el marxismo considera que las personas luchan para cambiar el sistema y lo que han hallado en entrevistas y declaraciones de protagonistas es que sus luchas son por reivindicaciones compatibles con el orden social. Este es un hallazgo correcto y válido también para las fracciones obreras. Lenin ha registrado esta situación en *Que hacer* al señalar que la conciencia socialista viene de afuera de la clase obrera. Los explotados y oprimidos cuanto mucho pueden tener conciencia de lo más elemental: su situación de privación material. Son proposiciones que forman parte del marxismo. La capacidad de articular un discurso y una práctica superadora del sistema es posible sólo para una minoría que tenga condiciones de acceder a las distintas corrientes del pensamiento científico social y, en determinadas relaciones de fuerzas, dirigir un proceso de transformación de manera victoriosa. Mientras la clase obrera permanezca en situación de sometimiento, su participación en luchas sociales será poco destacable. Por ello a los marxistas nos espera una larga tarea producto de una derrota estratégica anterior: trabajar en un nivel de generalidad con una teoría *verdadera* sobre el desarrollo del capitalismo como modo de producción (contenida en *El Capital*) y por otra parte profundizar, con dicha teoría y metodología, los análisis de formaciones sociales y coyunturas políticas.

Otra cuestión importante en las críticas al marxismo es la ausencia de revoluciones socialistas en los últimos 30 años. La empiria es

ineludible, pero a su vez es lo que debe ser explicado y no asumido como dado. La derrota popular en los procesos revolucionarios de las décadas de 1960 y 1970 en todo el mundo, la caída del bloque socialista del Este Europeo, el terrorismo de Estado y los genocidios del tercer mundo, son más explicativos que una “evolución” hacia una nueva etapa del capitalismo. Por ello interesa ver que esa nueva etapa donde, como explica Castel,³⁵ se fragmenta la clase obrera es posible luego de haberla aplastado política y militarmente. Como ha señalado Izaguirre³⁶ respecto de los desaparecidos, la palabra derrota deriva del vocablo latino *dis-rupta*, o sea *ruptura*, de relaciones sociales, de allí la fragmentación. Sin embargo esto no implica que este estado de fragmentación de las luchas será eterno. Las contradicciones en las relaciones de producción, tanto a nivel vertical como horizontal, siguen estructurando clases sociales con intereses antagónicos, sus luchas son inevitables, aunque no las revoluciones que constituyen, para el marxismo, los estados excepcionales del desarrollo político de la clase obrera. Sin embargo, destacamos que esta clase no ha perdido centralidad social: sus centrales sindicales son fundamentales para sostener a Kirchner, Obama o Lula.

Después de la represión y derrota, la destrucción de sus organizaciones y de los vínculos más íntimos que constituían su red social (piénsese en los desaparecidos) la clase obrera se encuentra a raya en el orden capitalista. Las luchas no pueden ser más que fragmentarias y difícilmente cuestionen el ejercicio del poder hasta tanto hayan adquirido desarrollo. Esta fragmentación se complementa con un desplazamiento del conflicto de clases hacia objetos sucedáneos: resistencias elementales, chistes clasistas, desgano laboral, dichos populares, etc. formas de expresión del conflicto que

³⁵ Castel, R. (1999) “¿Por qué la clase obrera perdió la partida?” en *Marx 2000* Congreso Marx Internacional II. Sociología - Economía. Volumen II.

³⁶ Izaguirre, I. (1994) *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*. Buenos Aires: CEAL – UBA.





permite sobrevivir en tiempos difíciles.³⁷ Los trabajos sobre movimientos sociales reflejan el aislamiento de las fracciones obreras y campesinas que luchan frente a la hegemonía capitalista, es decir el estadio primitivo de la lucha de clases. Al considerarlo producto de una evolución, y no de derrotas, estas formulaciones no pueden considerar en sus propios términos una superación de este estado de fuerzas. Estos planteos esencializan el tránsito del estadio individualista al corporativo de la lucha de clases. Aquellos trabajos hacen de la debilidad de los movimientos una virtud, propugnando el sostenimiento del orden; de allí su inofensividad, prestigio, financiamiento y apoyo político del establishment. En contrapartida, el marxismo, hoy mucho menos en boga, hace visibles estadios muy elevados y también poco desarrollados de la lucha; *La guerra civil en Francia* de Marx y *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson son dos ejemplos.

Bibliografía³⁸

- Coser, L. (1961). *Las funciones del conflicto social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Coser, L. (1970). *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dahrendorf, R. (1959) *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid.
- Dahrendorf, R. (1971). *Sociología y libertad. Hacia un análisis sociológico del presente*. Madrid: Tecnos.

³⁷ Adorno, T. (2004) "Observaciones sobre el conflicto social hoy" Adorno, T. en *Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal.

³⁸ No referenciada ni mencionada anteriormente.

- Marx, K. y Engels, F. (1994) *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: Centro editor argentino.
- Marx, K. y Engels, F. (2004) *La ideología alemana*. Buenos Aires: Nuestra América.
- McAdam, D.; McCarthy, J. y Zald, M. (1999) (eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Itsmo.
- Nievas, F. (inéd.) *Los estadios de la lucha de clases*.
- Rex, J. (1985) *El conflicto social*. Madrid: Siglo XXI.
- Simmel, G. (1939) *Sociología*. Buenos Aires: Espasa Calpe.





Acciones colectivas, movimientos y protesta social: preguntas y desafíos

Por Adrián Scribano *

Resumen

Este artículo presenta algunas preguntas y desafíos para los estudios sobre movimientos sociales a partir de las experiencias analizadas en el Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social del CEA-UE-UNC. Para ello se presentan los rasgos centrales de la actual metamorfosis del capitalismo en la región y en el país como contexto de las acciones colectivas y sus respectivas reflexiones. Luego se sintetizan algunos nodos problemáticos vueltos preguntas y desafíos que emergen desde aquel contexto y, finalmente se invita a reflexionar sobre las consecuencias de lo expuesto enfatizando una respuesta posible a la pregunta ¿Qué será de los movimientos sociales en la próxima década?

Palabras clave

acción colectiva – movimientos sociales – protesta – capitalismo – cuerpos y emociones -

Collective actions, movements and social protest: questions and challenges

Summary

This article presents some questions and challenges for studies on social movements from the experiences analyzed in the Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social del CEA-UE-UNC. This will be presented the central features of the current metamorphosis of capitalism in the region and in the country as a context of the collective actions and their respective reflections. Then synthesizes some nodes problematic turned questions and challenges that emerge from that context and, finally are invited to reflect on the consequences of the foregoing emphasizing a possible response to the question, what will be of social movements in the next decade?

Key Words

collective action – social movements – protest – capitalism – bodies and emotions -

* CEA UE – CONICET. Investigador Independiente CONICET Coordinador del Programa de Estudios de Acción Colectiva y Conflicto Social del Centro de Estudios Avanzados Unidad Ejecutora del CONICET de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Coordinador de la Carrera de Sociología y Profesor Regular del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María. Secretario de ALAS. adrianscribano@gmail.com

Introducción

Córdoba 8,30 de la mañana. El Jonathan (el único hijo que le estudió a Pedro) hoy se levantó temprano. Es raro porque trabaja de 13 a 21 en una imprenta del barrio que está en la entrada a la Villa y generalmente toma mate con la abuela a eso de las 12 cuando sale de la cama. La imprenta es una de esas empresas que salvaron de la quiebra los empleados que trabajan ahí, cuando el patrón se fue en el 2001. Gana más o menos, pero labura y aprehende un oficio y así fue como terminó el secundario, porque le enseñó una de las maestras que vienen de la universidad los fines de semana. A la noche sabe volver tarde porque tiene que participar de unas reuniones (asambleas le dicen) que hacen los empleados, o porque se encuentra con los chicos del equipo de fútbol o porque, de vez en cuando, llega una chica que ayuda a las maestras y parece que están saliendo. Susana (la compañera de Pedro) extrañada de que se haya levantado temprano no sabe si preguntarle... pero cuando le está preparando los mates, Jonathan le cuenta que van a una manifestación al centro y que el bondi pasa a las 9,00 por la imprenta. Parece que el otro día a uno de los chicos que están en el Centro Cultural de la imprenta lo metieron preso por reclamar aumento de sueldo donde trabaja y hoy hay una gran movida para que lo liberen. A las 13,15 el celular de Pedro arranca con “beso a beso...!!!” es el “ring” que tiene cuando lo llaman. Un tipo le dice que Jonathan está en el Hospital de Urgencias con un tiro en la pierna... parece que a la Yuta¹ se le fue la mano en la represión... un hielo le recorrió la espalda, la misma a la que aún le quedan rastros de su militancia gremial...

¹ Modalidad popular para designar a la policía.





Esta es una postal cordobesa que seguramente puede extenderse a toda Argentina y Latinoamérica conservando el esquema que conecta acción colectiva, prácticas intersticiales, protesta social y represión.

Este artículo tiene por objetivo presentar algunas preguntas y desafíos para los estudios sobre movimientos sociales a partir de las experiencias analizadas como Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social de CEA-UE-UNC -y en alguna tomado parte-.

Para ello se propone el siguiente camino expositivo: 1) se presentan los rasgos centrales de la actual metamorfosis del capitalismo en la región y en el país como contexto de las acciones colectivas y sus respectivas reflexiones; 2) se sintetizan algunos nodos problemáticos vueltos preguntas y desafíos que emergen desde aquel contexto y, 3) se invita a reflexionar sobre las consecuencias de lo expuesto enfatizando una respuesta posible a la pregunta ¿Qué será de los movimientos en la próxima década?

1. Capitalismo depredatorio, neo-colonial y dependiente²

Para la sociología en (y desde) Latinoamérica siempre ha sido un continuo desafío responder a las preguntas y dilemas que las prácticas capitalistas instalan en nuestras sociedades. Existen tres ejes de una misma cinta mobesiana que atraviesan dialéctica y helicoidalmente la situación actual del capitalismo a escala planetaria y regional: las prácticas de depredación de los bienes comunes, la elaboración de los mecanismos de soportabilidad social / los dispositivos de regulación de

² Hemos presentado este diagnóstico en varios lugares (entre otros Scribano 2007b, 2008a, 2009a). Aquí retomamos algunos elementos de dichas publicaciones de modo sintético.

las sensaciones y las redefiniciones de la represión-militarización de las sociedades.

Se podría argüir que la estructura procedimental y praxiológica del capitalismo se sintetiza en la expresión: *¡Sea Mercancía y no muera en el intento!* Este mandato de mercantilización, asociado al de soportabilidad, se presenta como rasgo del capital indeterminado en su fase de expansión imperial³ neo-colonial en sistemas dependientes.

Es imperial⁴ porque bajo amenaza de la fuerza, construye en base a centros multipolares una red de dominación planetaria con particularidades locales. Es neo-colonial pues se funda en un entramado de intereses y sensibilidades que articulan los centros multipolares, a través de la elaboración de sensibilidades vicarias y delegativas. Es dependiente por el carácter planetario de sus prácticas depredatorias de los bienes comunes⁵.

Hoy se han acentuado los componentes del sistema que impiden la percepción de las claves de la expoliación y explotación. La clásica característica del *capital como indeterminado* se revela en su máximo potencial. Su lógica es la metamorfosis en la incertidumbre del *qué* pero no del *cómo*. Su existenciarío es ser una relación in-substancial.

Tal como lo investigara Marx, el capital se constituye en una dialéctica de indeterminación que se afirma en su metamorfosis y se asume en la esencia de una práctica in-substancial pero estructuradora. Una relación social que, al volverse trabajo acumulado, se constituye

³ Es ineludible aquí hacer constar la presencia del libro de Hardt y Negri y las discusiones que le siguieron como contexto de estas ideas.

⁴ Nuestra visión sobre el esquema de expansión y estructuración sistémica del capitalismo no se funda en ninguna visión “conspirativa”, “maniquea”, ni “ortodoxa” sobre la misma. Ver textos citados nota 3.

⁵ Se entiende –de forma provisoria- por bienes comunes al conjunto de activos y procesos que emergen de una relación dialéctica entre el hombre, el planeta y la totalidad del sistema ecológico. Se usan aquí de manera indistinta las expresiones “bienes colectivos” y “bienes comunes” sólo para evitar una discusión que demandaría más espacio del disponible.





albergando la tríada extrañamiento - enajenación - alienación como sistema complejo que, al crear sus entornos, se abre a la multiplicidad de contenidos. Los modos existenciales del capital “comparten-hacen” con la razón la práctica de crear “estados” de en-clasamientos. Dichos estados superponen contenidos de clase, etnia, género y edad como atributos desapercibidos de la apropiación (y expropiación) de cuerpos y emociones. Los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones -como maneras de organizar la dominación, independientemente de los contenidos- se hacen cuerpo en forma de imperativos mentales y aseguran las múltiples prácticas de extracción del plus-valor.

En este marco, la situación global del desarrollo del capitalismo puede ser caracterizada de diversas formas⁶. Desde América del Sur existen algunos componentes que acentúan el diagnóstico general: el capitalismo ha enfatizado su rasgo constitutivo de ser una gran máquina depredatoria de energía -especialmente corporal- que ha transformado, configurado-redefinido sus mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones, al tiempo que es un imponente y reticular aparato represivo internacional⁷.

1.1 Capitalismo depredatorio

En primer lugar, en sus distintas fases imperiales el capital siempre tuvo como objetivos garantizar, a largo plazo, las condiciones de su reproducción a escala sistémica. En la actualidad la concentración monopólica deviene en un aparato extractivo del aire-presente para

⁶ Algunas de las formas aludidas pueden ser consultadas en Seoane, J y Taddei, E. (comp.) (2001), Velter, H. and Petras, J. (2002) y Figueroa Ibarra, C. (2002), entre otros.

⁷ Para una visión más amplia de estas características (Scribano 2003b, 2005b, 2005c, 2007a y 2007b); Luna, R. y Scribano, A. (Comp., 2007).

gestionar el aire-futuro. La fuerza viva del capital, que son los seres humanos devenidos meros “cuerpos-en-trabajo” para el disfrute de unos pocos bajo la fantasía del deseo de todos, necesita garantizar la máxima tasa de apropiación ecológica para poder conservar a mediano plazo la estructura (cambiante) de las clases dominantes. Los procesos de identificación, apropiación y destrucción de los bienes comunes abarcan desde el aire, pasan por el agua y llegan a la tierra en sus más diversas manifestaciones. Un ejemplo paradigmático es la depredación del agua. La ubicación, el manejo y la depuración de las fuentes de agua a nivel mundial, es una de las aristas de la extracción depredadora del capital y del afianzamiento de su metamorfosis en condiciones de desigualdad. Sin agua no hay cuerpos ni sistemas de reproducción alimentaria; la biogenética resguarda el equilibrio necesario y suficiente de la apropiación del futuro. La consolidación de la extracción de aire y agua (en contextos de elaboración, almacenamiento y distribución a escala planetaria), se funda en la necesidad de disponer de tierras productoras y contenedoras de esos dos componentes básicos de la vida. Selvas, bosques y campos deben ser asegurados por las alianzas de las fracciones de las clases dominantes nacionales, a través de garantías de los estados nacionales de apropiación privada, privatizadas y globalizadas de las corporaciones internacionales del gerenciamiento ecológico.

En la misma dirección, la otra arista de la maquinaria extractiva es la energía en todas sus variantes, desde petróleo a la energía corporal socialmente disponible y consumible. Más allá del fatal proceso de extinción de estas energías básicas para el capital, su actual regulación constituye el centro de su reproducción a corto plazo. Por lo tanto, una *crítica de la economía eco-política* es un paso importante e insustituible para entender la expansión imperialista lo cual implica hacer visible cómo se cruzan, revelan y escriben las políticas de las energías corporales. Una de las vías privilegiadas para la apropiación desigual





de las energías corporales son las tribulaciones que entumescen cuerpos a través del dolor social.

Un ejemplo claro de esto es la “re-primarización” de la economía de muchos países, Argentina entre ellos, que depende de los productos primarios, que alienta la expansión de la frontera agrícola. Si alienta la expansión de la frontera agrícola, alienta la desertificación; si alienta la desertificación, alienta la privatización de los usos del agua; si alienta la privatización de los usos del agua, alienta las formas de extracción de minerales que tienen que ver con esos usos. Esas conexiones se desconectan en 2007, claramente por la crisis del capital internacional. Entonces, los intereses mineros y los intereses extractivos no coinciden más con los intereses agro-exportadores. ¿Cuál es la sensibilidad que se instala? “A favor o en contra”... “Es que todos vivimos de la naturaleza”⁸. Esto es un dato interesante, porque en los años ‘70 todavía se pensaba que vivíamos de las máquinas. Ahora vivimos de la naturaleza, y un cuerpo que vive de la naturaleza es un cuerpo preparado para vivir de lo que la naturaleza *le de*; un cuerpo preparado para eso es entonces, un cuerpo acostumbrado a lo *que venga*. Por esta vía se instala la inevitabilidad capitalista, porque la máxima es la expropiación de la energía del otro, sea en forma de plusvalía del trabajo asalariado, sea en forma de plusvalía operatoria corporal, sea en forma de plusvalía ambiental o ecológica⁹. Esto se conecta con las

⁸ Sobre esta temática, pueden consultarse las comunicaciones del Boletín Onteiaiken No. 5, en

<http://www.accioncolectiva.com.ar/revista/www/sitio/boletines/ver/boletin5.htm>

⁹ Si bien existen diversas visiones sobre la noción de plusvalía ecológica aquí provisionalmente sostenemos lo siguiente. Los modos de localizar, organizar y distribuir los recursos ambientales que implica la apropiación de los bienes comunes producen “unas nuevas maneras” de expropiación excedentaria. Las autonomías energéticas individuales y colectivas son expropiadas en lo que de ellas hay de conexión con la reproducción de la vida del planeta y de sus propias existencias. El diseño, elaboración y reproducción de la vida en general, y de la vida de los seres humanos en particular se transforma en una enajenación de la mismísima potencia de sus rasgos genéticos como lo atestiguan desde el “negocio de las semillas” hasta la afecciones-enfermedades provenientes del mortal cruce entre riesgo ecológico y

políticas de los cuerpos y las emociones que “preparan” las modalidades plurales de expropiación con una “propedéutica” de la “percepción” de amenaza ante la presencia del otro.

1.2 Mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de las sensaciones

En *segundo lugar*, para la fase actual del imperialismo es indispensable la producción y manejo de dispositivos de regulación de las expectativas y evitación del conflicto social. Dicho manejo se garantiza por los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones, sobre los que volveremos más adelante.

Nuestra propuesta se basa en una lectura del pensamiento de Marx, orientada a la elaboración de una sociología de los cuerpos y las emociones desde la situación actual del capitalismo global en contextos neo-coloniales.

Por esta vía es posible observar las relaciones entre expropiación, depredación, coagulación y licuación de la acción. Todo ser social es un cuerpo que en ciertas condiciones de “operación”, dadas las características actuales del capital y la extracción del “plus de operación” de los cuerpos, se constituye en el centro de la expropiación, que es en primer lugar de índole orgánica y luego corporal como “locus” insubstancial de las subjetividades posibles. La actividad depredadora del capital se constituye en torno a la absorción sistemática de las energías “naturales” socialmente construidas en ejes de la reproducción de la vida biológica: agua, aire, tierra y formas de energía. La dialéctica entre expropiación corporal y depredación se

pobreza. Todo el proceso de acumulación descrito se transforma en la condición de reproducción colonial del capital.





configura a través (y por) la coagulación y licuación de la acción. La tensión de los vectores bio-políticos se produce y reproduce en prácticas cotidianas y naturalizadas del “olvido” de la autonomía individual y/o “evanescencia” de la disponibilidad de la acción, en mimesis con las condiciones de expropiación.

En este contexto entendemos¹⁰ que los *mecanismos de soportabilidad social* se estructuran alrededor de un conjunto de prácticas hechas cuerpo dis-puestas a la evitación sistemática del conflicto social. Los procesos de desplazamiento de las consecuencias de los antagonismos, se presentan como escenarios especulares y desanclados de un espacio-tiempo. La vida social “se-hace” como *un-siempre-así*. Los *dispositivos de regulación de las sensaciones* consisten en procesos de selección, clasificación y elaboración de las percepciones socialmente determinadas y distribuidas. La regulación implica la tensión entre sentidos, percepción y sentimientos, que organiza las especiales maneras de “apreciarse-en-el-mundo” que las clases y los sujetos poseen.

Las cadenas y esquemas cognitivos-afectivos que conectan (y desconectan) las prácticas sociales en tanto narraciones y visiones del mundo hechas cuerpo, constituyen los procesos que aquí se caracterizan como ideológicos. Los mecanismos y dispositivos señalados son un gozne práctico y procedimental donde se instalan los cruces entre emociones, cuerpos y narraciones.

Los mecanismos de soportabilidad social del sistema no actúan directa ni explícitamente como “intento de control”, ni “profundamente” como procesos de persuasión focal y puntual. Operan “casi-desapercibidamente” en la porosidad de la costumbre, en los

¹⁰ Los esquemas interpretativos (sensu Giddens) y los habitus (sensu Bourdieu) son dos de las construcciones conceptuales que se aproximan a lo que aquí se entiende por mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de las sensaciones.

entramados del común sentido, en las construcciones de las sensaciones que parecen lo más "íntimo" y "único" de todo individuo en tanto agente social.

Entre ellos existen dos que, *desde un punto de vista sociológico*, adquieren relevancia: las fantasías y los fantasmas sociales. Unas son el reverso de los otros; ambos hacen referencia a la denegación sistemática de los conflictos sociales. Mientras las fantasías ocuyen el conflicto, invierten (y consagran) el lugar de lo particular como un universal e imposibilitan la inclusión del sujeto en los terrenos fantaseados, los fantasmas repiten la pérdida conflictual, recuerdan el peso de la derrota, desvalorizan la posibilidad de la contra-acción ante la pérdida y el fracaso. Una de las astucias más relevantes de estos dispositivos es no tener un carácter estructurado proposicionalmente: no están escritos ni dichos; son prácticas que traban y destraban la potencialidad del conflicto, sea como "sin-razón", sea como amenaza. Fantasías y Fantasmas nunca cierran, son contingentes pero siempre operan, se hacen prácticas¹¹.

Las sensaciones de malestar/bienestar individual se complementan y contraponen con percepciones de bienestar/malestar societal, producidos -entre otros fenómenos- por Fantasías y Fantasmas Sociales, coagulando las pasiones, privatizando las emociones y, haciendo que la vida de los sujetos sea vivida y vivible en procesos de metamorfosis y re-estructuración del capital. Desde esta perspectiva los fantasmas y las fantasías sociales son parte de los "mecanismos del orden" y de los "dispositivos ideológicos" de una sociedad.

¹¹ Hemos trabajado estos rasgos de los Fantasmas y Fantasías en tanto prácticas en varios lugares como ejemplo Scribano, A. 2005b, 2005d, 2008b.





1.3 Represión y militarización de los conflictos internos

En tercer lugar, la expansión imperial abarca la militarización planetaria y profundización del carácter doméstico de los aparatos represivos. No pueden mantenerse cantidades equilibradas del funcionamiento del aparato extractivo y de los dispositivos de regulación de las sensaciones sin un aparato represivo, disciplinar y de control mundial que trascienda la mera ocupación militar.

La represión global se orienta a sostener el estado de vigilancia neo-colonial, dada la reorganización paradójica de las composiciones, posiciones y condiciones de clases en espacios-tiempos complejos, con movimientos centrífugos (que alejan del centro) y centrípetos (que atraen hacia el centro) de las diversas maneras de resistir la expropiación energética y la regulación de las sensaciones.

Además, la militarización potencial de todo conflicto en los sistemas dependientes obedece geopolíticamente a las metamorfosis del capital financiero concentrado, la re-definición de los “patrones de acumulación” corporativa y la dialéctica fragmentación-totalidad en la metamorfosis de las unidades de expropiación.

En este marco hay una (sutil y) veloz transformación de la relaciones entre fronteras nacionales, “emprendimientos” transnacionales y militarización de la seguridad. En nuestros países se advierte -durante las dos últimas décadas- una aparente contradicción entre los agentes de la seguridad interna y las agencias públicas para la seguridad externa. Por un lado, se ha efectivizado la militarización de los agentes internos, desplazándose a una de las fuerzas armadas las responsabilidades del ejercicio del poder de policía. Por otro lado, se ha consolidado la “privatización” de la seguridad aeroportuaria, fluvial, y en algunos casos, también terrestre. En estas transformaciones es posible advertir que los planes de seguridad nacional han abandonado

la hipótesis de conflicto inter-estatal para trasladar su mirada hacia los conflictos de carácter interno¹².

Las fuerzas armadas que otrora “custodiaban” las fronteras de los estados naciones toman un rol cada vez más activo en la seguridad interna reemplazando y/o complementando las policías estatales y locales¹³. Desde la contención y represión de protestas sociales hasta el patrullamiento de las “zonas rojas del delito” se evidencian nuevas actividades de estas fuerzas.

La presencia cada vez mayor de la seguridad privada en las fronteras, en los country y en los edificios públicos (estatales o no) expone la estructuración de un mercado de la seguridad: desde la transacción de dispositivos de alarmas monitoreadas y blindajes de automóviles, pasando por los edificios con seguridad 24 horas, hasta llegar a las empresas de custodia los objetos mercantilizados.

Otra de las facetas de la redefinición de la represión y la seguridad son las múltiples relaciones entre mafias y economía en las sombras. Las conexiones entre los negocios de las drogas, las armas y la prostitución conforman uno de los principales entramados de prácticas represivas, elaboradas en el marco de los dispositivos de regulación de las sensaciones. Las mafias asociadas a los “negocios” ilegales e informales crean una densa y extensa red que pone en acto procesos de valorización de “bienes y servicios” con un “curioso” efecto multiplicador en el mercado: custodia, protección de territorios, mercados inmobiliarios especializados, etc.

Los efectos de las adicciones en el cuerpo individuo, subjetivo y social se conectan directamente con otras formas de mercantilización; es decir, la expropiación de los tiempos operatorios donde surgen los

¹² La Doctrina de la Seguridad Nacional manifestaba el mismo desplazamiento. Esto lo hemos expuesto en Scribano, 2004c.

¹³ Para una interesante visión sobre este tema ver Nieves y Bonavena, 2008.





valores de la plusvalía operatoria genera contextos de angustia. En los marcos crecientes de las relaciones entre angustia y ansiedad, aumenta la tendencia a la violencia y con ella el contacto con el mercado de las armas.

Por último las relaciones entre los programas de Tolerancia Cero, criminalización y judicialización de la protesta social y de la pobreza son una parte consustancial del nuevo panorama represivo¹⁴.

Los programas de Tolerancia Cero a la delincuencia con todas sus variantes implicaron la reconstrucción de algunas prácticas represivas de la policía, la modificación de reglamentos internos, legislaciones locales y nacionales. Disminuyen los umbrales de negociación/coacción y aumentan los márgenes para prácticas aniquilatorias; es en esta dirección que el “espiral de la violencia” crece y se complejiza.

La criminalización y judicialización de la protesta social es uno de los principales ejes de la sociodicea de la frustración y del mundo del NO¹⁵. La juridización de la protesta se vuelve lógica de la exclusión. Al menos desde la década del 70' el rechazo de lo diferente, de aquello que emergía como “no-ubicable”, es tratado como “caso” de subversión a las normas sociales y jurídicas. La lógica de las dictaduras fue transparente: “el que no está de acuerdo con el Gobierno está en contra del Estado y, por lo tanto, atenta contra los intereses de la Nación”. Toda exclusión del régimen de garantías y derechos constitucionales estaba consagrada como defensa de la nación. La discursividad democrática introduce la máxima del derecho individual como otra forma de juridizar lo inesperado, lo extraño, lo no correcto, poniendo a todo individuo en una posición a la vez más fuerte y más débil: ahora no valen ya las justificaciones colectivas para explicar una

¹⁴ Sobre la temática CFR Scribano, Adrián y Schuster, Federico (2004).

¹⁵ Hemos desarrollado esto en Scribano, A. (2005c, 2006b).

conducta no tipificada. Lo extraño de esta segunda ola de juridización es que, por un lado, supone lo individual pero, por el otro, no mira la no-pertenencia que implica estar en situación de exclusión, por lo que se cierra un círculo vicioso: “Ud. será juzgado si viola los intereses particulares, pero no tiene instrumentos para reclamar su interés particular violado socialmente”. Es decir, piénsese en un pobre demandando a una multinacional ante los tribunales por no poder acceder al agua, bien colectivo por excelencia. O, bien: los pobres sólo “reclaman” cuando se juntan; los ricos pueden “accionar” individualmente.

En relación con lo anterior, para enviar a tribunales a los que protestan hay que imputar criminalidad. Ahora bien, es obvio que si se protesta no se hace solamente desde lo que ya se ha probado como ineficaz; quien protesta lo hace además, desde la incorrección. Atenerse a las normas impide que millones sean escuchados o simplemente vistos, entonces esos procedimientos no son eficaces cuando los “silenciados” quieren hablar. ¿Cuál es el delito grave? Es decir, ¿cuándo se convierte en crimen una protesta?, ¿qué es “protestar correctamente”?, ¿habría alguna forma de protesta que no moleste? Así, la imputación de criminalidad se cruza con otros mecanismos que les sirven de condición de posibilidad al establecimiento de dispositivos clasificadores entre “buenos” y “malos”.

Emerge una lógica lombrosiana para entender y accionar frente a la protesta social: “No se viste bien, no sabe hablar, no tiene pinta de haber comido bien, está en la calle a la hora que la ‘gente’ trabaja, entonces es uno de esos que protesta”. Los que no tienen derechos, los que no comen, los que perdieron hace tiempo su trabajo y los que no tienen dónde ir cuando se enferman están haciendo una “carrera acelerada de protestante”. “Si protesta debe ser piquetero, si es piquetero seguro que protesta incorrectamente”. Nadie puede ser lo





que socialmente no es aceptado y, si lo es, se arriesga a ser visto como un criminal. Por lo tanto, si se ve como un piquetero es un protestante, el etiquetamiento funciona y quedan *excluidos* los *excluidos* de reclamar por su *exclusión*. Los juegos discursivos de hacer de todo aquello que reclama un piquetero, se orientan a la criminalización y potencian la represión preventiva. Ante la duda, si protesta seguro que hace algo criminal.

Lo anterior abre la puerta para la instauración de la “inseguridad” como mecanismo y práctica ideológica. Piquetero, secuestrador, ladrón, peligroso, anti-social, jubilado, desocupado, gay, todos juntos en una misma bolsa. Bolsa como efecto ideológico de aquellos interesados en ocultar algo. Mezclar inseguridad con protesta es al menos un indicador de cuán devaluado está nuestro sentido común a los ojos de quienes estructuran estos discursos. La consecuencia lógica es que en vez de debatir el desempleo, la pobreza, la salud y la educación, estamos parapetados en el miedo que lógicamente provoca la inseguridad. El discurso de la inseguridad ocluye las redes de conflictos que, tal vez, sean las mismas que originan una práctica reproductiva de inseguridad. Millones de personas están inseguros de poder comer, inseguros respecto a su futuro, inseguros de existir hoy, no mañana. No vivir en una sociedad segura potencia una sensibilidad del “rechazo” de lo abyecto y la otredad; la presencia del “otro” es siempre un motivo para la represión.

Así se puede entender, de qué manera la expansión imperial caracterizada como un aparato extractivo de aire, agua, tierra y energía, y como máquina militar represiva, se sostiene y reproduce - entre otros factores- por la producción y manejo de dispositivos de regulación de las sensaciones y mecanismos de soportabilidad social.

En la actualidad esto observa en el surgimiento de una religión del desamparo neocolonial. Así la política (institucional) debe crear la

nueva religión de los países neocoloniales dependientes que reemplace la -ya antigua- trinidad de la “religión industrial”¹⁶ basada en la producción ilimitada, la absoluta libertad y la felicidad sin restricciones, por la trinidad de los expulsados compuesta por el *consumo mimético*, el *solidarismo*¹⁷ y la *resignación*. Religión cuya liturgia es la construcción de las fantasías sociales, donde los sueños cumplen una función central en tanto reino de los cielos en la tierra, y la sociodicea de la frustración el papel de narrar y hacer presentes-aceptables los fantasmáticos infiernos del pasado vuelto presente continuo¹⁸.

2. Estudios de acción colectiva: algunas preguntas y desafíos¹⁹

Tras lo expuesto y en el contexto de las constantes mutaciones y “adecuaciones” del sistema de relaciones sociales de dominación, creemos que los estudios sistemáticos sobre acción colectiva, movimientos y protesta social deben re-pensar instrumentos, conceptos y estrategias de indagación.

En la Argentina existe una vastísima producción y debate sobre acción colectiva que cobra gran visibilidad a partir la década del '90 del Siglo XX²⁰, los que, ordenados “cronológicamente” desde el comienzo de estos años, seguramente tomarían la siguiente forma: 1- El contenido y la intensidad de la protesta contra las políticas neoliberales. 2- El sentido e implicancias de las puebladas, desde el “Santiagoñazo”

¹⁶ Nos aproximamos aquí, con varias diferencias, a E. Fromm en su exposición de la idea de religión industrial CFR Fromm, E. (1977)

¹⁷ Para una explicación exhaustiva del solidarismo CRF Boito, E. (2005)

¹⁸ Hemos expuesto en otros lugares (Scribano, 2008a), un programa de investigación sobre la “contra-cara” de la religión neo-colonial centrado en la indagación de prácticas intersticiales, reciprocidad, gasto festivo y fiabilidad en tanto practicas colectivas.

¹⁹ Está de más aclarar que lo que sigue está escrito como un esquema de agenda para la discusión que supone un proceso de auto-reflexión.

²⁰ Una bibliografía parcial la hemos publicado en Scribano, A. (2005b).





hasta Cutral-Có. 3- La estructuración y novedad de los piquetes como protestas y movimiento social. 4- La diversificación de los actores y formas de protestas. 5- La irrupción de “novedades” en torno a la producción de identidades desde la acción colectiva. 6- La interpretación del ciclo de protestas Diciembre 2001-Abril 2002. 7- La evaluación sobre las implicancias de los cacerolazos, asambleas y fábricas recuperadas. 8- La recuperación y visibilización de los movimientos campesinos e indígenas. 9- El lugar de las acciones colectivas y movimientos sociales en los procesos emancipatorios. 10- El análisis y la denuncia de la criminalización de la protesta. 11- La “cooptación” de algunos de los movimientos “piqueteros” por los Gobiernos. 12.- La constitución y visibilidad de las acciones colectivas contra la depredación de los bienes comunes. 13.- El sentido y alcance de los colectivos que demandan seguridad.

Es nuestra intención aquí presentar algunas de las preguntas que plantean las modificaciones aludidas en el diagnóstico realizado y lo que pensamos, son sus consecuencias.

Seleccionamos cuatro modificaciones, entre los numerosos cambios en la estructura y sentido de las acciones colectivas, que deberían llamar a reflexión a quienes las estudiamos y performamos: a) el corte de ruta como técnica, b) la derecho-humanización de los formatos de protesta, c) los estallidos de bronca y d) la represión selectiva a la protesta social.

2.1 La tecnología del corte de ruta

Hace tiempo se observa la utilización del corte de ruta, de calle y/o puentes, como instrumento de protesta por parte de diversos sectores y clases sociales. Tal vez una de las apropiaciones más “paradojales”, no

por ello la primera, fue la del “Tractorazo”²¹ en 1998 por parte de los productores agropecuarios. Hoy, la falta de luz en un barrio, los reclamos ante la represión policial o las denuncias de abusos sexuales provocan cortes.

Entre las conclusiones sobre el alcance, causas y potencialidades de los cortes de ruta se pueden destacar: su efecto de visibilización de actores que dadas las condiciones del proceso neoliberal permanecían invisibilizados, el sentido que adquiría la estrategia de cortar las vías de comunicación, la modalidad asamblearia²² para la toma de decisiones y la creación de la múltiple y compleja identidad piquetera.

Las profundas transformaciones de la revolución de la desigualdad que generó el neoliberalismo en tanto fase de expansión del capitalismo coadyuvó -principalmente a través de los mass media- a una “expansión” y redefinición de los efectos de los cortes.

En dicho marco las “características” y consecuencias de los cortes de ruta (calles, puentes, etc.) han sido objeto de apropiación, reproducción y gestión. La invisibilidad no es necesariamente un rasgo de los actores colectivos que cortan; los mapas cognitivos sobre las ciudades y rutas incluyen hoy estrategias de “evasión” de los cortes, las asambleas en tanto “estilo democrático y horizontal” de gestión de las voces y poderes han sufrido profundas transformaciones, y la identidad piquetera ha experimentado variadas mutaciones que acentúa su obvio y original rasgo de indeterminación y fragmentación.

²¹ (Scribano 2003a).

²² En 1996 al preguntarnos por los cortes de rutas y sus conexiones con los procesos estructurales que daban forma a las redes conflictuales en las que se incluían y desde donde podrían ser comprendidos arribamos a ésta y otras conclusiones directamente relacionada con lo aquí afirmado. (Scribano 1999).





Más allá de los acuerdos y desacuerdos que se puedan tener respecto a esto, el cariz de “tecnología” que ha adquirido la protesta demanda al menos que se “registre” esta modificación a la hora del análisis.

2.2 La “derecho-humanización” de la protesta social

Una de las dimensiones más problemáticas que enfrentamos es lo que se podría llamar “derecho-humanización” de la acción colectiva, y en especial de la protesta social. Desde mediados de los ´70 los movimientos de derechos humanos latinoamericanos en general y argentinos en particular, marcaron las formas y los contenidos de las acciones colectivas. La lucha por dar visibilidad a las represiones sistemáticas, denunciar las consecuencias de las denominadas “guerras sucias”, instalar públicamente la necesidad de reconocimiento de elementales derechos cívicos, entre otras acciones, configuraron una materialidad especial de dichos movimientos, como así también de otros colectivos y de la protesta social en general. Actualmente asistimos a una reproducción de las formas y (en algunos casos) de la estética de aquellos movimientos “aplicados” a conflictos y redes conflictuales que poco tiene²³ que ver con los “originales”, desde donde vemos la metamorfosis de una materialidad que se traslada solo como molde de la protesta. El sujeto central (aunque no único) de la gramática de los movimientos de los derechos humanos se localiza (y localizaba) en la dialéctica individuo-colectivo, que impone el horror de la desaparición de seres humanos en tanto tecnología social usada por los estados, para preservar las condiciones de las relaciones sociales de dominación²⁴. Una vez trasladadas sus formas y estéticas a redes conflictuales diferentes se produce, de alguna manera, una des-

²³ Con esto no pretendemos negar la ampliación de los contenidos de los derechos humanos y las prácticas de rebeldía que se corresponden con dicho proceso.

²⁴ Sobre esto hemos expuesto en Scribano (2007f) y (2008d).

subjetivación de la misma y un desfondamiento de su “sentido”. Usar las frases, esquemas de marcha, estilos “militantes”, recursos expresivos y las modalidades de demanda de los movimientos de derechos humanos para las luchas en contra o a favor de las estatalizaciones y/o nacionalizaciones, en contra o a favor del “campo” tiene, al menos, consecuencias no deseadas (y/o no buscadas) en los formatos originales. En uno u otro sentido, borra, ocluye o “des-virtúa” las posiciones (y condiciones) de clase de los “sujetos-en-acción” produciendo una redefinición de formatos y estéticas utilizadas. Un ejemplo de esto son los escraches, utilizados por H.I.J.O.S, por algunos simpatizantes de la “Mesa de Enlace” y por familiares de los muertos en Cromagnon.

2.3 Los “estallidos-de-bronca” como protestas sociales

La profundización de los procesos de expulsión social, el aumento de las tensiones en las relaciones inter-personales y las complejas consecuencias de una muy larga des-institucionalización, permite observar un conjunto de episodios de protestas caracterizado por la “bronca”: desde el estallido y quema de vagones de trenes en Constitución (2007), pasando por el denominado “Cospelazo” en Córdoba (2007/8), hasta llegar a los “incidentes” por el aumento del precio del transporte público en Rosario (2008).

Como hemos expuesto en otro lugar (Scribano, 2008e), puede existir disminución de la pobreza y crecimiento económico con un sostenido proceso de expulsión social, la cual se entiende como el juego dialéctico entre destitución, remoción y proscripción:

1. La *destitución* opera como una nueva forma de desvinculación entre el trabajador y el ciudadano. Se puede ser “no-pobre” pero sin





derechos ciudadanos. La revolución de la desigualdad implicó la constitución de una gramática de las acciones donde la explotación borró las huellas y puentes que articulaban trabajo con derechos sociales, económicos y culturales.

2. La *remoción* emerge desde el vértice constituido por la exclusión y la fragmentación. Se puede ser "no-pobre" pero estar fuera del mundo de los accesos a la satisfacción de necesidades. La privatización "de-hecho" de la salud y la educación trazan un muro simbólico y material entre los asalariados, los desocupados y los "incluidos".

3. La *proscripción* aparece como consecuencia de la institucionalización de la criminalización de la pobreza. Los mecanismos fantasmáticos de una sociedad reticularmente represiva dejan en evidencia que hay "no-pobres", pero sin voces ni narraciones. Millones de sujetos quedan silenciados en un mundo de invisibilizados.

Las tensiones que aparecen en el contexto de la así denominada "inseguridad", los muros mentales y materiales, las consecuencias de la angustia de estar-en-la-calle que va desde los accidentes de tránsito hasta los riesgos de los trabajos de la calle, el aumento de las potenciales "agresividades", explicitan un conjunto de escenarios donde la violencia aparece como el lado cotidiano de la impotencia²⁵.

El aumento y consolidación de cientos de miles de jóvenes que no trabajan ni estudian, la indefensión del sistema educativo ante la complejidad de las demandas que excede sus "roles históricos", la saturación del sistema de salud y la difícil tarea de ser el "frente de batalla" respecto de las consecuencias de la indigencia y las enfermedades asociadas a la pobreza, generan un marco que potencia las periódicas y "aisladas" erupciones de los sujetos atrapados en dichos procesos.

²⁵ Sobre la impotencia social ver Scribano (2007d).

Estas cuatro redes conflictuales nos obligan a prestar una atención diferente a los “estallidos-de-bronca”; más allá de los actores colectivos que puedan (o no) participar en ellos, más acá de las consecuencias “efímeras” que se les puedan imputar²⁶.

2.4 Represión selectiva

La represión selectiva de las tomas de terrenos, desalojos, “estallidos-de-bronca” y episodios de protestas en contra de “vecinos”, “gente” y “militantes” es una fuente de interrogantes sobre las consecuencias de los últimos años de movilización social. Los factores de -al menos- cuatro redes conflictuales intervienen en esta situación: la “militarización” de la seguridad interior como anverso solidario de la “sensación de inseguridad”, la posición de “protestante legítimo” de algunos movimientos sociales sobre los cuales no se acciona policialmente, los efectos de la criminalización de la protesta social (y la pobreza) y el estado de metamorfosis de las clases que integran el “mundo de la pobreza”.

La presencia de gendarmes, marinos y los cuerpos especiales de policía “custodiando” las villas, los barrios obreros, las “zonas rojas del delito” marcan una línea muy tenue (y “delicada”) entre prácticas ciudadanas de descontento y delincuencia. La transformación de muchos movimientos de origen “piquetero” en organizaciones políticas “oficialistas” u “oficialista críticas” instala dispositivos clasificatorios y de di-visión del mundo entre los que “protestan correctamente” y los que son “intolerantes”, “no entienden”, “son usados” siendo pasibles de represión. El proceso de etiquetamiento y producción de una sensibilidad represiva (y represora) frente lo abyecto y la otredad

²⁶ Somos conscientes que en esta línea se abren conjunto de indagaciones sobre lo espasmódico y el acontecimiento que no podemos hacer referencia aquí por cuestiones de tiempo y espacio.





horrorosa del pobre, conjuntamente con los muros mentales que hacen de las ciudades verdaderos laberintos del disfrute del pulcro ciudadano, encapsulan geopolíticamente a clases y subjetividades en tanto amenaza. Finalmente, coadyuvan a este proceso, los frutos de la expropiación compulsiva (y expulsiva) de las energías corporales y sociales de los “sin-clase” enclausados como pobres, abriendo la caja de Pandora desde donde emergen un pluralidad de identidades “peligrosas”.

Estos cuatro factores, sus relaciones, ausencias, faltas y síntomas, dejan planteados una serie de interrogantes a los cuales –creemos– nos debemos abocar para entender el futuro de la protesta social.

3. Consecuencias de los desafíos: modo de apertura final

El contexto descripto, las preguntas y desafíos que hemos adelantado conducen a extraer dos consecuencias importantes: las prácticas que se presentan como anversos a las preguntas formuladas y la necesidad de re-pensar la centralidad de los movimientos sociales a la hora de analizar prácticas in-sumisas en la próxima década del presente siglo.

3.1 Los anversos (in)esperados

Las prácticas colectivas esquematizadas involucran a otras que se caracterizan por ser (parcialmente) sus inversiones especulares y también negaciones actuantes. Los formatos de los derechos humanos y la vida militante de miles de sujetos han dado lugar a un avance de las prácticas de reivindicación y visibilización de derechos civiles, sociales, económicos. Los colectivos LGBT (lesbianas, gay, bisexuales, transgéneros), las luchas de los movimientos de mujeres, las prácticas

colectivas contra la depredación de los bienes comunes son un ejemplo de las ampliaciones posibles de formatos y estéticas que giran alrededor de los derechos humanos.

En un sentido similar se han concretado una serie de acciones colectivas vinculadas a los episodios de protesta donde aflora la bronca y a las redes conflictuales asociadas que se presentan como modalidades grupales, comunitarias y de re-institucionalización. Los Bachilleratos Populares, los diversos colectivos de toma de tierras (y casas), y los cientos de cooperativas de vivienda que existen el país dan cuenta de esto.

Existe también un sinnúmero de nuevas herramientas y "estéticas-en-la-calle"²⁷ que deben considerarse como una modificación de los "instrumentos de lucha" y recursos expresivos. Las articulaciones entre estas "estéticas-en-las-calles" y los recursos expresivos llaman la atención sobre el papel importante que los actores colectivos juegan en las disputas por las políticas de las emociones. Es urgente persistir en el esfuerzo de articular los legados de los estudios sobre la acción colectiva y los análisis posibles desde una sociología de las emociones²⁸, cuestión en la que se enmarcan los apuntes y el análisis aquí expuesto. Finalmente, las correlaciones posibles entre "estéticas-en-las-calles", recursos expresivos y actores colectivos señalan claramente el camino para analizar las prácticas heterodoxas vinculadas a la rebeldía contra las políticas de las emociones que el sistema de dominación actual construye.

²⁷ Scribano, A. y Cabral, X. (2009).

²⁸ Hemos intentado realizar una fundamentación de dicha articulación en diferentes publicaciones. En especial CFR Scribano, A. (2007e).





3.2 Más acá de las demandas, ¿qué será de los movimientos?

Una sociología de la acción colectiva no puede, hoy menos que nunca, encallar en la lógica de institucionalización de las demandas. Los esquemas que agotan en el procesamiento, estructura y narración de las demandas entabladas por los colectivos frente al sistema político institucional, corren el riesgo de “obviar” los factores que las condicionan y proveen de sentido. Los esquemas que circunscriben la lógica de la demanda a su constitución discursiva, producen un extraño efecto de naturalizar las condiciones materiales de vida que las generan. Como sostenemos hace más de diez años dichas demandas se refieren y “narran” un conjunto de *ausencias, síntomas y mensajes* asociados a las redes conflictuales que las producen y a una especial topografía de lo social generada en los procesos de estructuración capitalistas.

Es curioso que una visión que “acota” las acciones colectivas a sus conexiones con el sistema político, pase por alto el análisis de “las políticas sobre los movimientos sociales”, como si estos últimos fueran inmunes a la mercantilización propia de los sistemas políticos. La “celebrada” institucionalización de los “movimientos y organizaciones sociales” como *procesadores de demandas*, implica una clara disminución de sus energías disruptivas y cambia el panorama de las acciones colectivas “en-resistencia”.

En una dirección similar y conectado con nuestro análisis de las “estéticas-en-la-calle”, cuando se observa el juego de distancias-proximidades entre demandas entabladas y recursos expresivos, se hace evidente que la identificación, descripción, sistematización y explicación de dichas demandas, es un paso necesario pero insuficiente para encontrar los contrastes entre la política institucional y las prácticas rebeldes.

La pornografía del entramado de la política institucional que congela en “conceptos” las demandas de los actores sociales a los fines de contagiarlos de su estado melancólico, es una pista más que importante para re-tomar la protesta desde las sensibilidades que proponen sus “estéticas-en-las-calles”.

En otra dirección y desde una posición dialéctica con la anterior, las acciones colectivas posibilitan realizar una topografía de lo social que hace visible las prácticas insumisas, a través del excedente de sentido que toda demanda implica del quantum de rebelión contenida en ellas.

Un factor que debemos tener en cuenta son las relaciones de clase y las identidades. Etnias, géneros y edades, una y otra vez tomados con justa razón como pivote de análisis de identidades y posiciones conflictivas, parecen indicar a través de numerosos grupos, sindicatos y expresiones de pertenencia colectiva, que las organizaciones de clase serán posiblemente las que recuperen la capacidad de interpelación a las masas de expropiados y destituidos generados por la depredación capitalista. Las posiciones adoptadas por varios colectivos eco-feministas sobre la sindicalización de las mujeres impactadas por los resultados de la venta de carbono como política de expropiación de los bienes comunes, puede ser tomado como ejemplo.

Estos nos conducen a pensar que los estudios sobre acciones colectivas no pueden pasar por alto una re-discusión de las proximidades y distancias entre lo popular y lo masivo como eje constitutivo de las protestas sociales. El rol, cada vez más importante, de los mass-media en la construcción social de la realidad, la dependencia mediática de las acciones colectivas para hacerse ver y verse, la multiplicación de clases y pertenencias a las mismas, las herramientas usadas para manejar los dispositivos de regulación de las sensaciones y la masificación de las etiquetas de protesta, conducen a un recorrido donde es necesario profundizar nuestra mirada sobre la





cultura popular. Ejemplos de esto son los trabajos desde una posición post-colonial y de-colonial sobre muchos movimientos sociales.

Finalmente, podemos pensar que una de las posibles consecuencias de la metamorfosis en las relaciones capitalistas de dominación durante la próxima década, es el riesgo de la disolución de los movimientos sociales como ejes por donde pasen las prácticas disruptivas, contra-expropiatorias e intersticiales. Una vez institucionalizados, los propios actores colectivos crean prácticas alternativas a sí mismas, marcadas por las transformaciones de las condiciones que los generaron.

En el marco de lo expuesto y re-pensando las prácticas heterodoxas, contra-expropiatorias, intersticiales, rebeldes e insumisas que en nuestro país y en Latinoamérica se instancian cotidianamente, y ubicándonos en el entramado complejo del “más acá” de las demandas de los movimientos, recordemos como síntesis y marco de lo que hemos querido transmitir lo expresado en un graffiti que, si bien partió desde el Río de la Plata hoy se lee en muchas paredes de Latinoamericanas: *“No te quiebres, no te hundas, la vida siempre puede más”*

Bibliografía

Boito, E. (2005). *El retorno de lo reprimido como exclusión social y sus formas de borramiento. Identificación, descripción y análisis de algunas escenas de lo construido hegemonícamente como prácticas solidarias*. Manuscrito no publicado. Tesis de Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea. Universidad Nacional de Córdoba.

Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Editorial Akal.

Figari, C. y Scribano, A. (2009) *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: CLACSO-CICCUS (en prensa).

Figueroa Ibarra, C. (2002). Violencia, neoliberalismo y protesta popular en América Latina. *Rebelión*. Versión electrónica: www.rebelion.org. 28 de Mayo.

Fromm, E. (1977). *Avere o essere?* Milano: Modadori Editore.

Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Luna, R. y Scribano, A. (2007). Contigo Aprendí... En *Estudios Sociales de las Emociones*. CEA-CONICET-Universidad Nacional de Córdoba–CUSH- Universidad de Guadalajara. Córdoba.

_____ (2009). Estudio del Cuerpo y las Emociones en y desde Latinoamérica. CUSH Universidad de Guadalajara- CEA. Unidad Ejecutora Universidad Nacional de Córdoba. En proceso de edición.

Nievas, F. y Bonavena, P. (2008). "El lento ocaso de la ciudadanía". En *Pensares* 5. CIFYH-UNC. (Noviembre) pp 223-245. Córdoba.

Scribano, A. (1999). Argentina Cortada: "Cortes de Ruta" y Visibilidad Social en el Contexto del Ajuste. En López Maya, M. (Edit.) *Lucha Popular, democracia, neoliberalismo: Protesta Popular en América Latina en los Años del Ajuste* (pp. 45-71). Venezuela: Nueva Visión.

_____ (2000). Los Otros, Nosotros y Ellos: Hacia una Caracterización de las Prácticas Políticas en Contextos de Exclusión. En Molina, F., Yuni, J. (coord.). *Reforma Educativa, cultura y política* (pp. 103-118). Buenos Aires: FLACSO-Temas Grupo Editorial.

_____ (2002a). *De gurúes, profetas e ingenieros. Ensayos de Sociología y Filosofía*. Córdoba: Copiar.





_____ (2002b). Identidades Políticas y Acción Colectiva: El Tractorazo en el sur cordobés. En AA.VV *La Investigación en la Universidad Nacional de Villa María, Años 2001-2002* (pp. 185-196). UNVM. Córdoba.

_____ (2003a). El Tractorazo: su análisis desde una visión retrospectiva. En Scribano, A. (dir.) *El campo en la ruta. Enfoques teóricos y metodológicos sobre la protesta social rural en Córdoba* (pp. 11-53). Universidad Nacional de Villa María. Córdoba: Copiar.

_____ (2003b). Reflexiones sobre una estrategia metodológica para el análisis de las protestas sociales. *Revista Sociologias* (pp 64-104). Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Instituto de Filosofia e Ciencias Humanas. Programa de Pós-Graduação em Sociologia Porto Alegre. Ano 5 n° 9 jan/jun.

_____ (2004a). *Combatiendo Fantasmas: Teoría Social Latinoamericana, una Visión desde la Historia, la Sociología y la Filosofía de la Ciencia*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales. Magíster en Antropología y Desarrollo. Santiago de Chile: Ediciones MAD.

_____ (2004b). *Una Voz de Muchas Voces. Acción Colectiva y Organizaciones de Base. De las prácticas a los conceptos*. Córdoba: SERVIPROH.

_____ (2004c). La alianza para matar: Doctrina de la Seguridad Nacional y Neoliberalismo. En *Combatiendo Fantasma: Teoría Social Latinoamericana, una Visión desde la Historia, la Sociología y la Filosofía de la Ciencia*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales. Magíster en Antropología y Desarrollo. Santiago de Chile. Ediciones MAD.

_____ (2005a). Conflicto y Estructuración Social: Una Propuesta Para Su Análisis. En Eliseo Zeballos Zeballos; Jose Vicente Tavares Do Santos; Darío Salinas Figueredo. (Ed.): *América Latina: hacia una nueva alternativa de desarrollo* (pp. 54-68). Universidad Nacional de San Agustín. Arequipa: UNSA.

_____ (2005b). *Geometría del Conflicto: Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social* (Comp.) CEA- Universidad Nacional de Córdoba: Editorial Universitas.

_____ (2005c). *Itinerarios de la Protesta y del Conflicto Social*. CEA- Universidad Nacional de Córdoba- Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Villa María: Editorial Copiar.

_____ (2005d). La fantasía colonial argentina. El reino del revés. En *Rebelión* 24-10-2005. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=21683>

_____ (2006a). Abajo y a la Izquierda está el corazón. En Scribano, Adrián (Comp.) *Zapatismo: La Otra Campaña. Apuntes de Investigación* (pp. 30-32). CEA-Universidad Nacional de Córdoba: CIIS 2006.

_____ (2006b). Cuando las Aguas Bajan: La Mirada de los pobres sobre las consecuencias de la crisis argentina del 2001 en la Ciudad de Córdoba. En Masse Narváez, C. (Coord.) *Poderes Locales y Desarrollo Municipal. Actores Sociales e Institucionales* (pp. 139 -160). México: El Colegio Mexiquense, Ed. IEEM UAEM.

_____ (2006c). *Zapatismo: La Otra Campaña. Apuntes de Investigación* (Comp.) CEA-Universidad Nacional de Córdoba.

_____ (2007a). *Policromía Corporal. Cuerpos, Grafías y Sociedad* (Comp.). CEA CONICET Universidad Nacional de Córdoba – CUSCH-Universidad de Guadalajara: Colección Acción Social, Jorge Sarmiento Editor.

_____ (2007b). *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones* (Comp.) CEA—CONICET-Universidad Nacional de Córdoba: Jorge Sarmiento Editor.

_____ (2007c). Salud, dinero y amor...! Narraciones de estudiantes universitarios sobre el cuerpo y la salud. En Adrián Scribano (Comp) *Policromía Corporal. Cuerpos, Grafías y Sociedad*. Córdoba: CEA-CONICET. Universidad Nacional de Córdoba. Universidad de Guadalajara. Colección Acción Social. Jorge Sarmiento Editor.

_____ (2007d). ¡Vete tristeza... viene con pereza y no me deja pensar!... hacia una sociología del sentimiento de impotencia. En Luna, R. y Scribano, (Comps.) *Contigo Aprendí...Estudios Sociales de las Emociones* (pp. 21-42). Córdoba: CEA-Universidad Nacional de Córdoba. –CUSCH- Universidad de Guadalajara.

_____ (2007e). La Sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En Scribano, Adrián (Comp.) *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones* (pp 118-142). Córdoba: CEA-Universidad Nacional de Córdoba. Jorge Sarmiento Editor.

_____ (2007f). *Guerra Sucia y Políticas del Cuerpo*. Cátedra Florestán Fernández, Campus Virtual CLACSO. Aula 593-Clase 10 - Memoria, cultura y violencia política: la guerra sucia en América Latina.





_____ (2008a). Bienes Comunes, Expropiación y Depredación Capitalista. *Estudios de Sociología*. Vol 12, No. 1. pp. 13-36. (ISSN 1415 000X). Recife: Editora Universitária da UFPE.

_____ (2008b). Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina. En *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. Vol 2 N° 2. <http://www.intersticios.es/issue/view/176> ISSN 1887-3998 España.

_____ (2008c). Cuerpo, conflicto y emociones: en Argentina después del 2001. En *Revista Espacio Abierto*. abril-junio. pp. 205-230. Dossier Cuerpo y Emociones en América Latina. Universidad de Zulia. Venezuela.

_____ (2008d). El Terrorismo de Estado como Colonizador de Futuro. En la web Diario del Juicio. Causa Brandalasis. Córdoba <http://www.eldiariodeljuicio.com.ar/opiniones.shtml?x=90209>

_____ (2008e). Lluve sobre mojado: pobreza y expulsión social. En Bertolotto, M. I. y Lastra, M. E. (Comp.) *Políticas Públicas y Pobreza. En el escenario post 2009* (pp. 36-57). 978-987-22559-7-8 Buenos Aires: Cefomar Editora-FSCS-UBA.

_____ (2009a). Más “acá” de las demandas: un mapeo preliminar de las acciones colectivas en Argentina 2003-2007. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas* (pp 179-200). México: ALAS, N° 1, Abril. Toluca.

_____ (2009b). ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A Modo de Epílogo. En Figari, C. y Scribano, A. (comps.) *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. CLACSO-CICCUS. En prensa.

_____ (2009c). Primero hay que saber sufrir...!!! Hacia una sociología de la “espera” como mecanismo de soportabilidad social. En Luna, R. y Scribano A. (comp) *Estudio del Cuerpo y las Emociones en y desde Latinoamérica*. CUSH Universidad de Guadalajara- CEA. Unidad Ejecutora Universidad Nacional de Córdoba. (En prensa).

Scribano, A. y Cabral, X. (2009). Política de las expresiones heterodoxas: El conflicto social en los escenarios de las crisis Argentinas. *Convergencia México*. En prensa.

Scribano, A. y Schuster, F. (2001). Protesta Social en la Argentina de 2001: Entre la Normalidad y la Ruptura. OSAL N° 5. CLACSO Septiembre.

(2004c). ¡Cuidado, protestante a la vista!: De la Protesta Social y su Criminalización. *Encrucijadas. Revista de la Universidad de Buenos Aires* N° 27, pp. 6-11. Buenos Aires. Septiembre.

Scribano, A. (dir.), Barros, S.; Magallanes, G. y Boito, M. E. (2003). *El campo en la ruta. Enfoques teóricos y metodológicos sobre la protesta social rural en Córdoba*. Universidad Nacional de Villa María. Córdoba: Copiar.

Seoane, J. y Taddei, E. (2001). *Resistencias Mundiales. [De Seattle a Porto Alegre]*. Buenos Aires: CLACSO.

Serrano, P. (2008) Un mapa que explica lo obvio. En *Rebelión. Ecología Social*. 22 de Abril.

<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=66336>

Velter, H. and Petras, J. (2002). *The Social Dynamics of Brasil's Rural Landless Workers' Movement Ten Hypotheses on Successful Leadership*. CRSA/RCSA (39.1) pp. 79-92.

Veltmeyer, H. and Petras, J. (2000). *The dynamics of social change in Latin America*. New York: St. Martin's Press.

Veltmeyer, H, Petras, J. and Vieux, S. (1997). *Neoliberalism and class conflict in Latin America: a comparative perspective on the political economy of structural adjustment*. New York: McMillan Press Ltd; St. Martin's Press.





¿Movimientos sin clases o clases sin movimiento? Notas sobre la recepción de la teoría de los Movimientos Sociales en la Argentina

Por Fernando Stratta
y Marcelo Barrera *

Resumen

El artículo enmarca críticamente el contexto de recepción de la teoría de los movimientos sociales en la Argentina durante la denominada transición democrática señalando, por un lado, cierta tendencia al "sustituismo" de la teoría de clases en el ámbito académico, y por el otro, un rechazo a esta teoría objetando cualquier novedad en los procesos de organización popular. Asimismo, se argumenta la complementariedad de la teoría de los movimientos sociales con la teoría de clases, en la búsqueda por dar cuenta de un sujeto social múltiple que exprese a las clases subalternas en la actualidad.

Palabras clave

Movimientos sociales, clases sociales, contexto de recepción, transición democrática, sujeto social

Movements without classes or classes without movement? Notes about the reception of the Social Movements theory in Argentina

Summary

The article critically frames the context of reception of the theory of the social movements in Argentina during the democratic transition indicating, on the one hand, certain tendency to "substitution" of the theory of classes in the academic scope, like also its rejection objecting any newness in the processes of popular organization. The complementariness of the theory of the social movements with the theory of classes is argued, in the search to give account of a multiple social subject that characterizes the subaltern classes at present.

Key words

social movements, social classes, context of reception, democratic transition, social subject

* Los autores son Prof. en Sociología (UBA), docentes universitarios y becarios doctorales del CONICET. E-mails: fstratta@yahoo.com.ar; marcebarrera@hotmail.com

Introducción

Este artículo nace a partir de constatar que, alrededor de la profusa literatura sobre los denominados movimientos sociales aparecida en nuestro país en las últimas tres décadas, pueden rastrearse, no de modo enteramente transparente, al menos dos posiciones diferenciadas. En el marco de los trabajos de impronta marxista (en sus diversas vertientes) se considera que los movimientos sociales carecen de novedad relevante alguna, de allí que no manifiesten una “disonancia” en la dinámica del conflicto social, y por lo tanto puedan ser subsumidos y comprendidos como expresión de la lucha de clases. Por otro lado, existe un conjunto heterogéneo de investigaciones que, retomando los aportes de las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales, subrayan su carácter novedoso (en la composición de su base social, sus objetivos ideológicos, etc.) y en cierto modo “rupturista”, lo cual impide leerlos linealmente en términos tradicionales de lucha de clases.

A lo largo del artículo contextualizaremos las condiciones sociales de recepción de las teorías de los movimientos sociales en la Argentina, para luego, analizar desde una mirada crítica lo que consideramos son los límites y las potencialidades de las dos posiciones teóricas que se erigen frente a ella.

Sobre el contexto de recepción

La teoría de los movimientos sociales (en adelante TMS) se hace visible en la agenda académica y política en nuestro país luego de la última dictadura militar (1976-83). Si bien no resultaban estrictamente novedosos, los abordajes de las luchas relacionadas a los derechos humanos, género, vivienda, movimientos barriales o juventud, junto a





actores tradicionales como el movimiento obrero y el sindicalismo, caracterizan el terreno donde tendrá recepción la TMS.¹

Sin embargo, no es posible dejar de lado que el contexto de la denominada transición democrática, luego del último genocidio en la Argentina, marcó los límites políticos de la elaboración teórica. Así, cobraron significación problemas ocultos en el contexto represivo inmediatamente anterior, relacionados al “componente” autoritario de la sociedad argentina y la necesidad de dar forma a un nuevo orden democrático. De allí la importancia que adquirieron los estudios sobre las distintas formas de acción colectiva que se corporizaban en el marco de la posdictadura, sobre todo aquellas experiencias con una fuerte impronta de participación popular.² Los movimientos sociales fueron analizados, en buena medida, como sujetos políticos que expresaban la crisis paradigmática de un modelo social basado en la industrialización y el sistema cultural que lo acompañaba.³ Siguiendo a Santiago Wallace, podemos decir que se actualiza una visión de la democracia que viene de la tradición del liberalismo político, variando el discurso acerca del desarrollo latinoamericano que pasa de la “teoría

¹ Entendemos por Teoría de los Movimientos Sociales al corpus amplio y heterogéneo que abarca los aportes de la sociología política norteamericana (y sus críticos) expresada por autores como Ch. Tilly, S. Tarrow o J. McCarthy, entre muchos otros, como también los desarrollos teóricos realizados por A. Melucci, A. Touraine, D. Della Porta, C. Offe, A. Pizzorno en el marco de la “Escuela Europea”. Fue esta última escuela la que tuvo mayor recepción en nuestro país durante los años 80. La influencia de la corriente norteamericana en las ciencias sociales argentinas es posterior dado que cobra fuerza a partir de la década del 90.

² Ver, por ejemplo: Feijoo, M. (1984). *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva*. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES); Izaguirre, I. y Aristizabal, Z. (1987). *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación de poder en el campo popular*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

³ Cfr. Calderón, F (1985). Prólogo. En Jelin, E. [comp]. *Los nuevos movimientos sociales/1. Mujeres. Rock nacional*. Buenos Aires, CEAL.

de la dependencia” a la teoría de la “transición política hacia la democracia”.⁴

Los trabajos pioneros en las ciencias sociales en la Argentina sobre los “nuevos movimientos sociales” son emergentes de estos enfoques. Vale la pena resaltar que no se trata de trabajos que, ante el surgimiento de nuevos problemas, demarquen un “corte” con las anteriores tradiciones de investigación. Por el contrario, el estudio de manifestaciones colectivas que escaparan a los canales corporativos e institucionales, apuntaba a dar cuenta de los “potenciales procesos de formación de nuevas demandas y nuevos actores, aún cuando en cada caso se reconozcan y rastreen sus raíces históricas”.⁵

Pueden distinguirse, siguiendo a Elizabeth Jelin, al menos tres formas en que fue descripta la relación entre los movimientos sociales y el contexto sociopolítico durante los años 80:

a- una visión incremental o gradualista, donde los movimientos sociales, más o menos acotados a sus demandas, van agregándose y consolidando un “movimiento

⁴ Wallace, S. (1998). Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales. En Neufeld, Grimberg, Tiscornia y Wallace (comps.), *Antropología social y política* (p. 345). Buenos Aires, Eudeba.

Para un trabajo en el que se evidencia esta variación del discurso, ver: AA.VV (1985). *Los límites de la democracia. Cuarta parte: Procesos de democratización y persistencias autoritarias en América Latina*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

⁵ Jelin, E (1986). Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en la Argentina. En Calderón, F (comp) *Los movimientos sociales ante la crisis* (pp. 21). Buenos Aires, UNU/ CLACSO/ IISUNAM. Un ejemplo del tratamiento que por entonces estas temáticas cobraban en otros ámbitos, puede verse en los trabajos del grupo de documentalistas Cine Ojo: *Por una tierra nuestra* (1985), sobre las tomas de tierras en el conurbano bonaerense; *Hospital Borda, un llamado a la razón* (1986), sobre las condiciones de encierro en las instituciones psiquiátricas; *A los compañeros, la libertad* (1987), que abordaba el tema de los presos políticos que mantenía la democracia, heredados de la dictadura; *Buenos Aires, crónicas villeras* (1988), sobre la expulsión forzada de la población de las “villas” de la ciudad durante la dictadura.





popular” que logra darle dirección política para la transformación social;

b- una visión que toma en cuenta la crisis de las instituciones políticas tradicionales (fundamentalmente partidos y sindicatos) y postula a los movimientos sociales como una nueva forma de hacer política;

c- y una visión más culturalista y societal, donde los movimientos sociales no son interpretados en clave política de lucha por el poder, sino como prácticas centradas en la construcción de identidades colectivas.

Asimismo, debe resaltarse que por esos años, bajo la injerencia de los organismos internacionales de financiación, se produce en las ciencias sociales un rotundo viraje, que pasa de centrar su análisis en el *conflicto* a priorizar el tema de la *pobreza* como nuevo problema/objeto. Este cambio en el núcleo problemático de las ciencias sociales devino un terreno propicio para la marginalización de teorías totalizantes como el marxismo, logrando un efecto refractario sobre aquellas visiones holistas de las sociedad.

Según Pierre Bourdieu, uno de los mayores poderes del Estado es el de producir e imponer las "categorías de pensamiento" que aplicamos espontáneamente a las cosas y al mismo Estado. Muchas veces, buscando un análisis crítico de la sociedad utilizamos herramientas conceptuales y metodológicas que están atravesadas por esas categorías de pensamiento que se nos imponen para observar lo real.

"El ascendiente del Estado se hace sentir particularmente en el dominio de la producción simbólica: las administraciones públicas y sus representantes son grandes productores de 'problemas sociales' que la ciencia social no hace a menudo sino ratificar al retomarlos por su cuenta como problemas sociológicos".⁶

Un ejemplo de esta *imposición estatal* de categorías de pensamiento se encuentra en el peso que paulatinamente fue adquiriendo la *pobreza* dentro de la agenda de las ciencias sociales. De esta forma, si durante las décadas del 60 y el 70 el trasfondo de cualquier investigación estaba dado en torno al *conflicto*, a partir de comienzos de los 80 se asiste a una mutación, un corrimiento que otorga a la cuestión de la *pobreza* el status de nuevo nudo problemático. Para usar un término de Denis Merklen, en esta operación de reclasificación los "trabajadores" se descubren "pobres".

No es menor en este cambio del nudo problemático el papel que jugaron, en la Argentina pero también en todo el continente, los organismos internacionales como el BID, el BM o agencias de las Naciones Unidas como la CEPAL o el PNUD. Estos organismos se convirtieron en los principales promotores de una nueva agenda para las ciencias sociales, fundamentalmente por constituir importantes fuentes de financiamiento a la investigación.⁷ Pero al mismo tiempo, en el contexto de la postdictadura muchos intelectuales encontraron en el ámbito de distintas agencias internacionales, burocracias y ONG's,

⁶ Bourdieu, P. (1996). Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático. En revista *Sociedad* n° 9, Buenos Aires.

⁷ Cabe destacar como antecedente el controvertido "Proyecto Marginalidad", desarrollado a fines de los años 60 con el auspicio de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), el Centro para el Desarrollo Económico y Social (DESAL) y luego el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella. El proyecto, que contaba con el financiamiento de la Fundación Ford, no tardaría en abortarse debido a las propias contradicciones que generó entre los investigadores. Sin embargo, en el ámbito de las ciencias sociales fue señalado como un ejemplo de espionaje norteamericano en Latinoamérica.





espacios desde donde intervenir en este debate sobre la cuestión social, aunque desde un perfil notoriamente menos "político" y más "técnico" que en décadas anteriores.⁸

En este "descubrimiento" de la pobreza por parte de las ciencias sociales quedó de manifiesto la imposibilidad en el ámbito académico de reflexionar sobre las causas de la misma, limitándose, en cambio, a una descripción pormenorizada. De esta manera muchos de los problemas operantes en la sociedad eran presentados como consecuencia del flagelo de la pobreza, obturando cualquier posibilidad de reflexión sobre sus causas. El resultado de esta operación consistió, no pocas veces, en la aceptación acrítica de un problema que tomaba dimensiones inusitadas para la historia del país.

Por lo tanto, el contexto de recepción de la TMS está atravesado, a nivel *social y político*, por la denominada transición democrática; y en el plano *académico*, por una mutación en el nudo problemático hegemónico de las ciencias sociales. Estos elementos condicionaron la elección del aparato teórico con el cual analizar los movimientos sociales.

Los contornos "amplios" del sujeto social de cambio

Si alguna novedad incorpora la TMS para analizar los procesos sociales al calor de las transformaciones estructurales implantadas en nuestra región, es su capacidad para dar cuenta de un sujeto social (un sujeto de cambio social) que adquiere formas más complejas.

Es necesario advertir que rechazamos la negación del sujeto que sostiene el posmodernismo deconstructivista; como tampoco

⁸ Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla, p. 101.

abonamos las tesis de la dilución del conflicto y la emergencia de sujetos de baja intensidad, condenados a la irrelevancia política. Por el contrario, afirmamos la capacidad de constitución de un sujeto colectivo en las actuales condiciones que impone el capitalismo.

En nuestro país, así como en el resto de América Latina, la fuerza de trabajo no es fácilmente ubicable en términos de clase esquemáticos o rígidos. El desarrollo capitalista en nuestro continente delinea una estructura social altamente segmentada y fragmentada. Nos encontramos frente a una clase obrera heterogénea y pauperizada, cuyo panorama actual se caracteriza por: la desocupación ampliada, el subempleo inédito, la informalidad y precarización exacerbada, la caída acentuada de los salarios y la pérdida creciente de los derechos laborales.

Contrariamente a las tesis que postularon el fin del trabajo, lo que se observa no es una reducción del empleo, sino la incorporación de nuevas áreas y servicios sociales a la lógica de las relaciones de producción. El neoliberalismo, a partir del proceso de expansión del capital (privatizaciones de empresas públicas, liberalización de la economía, etc.) ha subsumido (o intentado subsumir) todos los espacios de reproducción, todas las dimensiones de la vida, todos los espacios naturales –por supuesto incluyendo los recursos naturales– a la lógica del capital. Proceso que ha afectado –alienando y pauperizando– a amplios sectores de la población.

La fuerza de trabajo adquiere una *nueva morfología* cuyo elemento más visible es su diseño multifacético, como resultado de las fuertes mutaciones que afectaron el proceso productivo capitalista durante las últimas décadas. Esta nueva morfología del trabajo comprende “desde el obrero industrial y rural clásico, en proceso de encogimiento, hasta los asalariados de servicios, los nuevos contingentes de hombres y





mujeres tercerizados, subcontractados, que se expanden”.⁹ Por supuesto que la heterogeneidad y la precarización de sus condiciones de constitución la debilitan, limitando sus potencialidades políticas. Como consecuencia, buena parte de la clase trabajadora ya no se expresa sólo a través de las instancias representativas tradicionales (como el sindicato), sino que lo hace además por medio de otras estructuras fragmentadas que reconfiguran su identidad y su capacidad autoorganizativa, como por ejemplo las estructuras territoriales.

En estas condiciones, cobra sentido pensar en la existencia de un sujeto popular (sujeto de cambio social) que, si bien la contiene, excede los márgenes que supone reducirlo a la clase obrera industrial. Como afirma el historiador Miguel Mazzeo: “Sostenemos la noción que establece un sujeto popular fragmentado o plural en América Latina. Para el caso argentino la situación presenta en parte como novedosa la pérdida (en términos relativos) de centralidad estratégica de la clase obrera industrial, el actor privilegiado en tanto sector social dinamizador de las luchas populares durante las etapas anteriores. Las nuevas condiciones exigen formas originales de intervención política que den cuenta de la diversidad y del carácter plural de los nuevos sujetos (de la clase)”.¹⁰

En ese marco, sostenemos que es posible reconocer a un amplio sector de los denominados “nuevos” movimientos sociales como una expresión social y política de las clases subalternas. Creemos pertinente aludir a la novedad de estos movimientos sociales, no por considerar su inexistencia previa, sino que reconocemos que a partir de los años 70, ante la crisis en el sistema de regulación social, emergen conflictos que incluso rebasan las contradicciones de las relaciones de

⁹ Antunes, R. (2007). Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?. *Herramienta* 36, pp. 82. Buenos Aires.

¹⁰ Mazzeo, M. (2000). Pensar la herramienta (estratégica) del campo popular. *Periferias* 8, pp. 28. Buenos Aires.

producción (que, por supuesto, no desaparecen). Si bien el trabajo, por la propia organización social capitalista, no puede dejar de ser un factor de integración de la sociedad, los procesos de subjetivación ya no pasan solamente por el ámbito laboral.

Dada su heterogeneidad, tanto en lo que refiere a su base social, sus objetivos ideológicos y las formas organizativas que asumen como legítimas, no creemos que los movimientos sociales puedan ser reducidos a un concepto o categoría única que los englobe y que permita explicarlos en su totalidad utilizando una teoría unitaria. Con ello no sólo pretendemos advertir acerca de las diferencias sustantivas manifestadas entre los movimientos sociales de los países centrales y los de América Latina, “entre los valores posmaterialistas y las necesidades básicas; entre las críticas al consumo y las críticas a la falta de consumo, entre el hiper-desarrollo y el subdesarrollo, entre la alienación y el hambre, entre la nueva clase media y las (poco esclarecedoras) clases populares, entre el estado-providencia y el estado-autoritario”¹¹, sino también subrayar las divergencias significativas que existen entre los movimientos operantes en el marco de nuestro continente.

Estas diferencias en muchos casos no son percibidas por definiciones genéricas que los entienden como “un sector significativo de la población que desarrolla y define intereses incompatibles con el orden político y social existente y que los prosigue por vías no institucionalizadas, invocando el uso de la violencia física o de la coerción”.¹² Una definición de este tipo abarca expresiones sociológicas y políticas muy diversas, donde podrían ser incluidos tanto un movimiento neonazi como un movimiento de liberación nacional, y paralelamente quedan excluidos de la misma actores colectivos como

¹¹ De Sousa Santos, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. *Revista OSAL* 5, p. 180. Buenos Aires.

¹² Dalton y Kuechler, citado en De Sousa Santos, *op. cit.*, pp. 177.





el movimiento ecologista, los movimientos de las minorías sexuales, etc.

Para diferenciar a los movimientos sociales que consideramos expresión de las clases subalternas de aquellos que no lo son, estimamos conveniente comenzar por lo que ambos tienen de común, lo cual permite diferenciarlos de otros tipos de organizaciones y expresiones colectivas más o menos continuadas en el tiempo. Los movimientos sociales no son meros actores colectivos que sólo busquen satisfacer las demandas de la sociedad civil que el sistema no solventa. Bajo la misma lógica se encuentran las asociaciones vecinales que reclaman por la defensa de los consumidores, mejoras en la calidad de vida, etc. De igual manera las agrupaciones parroquiales que sustentan la dádiva misericordiosa y/o las Organizaciones no Gubernamentales (ONGs) que fomentan la legitimación del pensamiento dominante.

Sin embargo consideramos que tanto la composición de su base social (compuesta por sectores explotados y oprimidos), como los objetivos ideológicos de cambio social, son dos elementos nodales que sí constituyen una clara diferencia al interior del campo heterogéneo de los movimientos sociales. De allí que diferenciamos a aquellos que son expresión de las clases subalternas, de los que en sus prácticas y demandas dejan trascender la ausencia de perspectivas totalizantes. Piénsese en el movimiento de ahorristas acaecido en el 2001-2002, en sectores del movimiento ecologista o incluso el movimiento feminista “sufragista”.

Para pensar las características de un sujeto social múltiple nos centramos en movimientos sociales que en su práctica cotidiana desestabilizan y contrarrestan los planes del bloque de poder y el paradigma político dominante. Asimismo podemos definirlos por su genealogía “protopolítica”, entendida como el ejercicio de prácticas

creadoras de condiciones para "otra política" en donde la voluntad común se construye y se recrea en pos de transformar las relaciones sociales vigentes. Los movimientos sociales a los que nos referimos sostienen tanto una crítica al orden social capitalista, como una crítica de la emancipación social tal cual fue definida por el "socialismo real".

En tal sentido, en el caso argentino se destacan el nuevo sindicalismo urbano de base y algunos sectores del movimiento de trabajadores desocupados, los cuales a partir de innumerables prácticas de coordinación y construcción horizontal con otros actores sociales parecen estar revirtiendo la fragmentación devenida de la pérdida- ausencia de "un sentimiento [intersubjetivamente compartido] de que forman parte de un conjunto mayor"¹³, elemento que caracteriza la dinámica del conflicto social y político en la Argentina de la posdictadura. No conciben sus luchas reivindicativas como teleológicas, como un fin en sí mismo, desligadas del cambio social, de allí que no concordemos con las posturas que sostienen que los nuevos movimientos sociales "no llegan a plantearse metas ni acciones holísticas".¹⁴

La multiplicación de "nuevas" formas de conflictividad social en nuestro país y el continente protagonizadas por diversos movimientos sociales (indígenas, campesinos, de trabajadores desocupados, etc.), son evidencia empírica suficiente para descartar cualquier idea reduccionista del sujeto social de cambio. Nos encontramos frente a un sujeto social múltiple, del que vienen a dar cuenta las teorías de los movimientos sociales.

¹³ Izaguirre, I. (2006). Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico. *Crítica de nuestro tiempo* 4, p. 4. Buenos Aires.

¹⁴ Calderón, F y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), p. 21.





Entre el “sustituismo” y el rechazo: la complementariedad de la TMS y la teoría de clases

En este punto del trabajo nos referiremos a dos posturas que, según nuestro criterio, han caracterizado la recepción de la TMS en las ciencias sociales argentinas.

En primer lugar puede observarse que la literatura académica abocada al estudio de movimientos sociales fue perdiendo de vista los vasos comunicantes entre las “nuevas” reivindicaciones y las “viejas” expresiones de lucha. Esto se produce en el marco de una creciente tendencia a los análisis microsociológicos o, para decirlo en términos de Maristella Svampa, a una sociología de la descomposición social. En efecto, “la naturalización de un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social, suele minimizar –o en el límite, negar– las brechas que pueden abrirse desde la acción colectiva”.¹⁵ De esta manera, en los trabajos que ganaron un amplio lugar y prestigio en la academia argentina, se asiste por momentos a una sustitución conceptual en donde conceptos como *clase* y *lucha de clases* son reemplazados sin un verdadero proceso de “reflexividad”¹⁶ por términos como *actores* o *protesta social*.¹⁷

La segunda actitud que se advierte en relación a la TMS es su rechazo o desestimación en cuanto se considera que no aporta elementos sustantivos para la explicación de la conflictividad social emergente. En esta clave, procesos sociales complejos como las tomas masivas

¹⁵ Svampa, M (2008). Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina. En *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (pp. 20-24). Buenos Aires: Siglo XXI/CLACSO.

¹⁶ Para Pierre Bourdieu, la reflexividad puede definirse como la inclusión de una teoría de la práctica intelectual como componente integrante y condición necesaria de una teoría crítica de la sociedad.

¹⁷ Ver, por ejemplo, Auyero, J (2004). *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimientos*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

de tierras durante la década del 80 en el conurbano bonaerense eran explicados a partir de las leyes de acumulación del capital, en tanto fueron protagonizados por fracciones del proletariado “sobrante” repelido de los territorios sociales que ocupaban, producto de un cambio en las estructuras sociales del país.¹⁸ En cierta forma, ante la sospecha de que los trabajos sobre “nuevos movimientos sociales” diluyen el conflicto de clases, esta postura considera a la TMS como un discurso funcional a la reproducción del sistema. Incluso, desde esta perspectiva, se piensa la incorporación de la TMS a nuestro medio como “resultado ideológico”, en el plano académico, de los efectos culturales, políticos e ideológicos producidos por la última dictadura militar (1976-1983).

Distanciándonos de estas dos posturas, afirmamos que la TMS viene a complementar una teoría de clases que, necesariamente, no puede permanecer estática para dar debida cuenta de la complejización de los procesos en que se constituyen los sujetos sociales en la actualidad. De hecho, algunos autores que forman el corpus teórico que se reconoce en el análisis de los movimientos sociales son parte de una renovación dentro de la corriente marxista (piénsese, por ejemplo, en Clause Offe).

Sin embargo, esto no nos exime de un esfuerzo por repensar la TMS en los contextos regionales. La traslación mecanicista o, aún peor, la imposición conceptual que tiene lugar muchas veces en la academia no permite un ejercicio necesario de traducción (en el sentido de conversión y creación) que recupere las tradiciones de lucha de los pueblos de nuestro continente.

¹⁸ Ver, por ejemplo, Iñigo Carrera, N y Pastrana (1989), J. *Repulsión de población, resistencia a las leyes del capital, recomposición de las luchas del campo popular en las ocupaciones de tierras* (1988). Buenos Aires, CICSO, Cuaderno n° 64.





Creemos falsa la dicotomía que opone el análisis de las clases al enfoque de los movimientos sociales. Por el contrario, en América Latina ambas perspectivas deben complementarse en la búsqueda por comprender y, fundamentalmente, contribuir a un sujeto popular que sea partícipe en los procesos de emancipación social.

Conclusiones

A lo largo del artículo hemos intentado analizar críticamente el contexto social en que se recepciona la TMS en nuestro país, así como también indagar en las diversas posturas frente a la misma. No consideramos acertado el sustituisismo que olvida que el análisis de los movimientos sociales no se puede desvincular de la lucha de clases, los “actores” no pueden ser pensados por fuera de los mecanismos y relaciones de producción y reproducción capitalista. Asimismo, la perspectiva del rechazo de la TMS carece de una problematización adecuada que de cuenta del hecho empírico que hoy el sujeto de cambio social excede los marcos estrictos de la clase obrera industrial, algo que señalaron las TMS al enfatizar las potencialidades que portan los movimientos sociales, entendidos como expresiones de las clases subalternas.

Lo dicho en el trabajo nos permite afirmar que en el campo de las ciencias sociales en la Argentina existe una ausencia de articulación entre la TMS y la teoría de clases. Operación intelectual que la emergencia en nuestro continente de un nuevo sujeto social múltiple nos impone como necesaria y urgente. Si bien nos parece claro que la TMS, tanto en sus versiones europea como norteamericana, es insuficiente para analizar las realidades de Nuestra América, esto no debe habilitar su rechazo, sino que debe ser impulso para incorporarlas críticamente en una teoría de los movimientos sociales con raigambre en un marxismo latinoamericano.

Bibliografía

AA.VV (1985). *Los límites de la democracia. Cuarta parte: Procesos de democratización y persistencias autoritarias en América Latina*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Antunes, R. (2007). Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?. *Herramienta* 36. Buenos Aires.

Auyero, J (2004). *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimientos*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Bourdieu, P. (1996). Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático, en revista *Sociedad* n° 9, Buenos Aires.

Calderón, F (1986) [comp]. *Los movimientos sociales ante la crisis*. Universidad de las Naciones Unidas (UNU)/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)/ Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México (IISUNAM).

Calderón, F y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES).

De Sousa Santos, Boaventura (2001). Los nuevos movimientos sociales. *Revista OSAL* 5. Buenos Aires.

Iñigo Carrera, N y Pastrana (1989), J. *Repulsión de población, resistencia a las leyes del capital, recomposición de las luchas del campo popular en las ocupaciones de tierras (1988)*. Buenos Aires, CICSO, Cuaderno n° 64.





Izaguirre, Inés, (2006). Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico. *Revista Crítica de nuestro tiempo* 4. Buenos Aires.

Jelin, E. (1985) [comp]. *Los nuevos movimientos sociales/1. Mujeres. Rock nacional*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

Jelin, E. (1985) [comp]. *Los nuevos movimientos sociales/2. Derechos humanos. Obreros. Barrios*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

Jelin, E. (1987). *Movimientos sociales y democracia emergente/1*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

Mazzeo, Miguel (2000). "Pensar la herramienta (estratégica) del campo popular", en *Periferias, Revista de Ciencias Sociales*, año 5, n° 8, segundo semestre, Buenos Aires.

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Gorla.

Svampa, M (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Siglo XXI/CLACSO.

Wallace, S. (1998). Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales. En Neufeld, Grimberg, Tiscornia y Wallace (comps.), *Antropología social y política*. Buenos Aires, Eudeba.

¿Desaparición o difusión de la "identidad de clase trabajadora"? Reflexiones a partir del análisis de elementos de percepción de clase entre docentes

Por Ricardo Donaire¹



Resumen

En las ciencias sociales actuales se ha generalizado la idea de la desaparición de la clase trabajadora, esta noción ha intentado fundamentarse en la creciente desaparición de la "identidad" (o del "movimiento social", según las versiones) de los obreros. Esta concepción omite, entre otras cosas, el análisis de grandes grupos de población donde parece suceder lo contrario: una creciente adopción de formas de lucha y organización como trabajadores. En este trabajo analizamos la existencia de elementos de asimilación con la clase trabajadora en la percepción de los docentes de la Ciudad de Buenos Aires. La fuente de información proviene de la aplicación de una encuesta a una muestra representativa de docentes primarios y secundarios de escuelas públicas y privadas realizada en el año 2007.

Palabras claves

docentes / clase social / auto-percepción / identidad / clase trabajadora

*Disappearing or spread of "working class identity"?
Some thoughts from the analysis of elements of class perception among
teachers*

Abstract

The idea of the disappearance of the working class is largely widespread in current social sciences, this notion has tried to be based on the increasing disappearance of the "identity" (or "social movement", depending on versions) of the workers. This conception ignores, among other things, the analysis of large groups of population where the opposite seems to happen: a growing adoption of forms of struggle and organizing as workers. In this paper we analyse the existence of elements of assimilation with the working class in perception of teachers from Buenos Aires City. The source of information comes from the implementation of a survey to a representative sample of primary and secondary teachers from public and private schools in 2007.

Keywords

teachers / social class / self-perception / identity / working class

¹ CONICET/ IIPMV/ PIMSA - Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET), con asiento en el Instituto de Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte (IIPMV). Investigador del Programa de Investigaciones sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).



Introducción

En las ciencias sociales la concepción acerca de la posible existencia de un proceso de proletarización entre los trabajadores intelectuales ha sido relegada en las últimas décadas, en parte desplazada por la hegemonía que en algún momento alcanzaron aquellas concepciones que entre sus elementos centrales daban por sentada la tendencia a la desaparición de la clase trabajadora (ya fuera como tendencia o como un hecho ya consumado). Desde ese punto de vista, ¿de qué “proletarización” era posible hablar cuando el proletariado mismo era una suerte de especie en extinción?

Algunas de estas concepciones intentaron fundamentarse en la idea de la creciente desaparición de la “identidad” (o del “movimiento social”, según las versiones) de los obreros y su reemplazo por la aparición de nuevas y múltiples “identidades” (o “movimientos sociales”).

Por lo menos para el caso argentino, esta afirmación obviaba tanto el peso del proletariado en la estructura social² como el peso de los asalariados como sujetos presentes en la protesta social y de los sindicatos como organizadoras de las mismas³, pero también llamativamente omitía la creciente capacidad de lucha y organización

² Para el año 2001, hemos estimado el peso de este grupo social en 10,3 millones de personas que representan el 69% de la población económicamente activa de la Argentina. Donaire, R. y Rosati, G. (2007). *Aproximación a la evolución de la distribución de la población según grupos sociales fundamentales. Argentina, 1960-2001*. Ponencia presentada en VIII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo, 8 al 10 de agosto de 2007. Buenos Aires.

³ Según una investigación del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina, del total de hechos de protesta sucedidos en la Argentina en el período 1993-2001, el 53% fue llevado a cabo por asalariados (ocupados o desocupados), siendo las organizaciones sindicales los principales convocantes (35%). Estos datos contrastan fuertemente con los que pueden ser adjudicados a los “nuevos movimientos sociales”: menos de una décima parte de los hechos, ya sea que se considere los sujetos o los convocantes. Cotarelo, M. C. e Iñigo Carrera, N. (2004). Algunos rasgos de la rebelión en Argentina, 1993-2001. *PIMS Documentos y Comunicaciones*, Nro. 8, Año VIII, pp. 125-138. Buenos Aires.

sindical como trabajadores de algunos grupos masivos, que históricamente habrían renegado de dicha condición. Este ha sido el caso de los docentes.

La lucha y organización de los docentes en Argentina: breve reseña histórica

Existe cierto consenso entre los historiadores acerca de que la primera huelga de docentes en la Argentina sucedió en la provincia de San Luis en 1881. El atraso en el pago de los salarios adeudados (durante ocho meses) y el bajo valor de los vales de tesorería recibidos fueron las causas por las que en noviembre de 1881 las maestras de la Escuela Graduada y Superior de San Luis decidieron suspender sus tareas hasta que se les pagara⁴. En 1892 se crea la primera entidad docente, la "Liga de Maestros" de San Juan, a la que durante las primeras décadas del siglo XX se irán sumando distintas asociaciones provinciales y locales en Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Mendoza, Corrientes, Santa Fe, San Juan, Misiones, Entre Ríos, Catamarca y Río Negro, con distintos grados de permanencia y continuidad⁵. Hacia fines de la década de 1910 aparecen los primeros intentos de construcción de federaciones nacionales. En 1917 se crea la Confederación Nacional de Maestros, que intentaba organizar a los docentes de

⁴ Cucuzza, R. (1997). "¿La Singer o la tiza? Mujeres en el Congreso Pedagógico de 1882". En Morgade, G. (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

⁵ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte, Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina.





escuelas nacionales. Por la misma época se crea la Liga Nacional de Maestros, creada por docentes de “simpatías libertarias y socialistas”⁶.

Durante la primera parte del siglo XX aparecen también organizaciones de profesores secundarios: la Asociación Nacional del Profesorado, fundada en 1903, expresión de los “profesores tradicionales” (no titulados) y el Centro de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria, fundado en 1908, representante de los intereses de los “docentes profesionales”, esto es de quienes tienen formación específica y titulada como profesores secundarios⁷.

De esta época son también las primeras huelgas por jurisdicción: Capital Federal (1912)⁸, Mendoza (1919 y 1923), Santa Fe (1921), Capital y Territorios Nacionales (1925), Tucumán (1930) y Corrientes (1939)⁹. En algunas de ellas, como en Mendoza, ya aparecen las primeras muestras de solidaridad entre los docentes y gremios obreros¹⁰.

⁶ Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). *Anuario de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación* N° 2, pp. 87-102. Buenos Aires.

⁷ Pinkasz, D. (1992). “Orígenes del profesorado secundario en la Argentina. Tensiones y conflictos”. En Braslavsky, C. y Birgin, A. (comps.), *Formación de profesores. Impacto, pasado y presente*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

⁸ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit.

⁹ Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). Op. cit.

¹⁰ Maestros Unidos de Mendoza, la organización que llevó adelante la huelga de 1919, fue fundada ese mismo año y estaba adherida a la Federación Obrera Provincial (FOP) y por ende, a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), central sindical obrera de la época. La huelga docente fue apoyada por una huelga general provincial convocada por la FOP. Crespi, G. (1997). La huelga docente de 1919 en Mendoza. En Morgade, G. (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

A medida que avanza el siglo XX, se van sucediendo distintos intentos de conformar organizaciones nacionales con distinto grado de permanencia, como el Frente Único del Magisterio Argentino (1931)¹¹ y la Unión Argentina de Maestros (1943)¹². En las décadas de 1940 y 1950 comienzan a organizarse sindicatos provinciales en Santa Fe, La Rioja, Tucumán, Mendoza, Jujuy, Córdoba y Río Negro, Provincia de Buenos Aires y Capital Federal, a la par que se producen huelgas provinciales reclamando aumentos salariales y la sanción de un estatuto docente¹³. A la par que se desarrolla este proceso, a partir de la década de 1950 surgen o se consolidan varias organizaciones que intentan una articulación nacional, una de las más importantes por entonces parece haber sido la Confederación Argentina de Maestros y Profesores (CAMYP), que había surgido a fines de la década de 1950 a partir de la unificación de la Confederación de Maestros y la Liga de Profesores y tenía presencia en la Capital Federal y en varias provincias del interior del país¹⁴.

En abril de 1960 se forma la Junta Docente de Acción Gremial, la que declaró el 2 de mayo el primer paro nacional de educadores en protesta por el incumplimiento de la actualización de los índices de haberes de acuerdo con el aumento del costo de vida¹⁵. A partir de

¹¹ Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). Op. cit. pp. 87-102.

¹² Nigro, J. C. (1984). *La lucha de los maestros*. Buenos Aires: Confederación de Maestros.

¹³ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit.

¹⁴ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit.

¹⁵ Nacimiento, R. (1985). "El sistema educativo argentino: breve historia desde 1930. Desarrollo de su crisis y tentativas de reformas". En Hillert, F. et al., *El sistema educativo argentino. Antecedentes, formación y crisis*. Buenos Aires: Editorial Cartago.





entonces se suceden distintos intentos de unificación organizativa: el Comité Unificador Docente de Acción Gremial (CUDAG, 1961) la Confederación General de Educadores de la República Argentina (CGERA, 1967), el Acuerdo de Nucleamientos Docentes (AND, 1970), la Central Unificadora de Trabajadores de la Educación (CUTE, 1972). De 1970 a 1972 se suceden además diferentes huelgas nacionales docentes de acatamiento masivo¹⁶.

Finalmente, en agosto del 1973 se realiza un congreso en la localidad de Huerta Grande (provincia de Córdoba) y en septiembre se conforma la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). En el congreso de Huerta Grande participan 95 organizaciones en representación de aproximadamente 127 mil afiliados¹⁷. Las primeras huelgas nacionales llamadas por esta federación se realizaron en mayo de 1974.

Desde entonces, CTERA se ha transformado en la principal organización docente del país. En la actualidad, esta entidad agrupa 24 sindicatos provinciales y de la Ciudad de Buenos Aires y reúne casi dos terceras partes de los afiliados a las cinco organizaciones reconocidas oficialmente para las negociaciones colectivas nacionales docentes realizadas en febrero de 2008 y de 2009¹⁸.

¹⁶ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit. Pp 67 y ss..

¹⁷ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). Op. cit. Pp 87 y ss).

¹⁸ Estas negociaciones paritarias fueron sancionadas legalmente como derecho de los docentes en el año 2006 mediante la ley nacional Nro. 26.075 de "Financiamiento Educativo". Las negociaciones convocadas en febrero de 2008 y 2009 abarcan a docentes de establecimientos públicos y privados pero no incluyen a docentes universitarios.



Cuadro I

Asociaciones sindicales participantes de las negociaciones colectivas docentes 2008/2009 según cantidad de afiliados

Asociación	Fecha*	Afiliados	
		N	%
CTERA	08/10/2007	286.365	63,1
CEA	02/05/2008	77.500	17,1
UDA	04/12/2007	52.410	11,5
SADOP	04/07/2007	25.383	5,6
AMET	01/04/2006	12.385	2,7
Total		454.043	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Dirección Nacional de Asociaciones Sindicales. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Los datos surgen de la declaración de cada entidad ante las autoridades oficiales.

* Último dato disponible.

Las restantes cuatro organizaciones participantes de la negociación colectiva son las siguientes.

El Sindicato Argentino de Docentes Particulares (SADOP), formado en 1947, fue uno de los primeros sindicatos docentes en incorporarse a la Confederación General del Trabajo, apoyó "moralmente" o en forma activa algunas de las primeras huelgas nacionales docentes de las décadas de 1960 y 1970 y adhirió a la Comisión Coordinadora Intersindical Docente, una de las organizaciones que en la época intentaban articular la acción sindical de los diferentes gremios docentes¹⁹. Y, aunque llegó a participar del Congreso de Huerta Grande en 1973, siendo una de las cuatro organizaciones nacionales presentes en ese congreso y una de las más grandes (con unos ocho

¹⁹ Sindicato Argentino de Docentes Particulares (2006). *SADOP y su historia*. En línea en <http://www.sadop.net/historia.php>.



mil afiliados), posteriormente no formará parte de la constitución de CTERA²⁰.

Entre 1953 y 1955 la Unión de Docentes Argentinos (UDA), que organizaba principalmente a docentes de Capital Federal y Gran Buenos Aires, y formaba parte de la Confederación General de Profesionales, había existido como organización reconocida oficialmente²¹. En noviembre de 1974 el gobierno nacional le restituye su personería jurídica, convirtiéndola en la única organización legalmente reconocida para representar a los docentes de todo el país, situación que dura hasta su intervención por el gobierno militar en 1976. El enfrentamiento entre UDA y CTERA durante ese período se manifiesta en la oposición de la de la primera a las huelgas llamadas por la segunda durante 1974. Sin embargo, en 1986 la UDA se incorpora a la CTERA durante un breve lapso hasta 1988²².

Ese mismo año se retira también de la CTERA, la Asociación del Magisterio de Enseñanza Técnica (AMET)²³, organización cuyos antecedentes datan de 1946, cuando recibe la personería gremial bajo el nombre de Federación Argentina del Personal de Enseñanza Técnica (FAPET)²⁴ y que había formado parte del Congreso de Huerta Grande en 1973, bajo el nombre de Asociación de Maestros de Enseñanza Práctica (AMEP).

²⁰ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit. p 90.

²¹ Puiggrós, A. y Bernetti, J. L. (1993). *Peronismo: Cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Editorial Galerna. pp 224/5 y Unión Docentes Argentinos (2006). *Historia*. En línea en <http://www.sindicatouda.com.ar/2005/historia.php>.

²² Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (2003). 30 años de lucha y compromiso.: *Revista Canto Maestro, Suplemento Especial*. Buenos Aires. pp 18/9, 38 y 42.

²³ Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (2003). Op. cit. pp 38 y 42).

²⁴ Asociación del Magisterio de Enseñanza Técnica (2006). *Historia de AMET*. En línea en <http://www.ametregional1.org.ar/>.

Finalmente, la Confederación de Educadores Argentinos (CEA), conformada en 1990 pero normalizada a partir del año 2004, está integrada principalmente por la Federación de Educadores Bonaerenses (FEB), la cual concentra alrededor de dos terceras partes de sus afiliados²⁵, más la Unión Argentina de Docentes y Profesores (que se reivindica continuadora de la antes mencionada CAMYP) y el Sindicato de Educadores de Buenos Aires (SEDEBA), ambos con ámbito de actuación en la Ciudad de Buenos Aires, además de otros sindicatos de las provincias de Corrientes, Santiago del Estero, Corrientes, Formosa, La Rioja, Chubut y San Luis²⁶.

La mayor parte de estas organizaciones está adherida a alguna central sindical. Mientras que CTERA forma parte de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA)²⁷, SADOP, UDA y AMET adhieren a la Confederación General del Trabajo (CGT). CEA no está adherida a una central sindical.

El peso de las organizaciones docentes en el movimiento sindical se refleja en su número de afiliados. Según datos oficiales, del conjunto de

²⁵ Según datos declarados por las asociaciones ante el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

²⁶ Confederación de Educadores Argentinos (2009). Confederación de Educadores Argentinos. En línea en <http://www.cearg.org.ar/home.asp>.

²⁷ A pesar de que la discusión respecto de la pertinencia de que la confederación de docentes formara parte o no de una central obrera quedó formalmente saldada en el congreso fundacional de CTERA en 1973, en el cual se dejó estipulado en el estatuto que la organización "adheriría a la Confederación General de Trabajadores de la República Argentina (CGT) en el momento en que se considere conveniente" (Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit. p 109, recién en 1986 dicha organización se incorpora a la CGT a la par que comienza a participar en las huelgas generales llamadas por dicha central. Uno de los hitos en este proceso de unidad es la huelga docente de 1988 durante 42 días, la cual fue acompañada por una huelga general de la CGT y por una movilización masiva conocida como "Marcha Blanca". En la década del noventa, cuando se produce una nueva escisión del movimiento obrero se escinda, CTERA se alejará de la CGT para pasar a formar parte del Congreso de Trabajadores Argentino (CTA), que se constituye como central sindical en 1996. Sin embargo, existen entidades sindicales adheridas a CTERA que permanecen en la CGT, como es el caso de la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (2003). 30 años de lucha y compromiso. Op. cit.). En el año 2005 un dirigente de CTERA es elegido secretario general de CTA.





federaciones sindicales del país, CTERA es la tercera en volumen de afiliados²⁸.

Cuadro II

Principales federaciones sindicales con personería gremial según número de afiliados

Federación	Afiliados (en miles)
Federación Argentina de Empleados de Comercio y Servicios	500,0
Confederación de Obreros y Empleados Municipales de la Argentina	320,0
Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina	288,0
Federación de Asociaciones de Trabajadores de la Sanidad Argentina	169,5
Federación Trabajadores Industria de la Alimentación	85,3

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Secretaría de Trabajo del MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (2002).

La fuente de los datos anteriores compilados en el 2002 no incluye a la Confederación de Docentes y Auxiliares de la Educación (CONTUDEC) formada un año después, de la cual forman parte SADOP y AMET, junto a otras organizaciones²⁹.

A la par del crecimiento de la organización sindical, se fue desarrollando la capacidad de lucha. Si recién en la segunda mitad del siglo XX comienza a desarrollarse la capacidad de articular huelgas nacionales docentes, en la últimas parte de ese siglo dicha capacidad se potenciará.

Entre 1994 y 2008 los docentes protagonizaron 845 huelgas, que representan aproximadamente el 28% de las huelgas de ese período³⁰.

²⁸ Las entidades sindicales en Argentina se clasifican según grado de la siguiente manera: los sindicatos y uniones (entidades de primer grado) son aquellos cuyos miembros son los trabajadores afiliados, las federaciones (segundo grado) agrupan a las entidades de primer grado, finalmente las confederaciones (tercer grado) agrupan entidades de segundo grado.

²⁹ Sindicato Argentino de Docentes Particulares (2006). *SADOP y su historia*. Op. cit.

³⁰ Otras mediciones confirman esta tendencia: entre 1980 y 2005 los docentes protagonizaron casi una quinta parte de las huelgas y medidas de fuerza producidas por los asalariados (Centro de Estudios Nueva Mayoría (2006). El año 2005 con el

Cuadro III

Cantidad de huelgas docentes y porcentaje con relación al total de huelgas según año. Argentina, 1994-2008

Año	Huelgas de docentes			Porcentaje de huelgas docentes sobre total de huelgas		
	Sólo docentes	Docentes junto a otros trabajadores	Total de huelgas donde participan docentes	Sólo docentes	Docentes junto a otros trabajadores	Total de huelgas donde participan docentes
1994	4	5	9	9,1	11,4	20,5
1995	13	5	18	16,9	6,5	23,4
1996	1	0	1	5,3	0,0	5,3
1997	8	3	11	14,5	5,5	20,0
1998	20	4	24	32,8	6,6	39,3
1999	32	3	35	34,8	3,3	38,0
2000	38	13	51	21,5	7,3	28,8
2001	79	13	92	29,9	4,9	34,8
2002	30	10	40	18,5	6,2	24,7
2003	30	5	35	20,4	3,4	23,8
2004	100	9	109	24,4	2,2	26,7
2005	107	8	115	19,9	1,5	21,4
2006	57	8	65	19,6	2,7	22,3
2007	135	7	142	30,5	1,6	32,1
2008	96	2	98	39,3	0,8	40,2
Total	750	95	845	24,8	3,1	27,9

Fuente: base datos sobre protesta social del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina.

récord de conflictos docentes desde 1980. En línea en <http://www.nuevamayoria.com/es/investigaciones/>). Entre 1991 y 2005 CTERA convocó a 34 huelgas nacionales docentes (Gindin, J. (2006). *Sindicalismo docente e Estado. As práticas sindicais do magisterio no México, Brasil e Argentina*. Dissertação de Mestrado, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Faculdade de Educação. Rio de Janeiro. Pp 117/9.





A la par, en la lucha misma, se puede observar el proceso de desarrollo de articulación con el conjunto del movimiento obrero. Numerosas huelgas generales y movilizaciones de los últimos 15 años donde participaron organizaciones docentes fueron convocadas, entre otras organizaciones, en conjunto por la CGT y la CTA (o convocadas por alguna de estas organizaciones con la adhesión de la otra). Es posible mencionar, entre otras: la huelga general en repudio por la muerte de un obrero durante la represión a un conflicto en la provincia de Tierra del Fuego en abril de 1995, la huelga general con movilización "Marcha del Trabajo" exigiendo plena ocupación en septiembre de 1995, la huelga general contra la política salarial e impositiva en agosto de 1996, las huelgas generales contra la flexibilización laboral en septiembre y diciembre de 1996³¹. A partir del 2000, cuando la CGT se fractura en dos partes, y durante el 2001 se suceden ocho huelgas generales convocadas por la CTA y por una o ambas fracciones de la CGT³².

Algunas huelgas y movilizaciones llevadas adelante por CTERA contaron además con el apoyo del movimiento obrero, por ejemplo la huelga y movilización de abril de 1997 en repudio a la represión en la provincia de Neuquén y la muerte de una manifestante durante la represión a un corte de ruta. Esta huelga fue apoyada por la CTA y el MTA, y acompañada unos días después por una Jornada Nacional de Duelo convocada por la CGT consistente en un paro de una hora por turno de trabajo. Una de las últimas manifestaciones de esta solidaridad obrera hacia el gremio docente fue la huelga general de

³¹ Iñigo Carrera, N. (1999). "Fisonomía de las huelgas generales de la década de 1990 (1992-1999)". *PIMSA Documentos y Comunicaciones*, Nro. 3, Año III, pp. 155-173. Buenos Aires. Se mencionan también allí otras tantas medidas de fuerza convocadas en conjunto con otra tendencia del movimiento obrero nucleada en el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), por ejemplo la huelga general de agosto de 1994 convocada por MTA y CTA en contra de la política socioeconómica del gobierno, la cual tuvo una gran adhesión de docentes de todo el país.

³² Iñigo Carrera, N. (2001). "Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización". *PIMSA Documentos y Comunicaciones*, Nro. 5, Año V, pp. 109-136. Buenos Aires.

abril 2007 convocada por la CTA y la CGT en repudio al asesinato de un docente durante una protesta en la provincia de Neuquén.

Finalmente, el peso alcanzado en el movimiento sindical y en la protesta social, de alguna manera expresa el peso que los docentes han adquirido en la estructura social. Según datos censales, en 1895 la categoría de “maestros de escuela, profesores, etc.” reunía a 10.063 personas, que representaban el 0,6% de la población ocupada. Poco más de un siglo después, en el año 2001 los “trabajadores de la educación” ascienden a 757.489 personas que representan un 7,9% de la población ocupada³³.

La percepción de clase entre los docentes: una aproximación a partir de datos de la Ciudad de Buenos Aires.

A partir de lo expuesto es posible afirmar que, a contrapelo de la imagen de creciente desaparición de la “identidad” como trabajadores, este grupo creciente en número ha tendido a adoptar formas de lucha y organización propias de la clase trabajadora. ¿Existen elementos que permitan confirmar esta tendencia en la percepción de los mismos docentes?

Para responder esta pregunta utilizamos como fuente datos primarios recolectados a partir de una encuesta aplicada a una muestra representativa³⁴ de maestros primarios y profesores secundarios con cargos frente a alumnos de establecimientos públicos y privados de

³³ Fuente: censos nacionales de población.

³⁴ La recolección de datos fue realizada en el año 2007. La muestra (estratificada según nivel de enseñanza y sector de gestión) estuvo compuesta por 395 casos seleccionados aleatoriamente en dos etapas: primero, las unidades educativas y, luego los docentes que trabajaban en ellas. Los resultados fueron posteriormente ponderados según el peso de cada estrato.





educación común de la Ciudad de Buenos Aires³⁵. Este universo constituye el 77,8% de los docentes de educación común en actividad de la Ciudad (excluyendo la educación universitaria)³⁶. A través de la encuesta se recopiló información respecto a dimensiones relativas a las condiciones de existencia de los docentes (condiciones de vida, condiciones de trabajo, aspectos relativos al proceso de trabajo) y sobre la percepción de los propios docentes sobre dichas condiciones.

Este trabajo de campo forma parte de una investigación³⁷ actualmente en curso que busca conocer si es posible conceptualizar las transformaciones recientes ocurridas en las condiciones de existencia de los docentes como parte de un proceso de proletarización³⁸.

³⁵ En el sistema educativo argentino, la educación común está constituida por cuatro niveles de enseñanza: inicial, primario, secundario y superior. En la Ciudad de Buenos Aires, el nivel de educación primario es el tramo de la educación obligatoria al que concurren los estudiantes de 6 a 12 años de edad. El nivel secundario es también obligatorio y a él concurren los estudiantes desde 13 a 17 ó 18 años, según la modalidad. En ambos niveles es importante la presencia de establecimientos de gestión privada. Según el Censo Nacional de Docentes de 2004, la distribución de docentes en estos niveles es la siguiente: primario público: 10.644; primario privado: 9.103; secundario público: 8.251 y secundario privado: 9.549.

³⁶ Según datos del Censo Nacional de Docentes 2004.

³⁷ Proyecto de tesis doctoral presentado en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, bajo el título "La condición social de los docentes en la actualidad: una aproximación al caso de los docentes de la Ciudad de Buenos Aires".

³⁸ En las ciencias sociales contemporáneas existen dos grandes corrientes teóricas que han analizado el problema de la "proletarización". Una primera corriente teórica ha tomado como indicador la tendencia a la "descalificación" en el proceso de trabajo (Braverman, H. (1987). *Trabajo y capital monopolista*. México D.F.: Editorial Nuestro Tiempo. Entre los autores que han aplicado esta hipótesis específicamente al trabajo docente se encuentran Apple, M. (1989). *Maestros y textos. Una economía política de las relaciones de clase y de sexo en educación*. Barcelona: Temas de Educación, Piados/ M.E.C., Apple, M. (1994). *Educación y poder*. Barcelona: Temas de Educación, Piados/ M.E.C. y Lawn, M. y Ozga, J. (1988). "¿Trabajador de la enseñanza? Nueva valoración de los profesores". *Revista de Educación*, N° 285, pp. 231-245. Madrid. La otra corriente sostiene que el "trabajo mental" ha estado sometido a una "proletarización ideológica", que se expresaría a través de una "desensibilización" y "cooptación" ideológica de los intelectuales por parte del capital y del estado capitalista (Derber, C (1982). *Professionals as workers: mental labor in advanced capitalism*. Boston: G. K. Hall and Co). Esta hipótesis fue aplicada específicamente al caso de los docentes por Jiménez Jaen, M. (1988). "Los enseñantes y la racionalización del trabajo en educación. Elementos para una crítica

Los resultados que aquí presentamos se circunscriben exclusivamente a la indagación en particular respecto de la existencia de indicadores de una posible asimilación entre docentes y trabajadores en la percepción de los mismos docentes. No porque entendamos que las ideas reflejen mecánicamente el movimiento de las relaciones materiales (por el contrario, la perspectiva clásica en la que nos ubicamos distingue entre ser y conciencia en busca de las contradictorias relaciones entre ambos), sino para poder a posteriori realizar una aproximación que nos permita conocer cuál es la relación entre ambas esferas. En este sentido, lo que intentamos ver aquí es si es posible encontrar elementos en las ideas de los propios docentes que nos puedan alertar sobre la existencia de una percepción propia como trabajadores y, de existir, cuán generalizada se encuentra³⁹.

de la teoría de la proletarianización". *Revista de Educación*, N° 285, pp. 231-245. Madrid y Contreras Domingo, J. (1997). *La autonomía del profesorado*. Madrid: Ediciones Morata, entre otros.

³⁹

A este respecto resulta pertinente una aclaración teórico-metodológica.

Aunque el problema que abordamos en este capítulo remite inequívocamente al ámbito de las relaciones ideológicas donde los sujetos toman conciencia de las relaciones sociales materiales en que se encuentran inmersos, preferimos utilizar aquí el concepto de "percepción" en lugar de "conciencia". Fundamentalmente, porque en nuestro análisis no consideramos una serie de elementos que refieren a la conciencia de un grupo social, la cual no se agota en la percepción del conjunto de individuos que lo compone. Nuestro análisis toma como punto de partida las opiniones recabadas sobre una masa desagregada de individuos desmovilizados: sin considerar los momentos en que se encuentra en disposición de enfrentamiento o lucha, por lo que no es posible observar a partir de la fuente utilizada en este estudio el grado de conciencia que los mismos expresan en su propia práctica cuando el grupo se encuentra en movimiento, (el fenómeno del rezago de la conciencia respecto a la práctica señalado entre otros en Gramsci, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, p 47), sin considerar su articulación como grupo organizado, por lo que sólo observamos esta masa desarticulada de sus propios cuadros medios y dirigentes sindicales, los cuales tienen precisamente la función de coordinar los distintos elementos presentes de manera tal de tender a la conformación de un conjunto orgánico coherente (fenómeno analizado bajo el nombre de "teorema de las proporciones definidas" en Gramsci, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado moderno*. Op. cit. pp 94/5). En este sentido, es que entendemos la conciencia de un sujeto social como un fenómeno amplio que supera la mera percepción de los individuos que conforman dicho sujeto. Esto no significa





Percepción sobre clase social propia y sobre la relación con la clase trabajadora

En un trabajo anterior hemos presentado resultados respecto de la propia percepción de clase de los docentes⁴⁰. Sintéticamente, allí señalamos que, a pesar del supuesto bastante difundido actualmente en las ciencias sociales respecto de que el concepto de clase social sería ajeno para grandes masas de población (y por ende, habría perdido pertinencia para el análisis social⁴¹), el 84% de los encuestados contestó afirmativamente ante la pregunta “¿Considera que ud. pertenece a una clase social determinada?”. A su vez, ante la pregunta: “¿Considera que los docentes (o por lo menos, la mayor parte de ellos) forman parte de una clase social determinada?”, dicha proporción fue de casi el 68%. Entre quienes contestaron negativamente a esta segunda pregunta, la principal justificación fue la opinión de que “existen docentes de todas las clases”. Es decir, que la mayor parte de quienes contestan negativamente, se fundamentan, no en la inexistencia de las clases sociales, sino en que el propio grupo está compuesto por diversas clases sociales. Sólo un 5% responde que los docentes no pertenecen a ninguna clase, sea porque interpretan que

que el análisis de dicha percepción no sea útil para la comprensión de las relaciones ideológicas en que dicho grupo se encuentra inmerso. Más bien, implica reconocer las limitaciones de dicha aproximación. En este trabajo nos estamos refiriendo exclusivamente a la percepción cotidiana e inmediata de determinado conjunto de individuos respecto las condiciones en que desarrolla su existencia.

⁴⁰ Donaire, R. (2008). *Percepciones sobre clase social entre trabajadores intelectuales. Un ejercicio a partir de los docentes de la Ciudad de Buenos Aires*. Ponencia presentada en el I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, organizado por la Carrera de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, 10 al 12 de diciembre de 2008. La Plata.

⁴¹ Supuesto además cuestionable en tanto que la validez de un concepto científico no puede ni debe juzgarse a partir de su grado de aceptación popular.

no existen diferencias sociales entre clases, que sí existen diferencias sociales aunque no de clase, que el resto de la sociedad no los considera como parte de una clase social o por otras razones.

Respecto de la auto-percepción de clase, casi el 60% respondió que pertenecía a la “clase media”, proporción que se eleva al 77% si se consideran las variantes como clase media “baja”, “pobre”, “alta” y “acomodada”⁴². Por otra parte, el 12% de los docentes considera que pertenece a la clase “trabajadora” u “obrero”. Tal como ha sido advertido por algunos científicos sociales respecto de cierta tendencia popular a la auto-identificación como “clase media”⁴³, la popularidad de esta categoría puede encontrarse también entre otros grupos de trabajadores asalariados, incluso aquellos sobre los que no se ha cuestionado su tradicional pertenencia a la clase obrera. Según un estudio realizado en el año 2004 entre trabajadores de un astillero, el 63% se consideraba a sí mismo como parte de la clase media o media baja, mientras que un 23% se consideraba como perteneciente a la clase obrera. Otro estudio realizado como parte del mismo programa de investigación en el mismo año entre trabajadores de subterráneos, mostraba que la proporción que se consideraba perteneciente a la

⁴² Resulta pertinente señalar que la pregunta fue abierta y la respuesta espontánea. Es decir, no se le daba al encuestado un sistema de categorías previamente preparado para que optara por una opción.

⁴³ Braverman, H. (1987). *Trabajo y capital monopolista*. Op. cit. p 42, advertía ya en la década del setenta sobre estudios, realizados al menos veinte años antes, que demostraban la masiva tendencia a la “auto-identificación” como clase media. Vale la pena recordar la observación de este autor respecto del uso de esta forma de aproximación como indicador mecánico de las clases sociales: “Aquí vemos a sociólogos midiendo no la conciencia popular sino la suya propia”.





clase media o media baja era del 64% y la correspondiente a clase obrera era del 17%⁴⁴.

Ahora bien, ¿quienes conforman para los docentes esta "clase media"? Para poder precisar a qué refieren estas percepciones de clase, se presentó a los encuestados un listado de grupos sociales y se pidió que para cada uno de ellos contestaran si consideraban que pertenecían o no a la misma clase que social los docentes⁴⁵. Sólo dos grupos fueron identificados por más de la mitad de los docentes como parte de su misma clase social. En ambos casos se trata de grupos de asalariados: en primer lugar, los empleados administrativos (71%), y en segundo lugar, los obreros calificados (59%). Es probable que esta identificación con los asalariados refiera sólo a sus capas más acomodadas, puesto que no se refleja la misma identificación ni con los obreros no calificados y peones (8%) ni con los desocupados (7%).

Otra forma de aproximación a la percepción sobre clase social fue la indagación respecto de la opinión sobre la relación entre los intereses y problemas de los docentes y los de la clase trabajadora. Se preguntó a

⁴⁴ Los datos corresponden a los estudios realizados en el Astillero Río Santiago (Ensenada, Provincia de Buenos Aires) y en el subterráneo de la Ciudad de Buenos Aires por el Programa de Investigación "Los trabajadores en la Argentina actual – Encuesta Obrera" (ver Pantanali, S., et al. (2005). "Astillero Río Santiago: Una aproximación descriptiva a la conciencia de clase de los trabajadores". *Lucha de Clases, Revista Marxista de Teoría y Política*, Segunda época, Nro. 5, pp. 69-87. Buenos Aires y Colectivo Encuesta Obrera (2007). *Experiencias Subterráneas. Trabajo, organización gremial e ideas políticas de los trabajadores del subte*. Buenos Aires: Ediciones IPS. En ambos casos la pregunta efectuada fue "¿a qué clase o sector social diría que pertenece?" y la respuesta era abierta.

⁴⁵ Los grupos sobre los que se preguntó fueron los siguientes: empleados administrativos, empleados de comercio, obreros no calificados/ peones, obreros calificados, pequeños industriales, desocupados, pequeños comerciantes, pequeños productores rurales, pobres, profesionales, militares, grandes industriales, trabajadores de oficio por cuenta propia, curas, terratenientes.

los encuestados “¿Los problemas e intereses de los docentes y de la clase trabajadora son: muy parecidos, parecidos, diferentes o muy diferentes?” Si la respuesta era alguna de las dos últimas opciones, se preguntaba: “¿Están enfrentados?”.

Cuadro IV

Docentes según percepción sobre la relación entre intereses y problemas de los docentes y de la clase trabajadora

Relación entre intereses y problemas de los docentes y de la clase trabajadora		Total
Muy parecidos		23,1
Parecidos		62,7
Diferentes/ Muy diferentes	No enfrentados	10,7
	Enfrentados	1,0
	Ns/Nc	1,9
Ns/Nc		0,5
Total		100,0

Fuente: Encuesta de elaboración propia, 2007.

La amplia mayoría de los docentes considera que los problemas e intereses de ambos grupos son parecidos o muy parecidos (86%). La proporción de quienes consideran que, además de ser diferentes, se encuentran enfrentados es insignificante.

Ahora bien, ¿en qué rasgos se justifica esta percepción mayoritaria sobre la semejanza entre docentes y trabajadores? Esta pregunta era abierta, por lo que agrupamos las respuestas en tres grandes grupos según el grado (menor o mayor) de determinaciones que involucraban:





1) quienes consideraban que docentes y trabajadores se asemejan en tanto ambos forman parte de la misma sociedad: ambos comparten los mismos problemas, intereses o aspiraciones que cualquier individuo en general;

2) quienes agregan un grado de determinación mayor, al destacar que los docentes y la clase trabajadora comparten los problemas e intereses, no ya de cualquier individuo, sino de una parte determinada de la sociedad a la que se considera desfavorecida en algún sentido (particularmente, en sus condiciones de vida, la necesidad de trabajar y de luchar para obtenerlas). Sin embargo, en tanto no se remite a ningún aspecto de la condición de asalariado para destacar esa semejanza, sino que por el contrario dichas caracterizaciones podrían incluir a grupos de no asalariados (trabajadores independientes, pequeños propietarios), nos referimos a este conjunto como aquellos que destacan semejanzas como parte de la masa del pueblo. Dentro de este grupo encontramos a quienes señalan que unos y otros comparten: problemas económicos y condiciones de vida en general, la necesidad de trabajar por un ingreso, la lucha en general por sus condiciones de vida,

3) aquellos que hacen referencia a la semejanza en la condición de asalariados o en algún aspecto de dicha condición. Dentro de este grupo se encuentran quienes señalan que docentes y clase trabajadora comparten: el nivel de salarios en general y específicamente en relación a las condiciones de vida; las condiciones de trabajo, en general consideradas "no dignas" o no acordes para el desempeño de la tarea; la relación salarial misma, esto es, el salario no ya como cantidad sino como calidad; la organización y la lucha por salarios y condiciones laborales; y finalmente, quienes afirman que comparten la misma clase social.

Por otra parte, quienes señalaron diferencias mayoritariamente se centraron en:

- 1) aspectos vinculados a la caracterización de los docentes como parte de aquella porción de la sociedad que comparte cierto nivel educativo, intelectual o cultural o ciertas aspiraciones e intereses que serían ajenos a los trabajadores,
- 2) quienes destacan la especificidad del trabajo docente, con especial referencia al carácter pedagógico del trabajo, el hecho de trabajar con personas y la responsabilidad y compromiso que ello implica,
- 3) quienes no hacen hincapié tanto en el contenido del trabajo sino en las condiciones en que se desarrolla.

Cuadro V

Total de docentes según caracterización de la relación entre intereses y problemas de docentes y clase trabajadora y aspectos en que se asemejan o diferencian

Relación entre docentes y clase trabajadora	Aspectos en que se asemejan/ diferencian	%
Parecidos o muy parecidos	Como trabajadores asalariados	58,3
	Como parte de la masa del pueblo	20,9
	Como parte de la sociedad	6,2
	Ns/nc	0,5
Diferentes o muy diferentes	Por su situación, aspiraciones e intereses	6,7
	Por la especificidad del trabajo docente	4,8
	Por las condiciones de trabajo	1,8
	Ns/nc	0,3
Ns/nc		0,5
Total		100,0

Fuente: Encuesta de elaboración propia, 2007.





En términos generales, el 58% de los docentes resalta que los intereses y problemas de la clase trabajadora son semejantes a los propios, y que dicha semejanza reside en características relativas a que ambos son trabajadores asalariados.

No parecen existir variaciones en dicha proporción según qué grupos se consideran como parte de la misma clase social que los docentes. Particularmente resulta significativo que no exista relación entre incluir o no a los obreros calificados como parte de la misma clase social y afirmar que los intereses y problemas de los docentes son parecidos debido a que comparten características como trabajadores asalariados. En ambos casos, es decir, consideren o no que los obreros calificados forman parte de la misma clase social que los docentes, la proporción alcanza el 59%.

Percepción sobre la huelga como forma de lucha

Según la opinión de algunos dirigentes gremiales de la época de conformación de los grandes sindicatos docentes actuales, históricamente el mayor obstáculo para la organización de una huelga docente a mediados del siglo XX habría sido el convencimiento de gran parte de los docentes respecto de que “no era propio de un maestro s comportarse como un obrero cualquiera”⁴⁶.

Parece más o menos evidente que esta percepción ha cambiado bastante desde entonces, dada la creciente consolidación de la huelga como forma de lucha. Sin embargo, ese mismo proceso ha traído aparejados sucesivos intentos desde el poder político de utilizar la consecuente pérdida de días de clase como ariete para articular

⁴⁶ Según información de entrevistas en Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit.

consenso popular en contra de dichas acciones de protesta con el propósito de aislarlas⁴⁷.

No resulta improbable que los docentes puedan ser permeados por esta verdadera campaña de acción psicológica. Para observar la opinión respecto de la huelga como medida de fuerza se optó por dos vías. Por un lado, para ver el grado de consenso espontáneo ante la huelga, se les preguntó a los docentes, dejando abierta la posibilidad de respuesta, qué medidas de acción consideraban más adecuadas ante un problema de trabajo colectivo. Por otro, se les preguntó directamente su opinión respecto de las huelgas docentes, ofreciéndoles diferentes alternativas de respuesta.

Las respuestas ante la primera pregunta fueron agrupadas de la siguiente manera:

- Quienes respondieron espontáneamente a favor de la huelga (33%), ya fuera como acción única o acompañada por medidas de acción directa (en general, movilización, pero también fueron mencionadas: clases públicas, ocupación de establecimientos, piquetes, etc.). En otros casos, se aclaró que la huelga debía ser decidida como medida "en última instancia" (ya fuera porque no se obtuviera una respuesta institucional, porque el resto de las medidas fallaran o porque no tuvieran una respuesta rápida). En algunos casos se hizo referencia explícita, aún con cierta resignación, a la pérdida de días de clase como forma de presión ("no nos queda más que los paros, la gente se queja de que los niños no tienen clases pero nosotros tenemos que comer").
- Alrededor de una décima parte manifestó su rechazo espontáneo a la huelga como medida de acción, ya sea porque

⁴⁷ Por ejemplo, a través de la difusión de resultados de encuestas que mostrarían el rechazo de la población a la realización de huelgas docentes, como las aparecidas en el diario La Nación, 5/10/00 y 09/03/08.





con ella se perjudica a los alumnos, porque se produce la oposición de los padres, o porque va contra la vocación de los docentes. Dentro de este grupo se incluye un mínimo porcentaje que sostiene que “ninguna medida sirve” o que “no se puede hacer nada”.

- Finalmente, un tercer grupo no manifiesta opinión espontánea respecto de la huelga. Este grupo puede desglosarse de la siguiente manera. Por una parte, un 16% que, aunque no descartaba explícitamente la huelga, se manifestaba por recurrir a instancias colectivas y/o gremiales de resolución, ya fuera a través de asambleas entre los docentes o a través de la intervención del sindicato, para que en dicha instancias se tomara la decisión del curso más adecuado a seguir. Otro 7% aproximadamente se refirió a las mismas instancias colectivas y/o gremiales pero ya no para decidir allí el curso a seguir, sino directamente para negociar con directivos, autoridades o funcionarios. Finalmente, casi una cuarta parte optó, ya sea por instancias administrativas y/o individuales (aún cuando se preguntara por un problema de trabajo colectivo), especialmente, reclamos a través de la vía jerárquica correspondiente; y en menor proporción, por medidas institucionales (petitorios, denuncias legales o a través de los medios de comunicación, etc.). La minoría restante da otro tipo de respuesta: ya se circunstancial (la medida “depende” de las condiciones: de la relación de fuerzas, de los objetivos, etc.) o indeterminada (respuestas poco precisas: “la protesta”, “la lucha”, “la unión”, etc.).

Cuadro VI

Medidas más adecuadas ante un problema de trabajo colectivo

Opinión espontánea respecto de huelgas	Medidas más adecuadas ante un problema de trabajo colectivo	%
Se expresa espontáneamente a favor de la huelga		33,2
Se expresa espontáneamente en contra de la huelga		11,2
No expresa opinión espontánea respecto de huelgas	Instancias colectivas y/o gremiales de resolución	16,4
	Instancias colectivas y/o gremiales de negociación con directivos	6,7
	Instancias institucionales	24,7
	Otras (indeterminadas, circunstanciales)	4,9
Ns/Nc		2,9
Total		100,0

Fuente: Encuesta de elaboración propia, 2007.

Respecto a la pregunta específica sobre las huelgas docentes, el resultado fue el siguiente:

Cuadro VII

Opinión sobre las huelgas docentes

¿Qué piensa en general de las huelgas docentes?			%
En contra	No es una forma de acción propia de los docentes	3,7	23,6
	No sirve porque finalmente los más afectados son los alumnos	16,3	
	No sirve porque enfrenta a los docentes con los padres y la opinión pública en general	3,6	
A favor	Es una forma de acción legítima según las circunstancias	38,6	76,4
	Es una forma de acción legítima pero existen otras más adecuadas	25,7	
	Es la forma de acción más adecuada que tienen los docentes para hacer valer sus intereses	12,1	
Total			100,0

Fuente: Encuesta de elaboración propia, 2007.

Nota: no se incluye un 1,7% de docentes que no contestaron o no optaron por ninguna de las opciones.





Sólo una cuarta parte rechaza la medida, sobre todo porque perjudica a los alumnos. En contrapartida, la amplia mayoría de los docentes la considera una acción legítima, aunque según las circunstancias o aclarando que existen otras más adecuadas.

De las dos mediciones resulta que las opiniones a favor de la huelga triplican las opiniones en contra.

Conclusiones

Las primeras formas de lucha y organización de los docentes aparecen en Argentina a fines del siglo XIX, en la misma época en que aparecen las primeras luchas y organizaciones obreras. Sin embargo, a los docentes les tomará más de medio siglo organizar su primer huelga general nacional, y casi un siglo para conformar una confederación nacional de carácter masivo y que la misma confluya con resto de las organizaciones del movimiento sindical.

Existe cierto consenso entre las investigaciones sobre los docentes en Argentina respecto del carácter hegemónico entre sus primeras organizaciones de la denominada tendencia "profesionalista", que intentaba organizar al grupo con el objetivo de obtener, mantener y consolidar determinadas prerrogativas de los docentes en tanto funcionarios estatales profesionales⁴⁸, favoreciendo la defensa de la autonomía de los docentes y del sistema educativo respecto de las ingerencias del poder político, pero "cuyo horizonte rara vez llegó más allá de presiones por el pago en término de los salarios y por la sanción de leyes de estabilidad y escalafón"⁴⁹. Desde mediados de la década

⁴⁸ Entre los docentes privados las primeras formas embrionarias de organización aparecen más tardíamente en la década de 1930 y adquieren la forma de sindicato en la década de 1940.

⁴⁹ Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). Op. cit. p 90.

de 1910 hasta comienzos de la década de 1940, esta tendencia llegaría a constituirse como conducción de las federaciones de la época⁵⁰. Una de las organizaciones más representativas de esta tendencia fue la ya mencionada Confederación Nacional de Maestros.

Un rasgo de esta tendencia era la reivindicación de los docentes "titulados", es decir, aquellos egresados de instituciones oficiales que otorgaban un título para el ejercicio de la docencia, frente a los docentes "prácticos" (no titulados)⁵¹. En este sentido puede ser entendida también la reivindicación de 1921 de que "la enseñanza pública debe ser dirigida por los maestros; esto es, que el gobierno escolar, debe estar en manos del magisterio, si queremos adelantar la educación común... La educación de los niños es obra del maestro y aquel que no lo sea, mientras asuma ese rol, usurpa indebidamente la función natural de la docencia... La enseñanza es una ciencia y un arte prácticos que se malogran bajo la dirección de pseudos pedagogos, diletantes, teóricos que jamás han estado en contacto inmediato con los niños... La enseñanza pública debe desvincularse absolutamente de la política, que sólo sirve para corromperla y destruirla..."⁵².

El magisterio era reivindicado como funcionariado profesional, cuyo rol era comparado al de las fuerzas armadas. En una entrevista de los dirigentes de la Confederación Nacional de Maestros con el presidente de la nación en 1924 se plantean dos "aspiraciones sentidas por el

⁵⁰ Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). Op. cit. pp 90/2).

⁵¹ I Ivanier, A. et al. (2004). ¿Qué regulan los Estatutos Docentes? Trabajadores de la educación, relaciones sociales y normativa. *Centro Cultural de la Cooperación, Departamento de Educación, Cuaderno de Trabajo N° 46*. Buenos Aires. Hacia 1915 todavía un 41% de los docentes en ejercicio no tenía título (Gandulfo, A. (1991). "La expansión del sistema escolar argentino. Informe estadístico". En Puiggrós, A. (dirección), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*. Buenos Aires: Editorial Galerna).

⁵² "Tribuna del Magisterio", publicación de la Confederación Nacional de Maestros, 26 de julio de 1921, citado en Nigro, J. C. (1984). *La lucha de los maestros*. Op. cit. pp 29/30. Las mismas reivindicaciones se hacían explícitas entre los docentes secundarios (Pinkasz, D. (1992). "Orígenes del profesorado secundario en la Argentina. Tensiones y conflictos". Op. cit).





magisterio”: “llevar profesionales de la educación a la alta dirección de la instrucción primaria y desvincular en absoluto la política del gobierno educacional”. Se reivindica importancia del magisterio comparándolo con las fuerzas armadas en tanto “los maestros constituimos la milicia civil que en la fragua de la escuela labramos la grandeza de la patria y tenemos derecho de la misma manera [que las fuerzas armadas] a la consideración de los poderes públicos”⁵³. En 1925 en la presentación de un memorial ante el Consejo Nacional de Educación se plantea entre otras la demanda de “implantación del escalafón profesional en forma orgánica, a la manera del escalafón militar, con sus dos juntas de calificaciones y tribunales de disciplina”⁵⁴.

Aproximadamente a mediados de siglo XX estas reivindicaciones derivarán en la sanción del Estatuto para el Personal Docente de los Establecimientos de Enseñanza Privada (Ley N° 13.047 de 1947) y el Estatuto del Docente (Ley N° 14.473 de 1958)⁵⁵.

Precisamente esta es la época en que comienza a hacerse abierta la disputa entre las alternativas de organización profesional u organización sindical: la primera enfatizaba los aspectos técnicos del desempeño laboral y por ende pretendía una organización similar a los colegios de las profesiones liberales, mientras que la segunda tenía una concepción del docente más cercana a la de un “profesional-

⁵³ Nigro, J. C. (1984). *La lucha de los maestros*. Op. cit. p 45.

⁵⁴ Nigro, J. C. (1984). *La lucha de los maestros*. Op. cit. p 50. La reivindicación de estabilidad y de desvinculación de la docencia de la actividad política se relaciona con las constantes cesantías de docentes ligadas a cambios en el gobierno del Estado.

⁵⁵ El primero regulaba distintos aspectos del funcionamiento de los establecimientos privados (programas, subsidios, aranceles, regímenes de ingreso y promoción, etc.), entre los que se encontraban las cuestiones referidas a la contratación del personal docente. El segundo regulaba aspectos profesionales y laborales de los docentes de establecimientos públicos dependientes del Estado Nacional (Puiggrós, A. y Bernetti, J. L. (1993). *Peronismo: Cultura política y educación (1945-1955)*. Op. cit.). El proyecto original del Estatuto del Docente de 1958 incluía un capítulo que reglamentaba la enseñanza privada, el cual fue suprimido en la ley finalmente aprobada (Nacimiento, R. (1985). “El sistema educativo argentino: breve historia desde 1930. Desarrollo de su crisis y tentativas de reformas”. Op.cit. p 156). Luego de la sanción del estatuto nacional, los docentes continuaron reclamando hasta obtener la sanción de estatutos para aquellos que dependían de establecimientos públicos provinciales (Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit. P 30).

trabajador”, y en consecuencia impulsaban organizaciones de tipo más bien sindical con su correspondiente personería gremial⁵⁶. Está última será la que se hará hegemónica desde el último cuarto del siglo XX, como muestra la creciente organización sindical y adopción de la huelga como forma de lucha, tal como hemos descrito en la presentación de este trabajo.

Las diferentes mediciones presentadas en este trabajo confirman que en la propia percepción de los docentes existen elementos de identificación con la clase obrera y con sus formas de lucha. Y que esos elementos son mayoritarios respecto de aquellos que refieren a la percepción contraria.

La progresiva organización y lucha como trabajadores asalariados de esta creciente masa de población contradice la supuesta tendencia a la gradual desaparición y abandono de la “identidad obrera”. Las mediciones realizadas respecto de la percepción de los docentes aportan más datos para rechazar dicha tesis. Esto no significa que en la percepción de los docentes no permanezcan elementos vinculados a las formas de conciencia previas. Por el contrario, considerando que la organización sindical y la lucha como trabajadores asalariados entre los docentes es reciente en términos históricos, ya que se ha desarrollado más tardíamente que entre el conjunto del movimiento obrero argentino, poco esperable sería que los elementos tradicionales no tuvieran cierta persistencia. En todo caso, el desarrollo histórico sugiere que la presencia de elementos tradicionales y nuevos tendencialmente iría en el sentido de la desaparición de los primeros y que lo “nuevo” – como se suele adjetivar en las ciencias sociales en la actualidad – de este “movimiento social” sería el elemento vinculado a la percepción como trabajadores asalariados y no lo contrario.

⁵⁶ Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Op. cit. Pp 36-40.





Bibliografía

Apple, M. (1989). *Maestros y textos. Una economía política de las relaciones de clase y de sexo en educación*. Barcelona: Temas de Educación, Piados/ M.E.C..

Apple, M. (1994). *Educación y poder*. Barcelona: Temas de Educación, Piados/ M.E.C.

Ascolani, A. (1999). ¿Apóstoles laicos, burocracia estatal o sindicalistas? Dilemas y prácticas del gremialismo docente en Argentina (1916/1943). *Anuario de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación* N° 2, pp. 87-102. Buenos Aires.

Asociación del Magisterio de Enseñanza Técnica (2006). *Historia de AMET*. En línea en <http://www.ametregional1.org.ar/>, fecha de consulta: julio de 2006.

Balduzzi, J. y Vázquez, S. (2000). *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte, Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina.

Braverman, H. (1987). *Trabajo y capital monopolista*. México D.F.: Editorial Nuestro Tiempo.

Centro de Estudios Nueva Mayoría (2006). El año 2005 con el récord de conflictos docentes desde 1980. En línea en <http://www.nuevamayoria.com/es/investigaciones/>, fecha de consulta: julio de 2006.

Colectivo Encuesta Obrera (2007). *Experiencias Subterráneas. Trabajo, organización gremial e ideas políticas de los trabajadores del subte*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Confederación de Educadores Argentinos (2009). Confederación de Educadores Argentinos. En línea en <<http://www.cearg.org.ar/home.asp>>, fecha de consulta: marzo de 2009.

Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (2003). 30 años de lucha y compromiso.: *Revista Canto Maestro, Suplemento Especial*. Buenos Aires.

Contreras Domingo, J. (1997). *La autonomía del profesorado*. Madrid: Ediciones Morata.

Cotarelo, M. C. e Iñigo Carrera, N. (2004). Algunos rasgos de la rebelión en Argentina, 1993-2001. *PIMSA Documentos y Comunicaciones*, Nro. 8, Año VIII, pp. 125-138. Buenos Aires.

Crespi, G. (1997). La huelga docente de 1919 en Mendoza. En Morgade, G. (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Cucuzza, R. (1997). "¿La Singer o la tiza? Mujeres en el Congreso Pedagógico de 1882". En Morgade, G. (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Derber, C (1982). *Professionals as workers: mental labor in advanced capitalism*. Boston: G. K. Hall and Co.

Donaire, R. y Rosati, G. (2007). *Aproximación a la evolución de la distribución de la población según grupos sociales fundamentales. Argentina, 1960-2001*. Ponencia presentada en VIII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, organizado por la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo, 8 al 10 de agosto de 2007. Buenos Aires.

Donaire, R. (2008). *Percepciones sobre clase social entre trabajadores intelectuales. Un ejercicio a partir de los docentes de la Ciudad de Buenos Aires*. Ponencia presentada en el I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, organizado por la Carrera de





Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, 10 al 12 de diciembre de 2008. La Plata.

Gandulfo, A. (1991). "La expansión del sistema escolar argentino. Informe estadístico". En Puiggrós, A. (dirección), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Gindin, J. (2006). *Sindicalismo docente e Estado. As práticas sindicais do magisterio no México, Brasil e Argentina*. Dissertação de Mestrado, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Faculdade de Educação. Rio de Janeiro.

Gramsci, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Iñigo Carrera, N. (1999). "Fisonomía de las huelgas generales de la década de 1990 (1992-1999)". *PIMSA Documentos y Comunicaciones*, Nro. 3, Año III, pp. 155-173. Buenos Aires.

Iñigo Carrera, N. (2001). "Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización". *PIMSA Documentos y Comunicaciones*, Nro. 5, Año V, pp. 109-136. Buenos Aires.

Ivanier, A. et al. (2004). ¿Qué regulan los Estatutos Docentes? Trabajadores de la educación, relaciones sociales y normativa. *Centro Cultural de la Cooperación, Departamento de Educación, Cuaderno de Trabajo N° 46*. Buenos Aires.

Jiménez Jaen, M. (1988). "Los enseñantes y la racionalización del trabajo en educación. Elementos para una crítica de la teoría de la proletarianización". *Revista de Educación*, N° 285, pp. 231-245. Madrid.

Lawn, M. y Ozga, J. (1988). "¿Trabajador de la enseñanza? Nueva valoración de los profesores". *Revista de Educación*, N° 285, pp. 231-245. Madrid.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2002). Temas de Trabajo. *Boletín Electrónico del Ministerio*, Año 1, Nro. 34. En línea en <<http://www.trabajo.gob.ar/downloads/temastrabajo/temasdetrabajo34.pdf>>, fecha de consulta: marzo de 2009.

Nacimiento, R. (1985). "El sistema educativo argentino: breve historia desde 1930. Desarrollo de su crisis y tentativas de reformas". En Hillert, F. et al., *El sistema educativo argentino. Antecedentes, formación y crisis*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

Nigro, J. C. (1984). *La lucha de los maestros*. Buenos Aires: Confederación de Maestros.

Pantanali, S., et al. (2005). "Astillero Río Santiago: Una aproximación descriptiva a la conciencia de clase de los trabajadores". *Lucha de Clases, Revista Marxista de Teoría y Política*, Segunda época, Nro. 5, pp. 69-87. Buenos Aires.

Pinkasz, D. (1992). "Orígenes del profesorado secundario en la Argentina. Tensiones y conflictos". En Braslavsky, C. y Birgin, A. (comps.), *Formación de profesores. Impacto, pasado y presente*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Puiggrós, A. y Bernetti, J. L. (1993). *Peronismo: Cultura política y educación (1945-1955)*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Sindicato Argentino de Docentes Particulares (2006). *SADOP y su historia*. En línea en <<http://www.sadop.net/historia.php>>, fecha de consulta: octubre de 2006.

Unión Docentes Argentinos (2006). *Historia*. En línea en <<http://www.sindicatouda.com.ar/2005/historia.php>>, fecha de consulta: noviembre de 2006.





Lucha de calles en la industria de la pesca Una interpretación del porqué de su regularidad (1997-2007)

Por Agustín Nieto y Guillermo Colombo *

Resumen

El puerto constituye una de los principales circuitos turísticos de la ciudad de Mar del Plata. No obstante, en los últimos años la serenidad de esta imagen postal ha sido frecuentemente tensionada por los altos niveles de conflictividad social que sufre la industria Pesquera. Tanto en el año 2000 como en el 2007, manifestaciones, piquetes y enfrentamientos irrumpieron en las calles del puerto. A partir de estos acontecimientos nos preguntamos acerca del porqué de la regularidad de la protesta callejera, intentando visibilizar a los sujetos que la llevaron a cabo, sus repertorios de acción, sus horizontes y a quiénes señalaron como enemigos.

Palabras clave

Pesca - Mar del Plata - Puerto - Trabajadores – Protesta

Street Struggle in the Fish Industry

An interpretation of the reasons for its regularity (1997-2007)

Abstract

The port constitutes one of the main tourist attractions in Mar del Plata city. However, in the last years the serenity of this postcard image has been frequently distorted by the high levels of social conflict within the fish industry. Both in 2000 and 2007, demonstrations, pickets and riots broke out in the streets. In the light of these protests, we ask ourselves about the reasons for the regularity of the street demonstration, trying to visualize its actors, their actions, their horizons, and who they pointed out as enemies.

Keywords

Fish - Mar del Plata - Port - Workers - Protest

* CONICET-UNMDP-GESMar

Introducción

El puerto constituye un ícono de la ciudad de Mar del Plata (MDP) y los pescadores junto a sus barcos amarillos conforman uno de sus principales atractivos turísticos. No obstante, en los últimos años la serenidad de esta imagen postal ha sido frecuentemente tensionada a partir de los altos niveles de conflictividad social que sufre la industria pesquera marplatense (IPM). En el año 2000 se produjeron numerosos enfrentamientos que tuvieron su punto más álgido cuando alrededor de 300 trabajadores atacaron varias plantas pesqueras. El hecho fue descrito como un “*Estallido Social en el Puerto*”¹. En el año 2007, nuevas protestas volvieron a ocupar espacio en las páginas de los matutinos locales. El diario *La Capital* (en adelante *LC*) titulaba su portada “*Horas de tensión en el Puerto de Mar del Plata*”². Ambos acontecimientos, separados entre sí por siete años, son un indicador de los niveles de conflicto que tienen lugar en esta industria.

Para comprender la recurrencia de la protesta obrera realizamos un recorte temporal de mediano plazo en el análisis de la conflictividad, el cual se justifica a partir de que durante el año 1997 se inició una profunda crisis de la industria, conformando el contexto donde se produjo la *activación* de todos los actores vinculados a la pesca alimentando enfrentamientos en múltiples sentidos, pero donde cobrarán singular importancia -por el volumen de sus intervenciones- las acciones de los trabajadores pauperizados. Hacia el año 2002, y con el cambio de régimen monetario conocido como “devaluación”, sumado a un amplio paréntesis en la crisis a partir de un renovado crecimiento en las exportaciones pesqueras y el sostén de un tipo de cambio alto, la pesca volvió a recuperar su crecimiento. En paralelo, dentro de las luchas obreras recobraron protagonismo las acciones

¹ *El Atlántico* -en adelante *EA*-, 29/06/2000.

² *LC*, 24/07/2007.





más institucionalizadas, como negociaciones y huelgas, protagonizadas por los obreros bajo relación de dependencia y vehiculizadas por el SOIP³. Al mismo tiempo, si bien las acciones de los obreros de las pseudocooperativas no dejaron de sucederse, sí perdieron su indiscutido liderazgo de los años previos, y cuando ocurrieron, encontraron un interlocutor válido en la dirigencia gremial que procuró desarrollar una política para “efectivizar” a los obreros cooperativizados, aunque por diferentes motivos tal pretensión finalmente no alcanzó los resultados esperados.

Asimismo, el surgimiento de nuevas protestas en las calles del puerto de MDP en el año 2007, nos motivó a indagar acerca de las particularidades de la conflictividad, intentando comprender quiénes son los sujetos involucrados, cuál es el contenido de sus demandas, qué tipo de repertorio de acción utilizan y a quienes señalan cómo enemigos. Además, se vuelve necesario indagar sobre algunas de las características del modelo productivo pesquero sobre el cual se desarrollan las luchas obreras. A su vez, dada la recurrencia de los conflictos, intentamos realizar un análisis comparativo que nos permita señalar cambios y continuidades en la dinámica de la protesta obrera. En virtud de que se trata de un acercamiento inicial al tipo de trabajo propuesto, dedicamos la mayor parte de espacio a la descripción de la conflictividad obrera en el año 2000, para después señalar algunos aspectos de la protesta en el 2007 lo que nos permitirá realizar conclusiones a partir de la comparación. La pregunta que guía este trabajo es ¿cuáles son los elementos que permiten explicar tanto los altos niveles de conflictividad como la recurrencia de la lucha en las calles?

³ *Sindicato Obrero de la Industria del Pescado. Este sindicato nuclea a los obreros de las ramas filete, conserva y harina.*

Abordamos este análisis utilizando como fuente primordial dos periódicos locales, a los que sumamos la información proveniente de revistas especializadas, boletines y bibliografía especializada. Pretendemos introducir esta investigación sobre el análisis de un caso de protesta obrera dentro de un territorio, unos sujetos y una rama de actividad particulares, en el marco del conjunto de discusiones más generales sobre la conflictividad social en la Argentina reciente. Sobre este tema han primado los textos de carácter ensayístico y las teorías que se ocupaban de interpretar la beligerancia popular en términos de los nuevos movimientos sociales o de las perspectivas sobre la acción colectiva. Más allá de los aportes realizados por estas miradas, la “explosión” de estudios con esas características colaboró con la invisibilización de las acciones de la clase trabajadora, a partir de que le adjudicaba una nula participación en el escenario de la protesta social. Sin embargo, la revitalización del movimiento obrero a partir de la devaluación reavivó el interés por los trabajadores, sus formas de organización y sus luchas, mientras que los nuevos movimientos sociales fueron perdiendo su otrora supremacía en la agenda de los científicos sociales preocupados por el conflicto social. Por ello, la imagen de una “desaparición” de los trabajadores en las luchas sociales en el año 2001 y una posterior “reaparición” después del 2003, deja, por lo menos, algunos vacíos que necesitarán ser completados. Con todo, procuramos a partir de estas líneas aportar conocimiento sobre un fenómeno local de protesta obrera, con el objetivo de estimular más y mejores exploraciones sobre otros casos de lucha obrera que nos permitan continuar reflexionando sobre el lugar (mejor los lugares, en plural) de los trabajadores en el escenario de la conflictividad social de la Argentina reciente.





La pesca en los 90

La industria pesquera es una actividad fundamentalmente extractiva y poco desarrollada en su proceso de trabajo. Su desarrollo y expansión a partir de mediados de la década del setenta se vincula casi con exclusividad al mercado externo y reproduce la relación que ubica a nuestro país como exportador de materias primas. Durante la década del noventa se produjeron importantes transformaciones en su estructura, a partir de un giro en la política pesquera dominado por la apertura externa y la paridad dólar-peso. Por un lado, se asistió a la transformación en la flota pesquera. La preponderancia del sistema productivo de pesca con fresqueros y procesamiento en tierra fue perdiendo en términos relativos y absolutos su importancia en relación a la actividad extractiva realizada por los buques congeladores y factoría, que contaban con procesado a bordo y mayor capacidad de bodega.⁴ Este proceso fue acompañado por la extranjerización de la flota, particularmente a través de los convenios de charteo⁵ y el acuerdo con la Comunidad Económica Europea.⁶ Una de sus consecuencias surge al cotejar la participación de la flota en las capturas. Así, mientras los desembarques provenientes de la flota fresquera se muestran más o menos constantes, los realizados por los buques factorías y congeladores crecen, pasando a liderarlos con más de 600.000Tn. Por otro lado, desde un punto de vista regional, los incentivos a la radicación de puertos pesqueros en el sur del país iniciados durante la última dictadura militar a través de subsidios y

⁴ Los primeros son barcos que refrigeran su captura con hielo sin utilizar sistemas de congelado y que pueden tener mareas de hasta quince días, tras lo cual deben llevar la materia prima a plantas de procesado en tierra. Los segundos poseen sistemas de congelamiento, lo que les permite procesar la materia prima a bordo.

⁵ Charteo significa alquiler de permisos de pesca a buques de terceros países para la extracción de especies "excedentarias".

⁶ En mayo de 1994 entró en vigor el "Acuerdo Sobre las Relaciones en Materia Pesquera" entre la CEE y Argentina. El acuerdo propiciaba la incorporación de buques pesqueros a la flota argentina a cambio de la posibilidad de pescar en el caladero nacional. Este mecanismo venía siendo utilizado para trasladar la crisis de los caladeros europeos a los países del sur.

reintegros tuvieron éxito, mostrando un crecimiento de las provincias patagónicas que continuó en la década del noventa y fue acompañada por la incorporación de buques congeladores y factorías en aquellos espacios geográficos. De este modo, el cambio en materia de sistema productivo también implicó una modificación regional, resultando de ello una pérdida de importancia relativa muy fuerte por parte del puerto marplatense que quedó conformado preponderantemente por la flota fresca y el procesado en tierra⁷. Aunque la situación no descarta la existencia de grupos económicos⁸ que participan de ambos sistemas productivos y tienen una doble localización (MDP y Patagonia).

Y ello constituyó otra de las grandes mutaciones en la estructura empresarial de la pesca. Estos grupos económicos, cuentan con empresas pesqueras con radicación en MDP y la Patagonia, buques fresqueros y congeladores, procesamiento de materia prima en el mar y en tierra, grandes stocks de mercaderías en cámaras frigoríficas, trabajadores bajo relación de dependencia y “en negro”, disponen de superficies cubiertas integradas por talleres de herrería, mecánica, electricidad, proveedora naval y deposito de redes y artes de pesca. Su flota se encuentra diversificada, lo cual les permite reorientar rápidamente los objetivos de pesca a la especie demandada. Otro dato importante es que todos estos grupos implementan la política del trabajo en “negro” a través de la implantación de pseudocooperativas. Por eso, es necesario que cuando en las distintas manifestaciones públicas de los actores se hable de “fresqueros vs. congeladores” traduzcamos “fresquero” como “pequeña” burguesía pesquera no monopolica y “congeladores” como gran burguesía pesquera monopolica.

⁷ Alrededor del 80% de la flota fresca tiene asiento en MDP.

⁸ Los integrantes de estos grupos conformaron hacia finales del año 1997 el Consejo de Empresas Pesqueras Argentinas (CEPA).





Otra de las principales transformaciones en la actividad afectó los intereses de los trabajadores de la IPM, quienes se encuentran bajo la órbita gremial del SOIP, sujeto primordial de nuestro análisis, que sufrieron la tendencia al desalojo de los territorios sociales que ocupaban. Estos obreros fueron “desalojados” al ser destruidas las relaciones sociales (políticas y económicas) que los anudaban y constituían como determinadas fracciones y capas. Para 1975 existían aproximadamente 15.000 trabajadores sindicalizados, según datos del SOIP. En 1990 encontramos 172 firmas pesqueras que oscilaban en la contratación de 7.000 y 9.000 trabajadores, durante el período de mayor producción para el ciclo pesquero (septiembre-diciembre). Mientras que *“Hacia 1994 sólo estaban registrados 86 establecimientos y alrededor de 3.000 en relación de dependencia en dichas unidades”*⁹. Del restante número de trabajadores, entre 2.500 y 3.000 comenzaron a desempeñarse como trabajadores cooperativizados. El origen de las “cooperativas” data de los comienzos de la década del noventa cuando, después de las quiebras de las empresas,¹⁰ un importante número de trabajadores quedó en situación de desocupación como consecuencia del cierre de las fábricas. Esta situación posibilitó que, ante la reconfiguración de la política pesquera y el renovado crecimiento de la actividad, esos trabajadores fueran re-insertos en el circuito productivo pero bajo una nueva forma en el vínculo laboral. Así, alrededor del cincuenta por ciento de la mano de obra para el procesado del filete de merluza pasó a trabajar como monotributistas en cooperativas de dudosa legalidad, las que en numerosas ocasiones fueron denunciadas por los propios obreros como cooperativas “truchas”¹¹.

⁹ Allen, A. (1999) “Sustentabilidad productiva: ajuste político-económico estructural y efectos ambientales. El caso de la industria pesquera marplatense”, en A.A.V.V., *Territorio, sociedad y desarrollo sustentable*, Buenos Aires: Espacio Editorial, p. 164.

¹⁰ *En los comienzos de la década del noventa, y con el cambio de política pesquera, catorce empresas presentaron “quiebra”.*

¹¹ *Con su implementación los empresarios lograron imponer una forma de la flexibilidad laboral, ajustando la contratación de personal en la medida en que*

Por otro lado, cuando nos trasladamos del plano estructural al de las relaciones políticas de los trabajadores, vemos que éstas fueron afectadas de manera más contundente. En un relevamiento de las elecciones en el SOIP podemos ver una pronunciada disminución en la participación obrera. El desplazamiento de ciertas relaciones políticas se hace evidente a través de la disminución en el número de sufragantes en los procesos electorarios, pasando de 4.200 en 1984 a 1.157 en el 2002, pero también son un indicador indirecto del resultado de la política de los grupos económicos pesqueros. Al día de hoy, los datos indican el desplazamiento de entre 4.000 y 6.000 personas de los lugares que ocupaban y una gran destrucción de las relaciones políticas previas, ya que el número de obreros del pescado que se encuentran por fuera de la organización gremial no poseen derecho a la jubilación, cobertura social, seguro de vida y mantienen grandes deudas en la DGI. Por ello, quedaron establecidos dos sectores diferenciados al interior del gremio: aquellos que realizan su actividad en el marco de convenios colectivos (los “estables”) y quienes trabajan bajo el sistema cooperativo (los “precarios” e “inestables”). Esta situación constituyó un obstáculo para la unidad del gremio y repercutió en la capacidad de organización y movilización de los obreros, reforzando las relaciones de competencia.

De la crisis a la Protesta

La conflictividad social se mantuvo en cierta medida estable mientras la IPM crecía tanto en volúmenes de captura como en sus exportaciones. Al contrario, ante la aparición de una importante crisis de sobrepesca que puso al borde del colapso al principal recurso pesquero del mar argentino, la merluza hubbsi, los conflictos al interior de la pesca estallaron. La crisis

ingresaba pescado a las fábricas. Al mismo tiempo, les permitió eludir las cargas sociales implícitas en un trabajo en “blanco”.





mostró la debilidad un modelo productivo basado en la pesca indiscriminada, dado que no se respetaron los criterios de sustentabilidad biológica en la reproducción de los recursos, en el marco de un Estado que impulsó por acción y omisión, la sobrepesca. Hasta el año 1997 los niveles de captura de pescado se incrementaron en volúmenes inéditos, para después caer vertiginosamente hasta la posterior recuperación en los años 2001 y 2002, pero ya sobre cantidades mucho menores. Durante estos años, desde la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (SAGPyA) se sancionaron vedas con el objetivo de permitir la recuperación de los niveles de reproducción de la merluza.¹² Las vedas se aplicaron sobre una estructura pesquera sostenida sobre la base de grandes volúmenes de capturas y una sobrecapitalización respecto de las posibilidades de recursos que brinda el mar argentino, por lo cual cada medida que implicó una restricción general de la pesca, provocó las reacciones de los distintos actores del escenario pesquero alimentando enfrentamientos en múltiples sentidos, pero que estuvieron determinados por la disputa sobre quién podía continuar pescando los recursos que aún quedaban disponibles.

Uno de los rasgos principales de la dinámica conflictual entre los años 1997 y 2001 fue la división dentro de la burguesía pesquera en torno al acceso a un recurso que se volvía escaso.¹³ La burguesía “fresquera” marplatense confluyó en una “alianza”¹⁴ con sectores de los

¹² Las vedas constituyen la prohibición temporal de pesca de determinadas especies, por zonas o en todo el caladero nacional.

¹³ El conflicto suscitado por la escasez de merluza tuvo expresión el nivel jurídico-político en torno de la futura Ley Nacional de Pesca. Por un lado se posicionaron los grupos económicos vinculados al sistema fresquero con fuerte presencia en MDP y quienes asumieron el liderazgo de la Cámara de Armadores de Buques Pesqueros de Altura (CAABPA). Por otro, los grupos económicos ligados al sistema congelador, radicados principalmente en el sur del país y representados por la Cámara de Armadores de Pesqueros Congeladores de la Argentina. Este esquema se complejiza al incorporar al CEPA.

¹⁴ Entendemos por “alianza” la confluencia de intereses entre parcialidades de clase en un momento determinado y que se expresa en el antagonismo frente a un tercero. Dicha sociedad se manifiesta a través de las acciones concretas desarrolladas por los sujetos involucrados quienes constituyen “alianzas” en y para la acción.

trabajadores en contra de la burguesía “congeladora”. Esta alianza no estuvo exenta de tensiones y conflictos constantes, sin embargo los unía el enfrentamiento a un mal mayor, constituido por el proyecto congelador que disputaba la existencia de la IPM. Por ello, la alianza entre trabajadores y empresarios fresqueros se consolidó en algunas acciones y fue constituyendo fuerza social en virtud del enfrentamiento con los congeladores y bajo la legitimidad que emanaba de considerar al sistema fresquero como el que más empleo generaba y el preponderante en la ciudad de MDP.¹⁵ La expresión institucional de esa fuerza social fue la conformación de la *Multisectorial en Defensa de la Pesca Argentina*, la que obtuvo una victoria a partir de su movilización: los fresqueros siguieron pescando y de esta forma conservaron el trabajo los fileteros de las plantas de procesado, tanto los de las cooperativas como los de las propias empresas.¹⁶ Sin embargo, la alianza estaba signada por el conflicto entre el capital y el trabajo. Por eso, al regreso de cada movilización a Buenos Aires los trabajadores protagonizaron hechos de protesta con reivindicaciones netamente obreras, entre las que se destacaban el aumento salarial y el “blanqueo” para todos los obreros de la rama.

Dentro de este contexto, fueron adquiriendo protagonismo las protestas desarrolladas por los trabajadores de las cooperativas, que a medida que avanzaba la crisis de la pesca veían disminuir las horas trabajadas y en muchos casos directamente quedaban en situación de desocupación. Los diarios de aquella época daban cuenta de esta situación “*Trabajadores de la pesquera Pescafic Ute protestaron en la esquina de Bermejo y Ortiz de Zárate ante el retraso en el pago de las*

¹⁵ Del proyecto fresquero que se presentó como el proyecto de toda MDP, quedaron fuera las empresas integrantes del CEPA.

¹⁶ La concreción de esa victoria parcial fue la sanción de la Ley de Emergencia Pesquera (LEP) a fines de 1999, la cual permitió continuar pescando a los buques fresqueros, al tiempo que expulsó a los buques congeladores debajo del paralelo 48, donde disminuyen notablemente los stocks de merluza. Sin embargo, los congeladores lograron, con algunas restricciones, que sus buques pudieran seguir pescando.





*deudas salariales*¹⁷, “*Saladero despidió a 17 mujeres*”¹⁸, “*Obreras despedidas tomaron una fábrica*”¹⁹. Vale aclarar que los obreros de las cooperativas fueron (y son) los más perjudicados en las coyunturas de escasez de pescado debido a que, al contrario de aquellos obreros que están bajo relación de dependencia, los empleados/socios de las cooperativas no cuentan con una garantía horaria²⁰. Con lo cual, al no haber pescado no trabajan y no recibían salario. A su vez, por trabajar “en negro” no pueden integrar el Sindicato, ya que el estatuto del SOIP, habilita solamente a los trabajadores en relación de dependencia a participar de la vida gremial con sus derechos y obligaciones. Por ello, desde 1997 sus acciones por fuera de la dirigencia gremial se multiplicaron y haciendo uso de repertorios disruptivos de protesta, protagonizaron cortes de calles, movilizaciones, manifestaciones, ollas populares, tomas de edificios públicos y privados.²¹

El “estallido social”

El momento más duró de la crisis tuvo lugar en el año 2000. Ya en febrero la SAGPyA sancionó una nueva veda debido a que en poco menos de un mes y medio se superaron las 24 mil toneladas de merluza que el organismo había fijado como volumen máximo de pesca para tres meses. De inmediato, empresarios fresqueros, funcionarios municipales y los trabajadores organizados se mostraron disconformes

¹⁷ EA, 22/01/1997.

¹⁸ EA, 23/01/1997.

¹⁹ LC, 24/01/1997.

²⁰ La garantía horaria es el pago de un canon diario de kilaje de pescado a cargo de los empresarios pesqueros, y que se otorga a los trabajadores cuando en las plantas pesqueras no ingresa materia prima para procesar, con lo cual los obreros tienen garantizado un salario mínimo aunque falte pescado. De este y otros beneficios carecen los trabajadores de las cooperativas.

²¹ Véase Colombo, G. (2008) “Hasta que el recurso nos falló... Crisis de la merluza y protesta obrera. La dinámica de los enfrentamientos en el puerto marplatense (1997-2002)”, *Tesina de Licenciatura en Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Septiembre.

con la medida. Domingo Novero, entonces secretario general del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU), expresó que sí la parada biológica se llevaba a cabo, muchas empresas quebrarían, advirtiendo que *“la desocupación crecerá hasta índices insospechados...”*²². A partir de gestiones con el gobierno nacional, la Multisectorial consiguió que la veda prevista para treinta días de duración, se levantase cumplidos los primeros doce. Sin embargo, al mes siguiente el Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo Pesquero hizo público un informe en el que sostenía la necesidad de prohibir la pesca de merluza todo el año. La Multisectorial respondió en la voz de Novero *“Es un desastre todo esto (...) lo poco que haya de todas las especies, que lo pesquen los fresqueros argentinos. De una vez por todas se debe tomar la decisión política de decir no más a los congeladores”*²³. Ante el anuncio de una nueva veda, el 10 de mayo los integrantes de la Multisectorial se movilizaron a Buenos Aires agrupando más de 6 mil personas.²⁴ Allí conquistaron el compromiso de ratificar la LEP.

No obstante, el retorno a MDP mostró que la alianza establecida en función de enfrentar el cierre del caladero se rompía cuando los trabajadores intentaban imponer sus reivindicaciones. Por ello, todos los gremios pesqueros, con la excepción del SOIP, decidieron continuar con el paro que habían decretado antes de movilizarse a Capital Federal. Argumentaban que los empresarios el pasado año y tras la aprobación de la LEP *“se habían comprometido a sentarse a dialogar y nunca lo hicieron”*. A través de un documento, señalaban la coincidencia con los empresarios en los aspectos referidos a la expulsión de los congeladores y la continuidad de la pesca, pero incluían otros puntos como la relación de dependencia de todo el

²² LC, 11/02/2000.

²³ LC, 06/04/2000.

²⁴ LC, 11/05/2000.





personal y el aumento salarial.²⁵ Desde la delegación local de la CGT, los gremios acusaron a los empresarios de haber *“usado a los trabajadores”* para asegurarse la captura de merluza y luego *“haberlos dejado tirados en la calle”*. Y ratificaron su decisión de *“mantenernos unidos en el reclamo y no parar la medida de fuerza hasta tanto no estén satisfechos todos nuestros reclamos”*²⁶. El 29 de mayo un grupo de trabajadores se movilizó hasta la sede de la CAABPA y la atacó, provocando distintos daños al edificio. Poco tiempo más tarde, los empresarios no asistieron a una reunión conciliatoria convocada por el Ministerio de Trabajo de la Nación, tras lo cual Novero declaró *“Esperaremos hasta el viernes a las 11, cuando reanude la audiencia. Veremos cómo podremos contener a la gente que, lamentablemente como nosotros, se siente usada”*²⁷.

Finalmente, la situación “estalló” en el puerto de MDP. El 28 de junio del año 2000 más de 300 obreros, principalmente fileteros pero también marineros, luego de una asamblea donde no se hicieron presentes los dirigentes “oficiales” de los sindicatos, decidieron marchar hacia las fábricas de procesamiento de pescado de los empresarios del CEPA. Al pasar por la puerta comenzaron a atacarlas. Estas acciones se reiteraron en cinco plantas. Se quemaron autos, se rompieron camiones, instalaciones de las plantas, mobiliario, vidrios, computadoras, entre otras cosas. En la planta que el empresario Solimeno tiene en la intersección de las calles Juan B. Justo y Alejandro Korn, una formación de Infantería Bonaerense bloqueó el paso de los manifestantes. Los acontecimientos, que habían comenzado aproximadamente a las 11.30hs, se prolongaron durante dos horas. Finalmente, los trabajadores se dispersaron pero con la

²⁵ LC, 13/05/2000.

²⁶ LC, 27/05/2000.

²⁷ LC, 28/06/2000.

decisión de realizar otra asamblea el día posterior para evaluar las medidas a seguir.

A pesar de que el enfrentamiento también incluía a los empresarios que integraban la Multisectorial, las fábricas atacadas fueron las pertenecientes al CEPA. A través de las imágenes de televisión se puede ver que el detonante en la decisión de atacar esas fábricas fue la circulación de un documento que los trabajadores mostraron a las cámaras en el que, con la firma de los empresarios Moscuzza, Solimeno y Valastro, se llamó al resto de los integrantes de la CAABPA a no ceder ante los reclamos obreros.²⁸ Este hecho generó dudas entre los dueños de las empresas afectadas sobre la presencia de una “mano oculta” que dirigió las acciones al objetivo final.²⁹ Merece la pena destacar que durante el trayecto, trabajadores de las cooperativas realizaron algunas declaraciones frente a una de las plantas pesqueras, después de que ésta fuera atacada. Mientras discutía con los obreros que se encontraban al interior de la fábrica y que estaban trabajando con “normalidad”, un manifestante gritó “traidores”. Se escucha de parte de otro manifestante “*Vos estas laburando y nosotros nos estamos cagando de hambre*” e “*Hijos de Puta, verceros, carneros, cornudos*”. Este hecho manifiesta la existencia de una divisoria entre trabajadores que realizan el mismo tipo de labor, pero con distinta forma en la relación laboral. Así, los obreros bajo relación de dependencia continuaban trabajando, al tiempo que los obreros de las cooperativas se encontraban en situación de paro, sin tener ningún tipo de contención

²⁸ Vale resaltar aquí que si bien los integrantes del CEPA se habían alejado de la comisión directiva de la CAABPA no se habían retirado completamente de la Cámara y su opinión en función de la cuantía de sus empresas no era menor.

²⁹ Para distintos análisis sobre los sucesos del 28 de junio de 2000 véase Nieto, A. (2005), “Lucha de calles en el Puerto de Mar del Plata. 28 y 29 de Junio de 2000”, Rosario: ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. También Colombo, G. (2009) “Cuando los trabajadores se vuelven ‘vándalos’. Descripción y análisis de un ‘estallido social’ en el Puerto de Mar del Plata. Año 2000”, en *actas del I Congreso Nacional de Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*: versión electrónica, marzo.





social. Ante ello, la solidaridad entre ambos sectores quedaba relegada por el enfrentamiento.

La toma del gremio

En los inicios de los años '90s no se planteó el problema de ¿qué hacer con los cooperativizados? Esa contrariedad apareció en toda su magnitud hacia finales de la década, cuando a partir de 1997 el agotamiento de la merluza obligó a disminuir el ritmo de la actividad, provocando una merma general en la “demanda de mano de obra”. A partir de allí, se inició la protesta en las calles de los trabajadores desocupados y subocupados, en la que tuvieron un alto protagonismo diferentes organizaciones de izquierda ante la inacción de la conducción sindical “oficial” que no se preocupó por el destino de los obreros que quedaban fuera de la relación de dependencia. En parte por ello, en esas protestas además del enemigo “patronal” y los reclamos al Estado, también delinearon un antagonista al interior de la propia clase identificado con “la burocracia sindical”.³⁰ Ya en 1997 quienes realizaban un piquete denunciaban que *“el SOIP no existe, son del mismo palo que el gobierno de Menem y negocian con él, con los grandes empresarios, siempre a espaldas de los trabajadores. Vendieron los convenios colectivos...”*³¹.

Por aquellos años, y hasta el 2002, la conducción sindical estuvo en manos de la lista Azul y Blanca encabezada por Abdul Saravia (militante

³⁰ A partir de los resultados de nuestra investigación comenzamos a revisar el uso de la noción (noción porque es difícil elevarla al grado de categoría) de burocracia sindical debido a que en lugar de echar luz sobre aspectos de las contiendas político-gremiales, termina produciendo obstáculos epistemológicos para la comprensión de la lucha sindical. Si bien en otros momentos de esta ponencia discutiremos algunos aspectos que se vinculan con nuestro modo de entender estas disputas, por economía de espacio no podemos explayarnos más sobre la temática en este trabajo. Véase Colombo, G. (2009) “De clasistas, traidores y burócratas. Algunos aspectos de la contienda político gremial en el Sindicato de Obreros de la Industria del Pescado (1997-2007)”, manuscrito no publicado, Mar del Plata.

³¹ EA, 10/07/1997.

del peronismo y amigo del ex presidente Carlos Menem) desde finales de la década del sesenta hasta su muerte en 1997. Lo continuó Carlos Darguibel en calidad de secretario general. Hacia finales de la década, coincidiendo con la crisis de la IPM, las discusiones y los enfrentamientos entre la conducción del SOIP y quienes a partir de su presencia en las protestas callejeras se iban constituyendo como representantes de los obreros cooperativizados comenzaron a hacerse recurrentes. En enero de 1998 todos los gremios marítimos declararon un paro, con la única oposición del SOIP. Ante esto, los representantes de la Lista Celeste³², en un volante que realizaba un balance de la huelga portuaria, señalaban: *“Todos los gremios que participaron consiguieron algo, menos el SOIP, porque estos pseudo-dirigentes se abrieron de la lucha cuando se declaró el paro. Una vez más estos traidores han demostrado **que son agentes de las cámaras patronales**, por eso se abrieron del frente de lucha, pero no quedar mal con sus amos los patronos. Y por temor a que les corten la cometa”*³³.

Las elecciones del gremio que correspondían al año 1998 fueron suspendidas, a partir de que las listas opositoras presentaron recursos de amparo denunciando irregularidades en la Junta Electoral, quedando la vieja dirección como custodios de los bienes sindicales y, de hecho, funcionando como la conducción del gremio. En este sentido, el enfrentamiento entre las agrupaciones político-sindicales en el SOIP adquirió un nuevo escenario a partir de que la conducción no estaba legitimada en una victoria electoral. Así, dos años más tarde, el 29 de junio de 2000 un grupo de alrededor de 300 obreros de las cooperativas se movilizaron hacia la sede del SOIP para exigirle que adhiera al paro

³² La lista Celeste existe desde el año 1983 y fue encabezada en sus primeros momentos por dirigentes del Partido Comunista, como Mamerto Verón y Elda Taborda. Ya en los años noventa Verón pasó a militar en el Partido Obrero y la Lista Celeste se constituyó en una lista multipartidaria, pero encabezada por este Partido. Desde sus inicios, esta lista constituyó la principal oposición de izquierda al oficialismo.

³³ Boletín de la Lista Celeste, 02/1998.





que mantenían los marineros. Una vez que estuvieron en la puerta, ingresaron a la sede gremial y expulsaron a los dirigentes que había dentro del lugar a empujones. Desde el interior de la sede gremial, los dirigentes de la organización que asumió el liderazgo del hecho, la Unidad Obrera del Pescado (UOP)³⁴ anunciaron la promoción de un *“programa reivindicativo, que la dirección expulsada del SOIP se negó siempre a convalidar”*. Entre los objetivos planteados aparecían *“...la efectivización de todos los trabajadores cooperativizados, la actualización salarial y de garantía horaria”*³⁵.

En lo que respecta a la conducción desalojada, Carlos Darguibel mediante una conferencia de prensa denunció la presencia de activistas en la toma de la sede gremial. Manifestó que las personas que tomaron el edificio no son mayoría en el sindicato y que muchas “ni siquiera” son trabajadores en tierra de la IPM. Mencionó también la participación de “un grupito” interno del SOIP entre cuyos dirigentes señaló a *“Comparada, Dematteis, los hermanos Verón, el Polaco Muñoz y otros muchachos”*. Dijo que *“ninguno de ellos puede reclamar que el sindicato llame a elecciones ni mucho menos postularse, porque el estatuto dice que para poder ser candidato hay que estar trabajando efectivo y tener antigüedad de dos años, y ninguno de ellos la tiene”*³⁶. Con todo, vemos como los argumentos de la dirección expulsada procuraban justificar su lugar dentro del gremio a partir de que ellos eran representantes de los obreros bajo relación de dependencia. Los activistas venían “de afuera”. Pertenecían al sector de los obreros de las cooperativas que no podían participar de la vida del gremio. Por su lado, los ocupantes intentaron consolidar una Comisión Provisoria hasta que se llamase a nuevas elecciones, pero

³⁴ La UOP fue el agrupamiento constituido a mediados de la década del noventa por dirigentes del Partido Obrero para organizar a los trabajadores de las cooperativas y obreros desocupados de la industria del pescado.

³⁵ LC, 02/07/2000.

³⁶ LC, 30/06/2000.

desde el Poder Judicial volvió a otorgársele la custodia de los bienes sindicales a la antigua dirección.

Ya en las elecciones del año 2002, el dato novedoso lo constituyó la victoria de la Lista Celeste. La victoria sorprendió incluso a los propios ganadores, porque según ellos mismos reconocían su mayor trabajo político estaba entre los cooperativizados, quienes no votan en las elecciones gremiales. Junto con un aval hacia la retórica y las acciones de la Lista por parte de un sector de los trabajadores, una de las claves de dicha victoria la constituyó la división del oficialismo que se presentó en las elecciones separado en tres listas.³⁷ El triunfo de la nueva conducción señalaba un hecho particular dentro del escenario sindical marplatense al llevar a la dirección de uno de los gremios industriales más importantes de la ciudad a una lista marcada fuertemente por un discurso clasista y donde sus dirigentes fueron constituyéndose en referentes al haber encabezado las protestas callejeras que se sucedieron entre 1997 y el año 2001, siendo ellos mismos trabajadores de las cooperativas.

Después del primer período conflictivo, en el año 2002 la devaluación y una cierta recuperación de los recursos pesqueros matizaron los efectos de la crisis pesquera, iniciando un renovado periodo de crecimiento económico, aunque continuaron sin resolverse las cuestiones de fondo. Desde la perspectiva de los trabajadores, la devaluación del peso significó también una “devaluación” del precio al que se vende la fuerza de trabajo. Por ello, esta reducción indirecta de salarios que afectó al conjunto de los obreros motivó el surgimiento de acciones por parte de los sindicatos en pos de reactualizar los niveles de ingresos. En este contexto, dentro de la IPM creció el número de las acciones (entre negociaciones y protestas) realizadas por los obreros que están bajo relación de dependencia representados por el SOIP, mientras que mermó, en términos relativos, la

³⁷ Yurkievich, G. (2009) *“Trayectoria y discurso de ‘La Celeste’. Del protagonismo en el conflicto a la dirigencia del SOIP (Sindicato de Obreros de la Industria Pesquera) (1997-2002)”*, manuscrito no publicado, Mar del Plata.





presencia de los obreros de las cooperativas.³⁸ Las cuales sin embargo no dejaron de sucederse, ahora con una dirección gremial que buscó alcanzar su efectivización, pero en esa búsqueda sufrió una honda división a partir de diferentes posturas en torno a las condiciones del “blanqueo”.

Las protestas en el año 2007

Entre los años 2001 y 2006 la actividad pesquera volvió a mostrar signos de crecimiento, a partir del impulso favorable que implicó la devaluación para todos aquellos sectores exportadores. Incluso hacia finales del año 2006 un matutino titulaba una nota *“Con exportaciones que superan los mil millones, la pesca cierra una año récord”*³⁹. No obstante, los buenos augurios finalizaron en el 2007. Domingo Novero, entonces diputado bonaerense y secretario general del Sindicato Marítimo de Pescadores⁴⁰, expresó *“Estamos en un momento muy delicado, no quiero asustar a nadie, pero estamos al borde de un nuevo colapso de la merluza”*⁴¹. La tendencia inicial se profundizó y a mediados de abril el asesor gremial del SOIP, Mamerto Verón, advirtió que la escasez de materia prima generó desabastecimientos en varias plantas y remarcó que ello afectaba a quienes *“no tienen ni para comer, porque trabajan en cooperativas truchas para el pan del día”*⁴².

De este modo, la escasez de merluza fue el contexto donde se desarrolló una creciente protesta obrera. Según LC, que menciona la situación de precariedad laboral de 1.000 trabajadores de las cooperativas “Los

³⁸ Colombo, G. y A. Nieto (2008) “Aproximación a las formas de la lucha obrera en la industria de la pesca, Mar del Plata 1997 – 2007”, en *Revista Electrónica Labour Again*, en línea: www.iisg.nl/labouragain/labourargentina.php.

³⁹ LC, 27/12/2007.

⁴⁰ El SIMAPE surgió como sindicato de carácter local a partir de la expulsión de Domingo Novero de la delegación marplatense del SOMU.

⁴¹ LC, 03/03/2007.

⁴² LC, 26/04/2007.

obreros salieron ayer a reclamar a las calles: cortaron el tránsito de la avenida Martínez de Hoz a la altura de 12 de Octubre y permanecieron concentrados allí desde la mañana y durante todo el día". Respecto a quiénes eran los sujetos de la protesta, el diario a partir de las declaraciones de Raúl Calamante, líder de la delegación local de la CTA, aclara: "...estos obreros están encuadrados dentro de 'cooperativas truchas', aunque trabajan en el interior de las plantas, por lo que 'los empresarios no pueden negar que están en relación de dependencia' (...) 'Estas cooperativas ejercen fraude laboral, están ligadas a la evasión fiscal y a la depredación del recurso pesquero'"⁴³. A mediados de julio un piquete bloqueó el puerto de MDP impidiendo la entrada de camiones. "El planteo de los delegados de los 700 trabajadores pertenecientes a ocho cooperativas fue el mismo que sostienen desde que comenzaron con las medidas de fuerza durante la semana: reclaman la inmediata relación de dependencia y un sueldo mínimo garantido de 980 pesos. El conflicto principal lo protagonizan obreros de ocho cooperativas que argumentan haber prestado servicios para la empresa Giorno y que ahora piden ser contratados por ésta"⁴⁴.

Así, entre junio y diciembre de 2007 se sucedieron las acciones de protesta de un sector de los trabajadores de la IPM. En cuanto a los sujetos, volvían a aparecer en escena los "cooperativizados". En lo que respecta a los repertorios, los manifestantes desarrollaron acciones des-institucionalizadas protagonizando piquetes que obstruyeron el ingreso al Puerto de la ciudad, toma de edificios públicos (Ministerio de Trabajo de la Nación, Concejo Deliberante Municipal), sumados a numerosas manifestaciones y movilizaciones por las calles del puerto. El escenario en que se desarrollaron estos hechos mostraba algunas continuidades en el modelo productivo sobre el que se sustentaba la pesca, así como en las condiciones de existencia de los trabajadores. Sobre este último punto, un

⁴³ LC, 21/07/2007.

⁴⁴ LC, 22/07/2007.





hecho que incluye a la pesca y que repercute en toda la estructura ocupacional de MDP, es la persistencia de altos niveles de desempleo y sub empleo. Según el INDEC en el mes de diciembre de 2007 MDP con un 10,9 por ciento de desocupación, era la tercera ciudad con mayor índice de desempleo del país.⁴⁵ Estos niveles de desocupación dan cuenta de la dificultad para los trabajadores de las cooperativas, en los momentos en que no haya pescado, de realizar otro tipo de labor. A su vez, las transformaciones de la estructura pesquera y la escasez de merluza, hace que la situación de este sector de trabajadores sea muy “precaria”, en la medida en que cuando “no sean necesarios” podrán ser desplazados del circuito productivo sin que ello pueda ser impedido en términos legales.

Después del primer piquete que duró 17 días y que bloqueó las vías de acceso por tierra al puerto de MDP, y que provocó en los diez primeros días pérdidas por 8 millones de dólares,⁴⁶ la medida se levantó ante la firma de un acta que conformaba una comisión y con plazo máximo de 100 días trataría la efectividad de los empleados de las cooperativas.⁴⁷ Sin embargo, con la reticencia de los empresarios y los conflictos entre los propios trabajadores respecto a bajo qué condiciones se produciría el “blanqueo”, cumplido el plazo propuesto las negociaciones se estancaron, volviendo al centro de la escena la protesta obrera. En el marco del desarrollo de las nuevas protestas, el 11 de septiembre mientras se realizaba una movilización con el objetivo de plantear la disconformidad con el camino que estaban llevando las negociaciones para “blanquear” a los trabajadores y la actuación de la dirección del SOIP en ellas, un grupo de obreros tomó la sede gremial del sindicato.⁴⁸ De la conducción gremial

⁴⁵ LC, 13/12/2007.

⁴⁶ LC, 29/07/2007.

⁴⁷ Revista De Acá, Mar del Plata, 08/2007.

⁴⁸ *La división fundamental entre la conducción gremial y los trabajadores de las cooperativas que se manifestaban, asesorados por colaboradores de la CTA y con una gran presencia del activismo de izquierda, residió en las condiciones a partir de las cuales se estipulaba el “blanqueo” de los trabajadores. La conducción del SOIP gestionó*

expresaron que *"no están al frente de ningún reclamo, nunca cumplen su labor sindical"*. Por su parte, Mamerto Verón, asesor gremial del SOIP, denunció que no hubo avances en el "blanqueo" porque los *"activistas que dicen representar a los trabajadores no saben negociar (...) poniendo como objetivo el convenio del año 1975"*⁴⁹. Finalmente la sede fue desalojada por efectivos policiales y devuelta a la conducción del SOIP. En todo este proceso se manifiesta una diferencia con el ciclo de lucha previo, cuando la actual conducción del Sindicato en distintas oportunidades convocó a la paralización de las actividades en solidaridad con el reclamo de los cooperativizados. Por ejemplo, el 25 de julio Samuel Salas, secretario general del SOIP expresó: *"Ante la falta de un acuerdo con los trabajadores de Giorno, en el SOIP anunciamos un paro general que afecta a las cooperativas, a efectivos de fresco, conserva y harina"*⁵⁰. Esto demuestra un principio de solidaridad entre obreros "estables" y trabajadores "inestables" a través de la mediación de la conducción gremial. No obstante, las críticas hacia la dirigencia nunca dejaron de sucederse, particularmente en función de la modalidad con la que se estipulaba el "blanqueo". A raíz de ello, Salas sufrió una agresión en *"un episodio muy confuso, cuando por casualidad se cruzó con una manifestación de trabajadores del sector, quienes al verlo, lo agredieron y lo condujeron hasta la sede del Ministerio de Trabajo de la Nación, donde -según denunció- lo habrían obligado a decretar un (nuevo) paro por 48 horas y pedir formalmente la derogación del convenio colectivo PYME, que es aplicado en varias fábricas de la industria pesquera"*⁵¹. A su vez, en otras oportunidades la conducción gremial se manifestó en contra de convocar a un paro general por tiempo indeterminado, como era la pretensión de algunos manifestantes.

con los empresarios la implementación de un nuevo convenio en la forma de anexo Pyme al convenio del año 1975, desde el cual se pretendía "blanquear" a los obreros de las cooperativas en conflicto. Sin embargo, los manifestantes insistentemente reclamaron que la registración se realizara con el convenio colectivo 161/75.

⁴⁹ LC, 13/09/2007.

⁵⁰ LC, 26/07/2007.

⁵¹ LC, 29/09/2007.





Con todo, al igual que en el ciclo de lucha anterior, las protestas con contenido de violencia material volvieron a ocupar un lugar dentro de los repertorios utilizados por los trabajadores en conflicto. Según un matutino: *“El conflicto en el puerto de Mar del Plata alcanzó ayer su máximo pico de tensión. Hubo un filetero herido de bala, fábricas destrozadas, vehículos incendiados y comercios apedreados, como resultado del ‘raid’ que un grupo de entre 100 y 200 manifestantes realizó por la zona, para tratar de poner en práctica un paro general en el sector, en adhesión a quienes reclaman ser contratados bajo relación de dependencia”*⁵². Finalmente, entre audiencias y protestas el conflicto fue diluyéndose sin que los trabajadores lograran la registración laboral bajo ninguna de las dos modalidades propuestas.

Pero no sólo existen rasgos de continuidad, sino también se observan algunas rupturas con el ciclo anterior. La magnitud de la crisis en el 2007 no es comparable con la que afectó a la industria en el año 2000. Al contrario del ciclo previo, no se produjeron medidas de fuerza paralelas ni acciones de solidaridad de parte de los trabajadores marineros. Tampoco el enfrentamiento entre los grupos empresarios adquirió la envergadura de antaño, lo que hizo prescindir a los empresarios “fresqueros” de la movilización de la masa obrera ligada a los mismos imposibilitando de esta forma la conformación de una “alianza” entre sectores obreros y empresariales que diera lugar a la activación de una fuerza social en defensa de los interés de esa alianza como corporación económica. En este marco, las protestas desarrolladas por las capas más pauperizadas de los fileteros fueron desplegadas en condiciones de debilidad y aislamiento.⁵³

⁵² LC, 28/09/2007.

⁵³ En el marco del conflicto, los trabajadores del pescado contaron con el apoyo de sectores estudiantiles, agrupaciones y partidos de izquierda, asambleas barriales, periodistas, la CTA, algunos gremios y la Universidad Nacional. Sin embargo, al interior de la rama vimos cómo se expresa una confusa solidaridad de parte de “los

Entre lo viejo y lo nuevo

Los años 2000 y 2007 pueden ser considerados como los de mayor nivel de conflictividad en la IPM. En ambos momentos, fue la escasez de la merluza el condicionante a partir del cual los trabajadores protagonizaron una creciente protesta social, mientras que sus sujetos fueron principalmente los obreros de las pseudocooperativas quienes ante la merma en el ingreso de pescado a las fábricas, vieron reducidos sus horarios de trabajo e inclusive comenzaron a estar desocupados. Sobre este trasfondo, se observa la participación de militantes y agrupaciones de izquierda quienes se fueron constituyendo como dirigentes al calor de las protestas callejeras. En uno y otro momento se evidenció el conflicto surgido al interior del propio gremio, manifestando una divisoria según el tipo de relación laboral, entre los trabajadores “estables” y los obreros de las pseudocooperativas. Como expresión más significativa de ese conflicto, tanto en el año 2000 como en el 2007 se produjo la toma de la sede sindical del SOIP. En la memoria colectiva de los trabajadores del puerto, el SOIP continúa siendo reivindicado como el sindicato que debiera agrupar a los trabajadores debido a que ellos se reconocen como obreros, aunque laboren en cooperativas.⁵⁴ Estos hechos, que algunos pudieran interpretar cómo el “desborde de las bases” por sobre la “burocracia sindical” merecen una lectura no tan apresurada. Ya que la propia decisión metodológica que implica realizar una división vertical entre los intereses de los trabajadores y las dirigencias puede llevarnos a interpretar los hechos de modo equivocado. Más que una disputa entre bases y dirigencias, en ambos momentos se sucedieron conflictos entre fuerzas sociales obreras por la conducción de la dinámica de la movilización. Así, los enfrentamientos se dieron entre dirigentes y bases

estables”, solidaridad mediada por la conducción gremial y la convocatoria de un paro, pero no manifiesta en acciones directas conjuntas.

⁵⁴ *Por cuestiones de espacio no desarrollamos aquí los dos intentos fracasados que en ambos años desarrolló la CTA por consolidar un sindicato paralelo al SOIP que agrupara a los obreros de las cooperativas.*





contra otros dirigentes y bases.⁵⁵ Resulta de interés señalar que, mientras en el año 2000 la conducción sindical se desentendió del destino de los trabajadores de las cooperativas, con posterioridad a las elecciones del año 2002, la nueva conducción intentó tener una política para integrarlos al sindicato. Sin embargo, por las evidentes negativas por parte del empresariado así como por la desfavorable correlación de fuerzas y los conflictos intrasindicales desarrollados en cuanto al modo bajo el cual se produciría “el blanqueo”, los resultados en ese sentido se mostraron más bien pobres.

En lo que respecta al tipo de repertorio desarrollado, dentro de una trama de acontecimientos que influyen sobre los modos del reclamar, reconocemos que las protestas adquieren ese “carácter violento” en la medida en que los manifestantes no encuentran canales institucionales a partir de los cuales acceder a sus reclamos. En términos instrumentales, para este conjunto de trabajadores “la radicalización” de las medidas de acción constituye el arma “más adecuada” para hacerse escuchar, ante la ausencia de salidas menos conflictivas. Sobre todo, cuando los empresarios se niegan a tratar con ellos porque no reconocen relación laboral ninguna con las cooperativas, cuando desde el Estado no se aporta ninguna solución concreta, y cuando desde el mismo gremio no se los representa. A su vez, consideramos que la cuestión de “la radicalización” merece una aclaración. A partir de la observación de quiénes fueron los sujetos protagonistas de las luchas, suele reproducirse en algunos estudios académicos y particularmente en la voz de algunos

⁵⁵ Los dirigentes pueden constituirse en tales en la propia lucha, sin que su liderazgo se institucionalice. Por otra parte, este modo de interpretar los enfrentamientos dentro de un gremio permite explicar los resultados de la lucha. Así en el 2002, la Lista Celeste que integraba a los dirigentes de la UOP, “institucionalizó” a partir de la victoria electoral su lugar en tanto dirigente. Mientras, tras los cuestionamientos a la conducción en el año 2007 y la toma de la sede gremial, quedará por ver si quienes encabezaron la protesta podrán o no institucionalizar su liderazgo en las futuras elecciones. Un abordaje metodológico interesante para pensar las luchas obreras y con ellas las disputas intragremiales lo aporta Izaguirre, M. I. (1994) “Problemas metodológicos y construcción de observables en una investigación sobre luchas obreras”, en Daniel Campione compilador, *La Clase Obrera De Alfonsín A Menem*, Buenos Aires: CEAL.

“nativos”, la idea de que los trabajadores “inestables” serían los portadores de mayor combatividad, mientras que “los estables” habrían ocupado una posición “conservadora”. Esta interpretación corre el riesgo de asociar radicalidad de los modos con radicalidad de los horizontes. Sin embargo, en términos de reclamos, observamos que la protesta de los obreros de las cooperativas manifiesta como reclamo principal la registración laboral con el convenio de trabajo 161/75. El tipo de consigna tiene una interpretación compleja. Por una parte, claramente se observa que la principal reivindicación apunta a volver a las condiciones de existencia que mantenían los trabajadores en el año 1975. Sin embargo, en el contexto de funcionamiento de las cooperativas, esta consigna parece dotada de “radicalidad” y se constituye en la bandera principal del activismo. Con todo, vemos que los trabajadores luchan por “seguir siendo explotados”, pero bajo las condiciones legales que el régimen estableció en 1975, sin aparecer la posibilidad de trascender el orden social.

Por otro lado, la existencia de los mismos sujetos con similares repertorios de acción en el escenario de la protesta, nos habla de que a pesar de las mutaciones sufridas, el modelo productivo pesquero mostró evidentes signos de continuidad, particularmente al continuar con la misma divisoria entre “estables” e “inestables” a la hora de utilizar mano de obra. A su vez, ello manifiesta que a pesar del crecimiento de la IPM y los amplios márgenes de ganancia que beneficiaron al sector empresario, estos no fueron “socializados” con los trabajadores. Y, al mismo tiempo, la existencia de un numeroso grupo de obreros que desarrollan sus actividades en cooperativas “truchas” tensiona la política del gobierno nacional que en diferentes publicidades llamó a combatir el trabajo en negro. La situación de precariedad de estos obreros se agranda cuando todas las señales que brinda la actividad pesquera nos hablan de un recrudescimiento de la sobreexplotación de la merluza, al mismo tiempo que las repercusiones de la crisis mundial dentro de la pesca no permiten





pronósticos alentadores.⁵⁶ Respecto a la demanda de la registración laboral bajo el convenio 161/75 hoy más que antes parece muy difícil de alcanzar, particularmente en el contexto de la crisis mundial. En lo que respecta a los enemigos identificados, por un lado aparecen los empresarios más concentrados del sector. Como una ironía de las apariencias, emergieron las empresas más ricas del sector como las víctimas de la violencia, mientras que los obreros en las más difíciles condiciones de vida, fueron sus victimarios. El otro enemigo se identifica en lo que se suele definir como “burocracia sindical”. En este sentido, dentro de la dinámica de la lucha al interior de la propia clase en el año 2002 se desplazó a la antigua dirección del gremio. Quedará por ver qué sucede con la conducción actual en las futuras elecciones.

Para terminar, los resultados encontrados en este primer acercamiento en la comparación de dos momentos de la lucha obrera dentro del SOIP no permiten “ilusionar” al analista que busque la constitución de nuevos sujetos de la protesta con horizontes más radicalizados, portadores de una renovada “conciencia de clase” y que utilizan novedosos repertorios. Ésta lectura, que puede formar parte de la propia dinámica de la lucha política en cuanto la realizan algunos nativos, pensamos, no debe trasladarse mecánicamente al plano de la explicación en ciencias sociales. En el terreno de los objetivos de la lucha, ésta parece mantenerse dentro de horizontes defensivos, determinados por la necesidad de los trabajadores de (re)insertarse en el modelo productivo vigente y, de ese modo, poder ser explotados bajo las condiciones de legalidad que el mismo régimen enuncia, pero que ni siquiera hace respetar.

Mar del Plata, Mayo de 2009.

⁵⁶ Una reciente nota de LC señala “Mar del Plata: la crisis golpea a toda la industria pesquera y se perderían 2.400 empleos”. LC 07/04/2009.

Movilización social en Bolivia. La consolidación de lo indio como capital político.

Por María Virginia Quiroga *

Resumen:

A fines del siglo XX y principios del XXI América Latina fue escenario de múltiples expresiones sociales que manifestaban su descontento con el neoliberalismo y sus lesivas consecuencias. Esa multiplicidad abarcaba por ejemplo desocupados, campesinos sin tierra o indígenas.

En este marco, pretendemos analizar el caso de los movimientos sociales bolivianos, donde los pueblos originarios irrumpieron en la política institucional en medio de una profunda crisis de representación. Buscaremos entonces dilucidar qué reflexiones aporta esta experiencia a la pregunta por los movimientos sociales y la lucha de clases.

Palabras claves:

movimientos sociales - Estado - antagonismo - indígenas - sindicato agrario

Social mobilization in Bolivia. The consolidation of the "Indian" as political capital.

Abstract:

At the end of 20th century and the beginnings of 21st, Latin America was the scenery of multiple social expressions which showed their disapproval with the neoliberalism and its harmful consequences. That multiplicity included for example unemployed people, farmers without land or natives.

We propose to analyze the case of Bolivian social movements. Original people ("indios") got involved with institutional politics participating in elections in the middle of a deep crisis of representation. We will try to recognize some contributions from this experience to the question of social movements and class struggle.

Key words:

social movements - State - antagonism – indigenous – labor union

* UNRC-CONICET





Movilización social en Bolivia.

La consolidación de lo indio como capital político.

*Volver a empezar no es volver hacia atrás, no
es rasgar y dividir hasta el infinito los episodios
de la vida, no es descansar sobre el pasado.*

Es redescubrir el origen.

Negri

Pensar una vez más las categorías con las que analizamos la realidad latinoamericana supone una tarea compleja, multifacética e inmersa en numerosos debates. Creemos que en el contexto actual resulta de sumo interés reparar en la situación de los movimientos sociales que protagonizaron con vehemencia la resistencia al modelo neoliberal desde la segunda mitad de la década del 90.

¿Cómo se relacionan hoy con los nuevos gobiernos?, ¿cuáles son sus principales demandas y repertorios?, ¿quiénes los integran?, ¿siguen sosteniendo a la autonomía como pilar fundamental? Implícito en ello se encuentran también las preguntas por las categorías teóricas: ¿cómo denominamos a las organizaciones sociales latinoamericanas?, ¿se trata de movimientos sociales, lucha de clases o acción colectiva?

Las categorías no pueden ser estancas en tanto los actores sociales adquieren carácter dinámico. Por ello, se requiere de una mirada larga y flexible; con continuidades y rupturas; con la tensión entre actores, proceso y estructura. De esta manera es que hemos preferido circunscribirnos al análisis de un caso en particular obteniendo a partir de allí respuestas parciales a nuestras interminables preguntas.

Proponemos entonces, en el presente artículo, el abordaje de los movimientos sociales que dieron sustento al Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), opción política que utilizando la personería jurídica del Movimiento al Socialismo (MAS) condujo a Evo Morales a la presidencia de Bolivia.

De instrumento político de las organizaciones de productores de coca a alternativa popular en Bolivia.

El caso de las organizaciones sociales bolivianas se distinguió rápidamente de otras experiencias en América Latina más cercanas al zapatismo. Desde el sur de México se planteaba la necesidad de recrear otra significación del poder, luchar paso a paso y sin dogmas prefijados; ideas que podrían resumirse en el “cambiar el mundo sin tomar el poder” que tantas veces enunció John Holloway y que lo llevaron a protagonizar variados debates en ciencias sociales.

En Bolivia, las políticas neoliberales y los partidos tradicionales parecían ignorar las demandas de los sectores indígenas y campesinos. El Plan Dignidad, bajo el lema “coca cero”, colocaba en una posición de abierto enfrentamiento al gobierno y los productores de coca. Las zonas de cultivo se militarizaban, se insistía en la erradicación forzosa y la sustitución por producciones no rentables, se ligaba directamente a la hoja de coca y a sus trabajadores al narcotráfico, se proseguía con los ajustes sobre los sectores más resentidos de la población.

En este marco el desarrollo de un instrumento político implicó la confluencia de las organizaciones campesinas, indígenas y sindicales que pretendían garantizar y profundizar sus conquistas sociales, complementando sus anteriores repertorios de acción con otros nuevos. De esta manera comenzaron a participar en elecciones, primero a nivel local y luego nacional. Con el triunfo de 2005 se constituyeron como “el único ejemplo en todo el mundo en que los movimientos sociales han llegado a tomar el Estado”¹.

¹ García Linera, A. (2006) El evismo: lo nacional popular en acción. *Osa*, año VI, N° 19. Pp: 25-32. Buenos Aires: CLACSO. Pag. 30





Si repasamos los acontecimientos históricos podremos notar que las organizaciones cocaleras del Trópico boliviano² ya venían debatiendo la tesis del instrumento político desde los 80, pero recién se materializó a mediados de la década del 90.

En la única sesión de la Asamblea de los Pueblos Originarios (12 de octubre de 1992) no se presentó una postura homogénea sino que se advirtieron diferencias. Los más radicales, con reminiscencias kataristas³, pretendían resistir la participación bajo las actuales reglas de juego por considerarlas cómplices de la dominación colonial. Otros, como Morales, sostenían la necesidad de organizarse políticamente para hacer frente a la permanente exclusión institucional.⁴

Siguiendo a Sivak (2008) Evo Morales logró que su posición fuera la mayoritaria en el Congreso de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) de 1994. En marzo de 1995, en ocasión del primer Congreso “Tierra y Territorio”, se planteó concretamente la organización de una nueva estrategia política denominada *Asamblea Por la Soberanía de los Pueblos* (ASP), liderada por Alejo Veliz. Allí participaron cuatro organizaciones fundadoras: la CSUTCB, la Confederación Sindical de Colonizadores

² Harten nos advierte que el movimiento de productores de coca, base del instrumento político, resulta mucho más heterogéneo que la denominación “cocaleros del Chapare”. En este sentido, distingue diferentes regiones en el Trópico: la Región Tropical del Departamento de Cochabamba, incluyendo la región de Tiraque Tropical, Carrasco y Chapare. Harten, S. (2008) *Analysis of the Dialectic of Democratic Consolidation, De-Institutionalisation and Re-Institutionalisation in Bolivia, 2002-2005*. Tesis de doctorado no publicada, London School of Economics and Political Science, Inglaterra.

³ Tupac Katari fue un aymara protagonista de la resistencia al dominio español en el Alto Perú; encabezó un levantamiento conocido como el asedio a La Paz, durante cinco meses en 1872, y luego fue muerto y descuartizado. La tradición oral cuenta que a su muerte profetizó: “*Naya saparukiw jiwypaxitaxa nayxarusti, waranqa, waranqanakaw tukutaw kut'anipxani...*” “Solamente a mi me matan... Volveré y seré millones”.

⁴ Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006). *Evo Morales: De la coca al palacio*. La Paz: Malatesta.

de Bolivia (CSCB), la Confederación de Pueblos Indígenas del Oriente Boliviano (CIDOB) y la Federación Nacional de Mujeres Campesinas Bartolina Siza.

Tras la participación en las elecciones de 1997, con el logro de cuatro diputaciones uninominales, la alianza entre Véliz y Morales se resquebrajó y se constituyó el *Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos* (IPSP) liderado por el segundo. Entretanto Felipe Quispe asumió como Secretario General de la CSUTCB y en un primer momento apoyó el proyecto de Morales pero más tarde se distanció creando el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), lo que profundizó las fisuras del movimiento sindical campesino⁵.

En un *ampliado* de las Seis Federaciones⁶ del Trópico de Cochabamba se decidió disputar las elecciones generales de 2002 bajo la sigla de Morales: IPSP, que se presentaba como la estrategia política de las organizaciones campesinas y cocaleras del Trópico. La corte electoral rechazó su denominación, al igual que la de ASP, así que finalmente la inscripción electoral se hizo bajo la sigla del *Movimiento Al Socialismo* (MAS).

De esta manera el movimiento se fue integrando a la política oficial con su propio instrumento y no como socio subalterno de un partido establecido. En esta ocasión habían obtenido resultados favorables⁷

⁵ Quispe junto a Evo Morales representarían los intereses de los pueblos originarios pero sus propuestas son diferentes: El MIP a grandes rasgos propone desconocer el sistema político y crear un nuevo Estado basado en el comunitarismo y el retorno al ayllu; en este esquema los campesinos-indígenas asumirían el control político, económico, militar.

⁶ Las Seis Federaciones: Federación Especial de Trabajadores Campesinos del Trópico de Cochabamba; Federación Única de Centrales Unidas, Federación de las Yungas del Chapare, Federación de Colonizadores de Chimoré, Federación de Colonizadores de Carrasco Tropical y Federación Mamoré.

⁷ El MAS obtuvo el segundo lugar en las elecciones presidenciales, con solo 2% de diferencia respecto del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que resultara ganador con el apoyo de los partidos tradicionales en el Parlamento.





pero aún no suficientes para alcanzar la presidencia; para ello hubo que esperar el desarrollo de nuevas y profundas conflictividades.

En el transcurso 2002-2005 hubo nuevos bloqueos; fuertes movilizaciones contra el impuesto al salario, contra la exportación de gas vía Chile, por una nueva ley de hidrocarburos, por la renuncia de Goni; luego más bloqueos y movilizaciones para resolver la cuestión de los hidrocarburos y la Asamblea Constituyente, y también para evitar el retorno de los partidos tradicionales luego de la renuncia de Mesa.

Desde nuestro punto de vista, los ejes que dieron forma y constitución al movimiento de productores de coca y a los comienzos a su instrumento político, revistieron un carácter netamente corporativo y en estrecha vinculación con la defensa de la hoja de coca y la desmilitarización de las zonas de cultivo.

A medida que comenzó a involucrarse en la política regional y nacional, el MAS fue capaz de erigir un discurso donde la hoja de coca, que los gobiernos ligaban estrechamente al narcotráfico, fue ocupando el centro de la lucha social y política en Bolivia. La defensa de la “hoja sagrada y milenaria” pasó a representar la reivindicación de la dignidad y la soberanía nacional, como así también la herencia cultural de los pueblos originarios: *“Seguiremos defendiendo con fuerza la sagrada hoja de coca hasta las últimas consecuencias, ya que sigue siendo el símbolo de nuestra identidad y expresa la cultura milenaria de nuestros ancestros.”*⁸

De esta manera la coca no sólo se constituía como superficie de inscripción de las demandas de distintas organizaciones de productores sino que también se ligaba a la lucha por el agua, a los bloqueos del altiplano, a la resistencia a la suba de impuestos o los ajustes, y más tarde a la defensa del gas. La lucha por la hoja de coca era la lucha por la defensa de los recursos naturales que habían sido saqueados y mal administrados durante siglos, por lo cual

⁸ MAS (2003). Territorio, Soberanía, Vida. Programa de Gobierno.

representaba también la reivindicación de la soberanía y dignidad nacional.

Justamente la injerencia de Estados Unidos en los planes de erradicación de la coca y la instalación de transnacionales para la explotación de los recursos propios, hizo que este sentimiento nacionalista revistiera tempranamente carácter antiimperialista. En referencia a ello Sivak, expresa: “La soberanía nacional, la relación ancestral con la hoja de coca y la voluntad de defender su único medio de vida volvió tenaz y profundamente antiestadounidense la lucha en el Chapare”.⁹ El en el discurso del MAS-IPSP encontraremos también la revalorización de la identidad de los pueblos originarios, sus referentes y luchas. Se alude a una memoria larga en referencia a las revueltas de Tupac Katari en épocas de la conquista y el famoso asedio a La Paz; a una memoria mediana por la exclusión de la figura del indio del estado nacional popular de 1952; y una memoria corta que retrotrae a la ola de protestas antineoliberales desatadas a partir del 2000.¹⁰

El año 2005 nuevamente puso de manifiesto la incapacidad del sistema político boliviano para absorber las demandas, rememorando la “atrofia hegemónica” de la que hablaba René Zavaleta Mercado. El régimen político había fracasado en instaurar un proyecto de país, por lo que recaía ahora en la “Bolivia Plebeya”.¹¹

⁹ Sivak, M. (2008). *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales*. Buenos Aires: Sudamericana. Pag. 68

¹⁰ Svampa, M. (2007): Los múltiples rostros de Bolivia. En: Svampa Maristella y Pablo Stefanoni (comp.) *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*, Buenos Aires: El Colectivo. Pag.1

¹¹ Stefanoni, P. (2002). El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003). *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en:





La irrupción de las reivindicaciones del oriente boliviano planteaba una amenaza al protagonismo ganado por las organizaciones de productores de coca. Desde mediados del año 2004 la Media Luna¹² presentaba, en contraposición a la *agenda de octubre* (Asamblea Constituyente y nueva Ley de Hidrocarburos), la *agenda de junio* sosteniendo que las autonomías departamentales se trataran previamente a la Asamblea Constituyente y bregando por el control departamental de los recursos.

En ese sentido se refiere Antonio Peredo, dirigente “cocalero” y senador durante el gobierno de Morales: “En las elecciones de 2005 era necesario establecer con claridad un corte: a un lado las fuerzas del cambio, al otro las fuerzas reaccionarias que quieren mantener el modelo neoliberal.”¹³

Tras las movilizaciones populares de junio de 2005 para apoyar la sucesión presidencial a favor del presidente de la Corte Suprema, y no de los representantes de las cámaras legislativas como pretendían los partidos tradicionales, se concentró la tensión en la campaña electoral con vistas a diciembre de ese año.

Por un lado, un instrumento político fuertemente ligado a las organizaciones sociales, que había logrado erigirse como alternativa; y por otro, los partidos políticos tradicionales que no habían logrado canalizar las demandas sociales y ahora proponían resolverlas sin realizar cambios profundos. Poder Democrático y Social (Podemos) pese a ser un partido nuevo también era calificado de tradicional, ya

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/stefanoni.pdf>. Pag.1

¹² Así se denomina a los cuatro departamentos del este boliviano: Beni, Pando, Santa Cruz y Tarija.

¹³ Harnecker, M. y Fuentes, F. (2008). Instrumento político que surge de los movimientos sociales. *Entrevista colectiva*. Caracas: Centro Internacional Miranda. Pag. 124

que intentaba férreamente preservar los pilares del orden establecido y presentaba como su máximo líder a Jorge Quiroga quien ya había demostrado sus simpatías con las políticas neoliberales y la erradicación forzosa de cocaleros.



El capital indígena. Nacionalismo indígena plebeyo

En Bolivia, la mayoría de la población está constituida por indígenas o descendientes directos de pueblos originarios, que hasta no hace muchos años se veían excluidos de múltiples derechos políticos, sociales y económicos. Incluso les estaba vedado transitar libremente por las plazas públicas o ingresar en las instituciones de gobierno, de allí la famosa frase dirigida a las cholas que comenzaron a ocupar su lugar en el Parlamento: “¿a dónde está entrando señora?”; o la respuesta de Quispe ante la pregunta de una periodista sobre el por qué de la rebelión del Ejército Guerrillero Tupac Katari: “para que mi hija no sea tu sirvienta ni mi hijo tu cargador”.

Para García Linera, la blanquitud de la piel funcionaba como un capital complementario a los capitales económicos, culturales o escolares que favorecían o limitaban el ascenso social en Bolivia.¹⁴

De esta manera podríamos llegar a comprender, al menos a groso modo, el protagonismo del nacionalismo indígena en el discurso del MAS y el hecho de que los levantamientos en Bolivia han sido también una reacción a la fuerte discriminación racial heredada de los tiempos de la colonia.

¹⁴ Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006). *Evo Morales: De la coca al palacio*. Op. cit. Pag. 66.



Stefanoni y Do Alto sostienen que el MAS se define por una articulación contingente entre: indianismo, marxismo y nacionalismo, de acuerdo a la coyuntura política.¹⁵

Se trataría entonces de un “nacionalismo indígena plebeyo”: por un lado, la revalorización de la identidad de los pueblos originarios, el componente étnico que complejiza el análisis y refuerza las diferencias de clase; por otro, la reformulación de los clivajes nación/anti nación y pueblo/oligarquía. “Por ello definimos al MAS como un nuevo nacionalismo plebeyo, impulsor de procesos de modernización en una línea neodesarrollista, en el seno del cual los tradicionales clivajes pueblo/oligarquía y nación/antinación son atravesados por una etnificación, no excluyente, de la política.”¹⁶(Stefanoni, 2007, p. 50)

El componente étnico presente en estas organizaciones, parecería haber fortalecido su sentido de pertenencia. La etnicidad se constituyó como el principal factor de cohesión identitaria, favoreciendo la construcción de lo que Melucci denomina identidad colectiva.

Se trataría entonces de un nacionalismo de nuevo tipo, distinto al de 1952, ahora los indios se colocan a la cabeza, y además asume un carácter decididamente antiimperialista.

Si analizamos las oposiciones que se van desatando al instrumento político en períodos eleccionarios, podríamos notar la fuerte presencia que adquiere el componente racial o étnico.

En ocasión de la contienda de 2002 el embajador norteamericano Manuel Rocha, era quien realizaba declaraciones en contra de

¹⁵ Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006). *Evo Morales: De la coca al palacio*. Op. cit. Pag. 65

¹⁶ Stefanoni, P. (2007). Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales. *Nueva Sociedad* 209, mayo-junio. Pag. 50.

Morales. El antagonismo quedó representado en una fórmula simple que terminó beneficiando al MAS-IPSP al convertirse en núcleo de su campaña electoral: *“Boliviano tu decides: Rocha o la voz del pueblo”*. El primero era símbolo de imperialismo y el segundo canalizado en la figura de Evo Morales aludía a los intereses nacionales y originarios.

Si bien el MAS no logró la presidencia, obtuvo varios escaños y alcaldías. Distintos sectores continuaron manifestando la fuerte resistencia al crecimiento del instrumento y el temor a que el Parlamento se llenara de “cholos” rememorando el asedio de Katari como una imagen cuasi espectral. Esto se podía notar por ejemplo en las calles con graffitis como: *“Evo: raza maldita”*, *“Santa Cruz será tu tumba”*, e incluso *“Evo: Chola de Chávez”*.

Hacia 2005 la Media Luna y su agenda de junio, representaba un fuerte antagonismo, que como analizábamos antes, simplificó el espacio político en dos polos antagónicos. De un lado la solicitud de una Asamblea Constituyente como herramienta para refundar el Estado, y de otro la reivindicación de las autonomías departamentales previo a la realización de dicha Asamblea y como vía para preservar varios elementos del statu quo.

El oriente boliviano mostró su fuerte resistencia a la institución de un poder capaz de refundar Bolivia, decidir sobre los hidrocarburos y otorgar nuevos espacios para los indígenas. En una perspectiva muy interesante planteada por Tapia¹⁷ se señala que estas reivindicaciones formarían parte de una estrategia defensiva de las oligarquías bolivianas para contrarrestar la demanda de una decisión nacional

¹⁷ Tapia, L. (2005). La cuarta derrota del neoliberalismo en Bolivia. En *Osal*, año VI N°. 17. Pp. 153-158. Buenos Aires: CLACSO





sobre el destino de los hidrocarburos y el proceso de reforma de la constitución política del país.¹⁸

Sólo como dato anecdótico, resulta paradójico que si analizamos los nombres de varios de los principales miembros del Comité Cívico Pro Santa Cruz¹⁹ no encontraremos ningún Ayma, Choquehuanca o Villca por ejemplo. Los apellidos parecen de una lejana Europa y los rostros son otros muy otros.

Hacia 2005 todos los sectores tradicionales se nuclearon bajo la candidatura de Quiroga, que aparecía como el candidato con mayores chances para enfrentar al MAS. A semanas de las elecciones también se desataba en los medios la guerra sucia con las acusaciones de Podemos respecto de que Morales no tenía experiencia ejecutiva, y que traería inestabilidad y cierre de mercados para Bolivia. Incluso, en el último spot de Podemos aparece una mujer indígena de pollera que se queja por haber sido abandonada por su esposo. *"Evo Morales abandonó a sus hijos (...) Si Evo no es responsable con su propia familia, como podrá ser responsable con nosotros"*, cuestiona la mujer

¹⁸ En un sentido similar se manifestó Evo Morales, ya como presidente, en junio de 2006, refiriéndose al referéndum por las autonomías departamentales: "Yo quería apostar a que en todo el pueblo boliviano gane la autonomía. Después de ver, en estos cuatro o cinco meses de presidente, cómo manejan los prefectos la autonomía me he quedado decepcionado. (Ellos) quieren una autonomía para la burguesía. Sólo quieren una autonomía para los ricos y no para los pueblos compañeros. Entonces no sirve para nada. No sirve para los bolivianos. Esa es nuestra profunda diferencia". *La Razón*, La Paz, 16/06/2006. (citado en Aboy Carlés, G. (2008). Nacionalismo e indigenismo. El gobierno de Evo Morales: ¿Hacia una radicalización del populismo? intervención en *Bolivia y Venezuela. ¿Populismo o nueva izquierda?*. 11 y 12 de marzo. México DF: FLACSO. pp. 15 y 16).

¹⁹ Organización cívica regional que en las últimas décadas ha tenido una política orientada a alcanzar la autonomía y desarrollar un control mucho mayor sobre los ingresos generados por el departamento y sus exportaciones. (Aboy Carlés, G. (2008). Nacionalismo e indigenismo. El gobierno de Evo Morales: ¿Hacia una radicalización del populismo? Op. cit. p.13)

en la propaganda que se difundió masivamente en todas las redes de televisión.²⁰

¿Por qué hablar de movimientos sociales? El retorno al origen.

Reafirmar que para nosotros el MAS-IPSP se constituye en base a movimientos sociales no implica desconocer sus particularidades asociadas a la condición de sindicato agrario campesino. En el interior de estas organizaciones se plantea y se dirime una tensión que es propia del encuentro de la multiplicidad: la producción, la comunidad, la militancia, el instrumento, el movimiento, el sindicato.

Resultan aquí pertinentes las palabras de Stefanoni, quien señala que detrás del nombre sindicato en Bolivia se ocultan instituciones que en muchos casos se superponen con las estructuras originarias (ayllus) y corrientemente constituyen organismos de poder con funciones estatales en las comunidades.²¹

Es decir, el sindicato agrario campesino se constituyó como una forma de organización muy común en Bolivia, como también compleja y extensa, que se diferencia de las centrales obreras clásicas. El sindicato implicaba mucho más que la defensa de sus derechos como trabajadores, significaba la única opción de construcción de solidaridades para sobrevivir y resistir la erradicación de sus cultivos; era el encargado del reparto de tierras, regulaba el trabajo y constituía el mecanismo de autoridad para regular la vida comunitaria.

El sindicato constituye un pilar fundamental para el MAS-IPSP, en tanto así lo expresan en su declaración de principios ideológicos: “La

²⁰ Fuente: Diario La Razón, 29 de noviembre de 2005.

²¹ Stefanoni, P. (2003). MAS-IPSP: la emergencia del nacionalismo plebeyo. *Osa*, año IV, Nro. 12: Pp. 57-68. Buenos Aires: CLACSO. Pag. 61.





comunidad, el sindicato y la familia constituyen para el MAS las bases del desarrollo social, siendo éstas protegidas por el sistema de gobierno que adopte la república.”²²

En definitiva, el hecho de que las organizaciones de productores de coca cumplieran funciones que el Estado obviaba, provocó que escapara de una caracterización clásica de movimiento social como separado en forma tajante de la política convencional o como 100% puro sin adquirir a veces también la fisonomía de otras expresiones de acción colectiva.

Juzgar la actual relación de los movimientos sociales con el gobierno de Evo Morales supondría otra investigación, y requeriría de una línea de argumentación distinta a la que consideramos aquí.

Sin embargo no podríamos desconocer en la actualidad la existencia de distintas posturas al respecto, desde el plano teórico y desde los mismos movimientos sociales. Para algunos, el MAS continúa siendo la estrategia política de los productores de coca, aunque se hayan añadido otras prioridades y otros líderes. Para otros, habría una excesiva centralización, y una falta de cambios profundos y estructurales junto al repliegue de la movilización social.

Para Harten²³ existirían debates internos y movimientos cuasi contradictorios entre institucionalización y cambio. Pese a la existencia de delegados regionales y locales, casi todas las decisiones fueron tomadas por el liderazgo nacional y no fue previsto un mecanismo efectivo de participación de las bases.

Viaña y Orozco²⁴ son más duros en sus críticas y señalan: “Con cuatro elecciones seguidas en código liberal en menos de dos años, y sin la

²² MAS (2001). Nuestros principios ideológicos.

²³ Harten, S. (2008) *Analysis of the Dialectic of Democratic Consolidation, De-Institutionalisation and Re-Institutionalisation in Bolivia, 2002-2005..* Op. cit.

²⁴ Viaña J. y Orozco, S. (2007). El cierre de un ciclo y la compleja relación movimientos sociales-gobierno en Bolivia”. En OSAL, Año VIII, N° 22, septiembre. Pag 119-129. Buenos Aires: CLACSO. Pag. 124

incorporación de otras formas de elección y representación, no ha hecho más que encausar al movimiento en estas prácticas políticas y llevar al “instrumento político” –que, en principio, fue concebido y planteado como una forma de autorrepresentación de la propia sociedad, y se lo imaginaba como una prolongación más de la acción de los sindicatos– a actuar cada vez más como un partido liberal” Como decíamos, las diferentes consideraciones exceden los fines y el ámbito temporal de este trabajo, pero es importante no desconocerlas. En este punto parece que la autonomía también puede entenderse en términos de relación con los de abajo, con el espíritu participativo deliberativo de los movimientos que le dieron origen.

A nosotros nos interesa aquí rescatar la categoría movimiento social para nuestro caso de análisis, en tanto ponen de manifiesto nuevas formas de opresión, “que no son nuevas sino que ya estaban allí pero eran omitidas o descuidadas por las teorías y movimientos vigentes” ²⁵

La experiencia del MAS-IPSP no nos muestra obreros que se revelan contra el patrón, no son sólo campesinos, son campesinos e indígenas. La revolución nacional popular de 1952 tendió a separar ambas condiciones, negando el carácter indígena como otro componente más en la discriminación social, económica y política.

No se trata de soslayar la exclusión basada en la clase sino que “nuevas formas de exclusión social, basadas en el sexo, en la raza, en la pérdida de calidad de vida, en el consumo, en la guerra, ahora la ocultan o legitiman, o complementan y profundizan.” ²⁶

Algunos autores confrontarían con este tipo de planteos, Seoane et al por ejemplo, sostienen que el aumento de los movimientos de base

²⁵ Sousa Santos, B. (2007) *Una reflexión sobre los nuevos movimientos sociales*. En el curso “Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa” del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED). Pag. 3.

²⁶ Sousa Santos, B. (2007) *Una reflexión sobre los nuevos movimientos sociales*. En el curso “Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa” del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED). Pag. 6.





territorial no significa el fin del conflicto de los trabajadores dado que la categoría trabajador se vuelve muy heterogénea en el capitalismo. “[Los asalariados] se reidentifican, ya no tan vinculados a la relación capital-trabajo sino a pobreza, etnicidad, oficios y actividades informales, y comunidades primarias.”²⁷ En esta línea, Laclau ²⁸ enuncia dos juegos de lenguaje muy frecuentes en los se utiliza el término *clase*: retener la categoría para hacerla compatible con la proliferación de nuevos movimientos sociales, así se transforma a ésta en un eslabón más de una cadena enumerativa “raza, género, etnias y clases”; o brindar una concepción ampliada de la clase obrera, donde otras categorías pasarían a integrarla.

En este sentido parece referir Almeyra cuando revaloriza el concepto de clases: “...es relacional, no expresa algo siempre igual a si mismo... la clase obrera no es cuantificable ni está formada por un conjunto de personas con características sociales idénticas. Es obrero quien aspira a serlo porque está desocupado o espera ganar más incorporándose a un trabajo asalariado o quien asume tener raíces culturales obreras...”²⁹

Más allá de estas discrepancias, lo fundamental es que con anterioridad a la emergencia de los movimientos sociales, por un lado se encontraba el espacio público de la confrontación y la competencia electoral reservado a los partidos políticos, y de otro el escenario para la demanda, la presión y la negociación fuertemente dominado durante décadas por una fisonomía corporativa.

²⁷ Seoane, J. Taddei, E. y Algranati, C. (2006) Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina. En A. Borón y G. Lechini (comp) *Política y Movimientos sociales en un mundo hegemónico*. Buenos Aires: CLACSO. Pag. 235

²⁸ Laclau, E. y Chantal, M. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

²⁹ Almeyra, G. (2007). De la resistencia a la construcción de una alternativa no capitalista (la autonomía en México y la revolución rampante en Bolivia). En I. Antognazzi y N. Redondo (comp) *Hacer la historia, un desafío*. (Pp. 83-100). Rosario: Grupo de Trabajo Hacer la Historia. Pag. 87.

Nosotros intentamos aquí rescatar la categoría de movimiento social, pero no en un sentido estricto ni estanco, y sin desconocer la potencialidad y la fuerza de la lucha de clases en momentos en que el sistema capitalista sigue imperando y los antagonismos se multiplican.

En la forma sindicato o movimiento social no existiría un carácter esencial, no estamos hablando de categorías rígidas sino de movimiento social como una expresión que da cuenta de manera arbitraria de los sujetos colectivos que pusieron en evidencia otros puntos de antagonismo (que complejizan y complementan la opresión en términos de clase) y la inexistencia de actores definidos a priori para la emancipación, sumado a que libran sus batallas en un territorio entendido en sentido amplio.

El territorio resulta así el ámbito donde confluyen el conjunto de los conflictos en los que está involucrado el sujeto, y que trascienden la relación obrero-patrón, para abarcar también cuestiones de género o étnicas, ambientales o barriales.

El MAS-IPSP fue colocando al territorio como lugar de disputa, no sólo se erigirán en defensa de un espacio material de trabajo sino para luchar por la desmercantilización de los recursos naturales en tanto bienes públicos: la coca, el agua, el gas...

Así, la lucha por el territorio lo comprende en sus múltiples dimensiones: el suelo, el aire, el agua, y la vida que allí se asienta; abarcando la intención de recuperar los recursos naturales concesionados a empresas privadas. También el territorio como espacio de asentamiento de los pueblos originarios a los que aún pertenecen o son descendientes directos, y allí inscriben además su defensa de la hoja de coca. "Territorio entendido no sólo como espacio físico sino como soberanía, como derecho a ser y existir, como





identidad cultural, como derecho a ser diferente en un mundo que cada vez tiende más a la uniformización por la globalización”.³⁰

Los productores de coca y su instrumento político constituyen para nosotros, un movimiento social. A partir de sus demandas insatisfechas fueron construyendo lazos de solidaridad para confluir equivalencialmente, explicitando conflictos sociales y con capacidad para perdurar en el tiempo y establecer nuevas normas y sentidos. El MAS-IPSP tuvo además, la habilidad de inscribir esas demandas insatisfechas en un discurso que interpelaba aspectos que antes eran considerados como dados. Esto se dio a partir de la reivindicación de su producción y su identidad –primero en tanto “pueblo boliviano” y luego en tanto “indios”-.

El contexto latinoamericano se presentaba así muy diferente al de Europa o Estados Unidos, donde se gestaron los enfoques centrales para el análisis de la acción colectiva. En el caso de los productores de coca resultaba muy difícil la identificación de la clase media como protagonista, la destacada utilización de los medios de comunicación, o la pretendida autonomía de los partidos políticos.

Siguiendo a García Linera resultaba complejo además, dudar del carácter decididamente político que asumía la movilización social en Bolivia. Para esta autor, los análisis desde el enfoque europeo de los nuevos movimientos sociales –especialmente la versión de Touraine– se centra en las conflictividades que cuestionan los marcos culturales dentro de las instituciones sociales pero deja de lado “los conflictos dirigidos contra el estado, las estructuras de dominación y las relaciones que contraponen a las elites gobernantes con las masas, que precisamente caracterizan a las actuales acciones colectivas”.³¹

³⁰ Solón, P. (2003) Radiografía de un febrero. En OSAL, año IV , N° 10, Pp. 15-27. Buenos Aires: CLACSO. Pag. 20.

³¹ García Linera, A. (2001): Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia. En A. García Linera, R. Gutiérrez; R. Prada; F. Quispe; L. Tapia, *Tiempos de rebelión*. (Pag 9-82). La Paz: Muela del diablo. Pp 14 y 15.

Tampoco podríamos explicar desde la óptica costo-beneficio, que propone el paradigma de la acción racional, el desgaste de décadas de resistencia de los productores de coca a la erradicación de sus cultivos.

La actitud racional no hubiese sido crear una herramienta propia, con el esfuerzo que eso conlleva, sino más bien amoldarse a las estructuras de un partido ya establecido, o adherir a los postulados del multiculturalismo.

Recordemos que Sánchez de Lozada en su primer mandato, presentó como vicepresidente al dirigente aymara Víctor Hugo Cárdenas. La inclusión de éste se enmarcaba en una serie de reformas que tendían a incorporar las demandas “pluri-multi” al neoliberalismo.³² En este mismo sentido, se incorporó en la Constitución Política del Estado el carácter pluricultural y multiétnico de Bolivia reconociendo 36 etnias, y la educación intercultural bilingüe, además del financiamiento internacional y el accionar de ONG’s para favorecer la integración de los sectores más desfavorecidos (en coincidencia con los pueblos originarios).

De esta forma hubiese sido menos costoso adherir a estas reformas, que pretendían desdibujar el antagonismo en mera diferencia, que seguir resistiendo y esforzándose por el desarrollo de un instrumento político propio.

Por otro lado, pareciera vislumbrarse que la construcción identitaria al interior de una organización tan heterogénea, con vasta experiencia como sindicato agrario campesino y con ya más de una década de participación en elecciones nacionales, trasciende la mera idea de sentidos y significados compartidos esbozada por la teoría de la acción estratégica. Podría pensarse que la cohesión y solidaridad para actuar en forma conjunta requiere más que eso.

García Linera reconoció además que la oportunidad política por sí sola no genera rebeliones: “son en cambio procesos de auto identificación

³² Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006). *Evo Morales: De la coca al palacio*. Op. cit. Pag. 66





comunitaria portadores de proyectos políticos con alto grado de autonomía, cuya producción requiere de otros componentes que hunden su raíz en la memoria colectiva y en su capacidad de proyectar horizontes de acción (...).³³

En este sentido, las clásicas definiciones de movimiento social encuentran dificultades para adecuarse a nuestros casos, más aún si consideramos que por lo general se lo pensó en abierta oposición al Estado. Quizás podrían resultar válidas para los “cocaleros” hasta mediados de los 80 cuando decidieron mantenerse fuera de la política convencional como vía para evitar la cooptación. Pero años más tarde esta situación cambió, alejándose de la noción de que movimiento social y Estado pertenecen a esferas completamente separadas.

Por ello hemos intentado apostar a una definición flexible y dinámica de movimientos sociales, donde su carácter social no inhibe su participación en la arena política. Son políticos, en tanto irrumpieron en el espacio público y tal como expresa Ramírez Gallegos contribuyeron a generar un recambio de cuadros, “más plebeyos y populares”. “Aportaron al aparato gubernativo un conjunto de dirigentes sociales, militantes y técnicos provenientes de sectores sociales desfavorecidos y marcados por su extracción de clase o por su etnia y color de piel.”³⁴

Palabras finales...

La construcción identitaria en el caso boliviano adquiere notas específicas y profundas, atravesada transversalmente por la cuestión étnica, enlazando las luchas actuales con los 500 años de resistencia de los pueblos originarios.

³³ García Linera, A. (2001): Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia. Op. cit. Pag. 66.

³⁴ Ramírez Gallegos, F. (2006) Mucho más que dos izquierdas. *Nueva Sociedad* 205. Septiembre/Octubre. Pag. 34.

Rescatamos esta experiencia en tanto, defendieron su producción y su derecho a la diversidad en un clima hostil y tendiente a la homogeneización.

Hemos considerado a estas organizaciones como movimientos sociales, sin que eso implique denostar otras categorías como acción colectiva, protesta o lucha de clases.

Las organizaciones de productores de coca, bases del instrumento político, construyeron fuertes lazos de solidaridad, desarrollaron repertorios de acción con permanencia en el tiempo, resignificaron la noción de territorio y la defensa los recursos que en él se desarrollan. Se mostraron como campesinos e indígenas; donde el componente racial o étnico, ineludible en cualquier análisis social o político en Bolivia, complejiza y profundiza las diferencias de clase.

Finalmente, rescatamos las experiencias de movilización social porque es allí donde entran en juego los desafíos, los avances y retrocesos, la materialidad y la simbología, las protestas y las propuestas, en fin donde se va tejiendo la trama que ayuda a comprender que la hegemonía puede ser desafiada.





Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2008). Nacionalismo e indigenismo. El gobierno de Evo Morales: ¿Hacia una radicalización del populismo? intervención en *Bolivia y Venezuela. ¿Populismo o nueva izquierda?*. 11 y 12 de marzo. México DF: FLACSO

Almeyra, G. (2007). De la resistencia a la construcción de una alternativa no capitalista (la autonomía en México y la revolución rampante en Bolivia). En I. Antognazzi y N. Redondo (comp) *Hacer la historia, un desafío*. (Pp. 83-100). Rosario: Grupo de Trabajo Hacer la Historia.

García Linera, A. (2006) El evismo: lo nacional popular en acción. *Osal*, año VI, N° 19. Pp: 25-32. Buenos Aires: CLACSO

García Linera, A. (2001): Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia. En A. García Linera, R. Gutiérrez; R. Prada; F. Quispe; L. Tapia, *Tiempos de rebelión*. (Pag 9-82). La Paz: Muela del diablo.

Harnecker, M. y Fuentes, F. (2008). Instrumento político que surge de los movimientos sociales. *Entrevista colectiva*. Caracas: Centro Internacional Miranda.

Harten, S. (2008) *Analysis of the Dialectic of Democratic Consolidation, De-Institutionalisation and Re-Institutionalisation in Bolivia, 2002-2005*. Tesis de doctorado no publicada, London School of Economics and Political Science, Inglaterra.

La Razón, edición correspondiente al 19 de noviembre de 2005. La Paz.

Laclau, E. y Chantal, M. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

MAS (2003). Territorio, Soberanía, Vida. Programa de Gobierno.

MAS (2001). Nuestros principios ideológicos.

Ramírez Gallegos, F. (2006) Mucho más que dos izquierdas. *Nueva Sociedad* 205. Septiembre/Octubre. Pp. 30-44

Seoane, J. Taddei, E. y Algranati, C. (2006) Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina. En A.

Borón y G. Lechini (comp) *Política y Movimientos sociales en un mundo hegemónico*. Buenos Aires: CLACSO.

Sivak, M. (2008). *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales*. Buenos Aires: Sudamericana

Solón, P. (2003) Radiografía de un febrero. En *OSAL*, año IV , N° 10, Pp. 15-27. Buenos Aires: CLACSO.

Sousa Santos, B. (2007) *Una reflexión sobre los nuevos movimientos sociales*. En el curso “Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa” del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED).

Stefanoni, P. (2007). Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales. *Nueva Sociedad* 209, mayo-junio. Pp. 46-65.

Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006). *Evo Morales: De la coca al palacio*. La Paz: Malatesta.

Stefanoni, P. (2003). MAS-IPSP: la emergencia del nacionalismo plebeyo. *Osal*, año IV, Nro. 12: Pp. 57-68. Buenos Aires: CLACSO

Stefanoni, P. (2002). El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003). *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/stefanoni.pdf>

Svampa, M. (2007): Los múltiples rostros de Bolivia. En: Svampa Maristella y Pablo Stefanoni (comp.) *Bolivia: Memoria, Insurgencia y Movimientos Sociales*, Buenos Aires: El Colectivo.

Tapia, L. (2005). La cuarta derrota del neoliberalismo en Bolivia. En *Osal*, año VI N°. 17. Pp. 153-158. Buenos Aires: CLACSO

Viaña J. y Orozco, S. (2007). El cierre de un ciclo y la compleja relación movimientos sociales-gobierno en Bolivia”. En *OSAL*, Año VIII, N° 22, septiembre. Pag 119-129. Buenos Aires: CLACSO



Estudio del proceso de separación del problema de la desocupación y la acción piquetera

Por María Maneiro, Ariel Farías y Guadalupe Santana *



Resumen

Este trabajo constituye un avance de una investigación más amplia. Las preguntas que guiaron esta aproximación podrían sintetizarse de la siguiente manera ¿de qué manera aparecen en los medios masivos de comunicación los movimientos de trabajadores desocupados? ¿Cuán articulados aparecen sus acciones de lucha respecto del problema de la desocupación? ¿Se pueden identificar hitos que marquen rupturas en esta relación?

Con estos primeros interrogantes y luego de una mirada panorámica de las noticias, construimos las hipótesis iniciales. A saber: durante la segunda mitad del año 2004 se produce la ruptura de lo que durante casi 10 años había configurado el trípode general del heterogéneo movimiento de trabajadores desocupados. El quiebre de este trípode no es un fenómeno desligado de las relaciones de fuerza sociales, sino que condensa la realización de un requerimiento de múltiples fracciones sociales ya venían pujando por esta ruptura desde el año 2002. Es así como podemos hablar de una fase de producción y otra de realización de tal proceso de quiebre.

El enigma analítico que sustenta el trabajo podría sintetizarse de la siguiente manera: ¿El desanudamiento de este trípode puede ser leído como la realización del proceso de despolitización instituyente del problema de la desocupación?

Con el objeto de dar respuesta a estos interrogantes y contrastar las hipótesis, decidimos indagar la aparición mediática de la cuestión en el periódico de mayor tirada del país.

La matriz empírica que construimos consta de 332 noticias que fueron seleccionadas a partir de la búsqueda automática, de los términos desocupado, desocupación, piquete y piquetero en las noticias publicadas entre 2004 y 2007.

Palabras clave

Movimientos sociales. Trabajadores desocupados. Movimiento piquetero. Conflicto social. Protesta social.

* IIGG/ UBA



Research about the gap between the unemployment problem and the action of piqueteros

Summary

This article is an advance of a vaster research. The questions which had leaded it could be resume into the following: how do the unemployed workers movements appear in the mass media of communication? How articulated are shown their protest actions with the unemployment issue? Is it possible to identify breaking-off milestones in this relation?

Considering these questions and after a first view of the news we designed the initials hypothesis: during the second half of the year 2004 takes place the separation of those elements that had made up of the unemployed movements general tripod for almost 10 years. The break of this tripod is not a phenomenon dissociated to social relations of force but one that condenses a multiple social fractions requirements which had been demanding for this break since 2002. It is in this sense that we can refer to two phases: one of production and another of realization as parts of a breaking-off process.

The analytic enigma that maintains our research might be summarize into this question: Could the dissociation of this tripod be read as a realization of the unemployment issue depolitization process?

In order to look for some answers and to contrast the hypothesis we decided to investigate the public appearance of this matter in the most read newspaper in this country.

We designed an empiric matrix containing 322 news. Those were selected by the newspaper website automatic research applied over the concepts: unemployed, unemployment, piquete and piquetero, publicized between 2004 and 2007.

Keywords

Social movements . Unemployed workers. Movement of piqueteros. Social Conflict. Social Protest.

1. Introducción

Este trabajo se basa en el análisis de las notas publicadas por el diario *Clarín* entre los años 2004 y 2007 que remiten a lo que hemos dado en llamar como trípode general del movimiento de trabajadores desocupados.

Con la noción de trípode general del movimiento nos referimos a la vinculación orgánica entre una forma particular de protesta, los piquetes, un sector específico de la clase trabajadora, los trabajadores desocupados investidos de la identidad de piqueteros y una demanda hegemónica, empleo y/o sus sucedáneos precarios, los planes asistenciales¹.

El trabajo supuso un estudio cuali-cuantitativo de las notas producidas por el diario *Clarín* referidas a los dos núcleos centrales que componen este trípode: la cuestión de la desocupación y la cuestión del piqueterismo. Estos dos núcleos de sentido nos insertan de lleno en una discusión que atraviesa los análisis sobre este objeto de estudio: ¿cuáles son y cómo se articulan los núcleos conformadores de colectividad de los movimientos de trabajadores desocupados?²

¹ Es menester decir que este trípode general posee contenidos particulares en cada movimiento y se ha modificado a lo largo de los casi 10 años a los cuales nos remitimos (1996-2005). Ver Maneiro, M. (2007) *De encuentros y desencuentros. Una aproximación a las relaciones entre el estado y los movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996-2005)*. Río de Janeiro: Tesis de doctorado, IUPERJ.

² En algún sentido el interrogante precedente se vincula con preocupaciones previas que ya habían sido enunciadas en trabajos anteriores. Ver: Maneiro, M. (2007). *De encuentros y desencuentros. Una aproximación a las relaciones entre el estado y los movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996-2005)*. Op. cit.; Maneiro, M. (2008). Las dos vías de la experiencia de los movimientos de trabajadores desocupados. En J. Montes Cató y P. Lenguita (eds.) *Resistencias Laborales. Experiencias de repolitización del trabajo en Argentina*. México: Insumisos Latinoamericanos, 135-156; Maneiro, M.; Farías, A. y Santana, G. (2008). Divergencias y homogeneidades en el movimiento de trabajadores desocupados, ponencia presentada en las *II Jornadas de intercambio de proyectos de investigación y extensión*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA; Maneiro, M., Farías, A. y Santana, G. (2009). Desanudamiento del problema de la desocupación y la





Dentro de la bibliografía existente podemos identificar dos matrices explicativas fundamentales: una que centra su mirada sobre los procesos estructurales provocados por la desintegración del modelo ford-taylorista y la desestructuración consecuente de las instituciones e identidades construidas en torno a ese modelo; y otra que pone el foco sobre el repertorio de protesta que se fueron instituyendo los movimientos de trabajadores desocupados, como elemento aglutinador y conformador identitario.

Mientras los desocupados y la desocupación se presentan como conceptos centrales dentro de la primera matriz; los piqueteros y los piquetes aparecen como elementos sobresalientes de la segunda. Estas matrices pueden estar engarzadas y/o entrecruzadas con un abordaje general que se subsume en lo que llamamos trípode general del movimiento y, muchas veces se aúna a un entrelazado analítico acerca de la crisis del modelo político/social construido por el peronismo.

En publicaciones previas trabajamos con algunas de las aristas que remiten a los procesos de construcción de colectividades de estas fracciones analizando las complejidades/potencialidades de la articulación orgánica entre los sentidos construidos por la identidad de *trabajadores desocupados* y de *piqueteros*. Allí se afirmaba que la autonominación de estos sectores, en sus momentos tempranos, como “movimientos de trabajadores desocupados”, evidenciaba que los sujetos se entroncaban en una acción común interpelados por la privación de la relación salarial que necesitaban para su sobrevivencia³. La relevancia histórica que ha tenido el trabajo

acción piquetera, ponencia presentada en el 1° Congreso sobre “Protesta social, acción colectiva y movimientos sociales. Buenos Aires: UBA.

³ Maneiro, M. (2007). *De encuentros y desencuentros. Una aproximación a las relaciones entre el estado y los movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996-2005)*. Op. cit., cap. 2; Maneiro, M. (2008). Las dos vías de la experiencia de los movimientos de trabajadores desocupados. Op. cit., 139-141.

asalariado como constitutivo de lo cotidiano en los sectores populares se expresa en la continuidad de su presencia simbólica más allá de su carencia fáctica. La representación social construida en torno a que es sólo a partir del salario que se logran obtener los recursos materiales y la dignidad social necesarios para la reproducción individual y familiar torna a este aspecto como constitutivo de la demarcación del nosotros explícito de los movimientos emergentes. A su vez, la constatación de una certeza acerca de la ruptura de los canales instituidos de “resolución de problemas”, se tornó en un catalizador de politicidad colectiva popular: los pobres devenidos en trabajadores desocupados, retomando la positividad de la identidad de trabajador se anclaban en ella para pedir soluciones a su situación actual de desocupados.

En este marco, aún sin modificaciones sustanciales en el contenido de las demandas, proveniente desde la exterioridad del movimiento, se comienza a instalar la nomenclatura piqueteros para los partícipes de estas protestas, de la mano de la masificación de los bloqueos de vías públicas y de la aparición pública de jóvenes como garantes aguerridos de los mismos⁴.

Durante los años de mayor movilización y radicalidad de las protestas, algunos movimientos de trabajadores desocupados recurrieron al uso de las caras tapadas (con remeras, gorros o pañuelos), para evitar el reconocimiento de las fuerzas de seguridad y a la portación de palos

⁴ El término “piquetero” no remite a un agente social (económico o cultural) aunque suele asociarse imaginariamente con el trabajador desocupado partícipe de los cortes de ruta. Esta nomenclatura surge como resultado de la forma metodológica que asume prioridad en su lucha: los piqueteros son los que hacen piquetes, los que bloquean las vías públicas. Este término fue acuñado durante las puebladas de Neuquén en Cutralco y Plaza Huincul en 1996. Estas acciones, mediatizadas, se tornaron en los relatos identitarios contruidos por el movimiento, del primer corte de rutas. Sin embargo, para los propios neuquinos, este término trae consigo una carga negativa, puesto que en la memoria popular los piqueteros de esas jornadas fueron quienes negociaron con las autoridades estatales y desoyeron las voces populares; inversamente, en Buenos Aires, el término identificará a las fracciones más combativas del movimiento de trabajadores desocupados (que en el caso neuquino serían llamados como fogoneros).





para la seguridad interna (y para defenderse de las fuerzas de seguridad en casos de represión). Es así como el término piquetero se fue anudando con la imagen de los jóvenes beligerantes que confrontaban directamente en las rutas. Tras el modelo disruptivo, el rencor de clase de los jóvenes que han sido despojados de todo derecho brotaba con crudeza evidenciando la modalidad callejera de la politicidad popular instituyente.

Desde una mirada diferente a la que proponemos, Massetti⁵, plantea que el piqueterismo surge desde múltiples fracciones sociales y sostiene, a su vez, que existen diversas trayectorias y situaciones de desocupación. Su argumento lanza una crítica hacia los abordajes que articulan esta emergencia con los procesos macro de desocupación generalizada. El nudo de la discusión se centra en la interrogación acerca de cómo es posible que estos procesos que habían sido entendidos como devastadores para los lazos sociales, ahora, sean los que muten en posibilitadores del colectivo. Este autor sostiene que la construcción identitaria a partir de entramados diferenciales es posible debido a la capacidad aglutinante que emerge del “ámbito-momento” de la protesta: mientras la desocupación atomiza, la protesta aglutina.

No cuestionamos que las acciones de lucha aglutinen, sin embargo lo que podría discutirse es cuáles son los procesos que hacen posible ese estar juntos allí, cuál es la historicidad de ese “ámbito-momento”, qué aspectos de comunidad potencial existían en estos entramados que se muestran abigarrados, qué status poseen las demandas que se conforman en catalizadores de la comunidad en formación.

Es así como nos situamos más cerca de otros autores que aún reconociendo la identidad construida a partir de la acción colectiva misma, reafirman la centralidad de los nudos históricamente

⁵ Massetti, A. (2004). *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Buenos Aires: De las Ciencias, cap. 2.

construidos por las relaciones laborales y enfatizan la relevancia de la demanda de empleo, la centralidad del trabajo como articulador de horizontes dentro de los sectores populares⁶ y la autoproclamación de los propios colectivos bajo el nombre de trabajadores desocupados⁷. Dicho énfasis supone una resignificación de la historicidad del mundo popular y no apunta, sin embargo, a la subvaloración de la relevancia de los entramados políticos (crisis del peronismo punteril) y sociales (relevancia de los lazos territoriales), como así también de la significativa construcción identitaria de los jóvenes beligerantes como piqueteros (con el rencor de clase manifiesto en sus armas de defensa). La articulación –con énfasis y modos diversos– de estos componentes, es lo que llamamos trípode general del movimiento de trabajadores desocupados.

El interrogante que nos acecha en este trabajo es el siguiente: Estos dos núcleos de sentido, que se presentaron articulados por casi 10 años ¿continúan apareciendo ligados? ¿Qué presencia tiene la cuestión de la desocupación dentro del discurso mediático? ¿Qué presencia tiene el piqueterismo? ¿Puede notarse una cierta brecha en las remisiones que se producen y reproducen desde los medios masivos de comunicación en relación con estos significantes? ¿Cómo son, en términos precisos, estos procesos de ligazón y separación? ¿Podemos identificar cambios al interior de cada uno de estos núcleos de sentido? ¿Logramos identificar hitos que nos remitan a momentos diferenciales en la relación entre estos dos núcleos? Con el objeto de dar respuesta a estos interrogantes, el equipo decidió explorar la aparición mediática de la cuestión en el periódico de mayor tirada del país (en su versión digital).

⁶ Ciolli, K., Ciolli, V., Cornes, L., Domínguez Font, P. (2005). Subjetividad y praxis cooperativa. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación. Disponible en Internet en: <http://www.centrocultural.coop/uploads/subjetividadypraxiscooperativa.pdf>.

⁷ Maneiro, M. (2007). *De encuentros y desencuentros. Una aproximación a las relaciones entre el estado y los movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996-2005)*. Op. cit., cap. 2.





2. Hacia la construcción del corpus

El discurso mediático constituye un material que nos permite adentrarnos en el territorio de la producción social de sentido; este material no describe exactamente la realidad, sino que expresa el conjunto de representaciones que construye un colectivo social, o distintas fracciones del mismo, acerca de ella. La forma en la que un colectivo se representa la realidad y por lo tanto a sí mismo, ya que es parte de ella, es un componente esencial de la acción colectiva y, por consiguiente, un elemento fundamental para el análisis de lo social. El análisis de contenido del discurso mediático, entonces, no buscará develar a través de ellos una realidad externa al texto, sino, la realización de un análisis abocándonos en las formas de representación que supone.

Desde este prisma teórico, entendemos que es posible, a través de la construcción y análisis de universos discursivos, identificar series textuales que remitan tanto a los procesos de producción social de sentido, como a las disputas entabladas en torno a dicho sentido.

La técnica utilizada para la construcción del corpus refiere al campo específico del análisis de contenido:

Por un lado, se realizó un análisis temático del material, para ello se construyó una serie de categorías que resultaron significativas para el equipo de trabajo, se generó una base de datos y luego se procedió al análisis de frecuencias y estadístico.

Por otro lado, se realizó un análisis de co-presencias, intentando identificar la aparición conjunta dentro de un texto delimitado (en este caso, cuerpo o titular de la nota) de las categorías construidas. Esta técnica intenta avanzar más allá del análisis estadístico de presencia de términos, intentando indagar acerca del contenido semántico.

Las categorías que construimos nos remiten a dos familias de palabras que constituyen núcleos discursivos ligados al trípode que mencionamos al comenzar el texto.

Por una parte, la problemática ligada a la desocupación está compuesta por las categorías: desocupación, desempleo, desocupado y desempleado. Por otra parte, la problemática vinculada al piqueterismo se encuentra compuesto por las categorías: piquetero, piquete y corte.

El corpus que construyó el equipo de trabajo es de 332 notas para el período 2004-2007. Éstas resultaron de la búsqueda automática, con las herramientas que el mismo periódico brinda, a partir de la selección de las notas que incluían los términos: desocupación/desocupado y piquete/piquetero⁸. A este corpus se le sobrepusieron algunos filtros decididos por el propio equipo: se eliminaron de la base de datos las noticias que referían a problemáticas externas a la República Argentina⁹ o las remisiones a representaciones artísticas sobre la temática¹⁰, siempre y cuando no supusieran la participación directa de miembros de organizaciones de desocupados en el seno de las mismas¹¹ y aquellas que, utilizando alguno de estos conceptos, remitían a cuestiones muy alejadas del significante original¹².

⁸ El corpus de noticias se construyó a partir de los términos: piquetero, piquete, desocupado y desocupación. En el proceso de trabajo se advirtió que otros términos presentados como “sinónimos”, resultaban significativos para el análisis y se los incluyó en el conteo por términos. Son: *desempleo/desempleado* y *corte*.

⁹ “Un piquete a Nicole Kidman en Roma”. *Clarín*, 12-09-2006

¹⁰ “Volvió ‘Gran Cuñado’: Cuando la imitación es más divertida que la realidad (...) El primer eliminado fue Raúl ‘el piquetero’”. *Clarín*, 12-10-2005.

¹¹ “Castells: de piquetero a partenaire de Tinelli”. *Clarín*, 21-10-2007.

¹² Un caso extremo en lo que se refiere a la amplitud que adquiere el término se puede encontrar en la noticia “Piquete de doblistas” del 03-09-2005 que se refiere a la posibilidad de que los tenistas que juegan dobles en el US Open se queden sin espacio para jugar, por ello planean mandar una carta y de no responderse a sus reclamos, entrar en un proceso judicial.





A partir de estas noticias se confeccionó una base de datos realizando un conteo exhaustivo de las remisiones a cada una de las palabras en todas las noticias, esa base consta de 2284 palabras.

Por último, se realizó un análisis de co-presencias. Este tipo de análisis refiere al conteo de la aparición simultánea de dos conjuntos de palabras. Uno de ellos remite a la presencia, en una misma noticia, de la “familia” de palabras vinculada a lo que hemos dado en llamar la cuestión piquetera. Con ellas hemos armado una categoría amplia de co-presencias que contiene la aparición de dos o más de los siguientes términos: piquetero, piquete y corte¹³ (cada una de estas palabras con su femenino, si corresponde y su plural). Por otra parte, el otro conjunto remite a la “familia” de palabras constituyente de lo que hemos nominado como la cuestión de la desocupación. Aquí se registran las apariciones en una misma noticia a dos o más de los siguientes términos; desocupado, desempleado, desocupación y desempleo¹⁴. Por último hemos registrado la intersección entre ambas familias en el seno de una misma noticia. Este último registro es el que nos permitirá ingresar en las redes de vinculación/ruptura de la matriz piquetera, como proceso popular de politicidad instituyente que demanda respuestas al problema de la desocupación.

Con este objeto, primero contabilizamos –por separado– las menciones de estos dos conjuntos de términos y su intersección en titulares y en cuerpo y luego sumamos los resultados para el análisis (es decir, no se contabilizaron como menciones conjuntas la aparición de una palabra en un titular con respecto a otra que se encuentra en el cuerpo).

¹³ No se contó como co-presencia la aparición del par corte-piquete, por considerarlos en la función sinonímica

¹⁴ No se contó como co-presencia la aparición del par desempleo-desocupación y desempleado-desocupado, por considerarlos “sinónimos”.

Asimismo, con el fin de construir la exhaustividad de las categorías, cuando hubo menciones al interior de una familia y menciones que articulaban a los conjuntos en la misma nota o titular, se priorizó la mención que vinculaba a ambas familias.

3. Descripción general del corpus

La serie estudiada comienza en enero del año 2004. A pesar de que habían pasado pocos meses desde la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación, un rápido proceso de modificación de las formas de vinculación de la gestión con los movimientos de trabajadores desocupados estaba en ciernes.

A su vez, no se puede desestimar la relevancia que la modificación del contexto laboral comenzaba a producir en los sectores populares en general y para los movimientos de trabajadores desocupados en particular. El sostenido crecimiento del PBI (8% anual) durante estos años mermó la relevancia de la consigna central de los movimientos y dio como resultado una merma en la participación y una modificación respecto del perfil de los miembros de los mismos¹⁵. Es así como, seguramente los datos que se evidencian en nuestra primera aproximación empírica están vinculados con dichos aspectos.

En esta distribución, el año 2004 presenta una magnitud diferencial con respecto a los otros años, con más de dos quintos del conjunto de noticias. Por otro lado, entre los años restantes existe cierta homogeneidad en lo que respecta a la cantidad de noticias.

¹⁵ Con todo, sin desmerecer la relevancia social que el proceso de disminución del desempleo supuso para los sectores populares (en mayo de 2002 el índice de desocupación en el GBA ascendía al 22% pero en los dos años siguientes éste fue reduciéndose significativamente comprendiendo, en el último trimestre de 2005, al 11% de la PEA) se debe mencionar que la baja remuneración y la precariedad caracterizaron a los puestos de trabajo generados.





Cuadro I: Distribución noticias según año

	N	%
2004	147	44,28
2005	59	17,77
2006	66	19,88
2007	60	18,07
Total	332	100,00

Nota: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

Con esta primera evidencia nos interrogamos acerca de si esta diferencia se expresa también en una distribución diferencial de los términos agregados que constituyen nuestras palabras clave, a saber: desocupado, desocupación, desempleo, desempleado, piquete, corte y piquetero. Observemos la distribución temporal de las palabras:

Cuadro II: Distribución de palabras claves según año

Palabras según año	N	%
2004	1051	46,02
2005	434	19,00
2006	398	17,43
2007	401	17,56
Total	2284	100,00

Nota: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

En la distribución de las palabras por año observamos, tal como en el primer cuadro, un corte entre el año 2004 y el resto de los años. En la distribución porcentual, 2004 representa casi la mitad del total de las palabras. Mientras tanto, los años subsiguientes mantienen una relativa constancia, cuyas divergencias sólo emergerán a partir de la distribución según palabra clave.

Veamos ahora cómo se distribuye el corpus según palabra clave:

Cuadro III: Frecuencia de aparición de las palabras claves

Palabras claves	N	%
Desocupado	339	14,84
Desocupación	326	14,27
Desempleado	36	1,58
Desempleo	381	16,68
Piquetero	945	41,37
Piquete	121	5,30
Corte	136	5,95
Total	2284	100,00

Nota: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

En lo que hace a los términos que conforman el núcleo ligado a la cuestión piquetera, la palabra *piquetero* –usada como sustantivo o como adjetivo– representa más de dos quintos del total del corpus. La relevancia de los actores sociales que remiten a esta identidad queda plasmada en su envergadura empírica. Un proceso previo que parece instalado denota el status público de esta identidad. Sin embargo, resulta llamativo el bajo peso de las palabras *corte* y *piquete*. ¿Se habrán disociado las remisiones de la personificación del hacedor de piquetes respecto de las acciones propiamente dichas? ¿Será que la instalación de la cual hablamos habrá ido perdiendo su espectro de productividad popular colectiva? ¿Podemos saber qué significan estas magnitudes sin entrar en una mirada más detallada del proceso? Intentaremos responder estos interrogantes en las próximas páginas.





Al interior del núcleo ligado a la cuestión de la desocupación, sobresale en primer lugar, la magnitud de aparición de los términos *desempleo* y *desocupación*. Estos sustantivos despersonificados, condensadores de procesos sociales complejos, emergen con mucha mayor fuerza que sus corporizaciones reales. El peso de la palabra *desempleado* es muy bajo y puede suponerse que se utiliza muy poco como sinónimo de *desocupado*. Estos dos términos sumados sólo llegan a constituir la mitad de las remisiones a sus correlatos des-subjetivizados. ¿Será que la cuestión de la desocupación habrá dejado de ser una demanda pública cuya emergencia surge de la presión popular? ¿Estaremos frente a un proceso de modificación del significado de este significante?

4. Abriéndonos paso hacia el análisis

En el apartado anterior hicimos una somera presentación de lo que surge de la primera descripción de nuestro material de trabajo. Por un lado, y ligado a las transformaciones contextuales que nombramos, el año 2004 por la diferente magnitud de presencia de palabras clave (casi la mitad del total), aparece como un momento disímil dentro de la serie temporal propuesta. Por otro lado, hemos llamado la atención sobre el singular peso que adquiere el término *piquetero* dentro de la distribución según palabras (más de dos quintos del total). Con estas evidencias construimos una serie de hipótesis:

El año 2004 pertenece a una serie distinta con respecto a los años 2005-2007, las relaciones que se establecen en ese año entre las palabras clave y los núcleos de análisis se diferencian de la fase siguiente.

Esa diferencia en la distribución está relacionada con la forma que adquiere la distribución de la palabra *piquetero*, por lo que el cambio en la serie podría estar relacionado con el cambio en el peso que manifiesta dicha palabra.

En una primera exploración de nuestras hipótesis, mostraremos, a través del cuadro IV, la distribución de palabras según el año de aparición.

El dato que a primera vista se presenta como el más significativo de esta distribución es la estrepitosa caída de la palabra *piquetero*, que pasa de representar más de la mitad del conjunto de las palabras en el año 2004, a representar un quinto, en el año 2007. La tendencia inversa la presentan las palabras *desocupación* (del 9,99 % en 2004 al 21,95% en 2007) y *desempleo* (del 11,70% en 2004 al 25,19% en 2007). No se da un crecimiento en valores absolutos, la distribución está regida por el descenso de la palabra *piquetero*, se produce, entonces, un crecimiento en términos relativos.

Por otro lado, tanto la palabra *desocupado*, como la palabra *piquete*, definen tendencias menos significativas pero no por ello despreciables. Llama la atención la caída del término *desocupado* en el año 2005 y el





ascenso de la palabra *piquete*¹⁶, escindiéndose de la tendencia de la palabra *piquetero*. Por último, la palabra *desempleado* no resulta significativa en ningún año, mientras que *corte* dibuja una curva en constante descenso desde el año 2004, aunque no tan marcado como los descensos anteriormente descriptos.

Cuadro IV: Distribución palabras claves según año

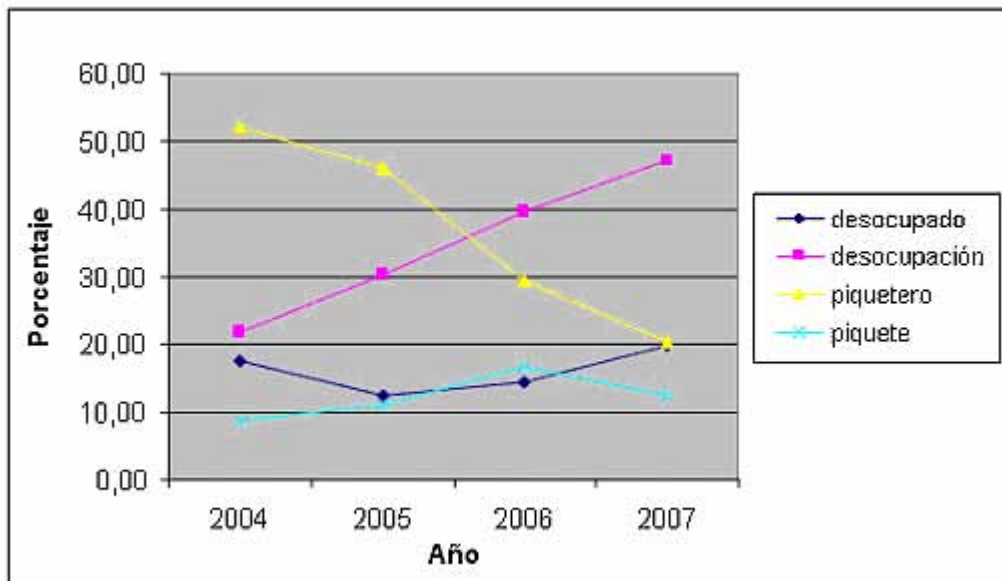
Palabra	Año								Total	
	2004		2005		2006		2007			
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Desocupado	174	16,56	43	9,91	48	12,06	74	18,45	339	14,84
Desocupación	105	9,99	65	14,98	68	17,09	88	21,95	326	14,27
Desempleado	10	0,95	11	2,53	9	2,26	6	1,50	36	1,58
Desempleo	123	11,70	67	15,44	90	22,61	101	25,19	381	16,68
Piquetero	546	51,95	200	46,08	117	29,40	82	20,45	945	41,37
Piquete	32	3,04	18	4,15	41	10,30	30	7,48	121	5,30
Corte	61	5,80	30	6,91	25	6,28	20	4,99	136	5,95
Total	1051	100,00	434	100,00	398	100,00	401	100,00	2284	100,00

Nota: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

Para lograr asir la distribución enunciada colocamos el gráfico siguiente, construido a partir de palabras agrupadas:

¹⁶ El término *piquete*, por su diseño particular, merece una atención cualitativa especial. En un trabajo anterior de este equipo, comenzamos a explorar el cambio de significación del término que, desde la prensa, pasaría de nominar los piquetes encabezados por movimientos de trabajadores desocupados a los cortes protagonizados por otros sectores sociales, especialmente de trabajadores en actividad.

Gráfico I: Distribución palabras claves agrupadas según año¹⁷



Fuente: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

Las tendencias se hacen más notorias, la directriz de la palabra *desocupación* dentro de la distribución total es la inversa que la de la palabra *piquetero*. Por otro lado, dentro de las tendencias de menor envergadura, mientras que *desocupado* presenta un descenso no muy pronunciado entre los años 2004 y 2005 y un leve ascenso desde ese año hasta 2007, *piquete* mantiene una curva ascendente hasta 2006 para luego descender.

Tomando en cuenta esta representación gráfica podríamos decir que no existe una diferencia que posibilite hablar de un corte entre el año 2004 y los años 2005-2007 como expresamos en la hipótesis, pues ya en 2004, la *desocupación* pareciera estar desarticulada de la palabra *piquetero*.

¹⁷ Con el objeto de hacer más simple el gráfico se han agregado palabras bajo el supuesto del sinónimo: las categorías que construimos son: *desocupado* (compuesta por los términos *desocupado* y *desempleado*); *desocupación*: (conteniendo las palabras *desocupación* y *desempleo*), *piquetero* y *piquete* (compuesta por *piquete* y *corte*).





Como contrapunto se evidencia un notorio cruce entre los términos piquetero y desocupación, cuyas direcciones se invierten entre fines de 2005 y comienzos de 2006.

Por otra parte, el término desocupado pareciera seguir la misma tendencia, aunque con diferente magnitud, que la palabra piquetero en 2004, para luego pasar a dibujar una curva opuesta en 2005-2007. Paralelamente, piquete asciende hasta 2006, desde donde comienza a presentar un leve descenso.

De todas estas evidencias un aspecto no se puede soslayar: la centralidad que asumía al principio de la serie la remisión al piquetero se va eclipsando, mientras lo contrario ocurre con la palabra desocupación. Un sustantivo que remite a una referencia popular beligerante va perdiendo fuerza a medida que crece la relevancia de un sustantivo despersonificado que parece haber mutado de significado.

La conclusión previa es irrefutable, no obstante seguimos creyendo que este proceso tiene que tener un hito con la finalización del año 2004. Pensamos que la invisibilidad de tal hito surge de la forma en que propusimos leer los datos. Si lo pensamos en detalle, al analizar el peso de cada palabra sobre el total de las mismas estamos obturando la mirada sobre lo que nos interesa: el peso diferencial del año 2004 con respecto a los años 2005-2007. El proceso que debemos seguir, entonces, es el inverso, construiremos dos fases dentro del proceso y constataremos qué sucede con cada término al interior de las mismas.

5. Proponiendo otra mirada

Teniendo en cuenta nuestras hipótesis, el año 2005 representaría el inicio de una nueva fase, por lo tanto vamos a tomar sus valores como base de comparación. Luego, pondremos a prueba las conjeturas iniciales, midiendo la relevancia de cada término en cada una de las fases construidas.

Veamos el conjunto de esta nueva distribución:

Cuadro V: Distribución por año según palabra clave

Palabra clave	N	%	VIA1	Palabra clave	N	%	VIA
Desocupado¹⁸				Piquetero			
2004	174	51,33	404,65	2004	546	57,78	273,00
2005	43	12,68	100,00	2005	200	21,16	100,00
2006	48	14,16	111,63	2006	117	12,38	58,50
2007	74	21,83	172,09	2007	82	8,68	41,00
Total	339	100,00		Total	945	100,00	
Desocupación				Piquete			
2004	105	32,21	161,54	2004	32	26,45	177,78
2005	65	19,94	100,00	2005	18	14,88	100,00
2006	68	20,86	104,62	2006	41	33,88	227,78
2007	88	26,99	135,38	2007	30	24,79	166,67
Total	326	100,00		Total	121	100,00	
Desempleo				Corte			
2004	123	32,28	183,58	2004	61	44,85	203,33
2005	67	17,59	100,00	2005	30	22,06	100,00
2006	90	23,62	134,33	2006	25	18,38	83,33
2007	101	26,51	150,75	2007	20	14,71	66,67
Total	381	100,00		Total	136	100,00	

1 Variación interanual tomando como base 100 al año 2005.
 Fuente: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

¹⁸ Los datos presentados con antelación mostraron que la palabra *desempleado* no resulta significativa pues tiene una presencia de tan sólo 1,58%, por lo tanto, de aquí en adelante vamos a trabajar sin ella.





Los planetas se alinean, lo que se nos presentaba confuso y sin relación comienza a hacerse inteligible.

El año 2004 se exhibe como diferencial, pues todas las palabras siguen la misma tendencia descendente a partir de ese año, en cambio en los años posteriores, las curvas son divergentes.

Ciertamente la magnitud de las referencias acerca de estas problemáticas durante el 2004 mella toda la distribución. Los términos quedan en otro escalón a partir de 2005. Nuestra hipótesis supone que las diferencias cuantitativas devienen en diferencias cualitativas. Lo que nos interesa, entonces, es hacer inteligible qué sucede en esta fase posterior luego del declive general de todos los términos que hemos inspeccionado.

Con respecto a las remisiones a la familia de términos ligados a la cuestión de la *desocupación*. Resulta notoria la brusca caída de la palabra *desocupado* en el período 2004-2005 y el posterior ascenso. Los términos *desempleo* y *desocupación* siguen tendencias muy similares, a saber: una baja, menos pronunciada que la del término *desocupado*, hacia 2005 y más tarde, un ascenso leve pero sostenido. Nos preguntamos entonces ¿este ascenso traerá consigo similares remisiones en el significado de dichos términos? ¿Serán los mismos grupos sociales y con homogéneos intereses los que harán emergentes estos significantes?

En lo que hace al otro conjunto de palabras varios son los aspectos a tener en cuenta. El primer aspecto, cuantitativa y cualitativamente más relevante, es la profunda caída del término *piquetero*. La centralidad de esta baja es tal que pese a todo, en el conteo general sigue emergiendo como el término cuantitativamente más importante de este estudio. No obstante, con el cuadro previo se puede notar la dirección abruptamente descendente de sus apariciones. Si al comienzo del

texto osamos decir que la relevancia de los actores sociales que remiten a esta identidad quedaba plasmada en su envergadura empírica, luego de este análisis podemos saber que el proceso previo que parecía haber instalado el status público de esta identidad logró resquebrajarse de forma abrupta. Los grupos sociales que ya desde mucho tiempo antes renegaban públicamente de la beligerancia de estos sectores y que demandaban su cercamiento, fueron logrando su cometido. La irreverencia plebeya que articulaban estas fracciones fue desmoronada a partir del quiebre de su trípode. Es decir, mediante la desarticulación entre la demanda de empleo y/o sus sucedáneos precarios –fuertemente deslegitimados a partir del proceso de reactivación económica–, la identificación del actor beligerante como piquetero y la acción a partir de cortes y piquetes. Es en este contexto que logra asirse la especificidad con la que emergen los términos *corte* y *piquete*. Ambos, aún poseyendo similares bajas magnitudes, muestran direcciones diferentes. El término *corte*, parece remitir a la misma tendencia de baja de la palabra *piquetero*. Mientras que la palabra *piquete* presenta una tendencia zigzagueante que remite a una re-significación de la misma en referencia al uso de la herramienta que hacen otros grupos sociales (fundamentalmente trabajadores en activo)¹⁹.

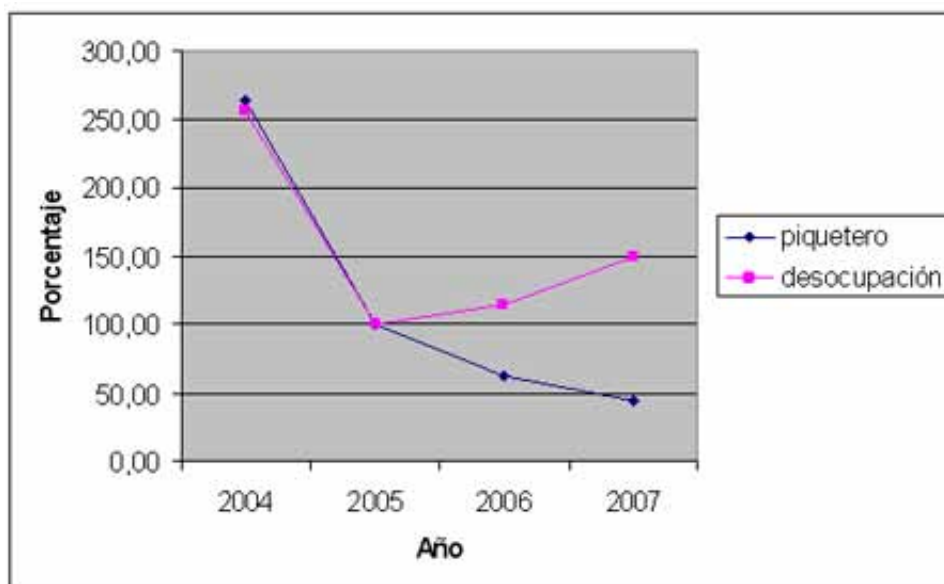
Luego de la descripción detallada que mostramos en los párrafos previos, estamos en condiciones de llegar a visualizar la tendencia general en forma agregada. Con ese objeto veamos cómo se presentan estos núcleos en la representación gráfica:

¹⁹ Ya hemos hecho alusión a que lo diferencial de esta tendencia pareciera remitir la utilización del término *piquete* como referencia a protestas de otro tipo, cuyo estudio merecería un trabajo aparte. Por lo tanto, quitaremos la palabra *piquete*, pues luego del periodo 2004-2005, durante el cual mantiene asociación con la palabra *piquetero*, se da un desplazamiento de sentido y ambos términos cobran independencia.





Gráfico II: Distribución interanual de los términos ligados a la *desocupación* y a lo *piquetero*



Fuente: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

La rotunda diferencia de las curvas nos permite afirmar algunas de nuestra hipótesis:

El año 2004 se presenta como el fin de una fase en la cual la cuestión *piquetera* mostraba una tendencia similar con respecto a las apariciones mediáticas del problema de la *desocupación*.

El período 2005-2007 inicia una nueva fase en la que la expresión mediática de las identidades ligadas a lo *piquetero* se separan y muestran tendencias opuestas respecto de las remisiones a la cuestión de la *desocupación*.

El peso decreciente de la cuestión *piquetera* en los medios se torna un observable de la precaria instalación de estos sectores como identidad con status público; su presencia mediática se encuentra fuertemente

ligada a la capacidad de acciones beligerantes o a la capacidad mediática de un grupo reducido de referentes.

La tendencia que expresa la familia de términos ligados a la cuestión de la *desocupación* denota un proceso de modificación del sentido del término y, junto con ello, de los sujetos que lo enarbolan. La cuestión de la *desocupación* emerge en el discurso mediático como un problema resuelto de manera instituida, a partir de la gestión gubernamental. La legitimidad de las acciones populares de carácter instituyente se ve mermada por la supuesta resolución del problema que los acogía.

El peso diferencial de la palabra *piquetero* en el año 2004 nos hace tomar dicho significante como un espejo sobre el cual se pueden leer las tendencias de los demás términos:

1. Se observa una semejanza de éste con el término *desocupado* en la primera fase (año 2004).
2. Se evidencia una trayectoria común durante toda la serie con respecto a la palabra *corte*.
3. Se manifiesta una dirección similar con respecto a la palabra *piquete* en la primera fase y una significativa divergencia en el período 2005-2007, que remite a la escisión de la vinculación orgánica entre los *piquetes* y los *piqueteros*. La modularidad de la herramienta de lucha resulta evidente.
4. Se expresa una trayectoria semejante con respecto al agrupamiento *desocupación-desempleo* en el año 2004 y una posterior ruptura.





6. Adentrándonos en el proceso de ruptura del trípode

Al comienzo de este trabajo se afirmó que el análisis de la frecuencia y la distribución de términos no permiten ingresar en el contenido semántico. Con el objeto de salir de este encierro, en la última parte de este texto ingresaremos en el análisis de co-presencias.

En este caso, pretendemos indagar la continuidad o ruptura de la simultaneidad de aparición de los términos componentes de los conjuntos contruidos como indicadores de la *cuestión de la desocupación* y la *cuestión piquetera*.

Como se vio en los últimos cuadros y gráficos, las distribuciones interanuales muestran que, mientras durante el año 2004, aparece una llamativa similitud en la frecuencia de los términos que remiten a las dos problemáticas que nos interpelan, ésta se esfuma en el transcurso de los años subsiguientes. En otras palabras dicha tendencia y magnitud similar se quiebra y dos tendencias divergentes se abren desde ese momento.

Durante el año 2004, la similitud de frecuencias y de tendencias nos interroga acerca de la posibilidad de una relación entre ambos términos, y con ello entre los procesos en los cuales dichos términos se anudan. No obstante tales similitudes no resultan *per se* un indicador de esta vinculación. La hipótesis con la que trabajamos en la parte final de esta presentación es la siguiente: durante el transcurso del año 2004 se va produciendo el quiebre del trípode del movimiento; esto es, durante este año se termina de producir la ruptura de la matriz piquetera asociada al problema de la desocupación, dicha producción se expresa como realización a partir del año 2005.

Entrando en las evidencias empíricas, resulta sobresaliente la cuestión de que el año 2004 representa más de la mitad de las presencias

simultáneas de términos. Por otro lado, al igual que en las menciones por palabras –detalladas anteriormente– se observa un marcado descenso entre el año 2004 y el año 2005. Esta divergencia cuantitativa posibilita plantear también, como hipótesis, una diferencia cualitativa entre el año 2004 y el período 2005-2007.

Nos preguntamos, entonces, si habrá algún indicador de que este proceso de corte remita a aquello que nosotros hemos dado en llamar como ruptura del trípode que se compone de un tipo de acción (los piquetes), un sujeto de esta acción (los piqueteros, como forma de nominar a los trabajadores desocupados organizados de manera colectiva) y una demanda particular (la resolución del problema de la desocupación). Veamos, con este norte, cómo se distribuyen las menciones conjuntas según el tipo de co-presencia manifiesta durante los años que componen la serie.

Cuadro VI: Distribución según tipo de co-presencias por año

Año	Intersección de términos de ambas familias			Familia de términos ligados a la desocupación			Familia de términos ligados a lo piquetero			Total noticias c/ co-presencias	
	N	%	VIA1	N	%	VIA	N	%	VIA	N	%
2004	48	75,00	600	25	37,31	227,27	32	57,14	188,24	105	56,15
2005	8	12,50	100	11	16,42	100,00	17	30,36	100,00	36	19,25
2006	4	6,25	50	13	19,40	118,18	3	5,36	17,65	20	10,70
2007	4	6,25	50	18	26,87	163,64	4	7,14	23,53	26	13,90
Total	64	100		67	100		56	100		187	100

1 Variación interanual tomando como base al año 2005.

Fuente: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

Como se puede ver, la magnitud de las co-presencias durante el año 2004 hace que los tres tipos se vean sobre-representados con respecto a los años posteriores. No obstante, la envergadura de las





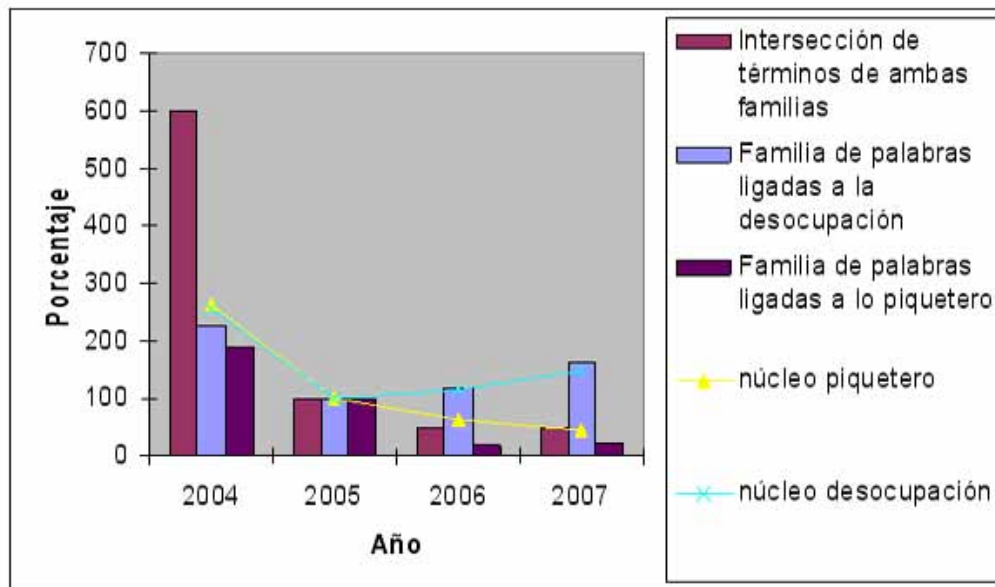
intersecciones de términos de ambas familias va más allá de la tendencia general, pues si durante el 2004 se evidencia algo más de la mitad del total de las co-presencias, en lo que se refiere a las intersecciones entre los términos de ambas familias, es durante ese año que se constatan tres cuartos del total de la serie. Posteriormente, el descenso de estas intersecciones es rotundo.

En un sentido similar, aunque constituyendo una pendiente menos marcada, la familia de términos ligados a *la cuestión piquetera* disminuye en forma considerable. Sin embargo, la heterogeneidad de variaciones dentro de la misma familia de términos hace que la tendencia al descenso sea menos profunda. De hecho, mientras la variación del término *piquetero* es contundente, el relativo ascenso del término *piquete* (ya no ligado a acciones de los tradicionales piqueteros, sino fundamentalmente como acción de los trabajadores en activo) relativiza la caída de la familia como conjunto.

Por último, la familia de términos vinculados con la cuestión de la *desocupación* mantiene una relevancia llamativa que parece aumentar nuevamente durante el año 2007. La cuestión de la *desocupación* habría pasado de una demanda ligada a los derechos de los sectores populares que enarbolan por sí mismos un reclamo, a una estatuida, la baja de la misma, asumida como propia por la gestión presidencial. En este sentido, sabemos que dentro de los términos de la familia se observa un constante desplazamiento desde palabras corporizadas (como *desocupado*) hacia otras descorporizadas (tales como *desocupación*).

Para terminar este trabajo, proponemos vincular los datos acerca de la variación interanual de las co-presencias de familias de palabras con las curvas ya analizadas de las menciones del núcleo agregado referente a *la cuestión piquetera* y a la *desocupación*.

Gráfico III: Distribución interanual de co-presencias y apariciones de palabras claves agrupadas



Fuente: elaboración propia a partir de las noticias de Clarín Digital. 2004-2007

Cual agujero negro, el año 2005 lo absorbe todo; cuando las categorías transitan por allí asumen nuevas tendencias.

El análisis de las co-presencias permitió dotar de mayor luz a las tendencias que veníamos insinuando. Si la cuestión *piquetera* y la problemática de la *desocupación*, como vimos en el gráfico III, mostraban tendencias semejantes durante el año 2004 –lo cual nos hacía suponer una posible articulación entre ambas problemáticas- el rastreo de las intersecciones entre ambas familias de términos no sólo constata esta hipótesis sino que dota a tal co-presencia de una envergadura poco imaginada.

Podemos concluir que el año 2004 es aún un momento en el cual los piqueteros, los piquetes y la demanda de solución al tema de la desocupación evidencian una red maciza, es decir instituyen un trípode orgánico.





Múltiples sectores reaccionarios a la respuesta inclusiva al problema del desempleo que demandaban los movimientos habían presionado por aminorar su status público. Sin embargo, éste se mantuvo por mucho tiempo más. La politicidad plebeya expresada en acciones de lucha piqueteras constituía un ámbito no permeable a la noción de orden que demandaban estas fracciones y por ello ya durante el año 2004 (como así también durante los años anteriores, que no entraron en el trabajo empírico de esta presentación) el “desafío” ante el “caos” piquetero era la forma en que desde estas posiciones se reclamaba la desarticulación del trípode al que nos referimos. Con todo, es menester tener claro que existe un tiempo social en el cual tales demandas no lograron su realización efectiva. En nuestro estudio el año 2004 es expresión de ello.

La relevancia de la cuestión *piquetera* va perdiendo protagonismo. Luego de 2005 se evidencia una curva descendente de la cual participan tanto las remisiones a los términos que constituyen el núcleo de la cuestión *piquetera* como las co-presencias de dicha familia de palabras.

Por otro lado, las co-presencias de la familia de palabras ligadas a la *desocupación*, después de transitar por el año 2005, poseen una tendencia ascendente que se asemeja a la tendencia de las menciones del núcleo que contiene las palabras que remiten a la cuestión de la *desocupación*.

La tendencia descendente, durante la segunda fase, de las co-presencias que ligán la cuestión de la *desocupación* a la del *piqueterismo*, es la señal palpable de la ruptura del trípode que aglutinaba a los movimientos.

Expropiados de una demanda que sea vista como dotada de una legitimidad instituyente, pese a las ostensibles necesidades sociales de

los sectores populares urbanos, el *piqueterismo* no logra aglutinarse por sí mismo: la identidad que los constituía era posible a partir de su articulación en tres patas.

Los *piquetes* mostraron su cara modular al ser retomados por los trabajadores en actividad y por los habitantes de zonas con riesgos ambientales. Su modularidad amplió su efectividad pero disminuyó la fortaleza identitaria de la herramienta.

La cuestión de la *desocupación*, tal como mostramos en otro trabajo²⁰, se fue resignificando a medida que se iba perdiendo la asociación que la ligaba a aquél con el objeto *piquetero*. Esta resignificación, durante este período, se expresó a partir de que múltiples fracciones sociales pugnar por hacerla emerger más como un problema “técnico”, para cuya resolución existen especialistas en planificación de modelos económicos, que como un aspecto de la realidad que puede interpelar políticamente a sus propias víctimas. La politicidad popular de carácter instituyente fue perdiendo lugar frente a las respuestas instituidas.

La ruptura del trípode que hemos constatado a partir de esta indagación, no fue un proceso desligado del juego de fuerzas en pugna. Es el resultante de un proceso múltiple y complejo que no se puede pensar escindido de estas relaciones y de su contexto resultante: un relativo proceso de sutura de la hegemonía política y un relativo –y tal vez efímero– marco de reactivación económica. Todos estos aspectos deben tomarse en cuenta para explicar tal quiebre.

Si en anteriores trabajos mencionábamos los hitos de junio de 2002 (con el asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán) y mayo de 2003 (como marco de una nueva política gubernamental de relación

²⁰ Maneiro, M., Farías, A., Santana, G. (2008). Divergencias y homogeneidades en el movimiento de trabajadores desocupados. Op. cit.





con los movimientos sociales)²¹. El año 2004 emerge como el último eslabón en este proceso, con idas y venidas, de disputa entre lo instituido y lo instituyente. Desde el año 2005 la hegemonía de lo instituido se expresó en forma ostensible. El proceso de realización de una nueva correlación de fuerzas se cristalizaba²². El proceso instituyente, al quebrarse su trípode de sostén, expresaba un declive considerable.

7. Palabras finales

Este trabajo partió de una serie de hipótesis cuya constatación requirió múltiples procesos de reflexión, de reorganización categorial y relectura de los datos.

Resulta que, si bien los primeros datos ya mostraban una divergencia cuantitativa entre el año 2004 y los siguientes, no resultaba aprehensible, en principio, que este año se tornara en un hito de corte entre las tendencias que se evidenciaban. Sin embargo, a partir de diversas idas y venidas entre la reflexión y la base empírica, logramos visibilizar tendencias que en un comienzo estaban eclipsadas.

Conseguimos revelar que el año 2004 constituye el final de un proceso –que comienza casi ocho años antes– caracterizado por la vinculación orgánica entre la acción *piquetera* y la demanda de resolución del

²¹ Maneiro. M. (2008). Las dos vías de la experiencia de los movimientos de trabajadores desocupados. Op. cit.

²² “Estableceremos una analogía. Es claro que el proceso de constitución de la plusvalía y el proceso de su realización están diferenciados; y esto nos remite a un determinado ámbito de las relaciones sociales, se está produciendo la expropiación de los productos que determinadas relaciones sociales están generando, y que estos productos mientras no sean incorporados a otro ámbito de las relaciones sociales (proceso de cambio) no realizan la plusvalía. De esto se desprende que hay distintos tipos de ámbitos de relaciones sociales que hay que ir cubriendo, para que ciertos procesos sociales se constituyan”. Marín, J. C. (1981). *La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Serie Teoría-Análisis N° 8, mimeo, 39-40.

problema de la *desocupación* componiendo un trípode entre actores (trabajadores desocupados devenidos piqueteros), acciones (piquetes) y demanda (empleo y/o sus sucedáneos a partir de planes de empleo).

El período 2005-2007 inicia una nueva fase en la que lo piquetero adquiere una tendencia divergente a las remisiones vinculadas a la desocupación. Las tendencias que se generan son de una fase ascendente para las remisiones que refieren a la *desocupación* y de una fase descendente, con tendencia a la desaparición, en lo que hace a las referencias mediáticas a la cuestión *piquetera*.

Vimos que el primer anudamiento que presentan las dos problemáticas durante el año 2004, nos habla de cierta presentación, por parte de la prensa, del *conflicto piquetero* entendido como coaligado al fenómeno de la *desocupación*. La ruptura que se inicia en 2005, sugiere la independización de estos dos núcleos problemáticos, el uno y el otro parecieran no tener relación. Más aún, el descenso y la tendencia a la desaparición del *núcleo piquetero* nos remiten a la pregunta de si durante esos años hay una merma efectiva de la *cuestión piquetera* o más bien, un eclipsamiento de la misma desde el diario *Clarín*.

Por otro lado, la referencia al fenómeno de la *desocupación*, separadamente del *piqueterismo*, abre la puerta a pensarlo como escindido de los rasgos de politicidad popular de que lo dotaban, a través de sus acciones, los movimientos sociales de trabajadores desocupados.

Para terminar, cabe decir que los actuales avances que estamos realizando nos dan la pauta de que estas dos fases podrían entenderse como procesos de producción y realización de entramados sociales diferenciales. En este sentido, aquello que aparece con pocos matices





a lo largo de este trabajo adquiere nuevas tonalidades cuando se pone el acento en los procesos de confrontaciones de cada fase²³.

Si el año 2004 se presenta como exponente de una imbricación de la matriz piquetera como politizante popular de la cuestión de la desocupación, entroncando lo que hemos dado en llamar trípode general de los movimientos de trabajadores desocupados, y los años posteriores resultan emergentes de una respuesta instituida sobre ésta²⁴, un análisis más profundo de los procesos de producción de esta nueva fase deberá ser el nuevo desafío para entender tal serie.

Con este trabajo esperamos aportar al debate al cual nos referimos al comienzo del trabajo mostrando que, al menos de la forma en que hemos conocido a los movimientos de trabajadores desocupados –a partir del lugar mediático– la vinculación orgánica del trípode que los dotó de status público se fue rompiendo en los últimos años.

²³ Maneiro, M., Farías, A., Santana, G. (2008). Divergencias y homogeneidades en el movimiento de trabajadores desocupados. Op. cit.

²⁴ En este mismo sentido Svampa afirma que la crisis de 2001 había abierto la puerta a “una demanda doble y contradictoria”, la cual incluía, por un lado, la construcción creativa de una nueva institucionalidad y por otro, un llamado a la normalidad, que podía entenderse como un reclamo de intervención estatal en nombre del orden y la seguridad, amenazados en los últimos años. Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI, 160.

8. Bibliografía

- Ciolli, K., Ciolli, V., Cornes, L., Domínguez Font, P. (2005). Subjetividad y praxis cooperativa. Una experiencia con movimientos sociales.

Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación. Disponible en:
<http://www.centrocultural.coop/uploads/subjetividadypraxiscooperativa.pdf>.

- Maneiro, M., Farías, A. y Santana, G. (2009) Desanudamiento del problema de la desocupación y la acción piquetera, ponencia presentada en el 1° Congreso sobre *"Protesta social, acción colectiva y movimientos sociales"*. Buenos Aires: UBA.

- Maneiro, M.; Farías, A. y Santana, G. (2008). Divergencias y homogeneidades en el movimiento de trabajadores desocupados, ponencia presentada en las *II Jornadas de intercambio de proyectos de investigación y extensión*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

- Maneiro, M. (2007) *De encuentros y desencuentros. Una aproximación a las relaciones entre el estado y los movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996-2005)*. Río de Janeiro: Tesis de doctorado, IUPERJ.

- Maneiro, M. (2008). Las dos vías de la experiencia de los movimientos de trabajadores desocupados. En J. Montes Cató y P. Lenguita (eds.) *Resistencias Laborales. Experiencias de repolitización del trabajo en Argentina* (135-156). México: Insumisos Latinoamericanos.

- Massetti, A. (2004). *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Buenos Aires: De las Ciencias.





- Marín, J. C. (1981). *La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Serie Teoría-Análisis N° 8, mimeo.
- Pereyra, S. y Svampa, M. (2003). *Entre la Ruta y el Barrio*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vietnam y las fantasías norteamericanas.

H. Bruce Franklin.

Buenos Aires, Editorial Final Abierto, 381 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena

La traducción y publicación de este trabajo de Bruce Franklin es un gran acierto de la nueva editorial Final Abierto. El autor adapta varios artículos en forma de libro, abarcando temáticas tales como, entre otras, el manejo de la información durante la guerra con fines propagandísticos; los procesos de construcción de ideología de guerra; el papel de la literatura, la televisión y diversos productos culturales como la fotografía y el cine para la tergiversación de la realidad. En este último sentido, por ejemplo, muchas de las páginas del libro brindan al lector claves y señalamientos para volver a ver varias películas premiadas y famosas, como El Francotirador o Forrest Gump, y descubrir nuevos aspectos de la manipulación que promueven con fines políticos bien precisos.

Bruce Franklin pone de manifiesto, desde diferentes ángulos y con diversos recursos, una gran y trabajosa maniobra de encubrimiento de la guerra de Vietnam, ya que como afirmó el vicepresidente de Reagan, George Bush, la lección que dejó el conflicto “es que ninguna gran nación puede darse el lujo de ser desgarrada por un recuerdo”. Varias construcciones fantásticas, entonces, procuran eclipsar las duras circunstancias vividas para quitarse de encima el “síndrome de Vietnam”, con la censura y la mentira como arma.

Encontramos en esta obra, además, una valiosa contribución para conocer el proceso de movilización social y radicalización política en los Estados Unidos de Norteamérica de finales la década del '60. Pero los alcances del libro van mucho más allá.





Entre una abundante cantidad de información, testimonios, anécdotas, análisis, detalladas descripciones de sucesos y debates, hay elementos en la obra para poder responder una pregunta que tiene gran centralidad: ¿qué proyección tuvo la ofensiva del Tet? Esta campaña se desarrolló en tres oleadas en enero, mayo y agosto-septiembre de 1968 por el vietcong y el ejército de Vietnam del Norte en contra de las tropas survietnamitas y estadounidenses.

Llegó sorpresivamente para las tropas norteamericanas, como señala el autor, cuando el gobierno, el alto mando militar, los expertos del Pentágono y los medios de comunicación pronosticaban una inminente victoria absoluta frente a un supuesto colapsado enemigo. Bruce Franklin da cuenta de esta situación al destacar que el ataque simultáneo a todas las bases norteamericanas en suelo de Vietnam, y contra 110 pueblos y ciudades de Vietnam del Sur (entre ellas 36 capitales provinciales, 64 capitales de distrito y 5 de las 6 principales ciudades) puso en evidencia la mala información, el déficit en las operaciones de inteligencia, las mentiras y los engaños. El optimismo de la prensa norteamericana cambió rápidamente en pesimismo y las autoridades no podían ocultar la conmoción y confusión. El impacto fue tal que la tapa del Nacional Guardian del 10 de febrero decía: "Vietnam: las mentiras se derrumban".

El balance sobre el desenlace de esta ofensiva siempre fue controvertido. Desde ya que las tropas imperialistas y aliados lo presentaban como una victoria para su bando. La recaptura de las zonas copadas por las fuerzas del vietcong y del ejército de Vietnam del Norte, más la ponderación de las bajas eran los observables esgrimidos para certificar el triunfo. Las batallas dejaron un saldo de aproximadamente 100.000 bajas para los atacantes y 5.000 para los defensores. Sin embargo, esta evaluación parecía entrar en crisis frente a la nueva situación que provocó el ataque. Más allá de que las

tropas bajo el mando de Vietnam del Norte lograron liberar 200.000 prisioneros y obtener gran cantidad de pertrechos, los analistas más imparciales coinciden en que fue el punto de inflexión de la guerra a su favor, ya que con el intento lograron quebrar la fuerza moral de las tropas sureñas y las de ocupación estadounidense, lo que provocó un cambio en la relación de fuerzas que devino en la debacle posterior del bando imperialista.

Si bien da cuenta de los debates en torno a la evaluación del resultado, Bruce Franklin agrega detalles trascendentes del correlato de esa ofensiva en el interior de los Estados Unidos. Afirma que la ofensiva del Tet “marcó la transformación del movimiento antiguerra en un movimiento de carácter anti-imperialista”. Especialmente, sentencia, favoreció la radicalización del movimiento afro-norteamericano y la integración de los activistas con los veteranos y con los efectivos que se manifestaban contra la guerra. Potenció la composición de fuerzas y el desarrollo de nuevas experiencias de resistencia. Los ejemplos brindados por el autor al respecto son abundantes, especialmente en el ámbito académico, estudiantil y cultural. Estos aportes permiten considerar la expansión lograda por la osada ofensiva y afirmar que conforma uno de los principales acontecimientos políticos y militares de la segunda parte del siglo XX, permitiendo comprender que es un hecho social ineludible a la hora de analizar el derrotero de la lucha de clases mundial por aquellas décadas.

En fin, son muchas las virtudes de este libro. Su lectura es una experiencia tan instructiva como estimulante, y el debate sobre su contenido muestra una importante proyección política, tanto en el nivel táctico como estratégico. El prólogo de Pablo Pozzi, por otra parte, está a la altura de la obra y no merece ser pasado por alto.





La violencia revolucionaria.

Isabelle Sommier

Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2009, 158 páginas..

Por Pablo Augusto Bonavena

La autora, directora del Centro de Investigaciones Políticas de la Sorbona, considera a la violencia revolucionaria como aquella que busca atacar el poder del Estado desde un fundamento emparentado con alguna ideología de cambio social radical. Desde esta definición, procura analizar el surgimiento y desarrollo de la violencia revolucionaria desde mayo de 1968 impulsada por la “extrema izquierda”, aclaración que cobra sentido por entender que también es patrimonio de “algunos grupos de corte fascista”, ordenado su derrotero alrededor de una pregunta central: ¿Cómo explicar la eclosión de grupos que eligen la vía armada en los años sesenta y setenta, en Europa como en los Estados Unidos y Japón? Sin duda la tentativa de responder a este interrogante no agrega aportes significativos a otros intentos anteriores. La explicación es el aspecto menos desarrollado de este trabajo. Luego de recorrer algunos de los supuestos teóricos que circulan por fuera del marxismo o de la psicología de masas, si bien recupera aspectos de ésta última, la autora busca instalarse en un espacio analítico tomando distancia de las llamadas teorías de los movimientos sociales y de la acción colectiva, lo que algunos especialistas reúnen bajo el nombre de “nuevas teorías del conflicto social”, señalando limitaciones y problemas en las mismas. Pero Sommier nunca avanza decididamente en procurar una alternativa a los enfoques que critica; los cuestiona pero en definitiva recurre a sus nociones teóricas. En efecto, la misma actitud adopta frente a la teoría de la privación relativa de Ted Gurr, pero obviando las impugnaciones que arrecian sobre él desde el marxismo. También discute el modelo de “inspiración tourainiana” sustentado por Michel Wierviorka.

Paralelamente pone una mayor distancia respecto de Pierre Bourdieu, Raymond Boudon y Eric Hobsbawm, autores que abordan su objeto de investigación.

Aunque parciales, sin duda son interesantes algunos de los reproches efectuados por la autora a las teorías del comportamiento colectivo, la teoría de la movilización de recursos y algunas nociones como la "estructura de oportunidades políticas"; a los que se suman varios cuestionamientos teórico-metodológicos a Sidney Tarrow y un agudo señalamiento a Charles Tilly y las dificultades que introduce su sugerencia para explicar las acciones violentas, problemática que por esa recomendación es recluida finalmente en un "lugar ambiguo". Los argumentos que esgrime Sommier para tomar distancia, indudablemente, alimentan el debate teórico que cruzan las investigaciones sobre las luchas populares, vistas desde las teorías de la acción colectiva y de los movimientos sociales, poniendo de relieve los reduccionismos que suponen estos enfoques como el psicologismo o economicismo, pero sin avanzar hacia la teoría que los supera: el marxismo.

El déficit que se encuentra en la explicación contrasta con la gran cantidad y rigor de observables empíricos presentados en la exposición. Los datos acerca de las organizaciones en cada uno de los países abordados son muy exhaustivos (Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos de Norteamérica y Japón). También es menester destacar la información que brinda sobre las formas organizativas, las fundamentaciones de cada grupo, sus luchas teóricas, sus acciones, su arraigo social y alianzas. Lo mismo sobre algunos de los militantes más encumbrados a partir de reseñas biográficas. Es importante remarcar, por último, la breve pero valiosa información ofrecida por el anexo de datos numéricos tomados de distintas fuentes, presentados en cuadros que facilitan su lectura.





Entrando a la temática abordada, además de tener una gran importancia en los países investigados, obviamente cobra un gran sentido en Latinoamérica en general y en Argentina en particular, porción del mundo que conoció muchas experiencias que guardan cierta analogía en algún aspecto; por ende, la interrogación puede ser extendida a la región para el mismo período. Pero más allá de este posible ejercicio, es muy interesante observar como la autora localiza un conjunto de problemas para analizar a la violencia política, que también tienen su presencia en nuestro territorio.

Sommier centra su atención en las organizaciones que plantearon la lucha armada, pero acotando su mirada sobre aquellas que lograron mayor proyección, a partir de la apertura de un "ciclo de protestas" en 1968, que generó expectativas revolucionarias al calor del estallido de revueltas estudiantiles, juveniles y obreras; marco de situación que actualizó y vigorizó los debates y las prácticas en torno a la cuestión de la toma del poder.

Reconoce que la tarea no es sencilla ya que a "la historia no les gustan los vencidos", y las querellas que se abren hoy día sobre la situación de algunos de los prisioneros que todavía quedan de aquellas experiencias, luego de muchos años de condena, ponen en evidencia que persiste una crisis no resuelta, que sólo se suturaría con el debate histórico, emprendimiento con el que este libro procura contribuir considerando el contexto que llevó a una parte de la juventud a sentir que transitaba un período revolucionario, la radicalización que acompañó tal percepción, las estrategias de algunas organizaciones y, finalmente, el proceso de desmovilización.

Para afrontar el desafío, la autora pone en evidencia una anomalía a partir del balance presentado en la primera parte de esta reseña. Reconoce que en la historia de los movimientos sociales desde el '68 todo el vocabulario refiere a la guerra; por ejemplo, pone en juego la

relación obvia entre la palabra "militante" y "militar", realidad que puede ser vista como un observable de la íntima relación entre movimientos sociales y violencia. Pero Sommier argumenta que esta evidencia es atropellada por la censura que escindió el examen de esos movimientos del tema de la violencia. Se requiere, entonces, encontrar las causas que instalaron este evidente despropósito tanto teórico como político. El cruce entre los enfoques de los comportamientos colectivos y su vinculación con la "agresión" más la carga negativa que crecientemente adquirió el término terrorismo eclipsó el estudio de la radicalización de los '70.

Opina que la sociología de los movimientos sociales tiende a cerrarse al estudio de la violencia que es abordada, entonces, desde la lente "terrorista", ángulo desde donde se engloban indiscriminadamente diferentes acciones y sus metas desde un prisma fuertemente ideológico. 1968 es un tema tabú, afirma, que se expresa desde un "silencio total" en Japón al ocultamiento provocado por "memorias oficiales" como en Italia o Francia. Este libro pretende enfrentar ese "silencio sobre los años 1968" haciendo, con claroscuros, un aporte digno de ser considerado.





Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda.

Ruth Werner

Facundo Aguirre, 2009, Buenos Aires, Ediciones IPS

Por Fernando Scolnik

Pocos días antes de cumplirse el 40° aniversario del Cordobazo salió a la luz la segunda edición, aumentada, de *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, de Ruth Werner y Facundo Aguirre. Se trata de una de las pocas investigaciones que aborda la acción de base de los trabajadores en un momento crucial de la historia nacional, las jornadas de junio y julio de 1975, junto con un balance político de las estrategias de la izquierda en aquellos años, motivo por el cual la obra merece ser leída y pensada en un nuevo momento de crisis capitalista.

Esta extensa y profunda obra, luego de su presentación e introducción, se compone de cuatro partes principales y una conclusión, y se completa, además, con dos interesantes anexos, referido el primero de ellos a “La experiencia del clasismo cordobés”, realizado por Walter Moretti y Mónica Torraz, y el segundo a “La Triple A y la política represiva del gobierno peronista”, escrito por Andrea Robles. Finalmente, la obra presenta un anexo con documentos, cuadros y una cronología de las jornadas de junio y julio de 1975.

La primera parte del libro lleva por título “1969-1976: una etapa revolucionaria”. Como su nombre lo indica, los autores se centran en definir que “el período que va del Cordobazo al golpe genocida constituye una etapa revolucionaria que planteó la necesidad de la

lucha por el poder por parte de la clase obrera y el pueblo oprimido"¹, en el marco de una crisis en gran escala del capitalismo mundial. Dentro de la etapa, Werner y Aguirre distinguen tres períodos diferentes que analizan en esta primera parte: a) el que se extiende de 1969 a 1972 y se caracteriza por ser una fase de levantamientos y tendencias insurreccionales a partir del Cordobazo y por ser un momento de quiebre político de la dictadura y el "régimen libertador"; b) de 1972 a 1974 tiene lugar lo que los autores caracterizan como fase de desvío y de ilusiones con el retorno del peronismo al poder hasta la muerte de Perón; c) de 1974 a 1976 es la fase de enfrentamiento abierto entre revolución y contrarrevolución hasta el golpe militar.

La segunda parte de la obra se titula "1973-1975: De las ilusiones en el peronismo a la huelga general" y analiza los distintos momentos del peronismo en el poder diferenciando entre el frentepopulismo de Cámpora, el bonapartismo de Perón y la ofensiva antiobrero del gobierno de Isabel, y analiza a su vez la situación de las luchas obreras en cada uno de esos momentos. Como aspectos centrales de esta parte de la obra se destacan el estudio de las experiencias que "foguearon" a la vanguardia militante de la clase obrera y, especialmente, el debate sobre la primera huelga general de la clase obrera contra un gobierno peronista, las jornadas de junio y julio de 1975 que los autores caracterizan como una acción independiente de las masas obreras que planteaba la necesidad de derrocar al gobierno de Isabel por medio de la intervención revolucionaria de las masas.

La tercera parte del trabajo "Las coordinadoras interfabriles del Gran Buenos Aires: un embrión de doble poder", contiene lo central de la investigación realizada por Werner y Aguirre. En base a una minuciosa investigación, a la teoría marxista y a analogías con otras experiencias

¹ Werner, R. y Aguirre, F. (2009): Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda. Buenos Aires: Ediciones IPS, p. 33.





históricas, los autores encuentran similitudes entre las coordinadoras interfabriles de Capital Federal y el Gran Buenos Aires y los consejos de fábrica descritos por Antonio Gramsci en la década de 1920. Partiendo de aquí, Werner y Aguirre reflexionan sobre la potencialidad y los límites de las coordinadoras, basadas en las comisiones internas y cuerpos de delegados democráticos y clasistas, para disputar el poder político a la burguesía y sentar las bases de un nuevo Estado.

La cuarta parte, "Las estrategias de la izquierda", consiste en un balance crítico de las políticas adoptadas durante el proceso revolucionario por la izquierda peronista, el guevarismo, el PRT-ERP, el PRT-LV/PST, Política Obrera y, en esta segunda edición, se agregó un balance sobre el PCR. Esta parte sostiene como tesis central que el proceso revolucionario careció de un partido obrero y socialista que estuviera a la altura de permitirle a la vanguardia obrera aprovechar los momentos de crisis y debilidad burguesa para avanzar en derrocar el poder burgués y construir un Estado de los trabajadores. A esta conclusión arriban los autores analizando principalmente que la izquierda armada fracasó por tener una estrategia frentepopulista y por centrarse en la construcción de un ejército, subordinando a esta tarea el papel de la lucha de clases y la organización obrera con independencia de clase; mientras que el trotskismo, especialmente el PST, llegó débil al proceso revolucionario y finalmente terminó adaptándose a planteos burocráticos o de la oposición burguesa.

Sintetizando, *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda* es un libro de gran interés que, en momentos de crisis capitalista, vale la pena leer y debatir rescatando las lecciones de un período revolucionario en nuestro país.

Un tratamiento injusto en nombre de la ciencia

Por Elsa Usandizaga



Los hechos

El Grupo de Trabajo Hacer la Historia, nació en la Universidad de Rosario en 1993, como extensión de la cátedra Problemática Histórica de la Facultad de Humanidades. Desde entonces, ha realizado 8 jornadas bianuales con participación creciente de alumnos y docentes de distintas universidades argentinas y de la región latinoamericana.

Para la realización de sus últimas Jornadas (VIII Nacionales, V Latinoamericanas) del 16,17 y 18 de octubre de 2008 en la universidad Nacional de Córdoba, convocadas con el título de ***“A 90 años de la Reforma Universitaria, la Universidad Pública su compromiso con las luchas de los pueblos por construir sociedades justas y solidarias”***, el Grupo de Trabajo Hacer la Historia dirigido por la Lic. Irma Antognazzi presentó al FONCYT (Fondo Nacional de Ciencia y Técnica), su primera solicitud de subsidio.

Esta solicitud- se supo luego de múltiples intentos y reclamos por distintos canales- fue denegada por el FONCYT, con el aval del directorio de la Agencia de Ciencia y Técnica de la Nación, con un más que escueto dictamen.: ***“No reúne los requisitos para considerarla como Reunión Científica”***.



El Grupo Hacer la Historia reacciona

El grupo Hacer la Historia toma decisiones. Primero, la de realizar las Jornadas planificadas, aún en condiciones de gran exigencia en términos de recursos disponibles. Segundo, controlar, con toda la minuciosidad posible, el recorrido burocrático (pedir y obtener actas, nombres de los jurados, texto de la argumentación denegatoria y todo detalle que condujera a mejorar las conjeturas), Tercero, hacer pública esta situación en las Jornadas (exitosamente realizadas en la Universidad de Córdoba) y en todos los medios al alcance, notificando incluso a la Presidenta de la Nación.

Destaquemos algunos puntos de la información que logran recabar:

- Según consta en actas, 5 de los 6 miembros de la Comisión 2, que actuó como jurado en este caso, en 12 horas de reunión (de las 9 a las 19 hs) habrían evaluado 162 proyectos correspondientes al área de su incumbencia..
- Sus integrantes, Gerardo Aboy Carlés, Osvaldo Battistini, Jorge Gelman, Daniel González, Pedro Moncars y Elma Montaña, “...en función del presupuesto disponible definieron por una parte las Reuniones Científicas que recomendaban subsidiar y ponderaron la calidad y pertinencias de las mismas”.
- De la totalidad de Reuniones Científicas propuestas, 312, sólo se rechazaron 18 (5.7%).

La comunidad científica se expresa

Destaquemos, en principio y en un plano objetivo, el aval institucional que tuvieron las últimas Jornadas del Grupo Hacer la Historia. Respaldaron la reunión facultades, escuelas y departamentos de 7 universidades nacionales (Córdoba, Rosario, Buenos Aires, Patagonia Austral, La Pampa, Misiones y Cuyo), 9 universidades o institutos académicos de otros países de Latinoamérica (Brasil, Chile, Cuba y Nicaragua), varias instituciones de investigación y docencia como CLACSO, CEA Centro de Estudios Avanzados Unidad Ejecutora Conicet UNC, Seminario Iberoamericano de Estudios Socio Económicos Maniel Ugarte de Córdoba, PIMSA Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades así como un grupo de institutos de educación terciaria de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires.

Las Jornadas de Córdoba fueron reconocidas como de Interés Nacional por el Ministerio de Educación de la Nación, de Interés Educativo por la H. Cámara de Diputados de la Nación, por el Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba y por el Consejo General de Educación de la Prov. De Buenos Aires; fue declarada de interés por el H. Senado de la Provincia de Buenos Aires, de Interés Legislativo por la Legislatura de la Provincia de Córdoba y de Interés Provincial por la Provincia de Santa Fe.

Los representantes de la comunidad científica local e internacional que conocen la trayectoria de Hacer la Historia y de la lic. Irma Antognazzi reaccionaron con asombro y, algunos, con documentada indignación., caracterizando el dictamen como desinformado y falaz, anticientífico y, con probabilidad, discriminatorio.





En casi todos los reclamos presentados ante el FONCYT, se demanda una revisión de lo actuado por parte del organismo y el otorgamiento del subsidio denegado. La invitación al debate sobre el carácter científico de estas jornadas, por parte del profesor Pablo Bonavena, quien las caracteriza como “uno de los encuentros más interesantes sobre ciencias sociales en nuestro país”, la defensa por parte del Profesor Nicolas Iñigo Carrera “no sólo del espacio académico de las jornadas sino del hecho de que éstas sean un lugar privilegiado para que jóvenes investigadores presenten sus trabajos” , la definición de “las Jornadas del Grupo Hacer la Historia como referente obligado, desde hace más de una década, para los estudiosos de América Latina” en la expresión de la profesora Beatriz Stolowicz de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, son algunas de las expresiones distintivas en las cartas de protesta.

La profesora Inés Izaguirre, en su propia carta a FONCYT, reflexiona sobre la denegatoria como una expresión más de políticas discriminatorias (sospechable por el simple hecho de que “la Lic. Irma Antognazzi presenta en su CV su reconocida condición de historiadora y docente pero también su carácter de ex presa política y ex exiliada”) y deriva una propuesta :

“La falta de transparencia de todo el procedimiento es la misma que se advierte en la mayor parte de las actividades del mundo académico y profesoral. Por eso considero que ha llegado el momento de producir una acción diferente, que convoque a los investigadores a asumir su responsabilidad ética frente a la investigación y a cambiar las condiciones de impunidad que nos anestesian”.

La respuesta oficial

A pedido de la Señora Presidenta de la Nación, FONCYT y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica en su aval, amplían y ratifican su fallo.

Después de citar los objetivos expuestos por el Grupo Hacer la Historia para las Jornadas, estiman que éstos “no cuadran con los objetivos de una reunión científica. Los jurados suelen rechazar aquellas propuestas que se consideren excesivamente expositivas, donde no se presentan los resultados de investigaciones realizadas por especialistas, como así también aquellas reuniones donde el tema es claramente la capacitación o la actualización profesional. En el caso de esta reunión, el jurado entendió que no cumplía acabadamente con estándares solicitados a una RC”

Añaden una descalificación, por un error formal “no cumple con los requisitos de una Reunión Periódica Internacional, porque es un evento organizado periódicamente por una institución argentina y no por una organización internacional que elige a la Argentina como sede. Sólo por este hecho, la reunión resulta no subsidiable”.

Por qué- entonces- no se consideró el pedido como para una reunión científica local? Por qué se explicitó esta fundamentación sólo después de la mediación de la Presidenta?

Estimamos que esta “respuesta oficial” será recusada por el Grupo Hacer la Historia. Les asiste derecho.

Pueden consultarse varias interesantes y encendidas cartas de apoyo en www.hacerlahistoria.com.ar





Conflicto Social

Año 2 – Número 1 – Junio de 2009 – ISSN 1852-2262